

Una
noche
en el
bardo



ANA MARÍA DRAGHIA



Última noche en el fuego

Ana María Draghia



SINOPSIS

Cuando Lara Aguirre, una editora afincada en Madrid, recibe la noticia de la muerte de Raúl, el único hombre del que ha estado enamorada, decide, devastada, aceptar un proyecto editorial que la llevará hasta Santa Fe, México. A su regreso, su vida se entrecruzarán con la de Rafael Bernabeu, un abogado catalán —amigo de su hermano—, que había estado viviendo en su casa durante su ausencia sin que ella lo supiera. Aún siendo consciente de que volverá a Barcelona, para ella, conocer a Rafael será un recordatorio de sensaciones pasadas, aunque también de una noche a muchos kilómetros de ahí, una noche que tiene otro nombre, Lucas Santamaría, y otra ciudad, Melbourne.

Entre mares y océanos, Lara, sintiéndose confundida tanto en sus sentimientos como en sus sueños, emprenderá el viaje de su vida. Se desprenderá del dolor causado por la pérdida y recordará que hubo un día en el que no era como es ahora. Un tiempo en el que podía permitirse querer, desear y crear. Pero, con los cambios experimentados, también llegarán las decisiones, los secretos por descubrir, las despedidas y la certeza de que el amor, como el resto de las cosas, es un fuego que arde constantemente, pero que solo se aviva con el viento.

Entonces, ¿dónde está el viento de Lara? ¿Qué dirección marcarán las brújulas cuando, al fin, vuelva a Madrid?

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Última noche en el fuego

©Ana María Draghia

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: [Isla Books Studiosp>](#)

[Imagen de la cubierta:](#) ©Kasto

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Al amanecer, cuando por fin se acabó el viento, empezaron a caer unas gotas de lluvia gruesas y separadas que apagaron las últimas brasas y endurecieron las cenizas humeantes.

Gabriel García Márquez

*Para mi tía abuela Fila.
Me dio la sensación de que nunca pudiste
hacer todo lo que te hubiese gustado.*

MADRID
(febrero-abril)

CAPÍTULO 1

*Cuando mi voz calle con la muerte,
mi corazón te seguirá hablando.*

Rabindranath Tagore

La vida comienza en el fuego, y el de la mía llevaba tiempo apagándose en silencio, ese en el que nunca pasa nada, en el que no esperas que prenda la chispa. Yo no sabía qué era eso desde hacía mucho. Tal vez tenía algo que ver con mi forma de ver y hacer las cosas. De hecho, siempre había creído que en la vida hay tres clases de personas: las que viven sin un plan y disfrutan de la aventura; aquellas que dan saltos, pero nunca avanzan y, por último, estaba la gente como yo. ¿Que cómo era yo? Era la antítesis de las dos primeras opciones, o eso creía. En esos días, no había nada, ni el detalle más insignificante, que escapase a mi control.

Hacía un año que había ocupado el cargo de editora jefa en una editorial de renombre, a la edad de veintiocho años y después de servir más café que las cafeteras de *Starbucks* era todo un logro. Recordaba todas las promesas que me había hecho al llegar a Madrid, cada uno de los sueños y de las desilusiones, igual que los nuevos sueños que surgieron, pero eso no impidió que acabase olvidándome de ellos cuando, un día sin previo aviso, ocupé el lugar de la mujer a la que más admiraba y odiaba a un mismo tiempo. En otra época le había puesto un apodo, *Maléfica*. Me preguntaba si, con el tiempo, además de su cargo, también me había quedado su fama.

Siempre estaba tras el escritorio de nogal que ocupaba casi todo mi despacho, que se encontraba al fondo del pasillo de la octava planta. Allí me había reunido con algunos de los escritores contemporáneos más importantes del panorama editorial; entre esas cuatro paredes mi secretaria, cuyo nombre a

veces dudo, me traía el café que antes preparaba yo. Había dejado de tomarlo azucarado porque mi ex novio, locutor de radio en una emisora de renombre, me había mostrado el maravilloso sabor amargo del puro. Tan amargo como el fin de nuestra relación.

En mi despacho vivía, soñaba, me enfadaba, temía, dormía muchas veces. Así fue como no me di cuenta, o puede que lo que pasó en realidad fue que no quise darme cuenta. Lo que más me preocupaba era que una parte de mí asociaba mi éxito a aquella actitud, la de persona fría e indiferente, lo que hacía que me sintiera a salvo. Estaba levantando muros a mi alrededor para que no hubiera nada ni nadie que pudiera herirme, pero hay cosas más fuertes que cualquier búnker. Hay dolores que arrasan con todo, que te vencen.

Seguía una rutina calculada al segundo. Mi hermano pequeño, quien aún vivía conmigo, y mis padres, que seguían en el pueblo, me recordaban constantemente que salirse del camino era sano; yo no los escuchaba, era más fácil así. Solía despertarme a las cinco y media de la mañana, preparaba algo de comer, salía a correr por El Retiro durante una hora, volvía al apartamento, me duchaba y arreglaba, cogía el metro de camino al trabajo, y sí, a veces me fustigaba escuchando la emisora en la que él todavía trabajaba, llegaba a la editorial y allí era cuando, en realidad, comenzaba mi día.

Llamadas, lecturas, reuniones, amonestaciones, miradas asesinas que hacían que, lo más probable, lanzasen dardos contra una fotografía mía en la sala de descanso. Era un poco masoquista porque eso me hacía reír. ¿A quién, en su sano juicio, le haría gracia algo así? Mi yo de antes nunca se hubiese divertido con algo así, habría intentado, en cualquier caso, buscar el modo de arreglar la mierda de universo que estaba construyendo.

—Te estás idiotizando —solían decirme mis amigas.

Y yo sabía que estaban en lo cierto, pero entonces también me reía y le restaba importancia al asunto. Lo hacía porque muchas veces me quedaba en vela pensando en qué me impedía realizar el mismo trabajo con mejor cara. No encontraba una respuesta, no obstante, en muchas ocasiones me autoconvencía de que era porque quería y necesitaba que me respetasen. Muchos habían sido becarios, como yo misma, compañeros con los que salía a tomar algo y a despedazar a los jefazos. Ya no podía mantener la misma relación, no me sentía más ni mejor, solo que me había alejado tanto y tan deprisa que ya no sabía si seguía estando en casa, al menos en un sentido figurado.

Sin embargo, siempre hay algo que te recuerda el lugar al que perteneces,

quién fuiste, quién soñaste ser entre las calles de una ciudad que se te quedaba grande, que te asfixiaba cuando no sabías hacia dónde ir o qué decisiones tomar. Y ese algo llegó a mi vida el día en el que iba a cambiar el destino, el mío en este caso.

Había cumplido mi rutina con éxito, era lunes, mi día favorito de la semana. Acababa de cerrar el contrato para una edición bilingüe de un autor que vendía más libros que entradas de teatro Lope de Vega en su época. Además, ninguno de mis compañeros me había puesto mala cara a lo largo de la mañana. Reconozco que en mi fuero interno los llamaba así, ni becarios ni ayudantes, como si hacían otros editores. Para mí seguían siendo mis compañeros, aunque yo me hubiese convertido en una déspota. Estábamos al mismo nivel, solo que jamás me encargué de hacérselo saber. Si a todo eso le sumaba que, por fin, había conseguido ponerme un par de vaqueros que llevaba meses sin abrochar, podría decirse que, entre satisfacción profesional y algunas banalidades, la semana comenzaba rodada.

A mediodía, salí a comprar un sándwich, bastante rancio por cierto. El establecimiento se encontraba a pocas calles de las oficinas, pese a ello, tardé en llegar más de la cuenta, desde que me empeñaba en ir por la vida con tacones, solía dedicar más tiempo del necesario a hacer algunas tareas que antes realizaba en un chasquido de dedos. Sea como fuere, aquel día no me apetecía volver con las dos rebanadas de pan rellenas de queso y jamón al octavo piso donde trabajaba, así que me senté en una esquina del local y comí en silencio.

Llevaba ya varios días dándole vueltas a demasiadas cosas, la mayoría de las cuales no eran laborales, ni mucho menos. Parecía que lo personal venía a taladrarme el ánimo y esa serenidad que había logrado alcanzar a base de muchas horas de yoga y meditación, o, al menos, eso me empeñaba en creer. Tenía que servir para algo tanto estiramiento y postura humanamente imposible de ejecutar. Así, sin previo aviso, había comenzado a pensar en mí y en todo lo que me rodeaba: en esas personas a las que antes me refería, las desorientadas, y en lo bien atado que siempre lo tenía todo. ¿Y por qué? ¿Qué me daba tanto miedo?

Quizá tenía algo que ver con mis padres y ese recordatorio constante de que la vida no es sencilla. La suya nunca lo había sido, siempre habíamos andado muy justos para llegar a fin de mes. Solían decirnos a mi hermano y a mí que su mayor error fue no estudiar. Habían trabajado en el campo toda su vida, desde que eran adolescentes, y no querían, por lo sacrificado que era,

que nosotros dos tuviésemos que pasar las mismas penurias. Por eso, cuando al fin dispuse de unos buenos ingresos y pude enviarles una ayuda mensual, me sentí mejor y, al mismo tiempo, responsable de que ese apoyo económico no les faltase. Arriesgarme a perder todo cuanto había conseguido no estaba en mis planes, ni inmediatos ni de futuro. Sin embargo, la mayor parte de las veces, la vida no viene a nuestro antojo, nos rompe la monotonía y nos transforma.

Acabé de comer mientras ponía en la balanza los pros y los contras del ritmo que llevaba y de mis objetivos, porque lo cierto es que, a nivel profesional lo había conseguido todo. Pero ¿y en el terreno sentimental?

Estuve con Raúl tres años increíbles, en los que le quise tanto que, incluso un año después de la ruptura, seguía doliéndome no estar con él. Suponía que había sido el gran amor de mi vida, no obstante, en algún momento, dejé de serlo para él, y no niego que fuese culpable de ello. Tracé una lista con mis prioridades y solo cuando me dejó me di cuenta de que él no había estado en ella, pese a lo enamorada que aún estaba. Di por sentado, equivocándome de plano, que él siempre estaría allí.

No obstante, las personas se pierden un día en la sonrisa de otra persona, y ya no regresan porque transforman ese gesto tan sutil en su nuevo hogar, uno que Raúl ya no tenía conmigo desde hacía tiempo. Y no es que él no intentara a toda costa recuperar a la chica perdida por las calles de Madrid, esa que era cuando me conoció. Lo hizo con toda la necesidad y la rabia que uno siente cuando se da cuenta de que no hay forma de retroceder hasta esa noche que fue eterna.

Pedí un café para llevar casi en un susurro. Ni siquiera sabía por qué motivo me había tenido que acordar de él justo en aquel instante. No es que no lo hiciese con frecuencia. De hecho, una o dos veces al día había algo, en algún rincón de mi pecho o de la ciudad, que me recordaba a él. Y si por algún casual no era así, me encargaba de encontrar la forma de retrotraerme a todo cuanto habíamos sido juntos. Sí, era una actitud dañina, sobre todo porque él había rehecho su vida y yo no tenía ninguna intención de deshacerme de mis sentimientos.

Saqué la cartera del bolso y busqué un billete de diez euros que recordaba haber guardado en uno de los compartimentos. Entonces, noté una vibración en el costado derecho, al lado de mis costillas. Saqué el teléfono móvil y antes de contestar miré la hora. No me había retrasado, llegaría a tiempo para la reunión, así que no podía ser del trabajo. Le eché un vistazo a

la pantalla y no reconocí el número, por lo que respondí antes de que se interrumpiera.

—¿Sí?

Al otro lado de la línea, escuché una voz femenina, un poco quebrada. Era dulce, quizá demasiado. Empalagosa.

—¿Eres Lara?

—Sí, ¿con quién hablo?

Quedé a la espera de una contestación.

—Hola —musitó—. Hola —repitió—. Soy Verónica.

Tardé un par de segundos en reaccionar, hasta que al final la identifiqué con alguien, erróneamente eso sí.

—¿Verónica del sello editorial en México?

Hubo otro silencio, por su parte en esta ocasión.

—No, soy la novia de Raúl.

Allí estaba el destino, tan gracioso como de costumbre. Ni siquiera sabía su nombre. Verónica: sonaba imponente, desde luego. ¿A qué se dedicaría? Jamás le pregunté a Raúl. No había vuelto a hablar con él ni a coincidir. Solamente le había visto una vez, desde lejos, y salí corriendo en dirección contraria. Había sido poco tiempo después de la ruptura, y bastaba con mirarme para darse cuenta de que algo no iba bien.

—Hola, Verónica.

¿Qué otra cosa podría haberle dicho?

—Espero no molestarte —se le entrecortó la voz— y que no te importe que haya cogido tu número de teléfono de la agenda de Raúl.

Así que todavía guardaba mi número... Aunque eso tampoco significaba gran cosa. Puede que nada. «O puede que todo», me dijo un subconsciente muy esperanzado. Pero ¿para qué me podía estar llamando su novia? ¿Quería montarme una escenita de celos? ¿Por qué? Si como he dicho, yo no había mantenido ninguna clase de contacto con él.

—¿En qué te puedo ayudar? —Pregunté con prisa y bastante curiosidad al darme cuenta de que ella no iba a arrancar en su discurso.

—No sé cómo decirte esto, Lara, es un tema muy delicado para hablarlo por teléfono, pero me quedo sin tiempo. Sé de sobra lo importante que eres... eras para él.

Habló muy deprisa y me costó entender algunas cosas a la primera. Después de asimilarlas, seguí sin comprender el motivo de su llamada.

—Nunca me gustó aquella moto suya. Le dije mil veces que...

Fue en ese momento cuando me invadió un escalofrío horrible. Después la escuché llorar. Me apoyé en uno de los taburetes de la barra y me quedé mirando al frente. Vi mi reflejo en el espejo del fondo y volví a sentir esa sensación de asfixia.

—¿Qué ha pasado?

—Tuvo un accidente anoche. El otro conductor perdió el control de su coche y...

No la dejé acabar, tuve que seguir preguntando.

—¿Cómo está? ¿Está bien?

Una fuerza desconocida me oprimía la garganta. Se me había secado la boca y me costaba respirar. Estaba acostumbrada a los ataques de ansiedad, había sufrido varios en los últimos meses, y ese, sin lugar a dudas, era uno.

—No han podido hacer nada. Ingresó muy grave. Ni siquiera recuperó la conciencia...

Volvió a llorar. Yo había estado con él tres años y ella cinco meses, pero era ella la que lloraba, yo simplemente me moría por dentro y por fuera, en silencio. No podía ser verdad, debía de estar teniendo la peor pesadilla de toda mi vida. ¿Cómo iba a estar muerto? ¿Cómo?

—El funeral es esta tarde, Lara... ¿Sigues allí?

No sabía, a ciencia cierta, dónde estaba en aquel momento, pero, desde luego, no era ahí. Menudo gancho tenía la vida, de los que te destruyen sin miramientos. Pensar en él dos minutos antes, recordar el primer beso frente a esa tienda de vinilos, su voz, sus ojos profundos, castaños, todo él. Y de repente nada. Sin más, adiós. Desaparecer y desvestirme de nuevo.

—Sí... —murmuré sin convicción.

—Lo siento mucho.

—Yo también lo siento.

Hubo algo en mí que me dijo que aquel lamento no era para ella, sino para él. Me estaba disculpando por haberme portado como lo había hecho, por haberle perdido en el pasado, de la noche a la mañana; por perderle entonces, en mi presente y futuro, casi del mismo modo. Y, por extraño que parezca, me sentía igual o más culpable que la primera vez, pese a que, en esta ocasión, no había nada que yo hubiese podido hacer. Tal vez no haber salido corriendo la última vez que le vi. De no haberlo hecho, a lo mejor entonces habría tenido algún recuerdo más a su lado.

—¿Vendrás esta tarde? —inquirió Verónica.

Quise haber gritado un no, uno que se oyese en todas partes, sin embargo,

¿qué culpa tenía aquella chica? De hecho, parecía un dolor sincero, equiparable al mío. Como si el amor entendiese del tiempo que pasamos junto a una persona... ¿Quién podría jurarme a mí, por mucho que odiase pensarlo, que no se habían querido más incluso de lo que nosotros jamás lo hicimos?

—Allí estaré.

—Gracias, Lara, no sabes lo que esto significa para mí y para su familia.

No lo sabía, ni entendí a qué se refería, pero noté alivio en su voz. Fue en ese momento, tras finalizar la llamada, cuando me precipité a un abismo interior horrendo. Pensé en sus padres, que estarían en la iglesia, y en sus dos hermanas pequeñas. Pensé en el resto de la familia, a la que también conocía, en todos sus amigos y compañeros de trabajo. Podía no ir, sí, encontraría una excusa. No podía verles, no podía...

Salí corriendo hacia el aseo, cerré la puerta con pestillo y me apoyé en el lavamanos. Reprimí las ganas de llorar un poco más, tenía que ser capaz de mantener la calma. Tenía que...

Me acuclillé sin dejar de aferrarme al mármol frío. Lloré como nunca antes había hecho y me reproché a mí misma no haber sido capaz de hacernos felices cuando habíamos tenido la oportunidad, porque ahora él ya no estaba y solo quedaba yo, ahogándome en un pánico y en un dolor insospechado, que me recordaba que seguía enamorada de él y de la forma en la que bailábamos o nos sosteníamos la mirada cuando creíamos tener razón.

¿Y en ese momento? ¿Dónde estaban su voz y su risa? ¿Dónde iría su ingenio a la hora de hacer que dejase de estar enfadada? ¿Por qué me dolía tanto si hacía demasiado tiempo que ya no era nada mío?

Puede que fuera porque se había llevado todo de mí.

CAPÍTULO 2

*Dios mueve al jugador, y este, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza de
polvo y tiempo y sueño y agonía?*

Jorge Luis Borges

Ocupé la última banqueta de la iglesia en sumo silencio. Me escocían los ojos, que se habían irritado de tanto llorar. Llevaba haciéndolo, sin interrupción, desde que Verónica me había llamado. Me acompañaba Carlos, mi hermano, quien, al recibir la noticia, había decidido salir antes de la agencia inmobiliaria en la que trabajaba. No me había soltado la mano ni un solo momento, sabía que, en cualquier instante, podría venirme abajo, sucumbir al deseo de gritar o de enloquecer. Aunque ya no sabía si tenía derecho. Era su ex novia. Todos sabemos que el prefijo *ex* indica dejar de ser.

Eso era lo que me había sucedido: había dejado de ser.

Apoyé la cabeza en el hombro de Carlos y odié que de fondo se escuchasen muchas de las canciones favoritas de Raúl. Desde donde me encontraba, era capaz de distinguir a toda su familia y el féretro, que estaba cerrado. No podría haber soportado verle, no así. Su palidez no podía ser la última imagen que retuviera de él.

Cerré los ojos y apreté los dedos fríos de mi hermano. Depositó un beso sobre mi frente y yo seguí presa de ese estado soporífero. No tenía plena consciencia de lo que sucedía a mi alrededor. ¿Cómo iba a hacerlo si tan solo unas horas antes jamás me hubiese imaginado nada similar?

—Nos podemos ir, si quieres —sugirió Carlos.

Ambos sabíamos que no podíamos hacerlo. Su madre nos había divisado al entrar. Debía quedarme, darle el pésame e intentar llamar lo menos posible

la atención. Por otro lado, estaba ella. Había procurado no mirar en todas direcciones e imaginarme cuál de todas aquellas chicas sería Verónica. Debía de estar sentada delante, con el resto de los familiares, un sitio que en otra época y distintos lugares había ocupado yo. Ocuparlo ese día, de todos modos, no habría hecho que me doliera más, tal vez porque me sentía como si estuviese allí mismo, como si nunca me hubiera ido de la primera fila de su vida.

La misa fue emotiva, repleta de los discursos de las personas que le querían. Yo le quería, quizá mucho más que algunos de los allí presentes, de los que llenaban la iglesia al completo. No era mi intención decir nada, ¿con qué derecho? ¿Qué podría decir, de hecho, sin revelar gran parte de lo que sentía? No lo había aceptado, de ahí el trance en el que me parecía estar sumergida. Jamás lo aceptaría. Su pérdida sería para mí un mal sueño del que intentaría despertar el resto de mi vida.

Fue en ese momento, mientras pensaba en esto, cuando vi a una chica alta y esbelta, de ojos castaños, piel olivácea, labios acorazonados y pelo color azabache, con un corte *garçon*, acercarse a nosotros. Otros muchos ojos la seguían por el pasillo, a lo mejor por lo hermosa que era, quizá por otro motivo que se me escapaba. Sea como fuere, se detuvo a nuestra altura y me miró con tanta ternura que, durante un segundo, dejé de respirar. Vi por la expresión de Carlos que él tampoco la reconocía, por tanto, solo podía ser una persona.

Me aparté de mi hermano y me puse en pie disimulando al máximo el malestar y el vértigo que sentía, aun así, me tambaleé un poco. Fue ella la que me sujetó por ambos antebrazos y me obligó a tomar asiento de nuevo. Ella lo hizo conmigo, desapareciendo, en parte, del alcance de las miradas de la gente.

Aunque al estar sentada dejé de ver cómo las cosas daban vueltas a mi alrededor, Verónica siguió cogiéndome de las manos. ¿Qué decirle? Tal vez, comenzar por expresarle el dolor que sentía por la pérdida de Raúl, sin pasarme con el dramatismo, cosa que, a mi parecer, no hubiese sido una idea tan descabellada.

Abrí la boca para hablar, pero mi voz surgió afónica, rasgada. Ella me pasó la mano por encima de los hombros, y ese gesto, viniendo de aquella muchacha que ni siquiera me conocía, me conmovió tanto que lo acepté.

—Tranquila —susurró—. Tranquila.

Sin saber por qué, logró calmarme, devolverme cierta serenidad.

—Cuando estés mejor, nos gustaría que subieses a decir algo.

Levanté un poco la cabeza, sorprendida ante aquella extraña petición. Decir algo. Subir al púlpito, colocarme frente al micrófono, que proyectaría mi voz, y decir algo. Algo era insuficiente. Era incapaz de sostenerme en pie, y si lo hacía lograría un espectáculo lamentable, ¿cómo iba a entonar una elegía?

Negué repetidas veces con la cabeza. Tenía la garganta seca y áspera. Me pasé la mano por el cuello. Debía respirar o de lo contrario acabaría como en otras ocasiones, respirando en el interior de una bolsa.

—Él siempre decía que tenías un don para las palabras. Y tenía razón. Leíamos tu columna todos los sábados.

Había estado dos años y medio escribiendo críticas literarias en un periódico nacional. No todas eran buenas, por supuesto. Como en el trabajo de editora, allí también había despertado la enemistad de algunas personas. Es imposible tener el apoyo de todo el mundo, aunque lo que más me extrañaba era haber conseguido el de ellos, como pareja.

—No puedo, Verónica...

—Se lo debes.

Y me dolió, no el tono, que fue de lo más amistoso, sino la certeza de saber que tenía razón. No me estaba recriminando nada, más bien me daba la oportunidad de despedirme, de renunciar a la espina que se me quedaría incrustada en el pecho de ese momento en adelante. Creo que fue el deseo de reconciliarme con él lo que me llevó a decir que sí, que lo haría si eso me ayudaba, al menos en parte, a entender qué estaba sucediendo.

Verónica me cogió de la mano y fuimos juntas hacia el centro de la iglesia, y con ese gesto despertamos la curiosidad de todo el mundo. Ella me soltó ante las escalerillas que me llevarían hasta el micrófono. Intenté tragar saliva. Me entraron ganas de toser. Miré hacia el fondo: vi a Carlos intentar sonreír, me animaba a subir. Asentí y evité el ataúd.

Alisé la tela del vestido negro en un acto reflejo, porque me sudaban las manos y no sabía dónde colocarlas. Aún me temblaban los pies. Cada segundo de ese lunes me pareció surrealista y dolorosamente inevitable. La vida, como la muerte, lo es. Hay fuerzas mayores a nosotros mismos que nos traen a este mundo y nos alejan de él sin avisar. A veces sin haber descubierto siquiera quiénes somos ni qué queremos.

Me humedecí los labios cuando estuve de cara a los asistentes a la misa. Todo el universo volvía a dar vueltas en la retina de mis ojos. Nunca había sido especialmente buena hablando en público. Había logrado superar parte

de mi timidez gracias a mi trabajo. Me obligaba a ser alguien diferente para poder sobrevivir en esa difícil industria editorial que cambiaba sin cese. Pero hablar de despedidas, extrapolar el dolor a la palabra... Esa seguía siendo mi gran tarea pendiente. Huir, siempre escapar del trágico momento en el que decimos adiós.

—Hola —me escuché diciendo.

Me pareció patético, por eso me llevé las manos a los ojos y los cerré con fuerza. Eso solo provocó que al abrirlos me mareara de nuevo. ¿Qué decir? ¿Cómo empezar? Pensé que citando a alguien, a un escritor que a él le apasionaba, Jorge Luis Borges. Era ridículo que procediese en un panegírico oral como en un trabajo académico, sin embargo, no fui capaz de hacerlo de otra manera.

Recité de memoria el último terceto del «Ajedrez II». No sé si entendieron la referencia, si supieron lo relevante que era la obra del escritor argentino para Raúl. Guardé silencio y decidí personalizar el discurso. Llenarlo de cosas que solo él comprendería, de guiños a su vida, pero también a la nuestra.

—Raúl es música —utilicé el presente y algunos se removieron en sus asientos, sin embargo, la mayoría sonrió—. Da igual a dónde vaya, siempre encuentra una banda sonora.

Ví a Verónica de refilón. Se estaba secando un par de lágrimas de las mejillas.

—Es más, es nuestra música. Nos ha llenado los días de canciones que nunca podrán irse. Las ha ido dejando bajo custodia. Nos ha regalado parte de él, la mágica forma de encontrarle cuando menos lo esperemos: en un bar, en un anuncio de televisión, en una película, en el autobús... En todas partes.

Algunos asintieron y otros siguieron permaneciendo a la espera. Supongo que se estarían preguntando a dónde quería llegar. Ni yo misma lo sabía. Lo que tenía claro, no obstante, era que quería dejarle algo mío. Quería que se llevase consigo esas palabras que él fue transformando con los años.

—Tenía esa obsesión tan suya de dejar huella, de permanecer a toda costa, como un estribillo insistente que tararearías a todas horas. Por eso digo que es música, su forma de ver la vida lo es. Si no la hay, la crea. La encuentra en cualquier parte, sobre todo donde nadie la escucha.

Me aferré al borde de la palestra de madera y contuve un instante la respiración. ¿Estaba siendo coherente en lo que decía? Había perdido el hilo durante un momento. Unas tijeras invisibles lo habían cortado porque estaba

utilizando demasiadas metáforas para decir lo que en realidad sentía.

—Me enamoré de él porque era capaz de transformar el ruido en silencio o en acordes que se acompañaran a mi caótica vida.

No pensé en que a alguien fuese a molestarle mi sinceridad. Tenía derecho a decirlo en voz alta, al menos una vez. No estaba prohibido sentir, expresarlo, liberarlo. Así que lo haría. Renunciaría a mis miedos durante un par de minutos. Sería Lara sin oposiciones.

—Le sigo queriendo precisamente porque aún logra bajar el volumen de mi ruido.

Debía concluir, bajarme del púlpito e irme.

Contemplé a los que estaban sentados en la primera fila, pero no diferencié sus caras porque tenía los ojos empañados en las lágrimas que me empeñaba en mantener a raya.

—Ahora es su turno para encontrar silencio. Espero que se lleve consigo toda la poesía y los sueños que se le quedaron a medias, y que nos deje alguno que podamos regalarle desde aquí.

Miré, por primera vez, hacia donde descansaba su cuerpo sin vida.

—Te enviaremos mucho ruido, para que nos sientas cerca, Raúl.

Al pronunciar su nombre, se me vino el mundo encima, a derechazos limpios que me deshicieron el cuerpo y el alma. No sé cómo logré bajar las escaleras. Solo recuerdo ver como todo el mundo se ponía en pie, como su madre se acercaba a mí y me abrazaba con calidez y sin resentimiento por el daño que en algún tiempo pasado pude haberle causado a su hijo. Después pasé a otros brazos, los de su padre, a los que se sumaron sus hermanas y después, de nuevo, Verónica.

Ella tardó más de la cuenta en separarse. Puede que se debiese al shock que estaba experimentando, pero entonces no me hice demasiadas preguntas sobre la actitud que manifestaba. Tal vez era su personalidad, su modo de sentir. Envidiaba a la gente que podía liberarse de las corazas, de las apariencias que en algunas ocasiones sostenemos para que no nos juzguen y no nos miren.

Parecerá extraño, sí, por quien era yo y quien ella, sin embargo, el suyo lo sentí como el abrazo más sincero, sin prejuicios. Una desconocida, que además era la novia de mi ex novio, me ofrecía esa paz momentánea que necesitaba. Era especial, lo notaba en sus ojos, en la discreta manera en la que retorció el pañuelo de tela entre los dedos, en cómo le vibraba el labio inferior cuando intentaba sonreír, en la forma de mirar por encima de sus

pestañas. Puede que todas aquellas pequeñas cosas que yo vi entonces hubiesen influido en que Raúl se enamorase de ella. Y, por primera vez, me alegré.

—Será mejor que me vaya —anuncié.

Sentía en las sienes dos tambores que rugían y me desestabilizaban.

Verónica asintió al tiempo que Carlos se acercaba y me pasaba un brazo alrededor de la cintura. Los presenté en un acto reflejo y ella le estrechó la mano. Después sacó de su bolso una tarjeta y me la tendió. En ella estaban sus datos y la dirección de su trabajo. Decoradora de interiores. Un bonito oficio, desde luego. Yo nunca había sabido ni cuál era el lugar idóneo para colocar el sofá.

—Llámame, por favor, me gustaría darte unas cosas que él hubiese querido que tuvieses.

Pensé que se trataba de antiguos regalos que yo pude haberle hecho mientras éramos novios, pero sabía que él nunca devolvía un regalo. Entonces ¿qué otras cosas le hubiese gustado darme? Y, lo más importante de todo, ¿estaba preparada para tener esos objetos cerca?

—Verónica, yo no sé si...

—Por favor, Lara.

Sus ojos eran transparentes, eran bondad. ¿No había nada malo en aquella mujer? ¿Ni un atisbo de duda que me impidiese decirle que sí? Quería negarme, evitar más encuentros con ella. Porque sí, Raúl era música, y en parte había creado varias canciones para Verónica, sin embargo, yo no estaba dispuesta a escucharlas una y otra vez, a...

Me cogió de la mano de imprevisto.

—Por favor.

Suspiré y, como estaba muy cansada y solo quería meterme en la cama durante los siguientes nueve años, asentí y le prometí llamarla. Fue en ese momento cuando me pregunté por qué me daba su tarjeta, si yo ya tenía su número de teléfono.

Con el tiempo, descubriría que, de vez en cuando, los humanos actuamos inconscientemente porque el destino así lo quiere. Por eso y porque nos olvidamos de las promesas que hacemos y, un día, sin más, encontramos algo que nos lo recuerda, que nos empuja hacia lo mágico.

CAPÍTULO 3

*De mis días pasados la antorcha se consume,
se apaga por grados al soplo de la desgracia,
o, si lanza a veces una luz débil,
es cuando tu memoria en mi pecho lo vuelve a encender.*

Alphonse de Lamartine

Durante varias semanas tuve la cabeza llena de pájaros que me picoteaban las ideas y lograban hacerme sentir perdida. Era una sensación que, por nada del mundo, hubiese querido experimentar, porque, de repente, ya nada me parecía tan bueno como yo creía, ni me satisfacía la idea de hacer cualquier cosa para llegar a donde quería. En aquellos días, me cuestionaba demasiadas cosas, las buenas y las malas.

Cuando era pequeña, estar cerca de mis padres me ayudaba a centrarme, a tomar decisiones. Sin embargo, a mis veintiocho años ya no podía acudir a sus brazos y quedarme allí esperando que fuesen ellos o un milagro divino los que me devolviesen parte de la sensatez que siempre había tenido.

Era invierno en Madrid, uno extraño, en el que de repente hacía calor, en el que, sin previo aviso, nevaba. Vi los copos de nieve caer entre las farolas desde la ventana del pequeño piso que compartía con Carlos en Malasaña. Podríamos haber alquilado otro, más grande, más cómodo, pero había tantos recuerdos en ese... Era acogedor y nos apasionaba la amplitud de los ventanales y la luz tan especial que se filtraba a través de ellos desde noviembre a finales de febrero. Esos siempre fueron mis meses favoritos. Puede que fuese la melancolía que sentí aquel viernes por la noche, al ver nevar, la que me llevó a tomar una decisión impredecible.

Carlos estaba sentado en el sillón, completando unos formularios para la

inmobiliaria. Me recogí el pelo, demasiado largo, me metí el jersey por dentro de los pantalones de chándal y cogí la taza de té de ciruela que había dejado encima de un montón de libros. Me acerqué a él y me senté en una esquina del sofá que había a su lado. No me prestó atención, no al menos con los ojos, porque mi hermano, cuatro años más pequeño que yo, siempre sabía cuándo quería decirle algo.

—¿Qué pasa?

Por primera vez en las últimas semanas, sonreí de verdad. Estaba orgullosa de él. Había madurado tanto en tan poco tiempo... A veces, ya no sabía cuál de los dos era el mayor. Creo que cogió ese relevo cuando Raúl me dejó. Cuidó de mí como yo había hecho con él toda mi vida.

—En la editorial tienen un proyecto fantástico entre manos y estoy pensando en aceptarlo.

—¿Más trabajo?

Se apoyó contra el respaldo del sillón y esta vez sí que me miró. Era una trabajadora nata, no podía estar más de dos segundos sin hacer algo productivo, sin embargo, ambos sabíamos que últimamente procuraba, a toda costa, mantener mi tiempo ocupado, así evitaba pensar; pensarle, en realidad. Mantenía a Raúl a raya y fingía que seguía haciendo su vida al otro lado de la ciudad.

—Está muy bien pagado —expliqué.

—Vivimos bastante bien.

Y era cierto. En casa entraban su sueldo y el mío y, aún ayudando a nuestros padres, podíamos llevar una vida decente. No se trataba de dinero, se trataba de mí y de hacer lo que mejor se me daba: huir.

—En realidad, no había más voluntarios. Ya sabes que muchos de los editores son padres de familia y...

Carlos asintió e hizo una mueca de pasotismo con los labios y las manos.

—Claro, como tú no necesitas descansar y socializar...

—Solo durará tres meses —seguía hablando yo, sin revelar la otra parte de la verdad que estaba guardándome.

—¿Y en qué consiste esa maravilla que te entusiasma tanto?

Podía darme cuenta, a veinte pueblos de distancia, de cuándo Carlos utilizaba un tono irónico conmigo. Era cierto, en realidad el proyecto en sí mismo me era indiferente. Seguramente en otro momento, hace años, hubiese sido un motivo para dar saltos por la casa y reírme a carcajadas sin motivo aparente. Ahora, tan solo era una escapatoria.

—En publicar a algunos de los poetas mexicanos actuales. Quieren hacer una colección, con presentaciones, firmas de libros, recitales...

—¿Mexicanos?

Asentí y, lo reconozco, tragué saliva al ver el gesto de su cara, para nada amigable. Carlos siempre había sido un chico muy inteligente y perspicaz, no le hacía falta más información para cerciorarse de que ya tenía la maleta a medio hacer.

—De modo que te vas a México tres meses, así, sin más.

—No sería la primera vez que tengo que viajar, te lo recuerdo.

Me levanté del sofá y fui de nuevo hacia la ventana. Frente a ella habíamos colocado un gran escritorio, donde solíamos trabajar, aunque mis libros ocupaban la mayor parte de él. Busqué entre las pilas algo que pudiera llevarme a la cama.

—Ni las mismas circunstancias. ¿Qué te hace pensar que voy a dejar que te vayas a México ahora?

Ahora quería decir, básicamente, que estaba deprimida, hundida en un pozo del que no sabía cómo salir, salvo siguiendo adelante. Cuando me propusieron ir a México, pensé en qué habría hecho de haber seguido Raúl con vida. Hubiese ido. Sí, sin duda alguna. Tenía que seguir haciendo las mismas cosas, pese a que me doliesen mucho más.

—No necesito que me dejes, Carlos. Ya soy una mujer adulta.

—Seguro.

Ignoré el tono de su voz.

—Además, piensa en lo positivo, tendrás la casa para ti solo —levanté las cejas un par de veces, sugerente—. Podrás traer a quien quieras.

—¡Eh! No intentes venderme algo que compré hace tiempo.

Fruncí un poco el ceño y él se rio a carcajadas. Que traía chicas a casa lo podía intuir y el fin también lo tenía bastante claro, lo que aún seguía preguntándome era cuándo, porque nunca había coincidido con ninguna.

—No vas a ir —sentenció.

Fui yo la que me reí en esta ocasión. Nunca había dejado que nadie me dijese qué podía hacer. Quizá en algún momento de mi vida hubiese limitado mi potencial, sobre todo en el trabajo, pero ahora no quería dar un paso atrás. Entendía la preocupación de mi hermano, sin embargo, no justificaba el hecho de que creyese que podría darme permiso para vivir.

—Buenas noches, Carlos.

Cogí la taza de té y una antología poética del Romanticismo, sí, un

periodo literario para nada deprimente, y me encaminé hacia el dormitorio. Carlos me tomó de la mano al pasar por su lado y, aunque no era conocido por su delicadeza, estampó un beso en mis nudillos.

—Sabía que no te haría cambiar de opinión, pero es mi deber.

—Y por eso te lo perdono.

—Prométeme que, por lo menos, vas a disfrutar de la experiencia. Inténtalo. No sigas siendo esa rancia en la que te convertiste un día sin saber muy bien por qué.

Le di un puñetazo en el brazo, como solía hacer cuando éramos adolescentes. Entrecerró uno de sus ojos castaños, envueltos en una infinidad de pestañas, y un mechón de pelo negro cayó sobre su frente.

—Yo no soy ninguna rancia, estúpido —me quejé.

Era cierto que mi timidez nunca me había permitido ser excesivamente extrovertida y, en su defecto, vivaracha, no obstante, tampoco podía decirse que fuese el aburrimiento andante. Solo que no estaba atravesando el mejor momento de mi vida. No era excusa, lo sé. Llevaba viviendo en ese instante congelado demasiado tiempo. Quizá ya iba siendo hora de tomar otro camino, de abrir un paréntesis en el que me permitiese una tregua personal y emocional, algo que volviera a hacerme reír, vibrar en algún sueño que antes me hacía temblar de emoción.

Emoción, ¿cuándo había sido la última vez que la había sentido? No la que sientes al llorar durante horas, cuando las noches son demasiado largas. No, el otro tipo. Me refiero a una oda, a una maldita oda al «carpe diem». ¿Dónde estaba mi ilusión? ¿Y mi entusiasmo?

—No siempre fuiste así, intenta recordarlo, porque te estás transformando en alguien que, de mirarse alguna vez en un espejo, no se gustaría.

—¿Me estás llamando fea?

Eso ya rozaba los límites de la mala educación. Era mi hermano y, por eso mismo, se suponía que debía recibir por su parte un apoyo mayor del que pudiera ofrecerme cualquier desconocido, incluso yo misma.

—Solo por dentro.

Me mordí el interior del labio y sentí que me ardían los ojos. Carlos me miraba a la espera de que fuese a echarme a llorar. No lo hice, procuré comportarme como la mujer madura que se suponía que era, algo que había perdido de vista dadas las circunstancias. Y como cualquier adulto que se siente atacado con la odiosa verdad, reaccioné dándole una colleja y

diciéndole:

—¡A callar y a dormir ya, joder!

Carlos se quejó por el manotazo, después bajó la mirada al suelo y de ahí fue de nuevo a mis ojos.

—¿Te hace sentir más valiente?

Su pregunta me sorprendió, al igual que otras muchas cosas en él.

—¿El qué?

—Irte, dejar esto —abarcó la estancia con los brazos—, empezar de cero.

—No se puede empezar de cero; si te llevas a quién eres contigo, no.

—Pues no te lo lleves, Lara, déjalo aquí, ¿qué más da? ¿Quién te va a recriminar que seas feliz? —hizo una pausa al ver que me temblaban los hombros—. Salvo tú. Él no va a volver. Tuvo tiempo de hacerlo durante ese último año, y tú también lo tuviste. Pero hay cosas que nunca regresan, hay personas que se van, de un modo u otro, y a veces no hay motivo para quedarse a esperar su vuelta. No va a volver.

Se puso en pie y colocó sus manos en los laterales de mis brazos. Bajó un poco los ojos y los clavó en los míos.

—No va a volver —me repitió como si no hubiese sido capaz de asimilarlo la primera vez.

No se equivocaba, porque no quería ser capaz, necesitaba retenerle y esperarle, igual que había hecho durante tantísimos meses. Pero ¿cuál es el remedio para la muerte? ¿El olvido? ¿Es tan horrible como olvidarse de alguien para siempre? ¿Borrarle de ti y de todo? Raúl no merecía eso, aunque tampoco debía ser mi responsabilidad honrar su recuerdo.

—¿Has llamado a Verónica?

Me alejé un paso de él, involuntariamente. ¿Por qué me preguntaba por ella? No me apetecía hablar de nada que tuviese que ver con aquella chica. Bueno, si nos ponemos puntillosos, tampoco tendría que hablar de Raúl, en ese caso. Sentía, sin embargo, que ese era terreno compartido: nos pertenecía a ambas, puede que no en igual medida, pero sí que era nuestro.

—No, ¿por qué?

—Porque te pidió que lo hicieras y han pasado semanas ya desde el funeral.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué no la llamas tú si estás tan interesado?

Carlos puso los ojos en blanco y dejó caer los brazos a sus costados.

Sabía que cuando me ponía a la defensiva no había manera humana de sostener una conversación razonable conmigo. En el fondo, lamentaba cerrarme a él de esa manera. Era un acto reflejo para esquivar las balas que, de vez en cuando, la gente que me rodeaba me disparaba para hacerme entrar en razón.

—Deberías llamarla.

—Carlos...

—Hazlo antes de irte.

—Ya veremos.

Y sabíamos, los dos, que eso, en mi idioma al menos, era un claro no.

Recorrí los cuatro pasos de pasillo que había en el apartamento, entré en mi habitación y, al cerrar la puerta detrás de mí, apoyé el cuerpo en ella y eché la cabeza hacia atrás. El dormitorio estaba a oscuras. Me dejé caer con lentitud hacia el suelo, flexionando las piernas a medida que me encogía sobre mí misma, con la taza de té en una mano y el libro en la otra.

Tendría que levantarme, en algún momento debía hacerlo. Miré las siluetas de las maletas en una esquina de las cuatro paredes en las que vivía. Necesitaba irme de verdad, desaparecer y perder el contacto con mi mundo, con mi gente. Por lo menos durante un tiempo. Tres meses podían cambiarlo todo, podían, sobre todo, rehabilitarme la sonrisa, que brillaba por su ausencia, como la risa, como la felicidad.

Lo único que había dejado Raúl tras de sí era ruido. Encontraría la manera de acallarlo, de silenciarlo. En algún momento de ese viaje, podría volver a escuchar mi voz por encima del caos en el que gritaba sin que nadie me oyese o, quizá, lograría que todo el mundo se percatara de que era una Lara diferente, como Carlos había apuntado, una que ya no le gustaba a nadie.

Ni siquiera a mí misma.

El reflejo que me devolvió aquella noche el espejo me hizo sentir como Carlos me había dicho: fea. No se debía a nada físico, aunque era evidente que me había descuidado hasta un punto insospechado. La fealdad salía de la profundidad del pecho, del vacío y de mi insistencia en no aceptarlo, en intentar obviarlo o llenarlo con más vacío.

Cuando me metí en la cama, con el billete de avión sobre la mesita de noche, me prometí una sola cosa, algo que debía encontrar a toda costa en México: la forma de volver sin tener miedo a lo que pudiese encontrarme en las calles, en mi día a día, en las personas, en los recuerdos. Si lo conseguía, aún quedaba esperanza.

CAPÍTULO 4

Digo tu nombre con todo el silencio de la noche.

Jaime Sabines

Vivir en la habitación de una mujer es descubrir un universo alternativo en el que, llegado el momento idóneo, te acostumbras tanto al tono pastel que comienzas a plantearte si tu casa no necesita una mano de pintura o si, por otro lado, tendrías que haber nacido chica. Supongo que, de haberme transformado en una, habría sido especialmente fea. Con mi barba de cinco días, el vello en el pecho y mi metro noventaitrés de altura habría asustado a cualquiera. He de decir, no obstante, que era un dormitorio bastante neutral, donde reinaba el blanco, que daba sensación de amplitud. Había, además, muchos libros, centenares de ellos, fotografías y algunos cachivaches inservibles que yo, personalmente, jamás hubiese comprado.

Había ido a Madrid para hacerle un favor a mi padre, que seguía ejerciendo como abogado allí. Necesitaba mi ayuda en un caso que llevaba su bufete, y me había desplazado desde Barcelona con la firme intención de ganarlo. Eso no conllevaba, sin embargo, que quisiese quedarme durante esa temporada en su casa, con su tercera mujer, más joven y rubia que las anteriores. Era una cuestión de empatía con mi madre, que seguía odiándole por ser un cabrón. Yo había ido meramente por asuntos de negocios y porque, por primera vez, había tenido los cojones de reconocer que yo, su hijo, era mejor que él. No creía que fuese a repetirse eso hasta la extinción de la humanidad, así que había cogido el primer tren.

Mi plan inicial había sido quedarme en un hotel hasta la vista del caso, que podía alargarse más de lo conveniente, aunque tal vez para nosotros, la defensa, fuese favorable. Y así lo hice, alquilé una pequeña habitación en un hostel en pleno centro de la capital, de todos modos, los gastos corrían a cargo

de mi progenitor. Sin embargo, duré en esa habitación, no porque no estuviese a gusto, sino porque un día que iba corriendo, trajeado a principios de un marzo cálido, me encontré con un antiguo amigo.

—¿Rafael? —oí que me llamaban.

Me di la vuelta entre la multitud y miré a un lado y a otro, hasta que divisé a un chico alto, despeinado, que llevaba puesta una camiseta blanca con letras negras: *Girls can do anything*. ¡Y cuánta razón había en esa frase! Sobre todo, podían hacer *anything* con nosotros, los hombres.

—¿Carlos? —pregunté.

Se acercó a mí y le di un sincero abrazo a ese muchacho que había crecido considerablemente en los últimos años. Al terminar la carrera había trabajado un tiempo impartiendo una asignatura optativa en la universidad. Reconozco sin problema alguno que fue una cuestión de enchufismo desmedido, pero me permitió ahorrar para irme a Barcelona, donde ya no valía solo el apellido de uno, sino también sacarse las castañas del fuego. Y joder cómo quemaban a veces las jodidas.

Carlos había sido uno de los pocos que habían escogido la asignatura. Era un alumno brillante que se aburría rápido, sin embargo, eso no le impedía sacar dieces a mansalva. La facilidad de los genios, me figuro. Había una diferencia de seis años entre nosotros, no obstante, eso no imposibilitó que encontrásemos aficiones en común, como el baloncesto. Aún podía recordar muchas noches de bar, con amigos, bebiendo cervezas y contando cosas que profesores y alumnos no deberían compartir.

—¿Has vuelto a Madrid? —inquirió.

—Asuntos de trabajo. Mi padre casi ha suplicado que viniera.

Sonrió, seguramente recordando cómo solía poner a parir a ese gran abogado, el tiburón sin ley, que era mi padre.

—¿Y te vas a quedar mucho tiempo?

—Espero que no más de dos semanas, si todo sale como tengo previsto.

—¿Alguna vez te ha salido de otra manera?

Nos reímos y seguimos durante un buen rato, en medio de la calle, preguntándonos sobre cómo nos había tratado la vida. Si bien es cierto que, de vez en cuando, nos habíamos enviado algún mensaje, con la distancia, la madurez y las responsabilidades, habíamos perdido un poco el contacto.

—¿Y dónde te estás quedando? No me digas que en casa de tu padre.

Eso era demasiado fantasioso, incluso para cualquier novelista.

—En un hostel, aquí cerca.

—¡Anda ya! Menuda gilipollez, podrías haber avisado, hombre.

—¿Es que te has independizado, Carlitos?

Lo último que sabía era que vivía con su hermana. En ese momento ni siquiera recordaba cuál era su nombre. No había llegado a conocerla. Por lo que Carlos me había contado, ella tenía una personalidad diferente a los demás. Vamos, que yo había interpretado que era rara de cojones, y sin ánimo de prejuzgar, por supuesto. Además, por aquella época, andaba en asuntos de amores con un locutor de radio que, a mí personalmente, no me gustaba nada. Parecía cortado por el mismo patrón que otros tantos tíos. Tal vez en vez de rara era aburrida.

—Ojalá, sigo viviendo con mi hermana —explicó él.

—¿Y qué quieres, meterme en su cama?

Lo dije de coña, como en los viejos tiempos, y aunque sonrió, me señaló con el dedo índice.

—Cuidado con lo que dices de mi hermana, ¿eh?

Levanté las manos en clara señal de paz y él me explicó, muy por encima, que Lara se había ido a México por trabajo y que aún estaría fuera dos meses. Así que su habitación estaba libre y Carlos, ingenuo y, en el fondo, hospitalario, dijo que a su hermana no le importaría que me hiciese ese pequeño favor mientras tanto. ¿Dónde iba a estar más a gusto que con un amigo?, me dijo él. Eso era cierto.

No sé por qué lo hice, pero acepté. Dije que sí sin pensármelo.

Cuando abrí la puerta del dormitorio y respiré ese aroma propio del lugar donde hace vida una mujer, sentí una suerte de sorpresa. Era acogedor, aunque no me sintiese muy identificado con la decoración.

—Ponte cómodo —me había dicho Carlos esa noche, cuando me había plantado en el apartamento con mis pertenencias—. Tienes la casa para ti, yo he quedado con una amiga.

—¡Qué buen chico eres, Carlos! Has quedado con una amiga...

Le di un codazo en el pecho y él puso los ojos en blanco.

—Si prefieres que la traiga a casa para que escuches el golpeteo de mi cabecero en tu pared...

Le pegué un empujón y se fue riendo. Era un buen chico, siempre lo había sido, pese a que intentara ocultar detrás de ese aire suyo de moderno desenfadado que, en el fondo, era un enamoradizo.

Cuando se fue, le tomé la palabra y me puse cómodo. Me paseé por el

apartamento y estuve mirándolo todo con ojo analítico. Nada más entrar estaba el salón, una estancia de paredes redondas con unos ventanales que llegaban casi hasta el suelo. Frente al más grande había un escritorio, repleto de libros. Debían de ser de ella. Me acerqué y ojeé algunos. Me enorgullecí al darme cuenta de que había leído un sesenta por ciento de los que había apilados. Que mi abuela fuese profesora de lengua y literatura no tenía nada que ver, por supuesto que no.

En medio del salón había una televisión de pantalla plasma en la pared y un pequeño mueble con cajones. En medio, sobre una alfombra de color rojo, una mesita de café, acristalada, un sofá y un sillón. A la derecha estaba la cocina, diminuta, he de decir, a duras penas podían estar dos personas a un mismo tiempo, aunque ellos parecían apañárselas bien. Cada cosa estaba estratégicamente colocada en su sitio. Logré encontrar la cafetera, así que, en los siguientes cinco minutos, me dediqué a buscar el café. Curioso, no había. Renuncié a la cafeína y me bebí un vaso de agua.

Recorrí el pasillo, es decir, di un par de pasos. A la izquierda estaba el baño, el triple de grande que la cocina. Eso era bueno, en realidad, comodidad para relajarme y asearme tendría. Después, los dos dormitorios. Era un piso diáfano, y aunque un poco pequeño para mi gusto, he de confesar que me resultó agradable.

Volví a entrar en el dormitorio, donde había dejado las maletas sin deshacer. Paseé de un lado a otro mientras miraba cada una de las pertenencias de su propietaria. Nunca la había visto, ni siquiera sabía cómo era. Pero allí estaba, en una foto frente a la Torre Eiffel, con una larguísima melena rubia, brillante, y los ojos más verdes que haya visto en toda mi vida. Era alta, bastante, debía de medir más de un metro setenta. Una estúpida voz en mi cabeza susurró: como a ti te gustan, rubias y altas. Me llevé una mano a la cabeza y me rasqué la frente.

Había otras fotografías, en la mayoría aparecía sola, en otras con su hermano y sus padres, en algunas con sus amigas y en una sola con el que supuse que era el locutor de radio. ¡Qué demonios! Sabía que era él, ahora la cara de las voces que escuchamos ya no son un misterio, se pueden *googlear*. No hacían mala pareja, aunque no se les veía especialmente felices. A ella por lo menos no. Había mucha diferencia entre la sonrisa de esa foto y la de París. Bueno, ¿y a mí qué coño me importaba?

Aún no había probado la cama, así que fui hacia ella y me dejé caer, literalmente, sobre el colchón. Cerré los ojos de placer, era diez veces más

cómodo que el del hostel. Tenía un tacto semejante al mío, el que había en mi casa de Barcelona. Debía de ser el mismo, a juzgar por el tamaño, pero olía diferente. Perdí el raciocinio durante un segundo al tiempo que se me cruzaba esa comparación por la mente, después me pregunté si ese olor era el del detergente o su perfume. En el tocador que había frente a la cama, vi varios frascos. ¿Levantarme y curiosear o comportarme como si tuviese treinta años? Opté por lo segundo, aunque sí que me incorporé.

Abrí una de las maletas y saqué una sudadera, unos pantalones grises y ropa interior. Fui al cuarto de baño, abrí el grifo del agua caliente de la ducha y me desnudé en silencio. Había una cosa que sí que echaba de menos, muchísimo, la música de la vieja radio que había en casa. Pero no podía ser tan rematadamente quisquilloso, era un sitio estupendo y yo podría amenizar la ducha con mi potente voz. O podía estarme callado.

Me miré en el espejo, a medio empañar, antes de colocarme bajo el chorro caliente. Parecía cansado, parecía mayor o diferente bajo esa luz blanquecina que me iluminaba los ojos y alguna cana que brillaba entre el resto de mi pelo cobrizo. Después me metí en la ducha y dejé que el agua me empapase por completo. Allí solo, pensé en que ese día, al encontrarme con Carlos, me había sentido nuevamente como si tuviese veinticinco años. Esa sí que había sido una buena época, en la que no tenía grandes preocupaciones, pero sí unas aspiraciones que necesitaban sacrificios, sobre todo personales, algo que me había empujado a elegir el tipo de vida que quería llevar, el de la soledad, el de las relaciones cortas que no me ataban a ningún lugar, que me permitían estar en Madrid en ese momento.

Tendí la mano para alcanzar un frasco de gel que olía a coco y vainilla, dudaba que ese fuese el de Carlos y, en efecto, no lo era. Había otro bote un poco más arriba. Daba igual, ese olía especialmente bien, olía al edredón y a las sábanas de mi nueva cama, al menos hasta que su dueña se enterase de que estaba de visita.

Me enjuagué el jabón y cerré el grifo. Corrí la mampara y salí con una toalla atada a la cintura. Me sequé frente al espejo. Al levantar la mirada, vi en el cristal su nombre escrito en el vaho. Miré hacia la puerta, la abrí y le hablé al pasillo.

—¿Hola?

No contestó nadie. Volví a entrar al calor del baño y pensé que, quizá, lo había escrito tiempo atrás. Eso demostraba que, por lo menos desde que ella se había ido, Carlos no había limpiado el espejo del baño nunca.

Lara.

Pensé en si lo había escrito la última noche que se duchó en casa. Sonreí sin saber por qué. Me vestí, recogí el baño y busqué el cesto de la ropa sucia junto a la lavadora, en la galería que me había enseñado Carlos al llegar a la casa.

De nuevo en el dormitorio, cogí las carpetas con los papeles del caso, eché el edredón a un lado y me metí en la cama, pero no pude trabajar. Me relajé tanto que, poco después de dejar caer la cabeza sobre el almohadón, me quedé profundamente dormido y soñé, por absurdo que pueda parecer, con su nombre escrito en el vaho del espejo.

CAPÍTULO 5

Aquí empieza la historia. Fue una tarde en que se habían puesto las palomas.

Carlos Sahagún

Las dos semanas iniciales se convirtieron en más días, pero a esas alturas ya no importaba demasiado. No es que no echase de menos mi rutina en Barcelona, por supuesto que sí, pero me había acostumbrado tanto a ciertas cosas que podía aplazar la vuelta un poco más. Y un reencuentro. Entre esas cosas estaba trabajar frente a aquel enorme ventanal desde el que tenía la sensación de que se veían todas las farolas de la calle. Era mi lugar favorito de la casa, allí estaba en paz, pese a las dificultades que pudiera entrañar el próximo juicio.

—Carlos, te suena el maldito teléfono —grité desde el salón.

Había dejado el móvil sobre el escritorio y no paraban de entrarle mensajes, lo que hacía que me desconcentrara. Debía de estar en la ducha porque no contestó a mi gruñido. Le di la vuelta al aparato: la pantalla estaba iluminada. Lara. Ella enviando mensajes desde México. Al otro lado del charco debía de haber amanecido hacía muy poco.

«Oye me ha dicho la vecina de enfrente que un hombretón de dos metros entra y sale de nuestra casa a todas horas, ¿qué pasa?».

Me descojoné. Puto Carlos, no le había dicho a su hermana que estaba viviendo con él. Seguro que así la liaríamos, y gorda. Entró otro mensaje que también me hizo reír.

«Creía que te gustaban las chicas. No es que me importe, pero ¡joder, Carlos, no me cuentas nada!».

La chica de las fotos era una deslenguada, por lo visto. No estaba bien

que le mirase el teléfono a mi amigo de esa manera, pero me convencí de que, al fin y al cabo, era de mí de quien hablaba. Merecía echarle un vistazo.

«Por la descripción de la abuela, hubiese jurado que se trata de aquel tío raro profesor tuyo...».

Así que «tío raro», vaya, vaya. ¡Qué maja la niña!

«Te echo de menos. México es un hervidero de vida y de gente. A veces...».

Fruncí automáticamente el ceño, no sé por qué. ¿Qué quería decir con ese «a veces» que dejaba en el aire? Seguro que algún comentario de esos empalagosos y llenos de sentimentalismo que tanto frecuentamos cuando reflexionamos demasiado.

«Te envió una foto comiendo frijoles».

La foto apareció en la pantalla enseguida. Salía ella, un poco más morena que en las fotografías que había visto en su habitación. Intenté no pensar en ello, pero era más que atractiva. No me hubiese importado darle un repaso a su cama con ella dentro.

Negué con la cabeza. Al regresar a Barcelona tendría que echar mano de mi agenda para despejar las ideas y desfogarme un poco. No es que fuese un animal en celo, ni mucho menos, pero la testosterona era mi fuelle de trabajo, me ayudaba a despejar la mente y a estar pendiente de lo importante, y no de las mujeres que pasaban por mi lado. Tal vez, podría salir por Madrid, como en los viejos tiempos, con Carlos.

Salió de la ducha poco después, con el pelo mojado y la cara afeitada.

—Tu hermana no para de enviarte mensajitos.

—¿Ahora me miras el móvil como un novio celoso? —preguntó él, riéndose.

—Bueno, teniendo en cuenta que Lara se cree que soy tu amante, ¡qué menos! ¿No te parece?

Le cambió el semblante.

—¿Mi amante? ¿Estás de coña?

—No —contesté sin mirarle, centrado en el documento que acababa de abrir en el portátil—. Se piensa que te van los rabos.

Cogió su móvil y echó un vistazo a los mensajes que yo ya había leído. Tardó poco en echarse a reír a pleno pulmón. Mientras recobraba el aliento, el tono de llamada de *Skype* comenzó a sonar.

—Es ella.

Me hizo una señal con el dedo sobre sus labios para que me estuviera

callado. Le mandé a la mierda, por tenerme escondido como si le estuviese poniendo los cuernos conmigo o algo.

—Lara, ¿qué pasa? —contestó.

Escuché su voz al otro lado de la pantalla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no me contestas a los mensajes? —preguntó decidida.

Volví a sonreír, lo supe al ver mi reflejo en la pantalla del ordenador.

—Estaba en la ducha —contestó él.

—¿Con quién?

Había malicia en su voz.

—Solo, por desgracia. Envíame una mexicana que me enjabone la espalda, anda —dijo, aguantándose las ganas de reír.

Lara no tardó en contestarle.

—¿Una mexicana con bigote y pene?

Tuve que morderme la lengua para no emitir una carcajada que delataría mi presencia.

—Pero ¡¿qué dices?! —se quejó él, fingiendo sentirse ofendido.

—Carlos Samuel Aguirre Soriano, ¿qué pasa en mi casa? —inquirió ella, con tono solemne.

—No pasa nada, Lara María Aguirre Soriano. Vino mi profesor y amigo, sí, como tú dices en los mensajes. Rafael. Te acuerdas de él, ¿no?

Hubo un silencio y yo permanecí a la espera, expectante.

—Sí, pero no porque me lo presentases —expuso—. ¿No se había ido a Barcelona?

—Está aquí por trabajo. Hemos estado viéndonos —siguió contando Carlos.

¡Había que ver cómo se las apañaba el crío para evitar decir la verdad!

—¿Viéndoos sexualmente? —escupió ella.

Me giré en la silla, apoyé el brazo en el respaldo y levanté una ceja, inquisitivo.

—¡Más quisiera él!

Alucinaba. ¿Más quisiera yo?

—Carlos, yo no entiendo nada, ¿a ti te gustan los hombres? Porque claro, a mí nunca me lo pareció. Y encima los robustos.

—Pues claro que no me gustan, pero es que te has inventado una historia que solo tú serías capaz, Lara —explicó.

—¿Y Rafael sabe que no te gustan los hombres?

—Supongo —respondió su hermano sin entender a qué venía esa pregunta.

—A ver si vas a hacerle creer lo que no es... —murmuró.

—No creo que se me quiera follar. La última noticia que tengo es que es heterosexual.

Evitó mirarme para que le diera una contestación. Me reí para mis adentros y seguí esperando oírla. Me hacía cierta gracia. Tenía sentido del humor, pero no se daba cuenta. Me pareció que era de esa clase de chicas, de las que no sabían lo graciosas que pueden llagar a ser.

—¿Qué tal por México? ¿Mucho trabajo?

—Más del que pensaba en un principio. He conocido a mucha gente, eso sí —contó.

—¿Has tenido una fajita picante con alguien?

No tenía hermanos ni hermanas y nunca pude imaginarme cómo sería una relación fraternal. Desde luego, si todas eran como aquella, debían de ser divertidas. Parecía que se lo contaban todo, o por lo menos una gran parte.

Ella se rio. Lo hizo de verdad. No esas mini carcajadas nerviosas que le había oído en algunos momentos. No. Se rio a pleno pulmón.

—No he tenido tanto tiempo.

—¿En serio? ¿En dos meses no has podido darte una alegría?

—¡Cuánta insistencia! ¿Y qué más da? He venido a trabajar, a ver si te enteras.

Yo mismo había dado esa respuesta en muchísimas ocasiones. Cada vez que alguien me preguntaba por qué no sentaba la cabeza, por qué no tenía una cita, por qué... Porque tengo trabajo. Mucho.

—¡Aburrida!

—Tú lo que pasa es que quieres que me case y me quede aquí para quedarte el apartamento para ti.

—Sí, es por eso. Las noches de sexo con Rafael hacen que quiera que te quedes allí —bromeó él.

Esta vez ella también se rio. Había entendido que era una broma, aunque aún no sabía que yo estaba justo a su lado, no solo ocupando su habitación, sino allí mismo, en la conversación, de cuerpo presente, espiándoles.

—A ver si me lo presentas, ¿eh?

Me sorprendió aquella petición. Abrí mucho los ojos, desconcertado, al igual que Carlos, quien no tardó en expresar su sorpresa con palabras.

—¿Y ese interés repentino en mi amigo?

—Tengo documentos gráficos del abogado —contestó ella—. Me los envió la vecina, para confirmar que yo le conocía.

—No me digas que es tu tipo —carraspeó él.

Volvió a reírse.

—No me importaría meterme en algún lío, si él me defendiese, la verdad —espetó.

Pero, esa chica ¿no se suponía que se había ido para poner en orden sus sentimientos? A mí me parecía que estaba bien. Muy bien, y en más de un sentido. Basta, Rafael, que no se te olvide quién es.

—Te noto mejor —dijo Carlos—. Me gusta.

—Es que estoy mejor, pero tengo muchas ganas de volver a casa.

—¿Por Rafael?

—No, porque os echo de menos y se me están haciendo las semanas un poco largas. Pero me ha venido bien, de verdad.

Me pareció que intentaba creerse su propia mentira, o quizá yo no la conocía en absoluto (porque no lo hacía) y, en realidad, estaba mucho mejor. Estaba bien y quería volver a su casa para retomar su vida sin el fantasma de su ex novio muerto. No, nadie ha dicho que la sensibilidad fuese mi fuerte.

—Tengo que dejarte, hermanito.

—Oye, Lara, una cosa.

Pensé que le contaría que me había dejado pasar unos días, que se habían convertido en semanas, en su casa, sin embargo, no fue ese, ni mucho menos, el tema que Carlos sacó a relucir.

—¿Has podido hablar con Verónica?

Silencio al otro lado.

—Estoy en México, ¿qué te hace pensar que he venido hasta aquí para hablar con ella? Si no llamé estando en Madrid, ¿por qué llamarla ahora?

—Era curiosidad.

—Pues guárdatela, ¿quieres? Tienes un don para estropearme los días, Carlos. Me marchó.

Y puso fin a la vídeollamada. Carlos se encogió en el sillón, cabizbajo.

—¿Quién es Verónica? —pregunté yo.

—Nadie a quien puedas tirarte.

Le hice una peineta y me di la vuelta para volver a centrarme en mi trabajo. Si no quería hablar, no insistiría, pero ese chico se callaba demasiadas cosas, lo podía ver en sus ojos. Algo sí que aprendí de Carlos en los meses que fue mi alumno, y es que decía más cuando callaba que al hablar.

Y Dios si decía cosas en ese momento. Yo no sabía quién era Verónica, pero me olía a desastre desde la uve a la a.

—Perdona —se disculpó.

—Da igual —contesté yo mientras escribía un correo al secretario de mi padre.

Carlos se levantó para ir a la cocina, pero antes de que desapareciese del alcance de mi visión y mi voz, pregunté otra cosa, porque también me había surgido la duda y porque no se la había contestado a su hermana.

—Oye, Carlos —comencé sin encararle, viendo su reflejo en la pantalla del ordenador—, ¿por qué no me presentaste nunca a tu hermana?

Caviló la respuesta. No es que fuese a mentirme, es que quería ser sincero y no sabía cómo.

—Bueno, ¿para qué? Ella tenía novio entonces.

—¿Y? ¿Acaso no podemos conocer a gente si estamos emparejados? Menuda estupidez.

Nunca había entendido a aquellas parejas que se creen que el mundo se limita a la burbuja de besos, afecto y pasión que ellos irradian. Como si eso les obligara a no hablar con nadie más, a no salir. No hablo de relaciones liberales ni de infidelidades, sino de ser independiente. Lo del *nosotros* nunca me gustó, de hecho, cada vez que lo escuchaba, pensaba que me produciría disfunción eréctil. Me quitaba las ganas de vivir.

—No digo que no —contestó Carlos—. Pero tú no tienes amigas, Rafael. Todas acaban lanzándote los sujetadores a la cara. ¿Para qué presentarte a Lara?

—Si lo hubieses hecho, ahora sabría cómo es la dueña de mi cama.

Le ponía nervioso que hiciese insinuaciones, aunque fuesen mínimas, sobre su hermana y la sexualidad. ¡Qué hipócritas podemos ser a veces los hombres! Lo que hacemos nosotros es gloria bendita, lo que hacen ellas es cuestionable. Entendía que lo hiciese por cuidarla, pero era su hermana mayor y una mujer que podía conocer a quién quisiera, cuando le diera la gana, en cualquier contexto. Además, me dejaba a mí como un seductor en potencia y, en pocas palabras y sin ofender a mi madre que es una santa, un hijo de puta, vaya.

—Nunca sabrá que has pasado aquí estas semanas.

—Pues muy bien —contesté molesto.

—Puedes tener a cualquier otra chica, Rafael. No entiendo el interés en mi hermana.

Estaba a la defensiva, desde luego.

—Es que no sé quién ha hablado de ningún interés. Además, ha sido ella la que te ha preguntado por qué no nos has presentado, te lo recuerdo.

Se le cayeron los hombros, pero seguía en tensión, sujetando el móvil con más fuerza de la necesaria. Sin decir más, se fue. Menudos amigos éramos si ni siquiera era capaz de sincerarse. O sabía que no tenía razón o evitaba decirme algo que pudiera hacerme daño. La verdad, no sé cuál de las dos opciones me parecía mejor, digamos que ninguna me hacía sentir bien.

Una hora y media después, ofuscado con el caso y con los ojos cansados por haber pasado más tiempo de la cuenta frente al ordenador, fui a darme una ducha. Carlos ya no estaba en casa, se había ido a trabajar hacía un buen rato.

Me lavé el pelo sin tomarme demasiado tiempo, estaba cansado y quería echarme un rato después de quitarme el cansancio del día de encima. De noche siempre trabajaba mejor. Salí, como hacía siempre, pero había cambiado algo. No me di cuenta de qué era al principio, pero después caí en que, después de varias semanas, ya no estaba su nombre en el cristal empañado del espejo.

Pensé un momento en la forma en la que se había reído, pero no llegó a reconfortarme del todo que desapareciese el rastro de aquella desconocida que me había estado observando a través del espejo todos los días. La había pensado cada vez que quedaba totalmente desnudo frente a su nombre. La había pensado de todas las maneras posibles, vestida y desnuda, y lo que más me inquietaba era no saber por qué.

CAPÍTULO 6

*A veces van mis besos en esos barcos graves,
que corren por el mar hacia donde no llegan.*

Pablo Neruda

Salí del juzgado tirando del nudo de la corbata y evitando a la prensa y a los periodistas, que se agolpaban a la salida como buitres carroñeros. El bufete de mi padre estaba acostumbrado a esos vaivenes mediáticos que, a mí, personalmente, me ponían de muy mal humor. Otra de las tantas diferencias que había entre él y yo. La más destacada de todas, no obstante, debía de ser la familia. Para mí lo era todo, ¿para él? Un pañuelo de usar y tirar. En el fondo, y quizá también en la superficie, ambos sabíamos que al final de ese proceso legal en el que andaba sumergido se sonaría los mocos conmigo y me lanzaría de vuelta a la papelera llena de mierda en la que se pensaba que vivía.

Le había invitado tantas veces a mi casa que ya había perdido la cuenta. Jamás había ido, ¿qué padre normal no lo hubiese hecho? Y más él, con sus posibilidades, pudiendo cogerse un par de días en cualquier momento... Incluso había estado dispuesto a conocer a sus mujeres, a hacer la vista gorda durante unas horas con tal de entablar conversación con él. Quizá, en su fuero interno, se sintiera mínimamente culpable por haberme desposeído de la figura paternal que merecía y quería. Algo, sin embargo, gritaba por salir desde mi interior, y cuando lo hacía, me recordaba que él era demasiado predecible como para dejar resquicios de posibilidad.

No sé por qué pensé en ello aquel día, quizá porque, una vez más, habíamos discutido a pleno pulmón en los aseos. Era una vieja costumbre familiar. Debía de ser la única, ya que celebrar la Navidad o sentarnos todos juntos a cenar no formaba parte del plan divino de nuestra cotidianidad. Ni

siquiera tenía claro por qué había arrancado la disputa esta vez. Quizá porque, aunque él no tenía la más remota idea de cómo sacar del fango a su cliente, se empeñaba en echar por tierra mis tácticas. Me sentía cuestionado a cada momento, cuando por todos era sabido, pese a que él no fuese a dar su brazo a torcer, que mi nombre, al menos en los últimos dos años, sonaba más que el suyo. Destituido de su trono y herido en su orgullo masculino, así creo que se sentía mi padre. En lo que respecta a mí, esa situación me llenaba de una inexplicable adrenalina.

Carlos me había invitado a comer con él y algunos compañeros del trabajo, entre los que había una chica muy guapa. Podría distraerme un rato calentando el ambiente y, con suerte, calentándola a ella después. Quizá eso me abstraiera de la pesadilla de día que estaba viviendo. Y la verdad es que durante la primera hora funcionó bastante bien.

María era guapa y tenía una manera muy descarada de coquetear. Era pasional, sin duda. De hecho, la sensualidad que emanaba era inversamente proporcional a lo divertida que podía ser. Nadie me había hecho reír menos hasta la fecha. Sé que, en parte, se debía a mi humor, pero, aun así, fui incapaz de reírme de verdad ni una sola vez, por eso, cuando vi a Carlos al otro lado de la mesa contestar a una llamada, pensé en si sería Lara.

Volví a centrarme en la macedonia que me habían servido como postre. Las había comido mejores, pero ¿qué validez podrían tener mis argumentos cuando lo estaba viendo todo de puta pena?

Dejé el tenedor sobre el plato y me quedé embobado, soñando despierto y, a ratos, cagándome en todo. Todavía había algunas cosas del caso que se me resistían, que chirriaban. Mi padre también lo había insinuado. De haberle dado la razón, habría ganado una pequeña batalla de una guerra que no estaba dispuesto a perder. Así que me prometí no volver a distraerme hasta encontrar una salida, una brecha en la ley que me diera la ventaja que necesitaba frente a la acusación.

Al marcharme del restaurante antes del café, bajo el pretexto de siempre, «tengo que trabajar», cosa que era más que cierta, María, con su encanto natural y sus ojos saltones, se ofreció voluntaria para llevarme a casa. Tenía el coche allí al lado, al ladito. Lo dijo tantas veces que me entraron ganas de zarandearla y pedirle, suplicarle si era necesario, que dejase de decir «al ladito». Los diminutivos en voces agudas me ponían la piel de gallina, y no en un sentido erótico.

Rechacé la oferta hasta el punto de volverme maleducado, por lo que,

cuando por enésima vez consideró necesario insistir, tuve que ceder y seguirla hacia el parking, muy al ladito, eso sí, del restaurante.

Siguiéndola por la calle me había sentido, de pronto, desorientado. Me invadió esa extraña sensación que dejan los *deja vu*. Me había ido tantas veces con una desconocida que no me extrañaba el San Benito que me habían colgado mis amigos. De algunas me había olvidado pronto, a otras tuve la curiosidad de conocerlas, a una la quise, pero nunca me embriagaron las cosquillas. Esas que llaman de enamoramiento. Y era triste, o eso pensaba. Debía de serlo, así lo sentía, como un vacío que no lograba comprender ni calmar con otros tipos de placer. Mi vacío.

Ocupé el asiento del copiloto y María, antes de arrancar, me miró con una sonrisa torcida que prometía una siesta entretenida. Sentí otro tipo de cosquilleo. El instinto animal, supongo.

—Y dime, Rafael, ¿hay alguna mujer afortunada esperándote en Barcelona?

¡Qué poco ingeniosa, Marieta! Vaya forma más poco sutil de cerciorarte de que estoy disponible. A eso me refería con el sentido del humor. Me tenía que cazar, dejar sin palabras. Solo entonces era cuando, realmente, me entraban ganas de reír, en lo inesperado del sarcasmo o la ironía. Me gustaba el humor negro y ella no llegaba ni al nivel de chiste malo. Tenía otras virtudes, como la conducción.

—No, nadie —me limité a decir.

«No eres del todo sincero, Rafael», me amonestó mi subconsciente.

—Será porque no quieres.

Torcí un poco los labios. ¿No quería? Pues probablemente ninguna había despertado en mí lo que yo esperaba. Ese estúpido sentimiento que leí una vez con quince años en los versos de Pablo Neruda. Supongo que había creado unas expectativas tan altas en lo referente al amor, al de verdad, que nada me parecía suficiente. A lo mejor, debería haberme planteado buscar un hombre en vez de una mujer. Me reí al pensar en algunos de los comentarios que había pronunciado Lara hacía ya algunos días.

«¿Otra vez, Rafael?».

María me miraba desconcertada, sin saber qué esperar de mí. Nadie lo sabía nunca, no hasta que yo quería. Me gustaba llevar la batuta en las relaciones, del tipo que fuesen. De otra manera, me sentía cohibido y sometido. Pequeño, en definitiva.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo en Madrid? —preguntó.

—Lo que demande, y nunca mejor dicho, el trabajo.

Estaba siendo más seco de lo habitual. Me sentía cansado y no se me hacía tan apetecible ni su boca ni su cuerpo. Ya no. Puede que en ningún momento hubiese sentido una atracción envolvente, cosa que sí que me había pasado antes con otras mujeres. Decidí, sin embargo, no ser borde.

—¿Echas de menos Sevilla?

Me había contado durante la comida que se había mudado a Madrid hacía unos meses, cuando encontró trabajo en la inmobiliaria. Su acento andaluz la delataba por todos sus poros, como esa melena larga y morena.

—A veces sí, otras no —se detuvo en un semáforo—. Somos muchos hermanos y, en ocasiones, compartir la casa era insostenible.

—¿Cuántos sois? —pregunté por cortesía, más que por interés.

—Seis —contestó.

Emitió una risita nerviosa cuando abrí los ojos como platos.

—¡Qué barbaridad! Tus padres no se aburrían, ¿no?

Me guiñó un ojo. Allí había una promesa: nosotros tampoco teníamos por qué aburrirnos, aunque esperaba que sin seis hijos de por medio.

—¿Tú tienes hermanos?

—Ninguno. Los míos se aburrían más.

Omití el pequeño detalle de que mi padre jamás había querido a mi madre, y quizá por eso no habían tenido más hijos, porque él prefería pasar su tiempo con otras mujeres y porque mi madre debió de darse cuenta de que la quería bien poco. Nada. En absoluto. Cero. Esa era la clase de amor que había visto a mi alrededor y que, para nada en el mundo, quería para mí. De ahí mi afán de perfección. El amor para mí tenía que ser devastador. Llevarme, atravesarme de lado a lado.

—¿Es por aquí?

Asentí. Tenía claro que no le iba a pedir que subiese a una casa que no era la mía, a una cama que tenía el nombre de otra mujer, que no era nada mío, pero que, sin embargo, merecía mi respeto. Tampoco estaba convencido de que yo hubiese subido a su apartamento si me hubiese invitado. No era el día, no había manera de recuperar mi temperamento habitual. O, a lo mejor, me había habituado a ser alguien del que había comenzado a hartarme.

Era un día pésimo, sin duda. Cuando me ponía filosófico, siempre lo era.

Le señalé el edificio en el que me había acostumbrado, sin mucho esfuerzo, a vivir. Puso los intermitentes y esperó. No sé el qué. En realidad, sí, tenía muy claro qué quería de mí, pero no tenía ganas de dárselo. Debió de

comprenderlo en algún momento porque buscó en su bolso una tarjeta y me la tendió.

—Llámame, si al final pasas más tiempo en Madrid.

—Lo haré —contesté demasiado rápido.

Ví un brillo repentino en sus ojos: interés y malicia. En algún momento futuro, María pensaría que era un jodido bipolar que le había lanzado descaradamente la caña durante la comida y que después despreció la oportunidad de echar un polvo o más de uno. Pues me disculpo, María, de verdad. De haber tenido un día como el mío tú también... ¡Vale! Esa ya no me sirve como excusa para confundir, gratuitamente, a una mujer.

—Nos vemos pronto —dijo cuando abrí la puerta del coche.

—Seguro.

Sonreí como un perro apaleado y cerré con cuidado. Fui hacia el portal medio mareado. ¿No se suponía que llevaba un par de semanas diciendo que me vendría bien descargar tensiones? Ahora tenía una oportunidad, surgida de la nada, y la desaprovechaba. Si alguien me entendía, que me comprase. A eso tenía que sumarle que, ¡joder, tranquilos!, no voy a decir que había sido un día de mierda, sino que estaba siendo un mes de mierda. Abril y mis alergias. Tenía los ojos rojos, casi resacosos, al igual que la nariz, y ganas de meter la cabeza bajo la tierra, como los avestruces. Pero lo único que hice fue arrastrarme por las escaleras hasta el tercer piso, entré en el apartamento, con la copia de las llaves que me había prestado Carlos, y fui directo al dormitorio.

Que los hombres no teníamos también actitudes premenstruales era una mentira con patas. Es más, si me apuráis, diría que nosotros les contagiamos a ellas los cambios de humor. Solo quería comportarme como un ermitaño, bajar las persianas y quedarme en la cama, encogido en posición fetal. Si os suena demasiado angustioso, imaginaos la estampa con un hombre de mi tamaño, moqueando, con los ojos llorosos y urticaria. ¿Se suponía que así iba a trabajar? Parecía que me hubiesen hinchado a hostias, sin miramientos, por cierto.

Me llené de café pocos minutos después, pensé que de aquella manera me mantendría despierto. No me dejaría vencer por la primavera. Eso era lo que debía de hacer que se me alterase tanto la sangre. Maldito polen... ¿Funcionó? ¡Y una mierda! Como mi día, así, subliminalmente lo dejo caer. Vagabundeeé por la casa durante un par de horas, con los papeles en la mano, leyendo en voz alta, arrugando hojas, lanzando bolígrafos. Menudo abogado

estaba hecho, ni siquiera se me ocurría una mentira decente para sustentar la coartada de mi cliente. ¡De lujo, joder!

La siguiente hora y cuarenta y cinco minutos la destiné a ver una vieja película en la televisión. Cuando digo vieja es que yo ni siquiera había nacido. Es más, mi madre tampoco. *Curra Veleta*. La miré sin verla. No pensé en nada ni en nadie. Un lapsus mental en el que podría haber habido nueve terremotos seguidos que no me habría enterado de nada.

En cuanto vi que se hacía de noche, renuncié a cualquier atisbo de esperanza. No iba despertar de mi letargo. Por eso, sin cenar y sin ducharme siquiera, me fui a la habitación, me desnudé y me metí en la cama con el único deseo de dormir diez horas seguidas, algo que llevaba demasiado tiempo sin hacer. Desde luego, no parece que me apasione mi trabajo, ni el resto de mi vida. Así de malo había sido el día.

Me hundí en el colchón, envuelto en las suaves sábanas, y, poco a poco, con una risa de fondo que me resultaba familiar, intenté dormir, pero fue en vano. Las horas pasaban conmigo mirando el techo, en la oscuridad. Era la primera noche en lo que llevaba en ese piso que era incapaz de pegar ojo. ¿Por qué?

Supongo que, de vez en cuando, el destino intenta advertirnos de algo y, pese a sus esfuerzos, no queremos darnos cuenta de lo que ocurre, de lo que nos está predestinado y está a punto de aterrizar, literalmente, sobre nosotros.

CAPÍTULO 7

*Con la primavera
viene la canción.*

José Martí

No podía creer que después de haber pasado casi tres meses fuera de mi casa tuviese que pasar mi primera noche en el sofá. Y Carlos desaparecido en combate, sin contestar al teléfono. ¿Dar señales de vida? Dios le libre. Llevaba haciéndome lo mismo desde que tenía uso de razón. Estaba tan enfadada que de seguir dando los manotazos que le daba al reposabrazos acabaría ahuecándolo. Eran las cuatro de la madrugada y no veía la hora de que se hiciese de día para intentar entender algo.

Se me había ocurrido la absurda idea de adelantar mi regreso una semana. Había trabajado como una loca para poder hacerlo, y me sentía satisfecha. Había comprado un billete de avión y sí, lo reconozco, me había ahorrado los detalles de mi vuelta, así podría darle una sorpresa a Carlos. Después ya no supe si fue tan buena idea. A veces, una preferiría no ser consciente de según qué cosas. Pero, sea como fuere, yo me llené del entusiasmo propio de quien se muere de ganas de pisar el hogar. Había tomado mi vuelo a la hora establecida, bastantes horas atrás, y había aterrizado según lo previsto hacia la una de la madrugada. Con calma, y algo de cansancio, había llamado a un taxi, que había tardado poco más de cinco minutos en llegar, le había facilitado mi dirección y me había puesto cómoda en el asiento trasero. Por el espejo retrovisor me había visto sonreír sin remedio. Qué bien volver. Me olía a casa a kilómetros de distancia.

Después de un buen rato recorriendo las calles sin tráfico, el taxista

había aparcado frente al edificio y me había ayudado a bajar el equipaje. Le había pagado religiosamente y dejado una pequeña propina, fruto de la alegría. Después, había abierto la puerta y esperado el ascensor. No sé por qué, pero estaba nerviosa, temerosa incluso, por si ya no encajaba o, quizá, sabiendo que esta vez estaba preparada para reencontrar mi hueco.

Había salido del ascensor, arrastrando las maletas sin dejar de sonreír. Si Carlos no estaba despierto, ya le saludaría a la mañana siguiente. No quería despertarle o arriesgarme a entrar en su habitación para encontrármelo con alguien. Dejé las maletas en la entrada. La casa estaba a oscuras y en profundo silencio. Sentí algo diferente, algo nimio que no sé de dónde procedía, pero me llenaba de un olor curioso. Puede que esa no fuese la palabra.

Me había quitado los zapatos y la chaqueta. La puerta del dormitorio de Carlos estaba cerrada, así que había dado por hecho que dormía. La mía estaba entreabierta, como la había dejado. Me encontraba cansadísima, me pesaban los párpados y me dolía la espalda. No me había molestado siquiera en encender la luz. Me despojé de parte de la ropa, hasta quedarme con una camiseta y la ropa interior. Había ido hacia el lado derecho de la cama, que era donde me gustaba dormir, había echado la colcha a un lado y me había tumbado sin temor ninguno. Inhalé oxígeno como si el de España fuese diferente, el que me permitía respirar de verdad.

Me había echado un poco hacia la izquierda, y un poco más. Hasta que había sentido una barrera, de carne, de piel y de olor a hombre. Había estirado la mano hacia atrás palpando en el aire, a lo mejor me lo había imaginado. Me encontré con un pecho fuerte, con un rastro de vello que iba desde las clavículas hasta... Había estirado la mano hacia la mesita de noche y alcanzado el interruptor de la lámpara. Lo había encendido y me había encontrado con la mirada asustadiza de un hombre que no reconocí al momento.

Pegué un grito que hubiese impresionado a cualquiera, incluso a los muertos. Él se incorporó en la cama y levantó las manos para tranquilizarme. Yo miraba de un lado a otro, en busca de algo con lo que pudiese defenderme de aquel extraño.

—Lara, por favor, tranquila.

Un extraño que, ¡oh, coincidencias de la vida!, sabía mi nombre.

—Pero, ¿qué co...? —dije.

Alcancé una regla de treinta centímetros de madera que tenía en una esquina. Él se rio. ¡Se rio! Me entraron ganas de abofetearlo con ella.

—Soy Rafael, ¿puedes bajar eso, por favor? —pidió, apaciguado.

Seguía riéndose, aunque intentaba no hacerlo.

—¿Eres quién? —pregunté con el gesto arrugado.

—El amigo de Carlos, Rafael. El abogado.

Tardé un poco más de la cuenta en recordarle. Le miré de arriba a abajo. Bajo la tenue luz que emanaba de la lámpara parecía sacado de alguna película de gladiadores. Podía haberme detenido en los pliegues de su piel, aparentemente resbaladiza, sin embargo, había una cuestión importante a tratar.

—¿Y qué haces en mi cama?

Se llevó el dedo pulgar a los labios y se pellizcó el inferior. Con el tiempo descubriría que se trataba de algo que hacía inconscientemente al tratar de buscar una respuesta adecuada.

—Supongo que Carlos no te dijo que he estado una temporada viviendo aquí.

No es que lo supusiera, lo sabía, lo vi en sus ojos, verdes como los de un gato salvaje. Estaba convencido, sabía al cien por cien, que mi hermano me había ocultado, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, que el mismísimo Hércules reencarnado había estado durmiendo a pierna suelta en mi habitación, rebuscando entre mis cosas, invadiendo, en pocas palabras, mi intimidad. Porque una cosa es alquilar una habitación que no es de nadie y otra adueñarse de una.

—Esto es increíble. ¡Carlos! —grité mirando hacia la puerta.

Rafael, que solo llevaba puesta la ropa interior, chasqueó la lengua. Le miré con atención y me di cuenta de que tenía los ojos irritados. ¿Había estado llorando? La nariz también la tenía rojiza, así como el hombro y los antebrazos. Interrumpió el análisis exhaustivo que estaba haciendo de su piel. Me sonrojé y creo que él se dio cuenta.

—Me temo que no está en casa —me informó él.

Se me instaló un cosquilleo extraño en la boca del estómago. Rafael tenía una voz grave y masculina que se acompasaba en sus labios como si estuviera disfrutando de cada una de las palabras que emitía su voz. Se aterciopelaba, un poco rota, en una vibración un tanto, para qué engañarnos, orgásmica. Esa certeza, de pronto, me hizo sentir extraña y todavía más avergonzaba si cabe.

—¿No está en casa? Pero si son casi las dos de la madrugada y mañana trabaja.

¡Oh, Dios, llévame pronto y no me sometas a este ridículo bochornoso! Acababa de sonar como una madre de sesentaitrés años, sí, ni uno más ni uno

menos. Él ladeó una sonrisa burlona. Debía de haber tenido la misma impresión que yo. Si a esto le sumaba que agaché la cabeza involuntariamente y me di cuenta de que estaba en bragas, mi universo, todo en su inmensidad, se me echaba encima con los colmillos bien afilados, riéndose en una sonora carcajada.

Me di la vuelta y abrí la puerta del armario, que ahora, además, estaba lleno de prendas masculinas que no me pertenecían. Suspiré, pero no dije nada. No sabía si estaba confusa, agotada o enfadada. Un poquito de todo, creo. Busqué unos pantalones blancos, holgados, que recordaba haber dejado allí, los encontré y me los puse. Estar de espaldas a él me hizo sentir observada con descaro. Siempre me había dado cierto pudor que me vieran sin ropa, y aunque no estaba del todo desnuda, él era un hombre desconocido que miraba, sin tapujos, mis virtudes y mis complejos.

Pensé en México, involuntariamente, pese a la promesa que me había hecho.

Volví a encararle cuando tuve la goma de los pantalones bien apretada a mis caderas. Puse los brazos en jarras después de echar la melena hacia atrás y seguí preguntando.

—¿Y dónde está? —inquirí al ver que él no había dicho nada a mi comentario anterior.

—No lo sé, la verdad es que pasa muchas noches fuera.

—¿Pasa muchas noches fuera? —repetí yo incrédula—. Esto es la hostia.

Me crují el cuello como siempre que acumulaba un estrés imprevisto y seguí mi perorata de interrogaciones.

—¿Y tú cuánto tiempo dices que llevas en mi casa?

Remarqué la realidad del posesivo. Él me imitó y cogió unos pantalones que había dejado encima de mi silla y se los puso, después se acercó a la cama y volvió a tumbarse. ¿En serio? Eso era... ¡la hostia! ¿Podía tener más cara?

—Desde hará ocho semanas, más o menos.

Pensé en quedarme de pie, ya que desde esa postura podría imponerle un poco más de respeto, pero bien mirado, se había tumbado ante mis narices, cruzado las piernas por encima de los tobillos y entrecruzado los dedos de sus manos, grandes y fibrosas, sobre su vientre. Al final, me senté a los pies de la cama, poniendo distancia. Era un sitio prudencial desde el que poder mirarle con el ceño fruncido.

—Mira —empezó a hablar—, yo insistí en que te lo dijera...

—No lo suficiente, por lo visto.

Me incliné hacia delante, apoyé el codo en la rodilla y me pregunté cuántas cosas debía de haber hecho mal en otra vida. Nada me salía como yo esperaba. Menuda realidad, prefería la ficción de algunas novelas. Desde luego que sí.

—Oye, no te preocupes, volveré al hotel por la mañana —siguió Rafael.

Teniendo una habitación de hotel, ¿para qué venirse a nuestra casa? La última noticia que tenía sobre el señor abogado era que sus padres tenían más dinero que Amancio Ortega. Bueno, puede que no tanto, pero sí.

—Hombre, no querrás que me vaya yo, ¿no? —dije, con sorna.

No le molestó mi tono de voz, creo que evitó reírse por lo difícil de la situación, sin embargo, en el fondo se estaba divirtiendo. Ya no sabía qué decir, había pensado en cantarle las cuarenta y hacerme con la victoria, pero con quien debía de hacerlo era con mi hermano, que no estaba, que pasaba las noches fuera y yo me preguntaba con quién.

—¿Ha ido bien el viaje? —preguntó de pronto.

Se me destensaron los músculos del vientre. Esa pregunta, aunque viniera de él, me hizo sentir en casa. Fue una sensación reconfortante, porque de verdad necesitaba volver a sentirme parte de mis paredes y mis recuerdos, esos mismos de los que había querido escapar.

—Agotador —murmuré.

Fui escueta y concisa, tampoco iba a contarle la *Biblia* en verso.

Se incorporó, bajó un poco los ojos al escote de mi camiseta interior y luego, rápidamente, volvió a mis ojos.

—Cambiaré las sábanas y podrás dormir.

La oferta era tentadora, además, esa era mi cama, sin embargo, por las pintas que tenía, me dio más pena él que yo misma. Negué con la cabeza y me levanté poco a poco. Seguía teniendo esa mezcla de sensaciones aturdidas, aun así, sonreí, con la amabilidad que por desgracia me caracterizaba en los momentos menos indicados, y me fui hacia la puerta.

—Quédate aquí, dormiré en el sofá.

Le sorprendió mi oferta y algo más.

—¿Por qué no duermes en la habitación de Carlos? —preguntó con las cejas arqueadas.

—Porque quiero que me encuentre en el sofá cuando vuelva, si es que regresa esta noche.

—Suele volver para arreglarse y desayunar —me contó—. Duerme en

alguna parte, no te pienses que se va de fiesta. O eso creo.

—Pues va a desayunar guantadas a dos manos.

Di una palmada y él se rio tan fuerte que me sobresaltó. Se llevó una mano a la cara y se echó para atrás en la cama. Bajo el quicio de la puerta, mirándole, tuve la sensación de que se había adueñado de la esencia del dormitorio. Estaba tan cómodo en él que me impresionó saber que nunca antes había estado allí. Era como si, de repente, la visitante fuese yo. Él se quedaba, yo me iba. Él dormía en mi cama, yo en el sofá. Él me miraba apoyado en el cabecero, yo en el marco de la puerta. Nos miramos en un silencio que no se volvió incómodo. Diría que yo tenía el entrecejo arrugado. Había algo que se me escapaba e intentaba ir corriendo tras de él para alcanzar una respuesta.

Rafael, sin embargo, estaba sosegado. Me miraba de la cabeza a los pies sin disimulo, en un constante paseo de sus ojos por mis extremidades. Mostraba una curiosidad que me hizo sentir como en un escaparate, expuesta para ser observada.

—Buenas noches —dije al fin.

Entrecerró un poco los ojos y sonrió. Me pregunté en qué estaría pensando.

—Encantado de conocerte, Lara.

Era verdad, nos habíamos presentado sin querer, pese a todas las extrañas excusas que siempre había puesto Carlos para hacerlo. ¿Por qué? Ni la más remota idea. Quizá se debiese a su afán de protección. El único novio que tuve que de verdad le cayó bien fue Raúl. Con él decía que podía sentirse tranquilo. Raúl... Acababa de pisar tierra firme y su nombre me revoloteaba de nuevo, pero esta vez me tranquilizó la ligereza de su recuerdo, no era, ni de lejos, la espada que me atravesaba al irme.

—No sé si decir lo mismo, Rafael —susurré yo.

—¿Y si te dijese que no he rebuscado entre tus cajones?

Sonreí.

—Entonces, indudablemente, cambiaría de parecer. —Me reí.

Entorné la puerta al salir y fui hacia el sofá, cogí una manta del respaldo del sillón y me tumbé al tiempo que se me escapaba un bufido. Así había sido mi vuelta, inesperada y agitada, como el remolino que se me había instalado, de golpe, en el estómago y me ponía tan nerviosa que no podía dejar de moverme y darle puñetazos al reposabrazos.

En ese momento, solo tenía claras dos cosas: una, mataría a Carlos; dos, probablemente mataría a Rafael. Hasta que una de esas dos cosas sucediesen,

o ambas, presunción de inocencia, por favor.

CAPÍTULO 8

Milagro de la luz: tú contra el alba.

Ángel González

Carlos entró por la puerta hacia las seis de la mañana, como muy bien había predicho Rafael. Era extraño que, siendo amigos, mi hermano no le hubiese contado sus andaduras. Solo esperaba que no se hubiese metido en ningún lío del que ya no supiera cómo salir. Era normal que estuviera preocupada, quizá por eso no había pegado ojo en toda la noche, porque me inquietaba no saber dónde ni con quién estaba. Llevaba a mi cargo seis años, y he de reconocer que, aunque la diferencia de edad no era grande, se había convertido en una gran responsabilidad para mí. Más que hermano, un hijo, muy mayor, eso sí, pero sentimiento maternal, a fin de cuentas.

Cerró la puerta con cuidado, dejó las llaves en el mueble de la entrada, se descalzó y apareció un segundo después en el salón. Al principio no se percató de mi presencia, así que pude observarle en silencio. Parecía cansado y un poco preocupado. Tal vez Rafael se había puesto en contacto con él y le había contado acerca de mi regreso sorpresa. No, no era eso. De haber sido así, me habría buscado, sin embargo, se había quedado de pie, frente a la puerta de la cocina, mirándose los pies. ¿En qué debía de estar pensando?

—Buenos días —dije al fin.

Dio un pequeño brinco y miró en mi dirección.

—¿De dónde vienes a estas horas?

—¿Lara?

Tocó el interruptor de la luz y abrió mucho los ojos al verme, medio tumbada en el sofá, eso sí, con los brazos cruzados sobre el pecho. Me recordaba a una de esas escenas de película en las que los padres sorprenden

a sus hijos mintiéndoles.

—¿Qué haces aquí?

Vino hacia mí y después miró hacia mi dormitorio. Se mordió el labio y yo asentí con la cabeza, dándole a entender que lo sabía todo, aunque desconocía muchísimos detalles.

—No parece alegrarte —expuse.

—¡Pues claro que me alegro!

Me tendió las manos, yo le ofrecí las mías a regañadientes, tiró de mí y me abrazó tan fuerte que durante esos segundos se me olvidaron el enfado y las explicaciones que quería exigirle.

—Estás más delgado —le dije—. ¿No estás comiendo bien? ¿De dónde llegas ahora?

Sé que puso los ojos en blanco, aunque no pudiese ver su cara. Suspiró un poco molesto en mi hombro y se apartó.

—No estoy más delgado, como bien y vengo de ver a una amiga.

Contestó a todo en orden, aburrido quizá de las mismas preguntas de siempre, pero queriendo, igualmente, darme el gusto de aliviarme.

—O sea, que puedes instalar a un tío de dos metros en mi cama, pero no puedes traer a tu amiga a la tuya. Un poco extraño, ¿no?

—Lara, perdona.

Me puso voz de cordero degollado y expresión pareja. Siempre hacía lo mismo. Cada vez que había posibilidad de discusión, utilizaba sus tácticas de hermano pequeño para hacerme bajar la guardia.

—Pues sí que te tomaste al pie de la letra lo de tener la casa para ti, sí.

Se sentó en el sillón, su lugar favorito, y yo me quedé donde estaba.

—Si te lo hubiese dicho, habrías dicho que no.

Hice un gesto que indicaba que estaba en lo cierto.

—Una cosa es que se quede una, dos o tres noches y otra es que me diga que lleva aquí ocho semanas. Eso ya no es hacer un favor, eso es vivir. Vive aquí, Carlos. Sus calzoncillos estaban junto a mis sujetadores, ¿te parece normal?

Cruzó las manos por detrás de la cabeza y se frotó la nuca.

—Es un viejo y buen amigo, él me ayudó a mí hace años, se lo debía.

No sabía a qué se refería. Intervine igualmente.

—Pero si me ha dicho que estaba en un hotel, ¿qué problema había?

—Que habría estado ocho semanas viviendo en un hotel. Por lo menos he estado acompañado, se notaba que te habías ido.

De nuevo, señoras y señores, vean cómo sabía ingeniárselas para darle la vuelta a la tortilla.

—No me vengas con esas, ¿eh? Que ya me dijo anoche que la casa a duras penas la pisas. Yo, con sinceridad, no te entiendo, Carlos.

Me encogí de hombros y di una vuelta por la habitación.

—Es un buen chico, Lara, ni que hubiese matado a alguien. Se volverá a su hotel y ya está —argumentó, poniéndose a la defensiva.

—No he dicho lo contrario, pero, qué menos que comentármelo, ¿no te parece? —imité su voz—. Oye, Lara, he metido a uno en tu cama, seguramente utilice tu champú y se coma tus barritas de cereales dietéticas. Y yo habría dicho: Carlos, mientras no esté cuando llegue y todo siga en su sitio, vale.

Había parte de mentira en eso, sí, no obstante, tenía que parecer una hermana enrolladla. Él asintió porque sabía que estaba en lo cierto y que no había actuado bien. Tampoco quería estar discutiendo con él todo el día, así que di mi brazo a torcer y zanjé el tema, pese a que aún tenía que hacerle bastantes preguntas.

—Lo hecho, hecho está.

Se puso en pie y me dio un segundo abrazo, esta vez sin reproches por mi parte, que no se extendió demasiado porque a los pocos segundos vi aparecer a Rafael ya vestido. Trajeado y peinado no parecía el mismo hombre de la noche anterior.

—Siento la interrupción —se disculpó.

Carlos y yo hicimos caso omiso del comentario.

—Lara, ¿te importa que recoja mis cosas esta noche? Me han llamado del juzgado y he de ir. Voy con un poco de prisa, espero que no sea una molestia.

Tomé aire en silencio y asentí.

—No hay ningún problema, que vaya bien.

No sé por qué añadí esa especie de deseo, quizá porque él me había preguntado por mi viaje y sentía que le debía un poco de amabilidad, o puede que fuese otra cosa, algo que surge de manera inexplicable, de forma tan natural que no hay manera de entenderlo.

—Te prepararé un termo con café para que te lo lloves —le dijo Carlos.

—Mira qué esposa más entregada tienes —le señalé a Rafael.

Noté que se relajaba cuando le aparecieron un montón de arrugas alrededor de los ojos. Eran de expresión, las propias de cuando te ríes mucho. Carlos me mandó muy lejos entre dientes y yo me reí.

Rafael se acercó un poco a mí cuando mi hermano desapareció en la

cocina. Levanté la mirada, ya que era bastante más alto que yo, y él se agachó un poco para susurrarme un secreto.

—Siento haber ofendido a tus sujetadores con mis calzoncillos.

Me ruboricé al instante. No creía haber hablado tan alto como para que me escuchase, aunque, bien mirado, la casa era pequeña y las paredes finas, lo raro hubiese sido poder guardar un pensamiento entre ellas.

—Redacta una disculpa formal y ya hablaremos.

—Lo haré —declaró sin meditar—. Ojalá hubiésemos empezado con mejor pie —apuntó.

Durante una milésima de segundo me embrujaron sus ojos y el lunar de su mejilla, perdido entre la barba. Después, mi subconsciente me gritó tan fuerte que volví a la realidad.

—Pues empecemos con buena mano, entonces.

Me sentía, de repente, valiente e ingeniosa, ¿por qué? Ni la más remota idea. Le tendí la mano, decidida, y él inclinó un poco la cabeza, mostrando curiosidad y un resquicio de atrevimiento que volvió a hacerme bombear sangre demasiado rápido. Cuando me tocó, nos dio calambre, así que apartamos las manos nada más rozarnos.

—¡Joder! —exclamó él—, ¿qué eres, una toma de corriente?

—O tú te has restregado sobre tus jerséis de lana —contesté.

Repitió el movimiento del pulgar y el índice sobre sus labios, un pequeño pellizco y volvió a tenderme la mano.

—Probemos de nuevo.

Cedí a la petición y cuando nos volvimos a tocar, sucedió otra vez.

—Esto no me había pasado nunca.

Ni a mí tampoco. Alguna vez alguien me había dado corriente, como todo el mundo, pero allí había electricidad estática acumulada, que se escapaba por todas partes.

—Me estás electrocutando. —Fruncí el ceño—. Aquí hay un vacío legal que no sé si me ampara de este ataque.

Se rio. O era imbécil o todo lo que decía le sonaba gracioso, porque no hacía otra cosa. Quise creer que se trataba de lo segundo, aunque no había sido especialmente consciente de mi supuesto sentido del humor, nunca.

—A la tercera va la vencida.

Emití un suspiro y él se pasó la lengua por los labios. Estiramos la mano al mismo tiempo que Carlos volvía al salón con el termo. Nos agarramos el uno al otro y, aunque no hubo «vencida» porque sentimos otra vez la

electricidad, no nos apartamos. Mi hermano nos miraba extrañado. Rafael y yo nos dimos un apretón. Sentí una especie de cosquilleo debido al estremecimiento. Fue agradable, por muy extraño que pareciera.

—Pasad un buen día. —Nos sonrió.

Le agradeció el café a Carlos y por poco pensé que le daría un beso en la mejilla. Me hubiese hecho gracia, pero no sucedió, era un deseo demasiado extraño por mi parte, como el hecho de que quisiera ese beso para mí.

«Lara, ¿qué problema tienes?».

Había regresado de México un poco más confundida de lo normal. Mucho más confundida.

Rafael se fue y Carlos dijo que se daría una ducha rápida antes de marcharse a trabajar. Yo, por mi parte, tenía un par de días libres antes de regresar a la tediosa rutina. ¿Acababa de pensar eso? Si me encantaba mi trabajo...

Fui hacia la ventana y me asomé. La calle seguía a oscuras. Vi a Rafael esperar, debía de haber llamado a un taxi. Aparté la mesa, me senté en la repisa y seguí observando cada uno de sus movimientos. Parecía tan relajado que sentí una envidia enorme. ¿Yo también daría esa impresión de calma? Algo me decía que era más bien al contrario.

Bebió un sorbo del café y consultó la hora en su reloj. Las farolas le daban una apariencia robusta y formal. Era como si lo hubiesen sacado de una película de los años cincuenta. Él era un empresario importante que compraría el periódico de camino a su trabajo, situado en una oficina de una calle concurrida de Nueva York... Estaba sonriendo y no me di cuenta hasta que me percaté de que se había girado y miraba hacia arriba. Me miraba. También sonreía. Hizo una reverencia fingida y el taxi paró frente a él. Mientras subía, no apartó los ojos de mí.

Hasta que el coche no arrancó y se alejó en las sombras no me reí.

—Qué extraño que es...

Me aparté de la ventana y fui a mi habitación. Semicompartida, vale. Había hecho la cama mejor de lo que lo hacía yo misma. Le hubiese contratado de haber podido. Me senté en el borde, temiendo arrugar la colcha, apoyé las manos y lo miré todo sin prisa. Era temprano, y yo llevaba más de veinticuatro horas sin dormir. Tenía a mi alcance varias posibilidades, entre ellas hacerlo, la otra era poner en orden el desastre que me había encontrado al volver. Lo del descanso podría esperar.

Empecé con un té verde.

CAPÍTULO 9

*Del árbol de los tiempos nos hemos desprendido
bajo todo un sistema de galaxias de años.*

Félix Grande

La casa se me había quedado pequeña, como las calles y la gente. México me había metido en una coctelera llena de tequila y me había agitado hasta emborracharme de prisas. Al final, decidí vestirme y salir a comprar cualquier cosa y así mantener la mente ocupada hasta recuperar el ritmo habitual de mi anterior rutina.

Me calcé unas deportivas blancas y pateé las calles con los auriculares puestos. Ya no escuchaba la radio, ahora me limitaba a dejar reproducir, una y otra vez, una misma lista de canciones que yo misma había escogido. Canciones que todavía no le pertenecían a nadie.

Paré a comprar algunas cosas innecesarias para la casa, como cojines y cuadros. De vez en cuando, me entraba esa necesidad de hacerle un lavado de cara al salón, quizá porque era lo primero que se veía al entrar. También pasé por el supermercado para echar al carro algunas cosas esenciales que faltaban en la despensa y en el baño. Algo me decía que teníamos café en casa porque había sido Rafael quien lo había comprado, de ser por Carlos no hubiese habido nada. Iba y venía, y entre medias comía aquí y allá. Él llevaba otro ritmo de vida, quizá, en definitiva, otra vida, porque según tenía entendido la casa la frecuentaba bien poco. Eso no me gustaba, no porque intentara coartar su libertad, ni mucho menos, sino por el secretismo con el que se movía. Había gato encerrado y mi intuición me decía que el zarpazo me lo llevaría yo.

Me eché la bolsa de tela al hombro y seguí andando, inconscientemente, por una calle a la que no había vuelto desde hacía muchísimo tiempo. La calle que una vez me cambió la vida estaba a punto de ponérmela de nuevo del

revés. ¿Por qué no podía alejarme de él ni aunque quisiera? Puede que no estuviera del todo equivocada en mi discurso: Raúl quería dejar huella, y en mí la había grabado a fuego.

Fui reduciendo la velocidad de mis pasos hasta que, al fin, me detuve frente al escaparate de la tienda de música. Habíamos ido allí una noche, muy pocas horas después de conocernos, cuando aún no sabía su nombre siquiera. Frente al escaparate nos habíamos besado por primera vez y allí me sentí viva de verdad. Pero en mi momento presente ese lugar también desaparecía. Había en su ventanal un cartel que rezaba «se alquila». Era como si ese local también le perteneciera y hubiese tenido, a la fuerza, que llevárselo consigo.

Dejé las bolsas en el suelo y miré a través de los inmensos ventanales. Había pasado muchas horas con él en los rincones de ese recinto que ahora echaba el cierre. Tal vez era una señal, mi corazón también estaba preparado para bajar las persianas metálicas de una vez por todas. Pero antes... Un último vistazo.

Apoyé la frente en el cristal y recorrí el establecimiento vacío. Recordé esa vez cuando con doce años me imaginé que abriría una librería en la charcutería de mi pueblo, que acababa de cerrar. ¿Por qué ese pensamiento?

Cerré un segundo los ojos y tuve ganas de desprenderme de tantas cosas...

Una voz me trajo de vuelta a la realidad. Miré a mi derecha y allí me encontré con un hombre bajito, que debía de rondar los ochenta años. Tenía una abundante mata de pelo, las manos cruzadas a la espalda y los ojos brillantes como dos luceros.

—¿Verdad? —preguntó.

—¿Disculpe? —dije yo, ya que no había prestado atención a su anterior comentario.

—Digo que si no te parece que es injusto.

Lo era, y para mí por más de un motivo. Me limité a hacer un aspaviento afirmativo con la cabeza.

—Cómo echo de menos estas paredes... —susurró.

Giré la cabeza hacia él. Mis cejas inquisitivas le hicieron sonreír.

—Soy el dueño —explicó—. Hace años tenía aquí una librería, pero ninguno de mis hijos quiso seguir con el negocio familiar, así que...

—¿El local es suyo?

No sé por qué no me sorprendió todavía más el hecho de que antes, como yo misma había estado pensando segundos atrás, allí hubiese habido una

librería.

—¿Te interesa? —me preguntó.

Dudé un poco más de la cuenta.

—No, no —dije, muy poco convencida—. Así que aquí había una librería... ¡Qué cosas! Justo estaba recordando un antiguo sueño de niñez.

Aún hoy en día sigo preguntándome qué me llevó a iniciar esa conversación, quizá un empujoncito de alguien que seguía muy cerca de mí. Con el tiempo acepté, aunque pueda parecer absurdo, que fue Raúl el instigador de muchas de las decisiones que tomé de ese día en adelante. Siempre empeñado en convertirme en quien necesitabas ser.

—¿Y cuál era, jovencita?

Hice un aspaviento con la mano para restarle importancia.

—Quería tener una librería.

Le sonreí con una ternura inesperada. Él tenía los ojos achinados y bonachones, no encuentro otra manera de explicar lo que de afable que había en ese hombre.

—¿Y la tienes?

Me reí porque no me esperaba esa pregunta.

—Pues me temo que no.

Me pesó en la garganta tener que decirlo en voz alta, quizá porque me hubiese gustado que fuese ligeramente diferente, que mi presente hubiese sido parte del pasado en el que había soñado con un futuro distinto. Bien es cierto, no obstante, que con el paso de los años alcancé otros sueños, que se fueron realizando con esfuerzo y dedicación, además, seguía entre libros, porque no me imaginaba ningún otro lugar más acogedor que el conformado por el aroma del papel y de las historias.

—¿Y en qué trabajas? —curioseó el señor.

—Soy editora.

Sonaba muy bien. Era un trabajo importante, o al menos esa era la sensación que tenía.

—¿Y te hace feliz?

Se me paralizó un poco la sonrisa en la cara. Esa sí que era una pregunta, cuando menos, extraña.

—Es un trabajo increíble, me encanta.

El anciano emitió cuatro carcajadas graves y sonoras seguidas.

—No es eso lo que te he preguntado, sino si eres feliz, ¿lo eres? —insistió.

Tragué saliva, porque yo era consciente de que en la felicidad se incluyen muchos más factores que el éxito, como el ambiente de trabajo, el compañerismo, las horas para uno, el disfrute de los demás, las calles, la vida, lo que había detrás de las paredes, entre las cajas de manuscritos que nunca llegamos a abrir ni a valorar como se merecían...

Había mucho más, pequeños fragmentos de sonrisas y risas que yo no había encontrado ni en mis años de becaria ni entonces, cuando ya ocupaba un cargo importante. Porque, a fin de cuentas, la voz de uno se oye dependiendo de lo fuerte que la proyecte. Y, siendo honesta, hacía mucho que no sabía si yo seguía proyectando la pasión con la que me embarqué en el mundo editorial.

—Eso es un no, pequeña. El silencio siempre es más sabio que las palabras —explicó.

Me mordí el interior del labio y volví a echarle una ojeada a los pasillos y las estanterías vacías de la antigua tienda, repleta de vinilos y discos.

—¿Sabes una cosa...?

Hizo una pausa que quería que yo llenase con mi nombre. Se lo regalé porque parecía que era lo poco de lo que estaba completamente segura.

—¿Sabes una cosa, Lara? Es más fácil gobernar donde ya tienes el voto asegurado.

—¿Cómo?

—La costumbre, que nos obliga muchas veces a quedarnos donde ya no nos apetece tanto, ¿no te parece?

Y así crecía, así, así, el inmenso vacío del que se suponía que había regresado curada desde tierras mexicanas.

—Tengo otra oferta.

Puse cara de no entender a qué se refería.

—Por el local.

Me desestabilizó un poco la idea de que pusieran en ese lugar cualquier otra cosa que no tuviera nada en absoluto que ver conmigo o con nosotros.

—Piénsatelo, Lara.

Una mujer de unos cuarenta años se acercó jadeando y pálida. Cogió al señor del brazo y dedicó un segundo a recuperar el aliento.

—Papá, pero ¿dónde te habías metido? No puedes desaparecer así, nos tenías muy preocupados.

—¿Papá? —preguntó él.

Le cambió un poco el semblante.

—Papá, vamos, volvamos a casa. —La mujer me miró a mí—. Disculpa

las molestias. —Cerró un segundo los ojos—. Tiene Alzheimer y... Espero que no te haya molestado.

—No, en absoluto.

Solo me había confundido. Pero, en tal caso, ¿tenía alguna validez lo que me había dicho aquel hombre si él, claramente, estaba bastante más desorientado que yo?

Su hija lo cogió del brazo y echó a andar, entonces yo la detuve con un «disculpe» demasiado alto. Ella se volvió y yo le pregunté si realmente aquel local le pertenecía. Ella se extrañó por la pregunta. Yo reproduje parte de la conversación en un ejercicio de síntesis. Ella miró a su padre. Él sonrió.

—Sí, es el dueño, pero..., papá, ¿te acuerdas?

—¿De qué?

—De la librería, de...

Creía que rompería a llorar en cualquier momento. Por favor, no más drama en mi vida. ¿Dónde estaba Alaska para cantar esa canción que siempre escuchaba cuando quería romper con el mundo?

—¿Qué librería?

La mujer dibujó una tímida sonrisa que perdía la esperanza por las comisuras de la boca. Se desvanecían tantos recuerdos a los que, seguramente, él no habría elegido renunciar. Y yo, tan egoísta en esos momentos, quería deshacerme de los míos porque no conocía la manera de quererlos.

—Hasta luego —se despidieron de nuevo.

El viejo, como dirían en México, se fue del brazo de su hija, sin embargo, volvió sus ojos a mí, y supe que hablaban de gobernar ínsulas prometidas que no existían pero que podrían hacerse realidad, hacerme vibrar de auténtica emoción. Ínsulas en el aire y en los libros, ínsulas que existían pese a los siglos, ínsulas detrás de un número de teléfono que apunté sin saber por qué, o puede que lo hiciera por el hecho de tenerlo más claro de lo que había supuesto en un primer instante.

Y así fue como ese quijotesco personaje de ojos alicaídos me dio un toque de atención. Sin embargo, no sería ni de lejos el último del día. Las vueltas no siempre son tan sencillas como esperamos. Nos espera todo aquello de lo que huimos con la maleta a medio llenar.

CAPÍTULO 10

*Algo que, digamos, hubiera quedado
irresuelto en el pasado
aunque es inútil buscar.*

Daniel Samoilovich

¿Por qué no había podido alargar un poco más las horas de aquel último día? Volver al apartamento significaba despedirme. Ya había hablado, por supuesto, con los encargados del hotel para reservar una habitación, pero solo de imaginarme en la frialdad de un sitio sin apenas vida me irritaba. Gracias a Dios, se me habían pasado un poco las secuelas que dejaba tras de sí la alergia. Sin embargo, en su lugar habían surgido otros síntomas para los que, por lo que tenía entendido al menos, no había ningún medicamento.

Lara se había metido en mi / su cama la noche anterior.

Había escuchado abrirse la puerta del piso. Mi primer pensamiento fue para Carlos, debía de haber regresado de donde quiera que fuese cada dos días. Desde luego, su actitud me tenía un tanto mosqueado. Había algo extraño en él, en la forma en la que se empeñaba en esquivar preguntas que podrían haberse contestado por sí solas de haber tenido una mínima intención de ser sincero. Creo que, fuese lo que fuese, no estaba preparado para compartirlo con nadie.

Supe que algo no iba bien en cuanto se abrió del todo la puerta de mi dormitorio. Apareció una figura más pequeña que mi amigo, con una silueta bien contorneada en curvas. Era una mujer, para distinguirlas tenía ojo clínico, incluso en la oscuridad. Se estaba desnudando y me pareció que canturreaba algo. Cantaba de pena, pero me hizo gracia. Se acercó a la parte derecha de la cama y agradecí que siempre me gustara dormir en el lado izquierdo. Echó a

un lado el edredón y se tumbó, dejando tras de sí un suspiro de alivio. Sin verla a rostro descubierto, ya sabía que era Lara, sin preaviso, igual que el resto de las veces en las que me cruzaría con ella.

Su tumbó y yo no supe qué hacer. Esperaría a que se quedase dormida y me levantaría, saldría del dormitorio y, por lo menos, nunca tendría que saber que había estado esa noche en su cama. Sabría de las anteriores porque mi ropa estaba entre la suya, como muchas de mis cosas. Pero no tuve oportunidad de trazar esa estúpida jugada porque se movió en mi dirección, un poco y un poco más. Hasta alcanzarme con su espalda y después con su mano en mi pecho, que descendió y subió en una caricia tan delicada que me estremecí de principio a fin.

Encendió la luz, gritó, salió de la cama y yo me quedé un segundo sin habla. Allí estaba: Lara, de carne y hueso, tan distinta a las fotografías y tan idéntica... Me deleité mirándola, escuchándola, preguntándome en qué estaría pensando en ese momento, igual que lo hice cuando salió de la habitación, porque, ¿cómo iba a dormirme? No había podido hacerlo antes ni lo hice después. Como ya dije, a veces hay un presentimiento que nos pide que estemos alerta, somos como los animales antes de un terremoto. Venía la sacudida y tenía que encontrarme preparado, despierto.

A la mañana siguiente, después de salir de la habitación, pensé que estaría mucho más enfadada, sin embargo, la encontré relajada y confirmé mis sospechas de que tenía sentido del humor, aunque quisiera a toda costa hacer creer lo contrario al resto del mundo. Al igual que yo, que había pasado la mayor parte del día intentando convencerme de que no era a mí a quien miraba desde la ventana. ¿Por qué? Porque de otro modo tendría que plantearme qué habría visto de mí, qué cosas había dejado entrever inconscientemente. ¿Cuántas eran buenas y cuántas malas? ¿Y qué más me daba que hubiese visto incluso las pésimas? Me daba, y mucho, porque había algo en mí, tal vez la curiosidad que me causaba no haberla conocido antes, que me empujaba a intentar impresionarla de alguna manera, la que fuese. Sí, hablar de ropa interior probablemente no había sido lo más adecuado para hacerla creer que era inteligente. ¡Joder! ¿Por qué no pensaba en otra cosa? ¿Habría dedicado ella aunque fuera la mitad del tiempo en acordarse de mí? Seguro que no.

Así llegué al apartamento, con cara de pocos amigos, ya que tenía que guardar mis cosas y dejar de dormir en esa cama que tanto me gustaba. Solo era una cama, como digo, pero la había hecho mía en las últimas semanas. Aunque no era la mía, sino la de otra persona. Yo tenía una en Barcelona, no

debía olvidarlo. Puede que me hubiese malacostumbrado a sentirme menos solo en una casa en la que había presencia de otra gente. En la mía a duras penas había algún objeto personal. Fue entonces cuando me prometí poner fotografías de mi familia, recuerdos de mis viajes, cosas que me pertenecieran a mí y no a los carpinteros que habían construido aquellos muebles.

No sabía si llamar a la puerta o abrir con mis llaves. Opté por lo segundo porque de otro modo parecería más gilipollas de lo que ya debería haberlo parecido. No vi a nadie en el salón, quizá la casa estaba vacía. Eso me hacía sentir todavía peor. Tendría que recoger mis cosas en soledad e irme sin despedidas, sin... ¿Sin qué, Rafael?

Dejé escapar el aire que había retenido en mis pulmones en forma de un suspiro sonoro y abrí la puerta del dormitorio, como de costumbre, con excesivo entusiasmo.

Lara se llevó las manos a la cara del susto. Estaba sentada en medio de la cama con las piernas cruzadas y una enorme caja sin abrir frente a ella.

—Perdona, no sabía que estabas aquí.

—Es mi dormitorio, no debería extrañarte —dijo mientras recobraba el aliento.

—No me acostumbro —expuse sin mucho ánimo.

Ella tampoco parecía muy alegre. Intenté no incomodarla con mi presencia. Fui hacia la cama, me agaché y saqué las maletas.

—¿Vienes a por tus cosas? —preguntó distraída.

No me miraba, seguía con los ojos fijos en la caja.

—Sí, no te molestaré mucho rato, espero. ¿Te han enviado algo?

Abrí las maletas y fui buscando mis cosas aquí y allá. Había más de las que pensaba y ya no recordaba dónde las había metido todas.

—Sí, es un paquete.

Sonaba aturdida.

—Eso es una evidencia.

—Sí, lo es.

Me daba la razón como a un imbécil. La miré un segundo y después seguí en silencio doblando camisetas e introduciéndolas ordenadamente en las maletas. Ella estaba ausente, mucho. No puedo decir que fuese raro, ya que no la conocía y no sabía en absoluto cómo era, pero, aun así, me pregunté qué podría pasarle para haberse borrado, sin más, el chispeante júbilo que había visto en su sonrisa esa mañana, al mirarla desde la calle.

—¿Vas a abrirlo?

No era mi fuerte centrarme en mis asuntos. Los abogados somos entrometidos. Cualquiera cosa, por mínima que sea, es una balsa de salvación en algunos momentos.

—Debería, ¿no?

Me acerqué a ella con una camisa entre las manos y me senté a su lado. Esperaba que no le importase mi manera descarada de meterme en lo que, claramente, no me incumbía.

Giró la cabeza hacia mí y sus ojos verdes se me clavaron por todo el cuerpo. Era guapísima. Tenía mirada felina, rasgada, envuelta en unas pestañas negras infinitas, la nariz pequeña y redondeada y los labios carnosos y... Me detuve en ellos más de lo permitido. Lara se dio cuenta, pero fue comedida al pasar por alto algún comentario que nos hubiese hecho sentir incómodos. ¡Maldita atracción sexual!

—¿Lo abrimos? —sugerí.

Pensé que eso tampoco le gustaría. A lo mejor, se trataba de algo que no quería que yo viera. Sin embargo, se relajó y asintió un par de veces con la cabeza.

—¿De quién es? —pregunté mientras me levantaba para coger unas tijeras.

—No lo sé, aunque lo intuyo, por eso no lo abro.

—¿Es una cabeza de caballo?

—Creo que la impresión sería menor. —Se rio, aunque sin muchas ganas.

Corté la cinta adhesiva y dejé que fuese ella quien echase las tapas a un lado. Lo hizo tan lento que me puso nervioso. Se encontró con un montón de papel de burbujas y un sobre amarillo encima. Lo cogió, sacó una nota de su interior y yo leí por encima de su hombro:

Querida Lara:

Sé que no me vas a llamar, y entiendo por qué, pero, como te dije, creo que Raúl hubiese querido que tuvieses estas cosas. Llámame, si algún día quieres.

Verónica

Ya había escuchado ese nombre antes. Ella se dio cuenta de que lo había leído, aun así, tampoco pareció molesta.

—Es su novia —me explicó.

—¿De quién?

—De mi ex.

¡La hostia! Eso sí que era una putada: la novia de tu ex muerto te envía un paquete con sus cosas. Pero ¿qué coño era eso? ¿A quién podía ocurrírsele una idea tan cruel? Ya me hubiese gustado conocer a la mujer en cuestión...

—¿Y por qué no se las queda ella? —pregunté, con cuidado para no sonar borde.

—Eso me gustaría a mí saber. Creía que había entendido mi indirecta, muy directa por otra parte, de no llamarla.

—Es evidente que sí, pero le ha dado igual.

Sus manos se sumergieron entre el papel de burbujas y fue extrayendo objetos de la caja. Un globo aerostático de juguete, en colores rojo y amarillo, un barco de madera montado dentro de una botella, un avión blanco con bandas azules, una bola de nieve con un molino dentro, una cámara de fotografiar antigua, un par de vinilos y un pájaro de cartón. En el fondo de la caja había un libro, *El Aleph* de Borges.

—Le gustaba coleccionar juguetes.

—¿Y esta es la herencia que te ha dejado?

No, tacto no tenía ni una pizca. Sonrió y se tumbó sin delicadeza en la cama. Todo su pelo se esparció sobre el almohadón. Había dejado, además, los objetos expuestos sobre el edredón. ¿Por qué hubiese querido que tuviera esas cosas que, al menos para mí, no tenían ningún sentido? Me vino a la mente el viaje. La mayoría eran objetos que te llevaban a algún lugar, de verdad o metafóricamente. Quizá ella lo entendía, porque formaban parte de la vida que habían creado en común.

—¿Y qué hago con esto, Rafael?

Me estaba pidiendo consejo sobre algo que ni siquiera conocía, necesitaba contextualizar demasiadas cosas para darle una respuesta mínimamente razonable. Y eso en el mejor de los casos, porque con mi idea de relación de pareja podría echar por tierra todos sus argumentos románticos e idílicos.

Cogí la camisa y comencé a abotonarla para después doblarla con mucho cuidado. Se apoyó en un codo, me la arrebató de las manos y la lanzó a una de las maletas.

—Deja eso, anda. Necesito que me digas qué hacer.

Me sorprendió tanto que me quedé con las manos suspendidas en el aire. Se recogió el pelo a un lado, volvió a recostarse en la cama y me miró. ¿Qué podía decir sin hacerle preguntas?

—¿Cómo te lo voy a decir yo?

—Tienes pinta de ser de los que clavan la sinceridad en las personas como una estaca.

Abrí mucho los ojos.

—¿Eso es bueno?

—Cuando necesitas un golpe de realidad, sí —sentenció.

Me eché sobre un costado, a su lado. Ella estaba tumbada del todo, yo con el codo anclado en el colchón y la cabeza apoyada en los nudillos.

—¿Significan algo para ti esas cosas?

Levantó los hombros sin encontrar una respuesta verbal adecuada.

—Sí, creo que sí.

—¿Lo crees?

—Significan algo porque significaban algo para él.

—Y él sigue significando algo para ti.

Asintió, esta vez sin dudarlo.

—Pues quédatelas. No les hace daño a nadie, salvo a ti, si es que te lo hacen.

Se quedó en silencio y yo dejé caer la cabeza sobre la almohada, a poca distancia de su cara, que era perfecta y armónica. Para mí lo era.

—Creo que no me hacen daño, pero ¿no debería quedárselas ella?

Miré al techo e hice una mueca con la boca.

—Por alguna razón, ella considera que no. Puedes devolvérselas, si piensas que es mejor.

Vaya, pues parecía que, por primera vez, salía algo sensato de mi boca.

—¿De dónde habrá sacado mi dirección?

—¿Tengo cara de oráculo de Delfos? —pregunté.

—No, tienes cara de alergia a la primavera y a las emociones humanas.

Me puso un cojín en la cara y apretó un poco, intentando en vano cortarme la respiración. Me lo quité y la encontré mirándome con tanta fijeza que, por un momento, pensé que se inclinaría y me besaría. Había perdido, definitivamente, la poca cordura que una vez tuve.

—Perdona, lo de las emociones humanas ha sido demasiado.

—Ha sido cruel, sí, porque mírame, estoy aquí, dándote consejo legal sobre tus objetos heredados y tú me ofendes.

Ignoró mi mordaz comentario como si no hubiese salido nada de mi boca. Se dio la vuelta en la cama y abrió uno de los cajones de la mesita de noche. La vi sacar un frasco rosa, que destapó al momento. Echó un poco de vaselina

sobre sus dedos y los aproximó a mi cara.

—¿Qué haces?

—Tienes la nariz despellejada. Esto te quitará el escozor.

—Soy alérgico a ciertas cremas.

—¡Anda ya! —insistió.

—Lara, que me producen alergia, en serio.

—Te digo que no.

Me sujetó el brazo que extendí hacia ella y me embadurnó la nariz con la vaselina. ¡Qué insistencia la de aquella mujer! ¡Qué pesadilla, joder! Sobre todo porque no la mentía. Tardé seis segundos en empezar a estornudar como si me fuese la vida en ello. Me escocía la piel todavía más, al igual que los ojos. En cuestión de un minuto, estaba llorando como un bebé.

—Dios mío, Rafael, lo siento muchísimo, creía que me estabas tomando el pelo... —Estaba preocupada. Se llevó la mano a la boca.

No paraba de moverse por la habitación.

—Estás horrible, se te ha puesto toda la cara roja. ¡Vayamos a urgencias!

—No hace falta... —murmuré, congestionado de pronto.

Ella ya se estaba poniendo unas zapatillas y recogiendo el pelo.

—Sí, nos vamos. Allí te darán algo —se giró para mirarme y se le escapó un gritito—. ¿Te está sangrando la nariz?

—Es por la piel despellejada, tranquila... —intentaba convencerla yo.

Fue al baño y regresó con unos discos de algodón desmaquillante.

—Levanta, voy a llamar a un taxi.

—Mujer, que estoy bien.

No, joder, no lo estaba. Hubiese tirado la maldita vaselina por la ventana.

—Venga, ¿dónde tienes la tarjeta sanitaria?

—Y dale, que se me va a pasar.

Cualquier cosa que yo hubiese podido decir en aquel momento habría sido en vano. Estaba empeñada en llevarme al hospital, tanto que ya se encontraba rebuscando en mi cartera. La dejé hacer, principalmente porque nadie se había preocupado tanto por mí. Nadie que no fuera mi madre. También porque no me encontraba muy bien. Veía borroso porque me escocían los ojos y me costaba respirar.

Se paró frente a mí y me miró a los ojos.

—No sabes cuánto lo siento. ¿Esto se considera tentativa de homicidio?

Lo preguntó tan seria que, pese a que me faltaban fuerzas, no pude evitar

reírme.

—No te rías, por favor.

—¿Por qué no? Es que se te ocurren unas cosas que...

Me puso la mano en la boca y con la otra tiró de mí.

—Me vas a ahogar —me quejé.

Pasó por alto mi comentario y así fue cómo acabé por no irme esa noche.

CAPÍTULO 11

*Ay del sueño
si sobrevivo es ya borrándome.*

Mario Benedetti

La noche anterior había traído consigo varias horas en la sala de espera del hospital, porque sí, así funciona la actual sanidad pública, y un pinchazo posterior. Lara iba y venía desde el pasillo a la consulta, después me explicó que era porque tenía fobia a los hospitales y que el olor le producía angustia. Pero allí estaba, acompañándome pese a que tenía treinta años y era bastante capaz de cuidarme solo.

Cuando a las doce de la madrugada cogimos un taxi de regreso al apartamento, insinué que recogería un par de cosas básicas para irme al hotel y que ya regresaría a por el resto al día siguiente, ella me dijo, sin dudarlo, que no me iría a ninguna parte. Noté un pellizco en el bajo vientre, no sé si fue por la idea de quedarme una noche más o por cómo había colocado la mano sobre mi pierna. Tardó un poco en apartarla, no me importó. No me sentía incómodo, extraño sí, pero era una sensación agradable. No me empalmé de milagro.

—No quiero molestar, en serio. Ya bastantes malentendidos ha habido, ¿no crees? —dije, por educación y porque, en el fondo, lo pensaba.

—He dicho que no hay más que hablar.

Tenía un carácter indescifrable. Había veces en las que tenía la sensación de no poder enfrentarme a nada de lo que dijese. Creo que influía la seguridad con la que decía las cosas. Mostraba decisión, fe en sus principios, fueran los que fuesen. Algo, no obstante, me decía que por dentro era un polo opuesto: un poco quebrada y necesitada de un afecto que nadie le daba porque no la

miraban con suficiente atención.

—¿Y sabes ya hasta cuándo tienes que quedarte? —me preguntó.

El taxi estaba a oscuras y solo nos iluminaban los *leds* de la radio y las luces de Madrid pasando veloces a nuestro alrededor.

—Tengo el juicio pasado mañana —expliqué—. Sea cual sea el veredicto, el jueves estaré en Barcelona.

Se me escapó un suspiro que hubiese querido retener. ¿A qué venía eso? Me apetecía pasar tiempo con mi gente, ver a mi madre, a mis abuelos. Eso era bueno, y, sin embargo, algo me retenía.

—¿Y crees que será favorable? —Me volví hacia ella, confundido—. La sentencia, digo —aclaró.

Eché la cabeza hacia atrás y contemplé el techo aterciopelado del vehículo.

—Eso espero.

—¿Por tu cliente o por tu padre?

La miré, fruncí un poco el ceño y sonreí. Ella lo interpretó tal y como yo había esperado que lo hiciese.

—Algo me ha contado mi hermano, es un bocazas, no se lo tengas en cuenta —explicó.

Cuando recuperaba el humor, se le relajaban las facciones, las cejas eran dos arcos perfectos y le centelleaban los ojos incluso en la oscuridad. Así, parecía mucho más joven, ligeramente más feliz.

—Es un bocazas solo para lo que le interesa —le recordé.

—*Touché*.

—Es por mi padre —susurré mientras miraba por la ventanilla—. Quiero demostrarle que sin ser como él puedo ser igual de bueno en mi trabajo.

No sé por qué sentí la necesidad de decir eso en voz alta, decírselo a ella. Quizá por eso que me transmitía, que me hacía saber, creer, que no me estaba juzgando. Podría tener miedo durante una fracción de segundo sin que nada ni nadie pudiese hacerme daño ni dentro ni fuera de ese pequeño universo constituido por la carrocería del coche y su mano aún sobre mi pierna.

—En cualquier caso, él ya ha perdido, y algo más importante que una batalla legal.

—Pero solo le duele lo segundo.

—Nadie puede hacer sentir a otra persona lo que ella quisiera. Cuando lo aceptamos, somos más felices.

Intenté sonreír, sin buen resultado, ya sea porque estaba cansado, porque me había desprendido de mi coraza o porque sonaba una canción de Adele en la radio que me hacía pensar en la chica que estaba sentada a mi lado. Una que hablaba de la amistad, de una última noche, de preguntas que se quedan a medio formular, de perdonar y de amar. La volvería a escuchar en adelante, vendría a mí, nunca la buscaría, pero sonaría en una cafetería, en la vieja radio de mi casa, en una boda...

—¿Qué vas a hacer con ese pequeño rastro de recuerdos que has dejado tirados sobre tu cama?

Giró su cuerpo hacia mí, dejó la cabeza apoyada en el respaldo y apartó la mano al fin. La colocó sobre sus piernas, una doblada debajo de la otra.

—Hoy he conocido a alguien —comenzó a contarme.

—¿Al amor de tu vida? —pregunté.

—¿Al amor de mi vida?

—Bueno, como hoy me has conocido a mí...

¿Acababa de decir algo tan estúpido y de manual en voz alta?

Lara emitió una carcajada tan sonora que el taxista la miró a través del retrovisor.

—¿Te ha funcionado eso alguna vez?

—Una, cuando tenía diecisiete años —confesé.

Una compañera de clase había dicho algo parecido una noche que habíamos salido a celebrar el cumpleaños de un amigo que teníamos en común. Quizá fueron los chupitos los que ayudaron y no el comentario en sí, pero resultó.

—Son formas clásicas de ligoteo —me defendí.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —preguntó ella.

No había caído en eso, ahora que me había metido hasta el cuello, podía negarlo o seguir jugando, al igual que hacía con las demás mujeres. Estaba en mi genética. De todos modos, me iría en tres días, quizá debería aprovechar la oportunidad e intentar algo. Algo.

—No finjas que no te gustaría.

—¿Y qué te hace pensar que de querer ligar contigo esperarías a que lo hicieses tú? ¡Ni que estuviéramos en el siglo XVIII!

Jamás me habría imaginado esas palabras saliendo de su boca. Era un torbellino, uno que se me llevaba consigo por momentos. Debía mantenerme firme.

—¿Intentas seducirme provocándome erupciones cutáneas?

—Como te iba diciendo, hoy he conocido a alguien,
Cambió de tema con una medio sonrisilla en los labios.

—Cuéntame más, por favor, después de este coitus verbal interruptus.

Volvió a reírse y me dio un codazo en las costillas.

—Estaba frente a una antigua tienda de música que acaban de cerrar y...

No sé, tuve una sensación.

Intentó explicarla con las manos, pero le faltaba mundo por abarcar, así de intensa había sido la sensación de Lara.

—Pensaba en algo cuando apareció un señor mayor y empezó a hablarme
—prosiguió.

—¿En qué pensabas?

Esa podría ser una de las pocas ocasiones en las que me lo revelara, puede que nunca más volviera a tener posibilidad de hacerme un hueco en su cabeza, en su mente rebosante de ideas, muchas increíbles y otras absurdas.

—En una especie de sueño, uno de cuando era pequeña. Quería tener una librería —hizo una pausa esperando algún comentario irónico por mi parte, pero no dije nada porque le pegaba esa clase de sueño, le pegaba hondo, era su relámpago—. Y allí estaba, hablando con un desconocido sobre ese sueño.

—¿Como ahora, quieres decir?

Porque sí, lo éramos, dos personas que no se conocían y que, no obstante, ya sabían más del otro de lo que cabría esperar.

Lara sonrió con dulzura. Otra vibración acompañaba debajo de las cosquillas. Volví a prestarle atención, dado que me había considerado confidente de muchas pequeñas cosas que para ella, sin lugar a dudas, eran importantísimas.

—¿Te hace feliz tu trabajo, Rafael?

Aunque me desconcertó un poco su repentina pregunta, contesté casi al instante.

—Mucho, la verdad, ¿por qué?

Estábamos a punto de llegar a nuestra calle. Pensé: ¿«Nuestra»? No, su calle, suya y de nadie más. Ni mi calle, ni mi casa, ni mi cama, ni mi nada. Desposesión absoluta. Como iba diciendo, estábamos a punto de llegar a su calle y ya me preguntaba quién dormiría en el sofá esa noche. Mi mente iba dando tumbos de la conversación a mis pensamientos.

—Porque me lo preguntó, si me hacía feliz mi trabajo.

Agachó un poco la cabeza y se quedó mirándose las manos. El pelo le cubrió la cara, era una cascada rubia ennegrecida en la madrugada. Tanta

poesía me había llenado la cabeza de metáforas, alegorías y símiles que no desaparecerían nunca. Como la sensación de mi cuerpo. No había ningún rincón de mi carne que no tuviera ganas de Lara.

—Que me gusta mi trabajo.

—¡Uh! —lo alargué demasiado.

—¿Qué? —inquirió ella, sorprendida con mi exagerada onomatopeya.

—Suena a esquivar la pregunta, Lara, y perdona que te lo diga así, pero es como cuando tu pareja te dice que te quiere y tú contestas gracias.

—¿Así de trágico?

—O más.

Nos miramos un instante y nos echamos a reír. Parecíamos dos adolescentes borrachos. En mi caso, tenía excusa. Iba medio drogado de tanto medicamento, en el de ella, creo que era el *jet lag*, aún necesitaba descansar.

—Él también lo interpretó así, y me dijo algo más.

—¿Qué cosa?

Interrumpimos momentáneamente la conversación porque el taxista nos estaba pidiendo los veinte euros con treintaidós céntimos que había costado el viaje de vuelta del hospital. Lo pagué antes de que Lara pudiese echar mano a su bolso y nos encaminamos hacia el portal después de salir del coche.

—¿Y bien? —inquirí.

También tenía más a mano las llaves de la casa, así que las saqué del bolsillo y abrí.

—Dijo que es más fácil gobernar donde tienes el voto asegurado.

—¿Era un hombre o Buda reencarnado?

Sostuve la puerta para que entrase y esperamos el ascensor en silencio. Me había dado cuenta de que, a veces, intentaba no reírse de las cosas que decía sin pensar, sin embargo, en otras, como esa, se dejaba llevar y disfrutaba de lo estúpido que podía llegar a sonar un tipo de treinta años a la una de la mañana.

—El local era suyo, ¿sabes? Una vez tuvo allí mismo una librería.

Eso en mi idioma era una señal, y así se lo dije.

—¿Una señal de qué?

—Eso deberías saberlo tú, ¿no te parece? Hubo una librería en un local en el que tú estabas soñando con abrir una.

—No, no estaba soñando con abrir una, estaba recordando un sueño, una ilusión de semiadolescencia, en el que tenía una.

—Lo mismo es.

Puso los ojos en blanco y entramos en el ascensor. Seleccionó el tercer piso y nos apoyamos uno enfrente del otro.

—Al poco rato, vino a buscarle una mujer, su hija, por lo visto el señor tiene Alzheimer... —Se le hundieron un poco los hombros y el semblante—. A esto quería llegar, a los recuerdos, ¿entiendes? Por eso me voy a quedar los objetos, tirarlos o devolverlos sería como escoger olvidar y no dejo de preguntarme si ese anciano hubiese escogido borrar todo cuanto fue y tuvo, a las personas a las que un día quiso.

Asentí, porque entendía a qué se refería.

Se abrieron las puertas del ascensor, metí la llave en la cerradura de la puerta del piso y nos colamos en su interior como si acabásemos de llegar de una guerra. Cansancio era poco en comparación con lo que sentíamos en aquel momento.

—Pero hay algo todavía más importante —añadí, de pie en el salón.

Todavía estábamos en territorio de nadie, no sabía hacia dónde ir.

—¿El qué?

Me incliné un poco hacia ella, hasta quedar a escasos centímetros de sus labios, y le confesé lo que pensaba.

—¿Vas a hacer algo para rescatar ese sueño o de eso sí que te vas a olvidar?

Se puso nerviosa, y creo que no tenía mucho que ver con la pregunta, sino con lo próximos que nos encontrábamos y lo bien que olía ella. Joder, lo bien que olía era desquiciante. No podía dejar de pensar en ella desnuda, debajo de mí, encima, en cualquier parte, jadeando y...

—Solo es un sueño, Rafael.

Le pasé un mechón de pelo detrás de la oreja.

—«Toda la vida es sueño y los sueños, sueños son» —cité a Calderón de la Barca esperando que un escritor tuviese mayor poder de convicción que yo.

—Tendría que hacer una inversión y empezar de cero y...

—Y arriesgarte.

—Y arriesgarme.

—¿Y por qué no arriesgarse?

—Porque no son tiempos para echar por tierra la estabilidad que todo el mundo busca...

—¿Alguna vez lo son?

Esperaba no estar confundiéndola, pero quería que tuviera, no sé por qué, todas las alternativas a su alcance, que pudiera conseguir cualquier cosa que

se propusiera. Pensé que así parecería más feliz de lo que lo era.

—Vamos a dormir —dijo de pronto.

No insistí ni rechacé la oferta, necesitábamos descansar.

—Me quedo en el sofá —expuse yendo hacia él.

Me cogió del brazo.

—¿No ves que no cabes? Quédate en la cama, ya duermo yo aquí — argumentó.

—Sí que quepo.

—Tú sí, tus piernas no —sonrió.

Se puso detrás de mí y me empujó por la espalda en dirección al dormitorio.

—¿Esta también es una táctica de seducción? —me reí.

—¿Qué puede ser si no?

Supe que se estaba aguantando las ganas de proferir una carcajada. Ambos nos paramos en seco, miramos hacia la habitación de Carlos, la puerta estaba abierta y no había rastro de él.

—Otra vez —murmuró Lara.

—Hablaré con él —le prometí, sin saber por qué.

Apoyó un segundo la frente entre mis vértebras y luego me dio un último empujón para hacerme cruzar la puerta. Recogió las cosas de la cama, sacó un pijama del armario y se despidió de mí con muchas incógnitas en los ojos y en la boca. Me hubiese gustado, en aquel momento, haber tenido el valor de ir hacia ella, acercarla a mí y besarla, arrancarle la ropa a sacudidas, llevarla hasta la cama y perderme entre los pliegues de su piel con la boca y el ansia. Todo aquello era un deseo que había intentado obviar sin éxito, como otros tantos que manifestaba mi cuerpo. Como el miedo que tenía al pensar que en tres días me despediría de Madrid.

CAPÍTULO 12

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas.

Francisco Villaespesa

Había salido muy temprano a comprar café recién hecho y media docena de medialunas. El paseo matutino, envuelto en el aire frío propio de las seis de la mañana, logró desprenderme del estado de ánimo que había dado vueltas conmigo en el sofá durante toda la noche. Por más que echaba la vista atrás, era incapaz de reconocermé en algunos momentos que había compartido con Rafael el día anterior. Estaba confundida porque me había liberado de toda la presión durante unas horas. Si a todo eso le añadía el hecho de que una parte de mí seguía pensando en lo que me había dicho aquel anciano, ya estaba más que preparada para enloquecer.

Sin embargo, mi mayor preocupación entonces era Carlos, sin duda alguna. Aprovechando mi ausencia y pensando, probablemente, que Rafael se había marchado el día anterior y yo dormía plácidamente en el dormitorio, había vuelto de puntillas. Con una excusa bajo el brazo, eso sí. Rafael también estaba despierto, con el pelo húmedo y menos barba. Aparté los ojos de los suyos y me centré en unos que me eran más familiares, los de mi hermano. No hizo falta preguntar, me pareció evidente que ellos dos habían estado hablando de algo que, por lo visto, aún no querían compartir. Así que me tragué mis propias impresiones y fui hacia la cocina sin darles los buenos días.

Mientras cogía mi taza de *Juego de Tronos* para verter el café en ella, Rafael entró sutil. No le miré al principio, seguí sus movimientos con el rabillo del ojo. No había amanecido como esperaba y no quería ser borde en su último día en la casa.

—¿Puedo?

Señaló uno de los vasos de plástico y yo asentí. Se apoyó contra la pared y bebió en silencio, sin apartar la mirada. Al final, sintiéndome observada, me vi obligada a prestarle atención.

—Ya te he despejado los armarios —señaló.

Emití un asentimiento de garganta y cogí un cruasán de la bolsa.

—Y he cambiado las sábanas y puesto las de ranas que tenías en uno de los cajones.

Repetí mi anterior gruñido.

—Y te he cogido el vestido rojo y me lo he probado.

El vestido rojo... El vestido rojo me recordó una noche.

—Rafael, te estoy escuchando, no pienses que te ignoro —dije.

Eso le hizo sonreír y a mí también.

—¿Una mala noche? —preguntó irónico.

Me encogí de hombros. Me había despertado con un mal presentimiento que iba y volvía a mí cada vez que me quedaba más de un segundo en silencio. ¿Qué más podría salir mal? No lo tenía del todo claro, pero mi cabeza le daba vueltas a muchas cosas a un mismo tiempo. Estaba realmente cansada, no sabía cuándo había sido la última vez que había podido descansar. Quizá hacía algunas semanas en México.

—Me llevo el café —anunció.

He de reconocer que me hizo estremecer su voz y el hecho de no insistir, de irse y permitirme unos minutos a solas cuando más me hacía falta.

—Pasa a despedirte cuando te vayas a Barcelona —le dije.

Me ofreció su mejor sonrisa y después desapareció. Me sentí exactamente como había esperado: sola y retrasando una conversación más que importante con mi hermano. ¿Por qué no podía haber sido yo la pequeña de los dos? Así hubiese tenido muchos menos quebraderos de cabeza.

Las ruedas de una maleta recorriendo las baldosas del suelo interrumpieron mis pensamientos. Pensé en asomarme y dedicarle a Rafael un último adiós con la mano, sin embargo, al escucharle hablar con Carlos, pensé que sería mejor que se despidiesen ellos, que, al fin y al cabo, eran amigos. Nosotros éramos dos desconocidos que conectaban demasiado bien.

Aparté esa idea de mi cabeza cuando se cerró la puerta. Carlos entró al momento en la cocina, sacó un zumo de la nevera y me revoloteó el pelo como solía hacer todas las mañanas. Al menos, había una cosa que no había cambiado entre los dos, porque, desde luego, guardarnos secretos no era algo que hiciésemos a menudo. Por no decir nunca.

—¿Te vas a trabajar?

—Como todos los días —me contestó—. ¿Tú?

—Aún me quedan un par de días —le recordé—. Tenemos que hablar esta noche —dije sin pensármelo dos veces, ya que de otro modo hubiese cambiado, probablemente, de idea.

No quería agobiar a Carlos, interrogarle como si fuera un niño de quince años, pero para mí siempre, con independencia de los años y las circunstancias, tendría esa edad y sería vulnerable ante cosas frente a las que yo me sentía fuerte. Era responsable de su bienestar.

—¿Tiene que ser hoy?

Lo preguntó como si interfiriese en sus planes, esos que se empeñaba en ocultarme.

—Sí, tiene que ser hoy. Iremos a cenar, así que, cuando salgas de trabajar, ven directo a casa.

No era necesario ser muy avisado para percatarse de que ni mi tono de voz ni mis exigencias le hacían especial gracia, sin embargo, no conocía otro atajo más educado y sutil por medio del que llegar a él, o lo que quedaba de mi hermano, quien un día me lo había contado todo. Como yo a él. Quizá los dos nos estábamos equivocando.

Se fue manteniendo la poca calma que le caracterizaba últimamente. Yo me quedé pensando en qué hacer, hacia dónde ir cuando no tienes del todo claro quién eres ni quién te gustaría ser. Me vi recorriendo el apartamento en varios pasos. No sé qué estaba buscando. No lo supe al principio, sin embargo, al cabo de un rato me di cuenta de que tan solo buscaba un pretexto para no salir del piso e ir un poco más lejos de mi zona de confort, allí donde se romperían las barreras.

Mientras salía de casa para ir hacia donde no debería, me di cuenta de que, de repente, había demasiado silencio a mi alrededor. Ensordecedor a su manera. Quizá el problema estaba en mí, porque ya no podía escuchar lo que antes oía en todas partes. Sí, eso debía de ser. Lo que no tenía del todo claro era si esa nueva sensación de vacío me tranquilizaba o me llevaba a un punto de no retorno del que no quería salir.

Rehíce el camino del día anterior a pie. Pensé que en debería plantearme en un futuro inmediato comprarme un coche. Nunca había tenido uno propio y ya no recordaba lo que era conducir el de mis padres. Pese a que tardé el doble de tiempo que la vez anterior, me pareció que había llegado mucho antes. A lo mejor tenía algo que ver con ese sentimiento que se me había

quedado grabado. Una parte de mí había permanecido a la espera frente al escaparate del local, donde, al llegar, comprobé que ya no había cartel de «se alquila». Suspiré y con ese hálito se fue parte de una ilusión y volvió la sensatez. De haber estado allí el número de teléfono, ¿qué habría hecho? ¿Alquilarlo? ¿Con qué propósito? ¿Con qué dinero?

Negué con la cabeza y miré hacia el final de la calle. Cuando estaba a punto de irme, escuché la campanilla de la puerta de entrada de la antigua tienda de música. Un obrero salió del interior y extendió la mano hacia mí con un «eh, espere». Me volví hacia él, sorprendida, y me tendió una tarjeta.

—El señor Rivera dijo que se pasaría por aquí una chica rubia. ¿Es usted Lara?

Asentí un tanto confundida.

—Me dijo que se lo diera.

Y, después de recoger la tarjeta, me ofreció un libro. Estaba encuadernado en cuero verdoso, con el lomo al descubierto, desprovisto de letras, de nombre. A veces, en esos días en que no sabía quién quería ser, como ocurría entonces, yo también renunciaba al mío, y me imaginaba que me llamaba Elena o Jessica y que vivía una vida distinta, ni mejor ni peor, simplemente diferente.

Abrí el libro y descubrí entre sus páginas amarillas el título de una novela que me había hechizado hasta extremos insospechados. Aún era capaz de escuchar los susurros del verano en el que lo leí por primera vez. Me traían de vuelta el tacto de las briznas de hierba bajo la piel, las nubes blancas y esponjosas recorriendo el cielo en un baile, la brisa del mediodía coqueteando con las ramas, la fugacidad de unos primeros besos tardíos, recién cumplidos los diecinueve años.

Cerré los ojos un segundo, suficiente para sentirme viva de nuevo. Ese, con diferencia, había sido el mejor año de mi vida y no quería que nada ni nadie me lo arrebatase, ni siquiera la mirada del capataz de obra que me contemplaba atónito, quizá un tanto conmovido por lo extraño que podía llegar a ser, en ocasiones, mi comportamiento.

Sea como fuere, *Cien años de soledad* había regresado a mí, en forma de un regalo extraño, de una señal que no supe cómo interpretar. Por eso, me limité a agradecerle la amabilidad al hombre y a irme en silencio, no sin antes girarme cada pocos pasos con el fin de comprobar si yo era la que era o era la que fui. ¿Cómo puede ser eso? Puede. Sucede sin previo aviso, en el instante exacto en el que te das cuenta de que antes eras más feliz, aunque tuvieses

menos y quisieras más. Porque siempre queremos más. Más caminos que recorrer, a solas o acompañados, más instantes de magia y sorpresas, más éxitos, más felicidad, más riquezas. Y un día las encuentras o ellas a ti y, por extraño que parezca, ya no tienes tan claro por qué las quisiste.

Esa parte de mí me daba miedo. Lo hacía porque me obligaba a perder el control.

Pasé frente a una pastelería que antes visitaba a menudo con Raúl. No se me iba de la cabeza, aunque eso era algo que ya me había prometido la primera vez que le dije que le quería. «Estaremos siempre juntos, de una manera u otra». Ahora, y desde hacía tiempo, ya no veía el «juntos» por ninguna parte, pero seguía estando conmigo. Enamorarme de él, de la manera en la que lo hice, sinceramente y con el corazón abierto de par en par, fue una de las mejores sensaciones que sentí. Siempre fui mejor, al menos durante el tiempo en el que supe distinguir entre mi vida personal y mi vida profesional. Después todo se truncó. Días trabajando de sol a sol, madrugadas renunciando a compartir las sábanas por hacer informes de última hora, aniversarios olvidados, cenas que no llegaban nunca, besos que se quedaban en la puerta por las mañanas, por no hablar de todos los sitios a los que dejamos de ir, como esa pastelería. Tampoco pude entrar ese día, porque aún le quería, porque no podía traerle de vuelta.

CAPÍTULO 13

*Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura porque esa ya no siente.*

Rubén Darío

Renuncié a la idea inicial que tenía de sonsacarle información a Carlos en cuanto entró aquella noche por la puerta. El ceño fruncido y la mueca de sus labios me hicieron sentirme cómplice de un dolor del que quería alejarme a toda costa. ¿Por qué se estaría comportando así? ¿Qué era tan malo como para no decírmelo? El ánimo y las decisiones tomadas por la mañana se habían esfumado y en su lugar solo quedaba la amarga certeza de que, en mi fuero interno, ya había tomado algunas decisiones que no sabía si eran las correctas. ¿Acaso podemos estar seguros alguna vez?

Sustituimos la cena por una película silenciosa y algunas miradas que yo le lanzaba de reojo para intentar captar su atención. Una pequeña parte de mí buscaba la sinceridad anterior que habíamos creado desde la infancia y que ya no sé dónde se había quedado. Sin embargo, fue en balde. No había rastro de salvación para aquella relación estanca que habíamos asumido como válida. Casi parecía una ruptura sentimental más que una crisis existencial entre hermanos. Tal vez por eso regresó mi afán por descubrir su nombre. Sea lo que fuere que le estuviera ocurriendo a Carlos tenía nombre de mujer. Lo veía en sus ojos y en la manera en la que se quedaba contemplando algo más allá de lo que cualquier otra persona pudiese ver.

—¿Quién es? —pregunté cuando le sonó el teléfono y lo apagó, casi al instante.

—Nadie.

Dejó el móvil sobre la mesita de café y se levantó para ir al baño. Dejé

escapar un suspiro y seguí concentrándome en *Ink Masters*. ¿Me atrevería alguna vez a hacerme un tatuaje? Mientras pensaba en las posibilidades que tenía de perder el miedo a las agujas, el teléfono volvió a sonar. Miré hacia la puerta del baño, pero Carlos no salía, así que hice algo que llevaba sin hacer desde que tenía diecinueve años y él quince. Me levanté, cogí el teléfono y en la pantalla descubrí un nombre que me secó la garganta.

Escuché el pestillo del aseo, dejé de nuevo el teléfono sobre la mesa y me dejé caer en el sofá. Ya había dejado de oírse el timbre de llamada. Carlos se sentó de nuevo en su sillón sin prestarme atención, ni a mí ni a mi desconcierto, que se me notaba en la cara y en todo el cuerpo. De haber tenido más paciencia, probablemente, habría guardado silencio y esperado un poco más. ¿Cuánto más? Y ¿por qué? ¿Qué necesidad había de ocultarme algo de esa envergadura?

No callé y me arrepentiría durante mucho tiempo por ese descuido lleno de espontaneidad y sentimiento de traición.

—¿Por qué te llama Verónica?

Giró la cabeza lentamente hacia mí y, lejos de sentirse amenazado por mi pregunta, la volvió contra mí como una acusación.

—¿Por qué me miras el teléfono?

Negué exasperada. No reconocía a Carlos en ninguna de sus palabras ni en su comportamiento y eso me preocupaba y me dolía a un mismo tiempo.

—Estoy preocupada por ti.

Puso los ojos en blanco y siguió mirando la televisión sin verla.

—Contéstame, Carlos.

Se cruzó de brazos y se le tensó la mandíbula, no sé si por el enfado generado por ser descubierto o porque no sabía qué ni cómo contestarme. Entonces, cerré un segundo los ojos y me di cuenta. Podría haber negado las evidencias y creer que solo era imaginación mía, pero conocía a mi hermano. Sabía cómo se comportaba cuando estaba con una chica. Precisamente así, a la defensiva.

—¿Estáis juntos? —pregunté solo para confirmar mis sospechas.

Suspiró. Otra prueba de que no me equivocaba.

—Carlos...

—¡¿Qué?! —bramó de pronto—. Conozco ese tono de voz, Lara.

Se puso en pie y se quitó la chaqueta, cosa en la que no había reparado hasta el momento. La lanzó sobre el respaldo del sillón y se arremangó las mangas del jersey.

—¿Qué tono?

Crucé las piernas y los dedos de las manos. Procuré estar lo más serena posible. No quería delatarme, no podía dejar que viera el dolor que sentía en ese instante. Mi hermano estaba saliendo con la novia de mi exnovio muerto. ¿Hasta cuándo me perseguiría ese drama que no se iba?

—Ese con el que siempre juzgas a los demás.

Nunca habría dicho que, entre mis defectos, que no eran pocos por cierto, estaba juzgar a los demás. Quizá no había sido capaz de darme cuenta por estar demasiado inmersa en mis propios problemas, en mi dolor, que parecía eclipsar el del resto. Puede que una parte de mí se hubiese olvidado de que había vida después de la muerte de Raúl. Puede que en realidad les juzgara.

—¿Qué quieres, que te aplauda?

Se rio sarcástico y se sacudió el pelo, que lo llevaba más largo de lo normal.

—Es que no te he pedido tu aprobación, a ver si lo entiendes.

—Sabías que no la tendrías, por eso no me has dicho nada. ¿No había más mujeres? ¿Tenía que ser ella?

—¿Y cuáles son tus argumentos? ¿Que me saca seis años? ¿Que fue la novia de Raúl? ¿Que la odias? Ninguna me vale porque no me afectan, ¿comprendes?

Esos eran mis argumentos, en efecto. No tenía más motivos para oponerme a esa relación, a lo mejor porque me seguía faltando información, pero creo que ni de haberla tenido habría podido hacer algo para evitar que Carlos dejara de estar enamorado de ella. Él, que siempre se callaba esas cosas, que prefería vivir de la manera en la que había aprendido, ajeno a los sentimientos.

—¿Desde cuándo?

Miró hacia otro lado, pero me contestó entre dientes.

—Empezamos a vernos poco después de que te fueras.

—Para qué perder el tiempo, ¿no? —pregunté con ironía.

Eso le cabreó todavía más, ya que no comprendía de dónde procedía mi dolor ni yo de dónde su amor. Seguí preguntándome por qué tenía que ser ella. Siempre ella, que se había llevado a los dos hombres de mi vida. ¿O los había perdido yo? Me había ido y les había dejado y ella, Verónica, los había encontrado en el camino y los dos habían acabado encontrado más. El hombre del que me había enamorado y mi hermano enamorados de la misma mujer.

—No lo planeamos, no lo pensamos.

Que no lo habían hecho era una realidad, tal vez, de haber recordado que yo también estaba allí, no tan lejos, hubiese cambiado en algo lo que había sucedido, pero ¿había pensado yo en alguien cuando me había ido a México? Y estando allí... Recordé un nombre que no quería evocar. Tragué saliva y contesté sin saber muy bien qué era correcto y qué no.

—¿Es con ella con la que has estado pasando las noches?

—¡Lara, por favor! No tengo dieciséis años, dame un respiro, por favor.

—¿Tan importante es para ti?

Vino hacia mí, se acuclilló y colocó sus manos sobre mis rodillas.

—Sí —fue sincero, quizá por primera vez en mucho tiempo—. Pero no quería hacerte daño, por eso no te dije nada.

Sabía que eso también era verdad. Carlos era la única persona que jamás me había hecho daño. Me lo estaba haciendo entonces. Había sacado toda la munición y yo me sentía en el punto de mira: ser una buena hermana y alegrarme por su felicidad o sentirme herida y hacerle sufrir con mi comportamiento. Esas eran mis posibilidades y una de ellas implicaba perder a mi hermano.

Coloqué mis manos alrededor de sus mejillas y recorrí las facciones cuadradas de su rostro. Pese a que ya era un hombre, seguía pareciéndome un niño. Ni la barba bajo las yemas de los dedos, ni el puente recto de la nariz, ni la mirada profunda lograban hacer que lo viese de otra manera. Le di un beso en la mejilla y dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Me dio un abrazo, que acepté porque yo también me había asustado, y mientras le acariciaba la espalda me di cuenta de que el camino del silencio y la aprobación que acababa de escoger acabaría enquistándose con el tiempo. A lo mejor, nos heriría incluso más de lo que podría haberlo hecho enfrentarnos en ese momento.

—¿Hablarás con ella?

—No tientes a la suerte —le advertí—. Además, ya me ha enviado las cosas que quería darme, ahora ya sé de dónde sacó la dirección.

—Lara, es una buena chica, de verdad.

Una luz le atravesó los ojos y me di cuenta de que no había nada que yo pudiera decirle, ni entonces ni nunca, que le hiciese cambiar de opinión sobre ella. Tampoco yo podía encontrar una brecha abierta, porque todavía la recordaba en el entierro, dulce y amable. Con el corazón y el alma abiertos para mí, que era una desconocida. ¿No se merecía una oportunidad?

La duda me duró una milésima de segundo.

—Algún día, ¿vale?

Ni en ese momento ni más tarde llegué a estar segura de aquel «algún día». Aun así, a los dos no valía por el momento. No tiraríamos de la cuerda, porque teníamos dudas de quién era más fuerte o, quizá, porque no queríamos comprobarlo. Pese a la tregua firmada, algo se había roto en mi interior. Algo más.

—Voy a darme una ducha —anuncié—. Mañana tengo que trabajar.

Carlos se levantó y se quedó mirándome con cara de no entender lo que le estaba diciendo.

—Creía que aún tenías unos días.

—Me gusta estar en movimiento, voy a volver a la oficina.

«Y así no tengo que pensar», omití.

Colocó su mano sobre mi espalda y me sonrió. Había valido la pena, solo por esa sonrisa, dejar de lado el oscuro sentimiento que me recorría el pecho, aumentando la intensidad a cada instante que pasaba ignorándolo.

Fui al dormitorio, cogí un pijama y me encerré en el cuarto de baño. En cuanto eché el pestillo, me sentí liberada de la presión que había sentido hasta ese minuto. No se me iban del pensamiento ni Verónica ni Carlos. No se me iban y los veía juntos a cada momento. Y veía la mentira, que era lo que más me dolía. La forma en la que me había ocultado que había encontrado a alguien especial. Me dolía porque necesitaba compartir esos momentos con él y las circunstancias no me permitían hacerlo con la franqueza que siempre había deseado. No podía ni debía ser egoísta. No podía juzgar esa manera de querer, desesperada y sin barreras.

Me froté los ojos mientras me desnudaba. Bajé la taza del váter y me senté allí en la quietud de ese habitáculo cuadrado, con baldosas azules, que me recordaban al mar que tan pocas veces había visto, y me quedé presa, durante unos minutos, de esa asfixia inhumana. Sin darme cuenta, estaba de nuevo en el punto de partida que había querido dejar atrás cuando me había ido. Escapar en adelante no podía ser una opción. Se había quedado la aflicción presa en aquella ciudad y había encontrado otra igual de intensa al otro lado del océano y una más a la vuelta. Tenía la sensación de estar delirando en la inquietud de un mal sueño del que no lograba despertar.

Lo que sí que consiguió despertarme de ese breve lapsus mental en el que me estaba ahogando fue la vibración del teléfono en el lavamanos. Arrastré los pies hasta llegar a él. El número desconocido hizo que me planteara si contestar o no. Al final no esperé más y acepté la llamada.

—Diga.

Ni siquiera reconocí mi voz cuando hablé. Me sonó rota y distante.

—Buenas noches, ¿eres Lara?

Era una mujer. Recordaba la última vez que una me había llamado y me había hecho exactamente la misma pregunta. Se me puso un nudo en la garganta, ¿qué más podía pasar? Demasiadas emociones en muy poco tiempo.

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Soy Sara Álvarez de *C&I Networks*, ¿cómo estás?

Me solté el pelo mientras me preguntaba qué querrían venderme en esta ocasión y a esas horas de la noche.

—¿En qué puedo ayudarte?

La escuché reírse al otro lado de la línea. Su carcajada me pareció amable, sin embargo.

—¿Conoces nuestra empresa?

Hice memoria. Me sonaba mucho el nombre, pero no lograba recordar de qué.

—Ahora mismo no caigo, la verdad —decidí que era mejor que fuese ella misma la que me lo dijese.

—En *C&I Networks* nos dedicamos a promocionar a empresas y negocios, a nivel internacional, tanto en las redes sociales como en publicidad, en todos los medios de comunicación.

—¿*Coaching* empresarial? —inquirí.

—En efecto —contestó.

—Si quieres presentar un presupuesto para la editorial, tendrás que hacerlo en el departamento de marketing y finanzas, puedo facilitarte los datos.

Se rio una vez más. No entendía qué podía estar causándole tanta gracia, pero no estaba por la labor de averiguar qué quería.

—Rafael no te ha dicho que iba a llamarte, ¿verdad?

Al oír su nombre se me revolvió el estómago. Recordé por encima, en una ráfaga de polaroids, la noche anterior.

—¿Rafael?

—Somos buenos amigos y me comentó que estabas pensando en abrir una librería. Tenemos mucho trabajo actualmente, pero por la amistad que me une a él, acepté concertar una cita para ayudarte en lo que requieras.

Buenos amigos seguramente implicaba más que amistad. No era asunto mío, desde luego, sin embargo, no se me iría de la cabeza tan fácilmente. En cualquier caso, lo más destacado de todo cuanto me había dicho no era eso,

sino que Rafael le comentase que tenía intención de abrir una librería cuando hacía unas horas había renunciado por completo a esa posibilidad.

—Verás, Sara, es que creo que Rafael ha malinterpretado lo que quería...

—Ha dicho que insista hasta que, por lo menos, aceptes que nos reunamos.

—Pero si...

—¿Te viene bien una cena mañana en el *Surya*?

Me rasqué la cabeza e intenté pensar con claridad. ¿Qué era lo peor que podía pasar si iba a esa cena? Puede que encontrara una manera de rescatar el sueño. El problema estaba en que no sabía si sería bueno dar pie a algo que no podía mantener a flote.

Habló, no obstante, el subconsciente, que necesitaba creer, volar, liberarse de las amarras que yo le había colocado.

—De acuerdo. ¿Nos vemos allí a las nueve y media?

—Perfecto, Lara. Haremos que esa librería cobre vida.

—No sé si...

No me dio tiempo a completar la frase.

—Yo solo trabajo con gente que tiene ilusión, no la pierdas o se quedará en nada. Te veo mañana. Llama a Rafael, es un buen tío.

—Sí, es...

—Hasta pronto.

Y colgó dejándome con la boca abierta mirando la pantalla del teléfono, que ya se había apagado.

Abrí el grifo del agua caliente y esperé fuera a que se calentase. Me apoyé en el lavamanos, de espaldas al espejo y me pregunté cómo llamaría a Rafael si no tenía su número de teléfono. Él debía de haberle pedido el mío a Carlos. Tendría que recurrir a la misma estrategia si quería ponerme en contacto con él.

Dejé el móvil sobre la toalla y me di la vuelta para descubrir algo que me hizo sonreír. Me di cuenta de que echaba de menos la sensación que produce una sonrisa sincera.

Su nombre había surgido entre el vaho como una promesa o un recordatorio. Había estado allí mismo, encontrando mi rastro y borrándolo para dibujar su propio camino en un lugar que había hecho suyo y del que, por mucho que me pesase con el tiempo, nunca podría echarle.

Rafael.

También me visitó el fantasma de otro nombre que no había vuelto a

pronunciar. Se había quedado en aquel hotel de Santa Fe.

Me alejé del espejo, entré en la ducha y cerré la mampara, y con ella un recuerdo.

CAPÍTULO 14

*Hay besos que pronuncian por sí solos
la sentencia de amor condenatoria.*

Gabriela Mistral

No sé por qué lo hice, pero me desperté con el cuerpo tibio de María en la cama del hotel. Había esperado algo durante tres días, los últimos en Madrid, sin embargo, no había sabido nada de Lara. Sara me había llamado para decirme que habían cenado en aquel restaurante indio que tanto me gustaba, que al principio se había mostrado reacia ante la posibilidad de hablar de la librería como una posibilidad y no como utopía. Finalmente había aceptado saber algo más sobre el mercado, conocer los porcentajes y los presupuestos. Cuánto, cómo, cuándo, dónde, qué, quiénes. Respuestas y preguntas a algo que era evidente que le daba miedo. Allí se habían acabado mis noticias. Ni un mensaje, ni una llamada. No esperaba que me agradeciera lo que había hecho, porque me figuraba que debía de estar, cuando menos, enfadada por haberme entrometido en lo que no me competía. Aun así, albergaba una mínima esperanza que la llevase junto a mí, al menos durante unas pocas horas.

Así que estaba en el hotel, desnudo bajo las sábanas, viendo dormir a una chica que no me interesaba, de la que me despediría en unos minutos y a la que no tenía intención de volver a ver porque no había despertado en mí mayor interés que el que ya había puesto de manifiesto. Me pregunté si mi frialdad era la única herencia que había obtenido de mi padre, con el que me reuniría a lo largo de la tarde para recordarle que su cliente se había salvado de la cárcel gracias a mí. Le había demostrado que era mejor que él sin ser un cabrón desalmado. ¿O sí que lo era?

Aparté la sábana con cuidado y María se removió en la cama. No estaba

preparado aún para sonreírle y decirle que había sido una noche maravillosa y que... Las mentiras que solía decir habitualmente se me quedaban cortas en esta ocasión porque tenía clavada la seguridad de que estaba traicionando a alguien importante: a mí mismo y a ese algo que me presionaba debajo de las costillas.

Me vestí en silencio, cogí mi teléfono y salí a la terraza. ¡Qué ajenas se me antojaban las vistas de aquella ventana! Recordaba las del pequeño piso de Lara y estas me parecían menos familiares, más lejanas a cualquier sentimiento que pudiera surgir en mí.

Busqué su nombre en la agenda del teléfono y la llamé. Contestó poco después.

—¿Qué favor me vas a pedir ahora? —la escuché decir.

Sonreí porque Sara era una de las pocas personas que me conocían de principio a fin, y no le había importado permanecer cerca pese a no ser el hombre que ella esperaba. Con los años habíamos encontrado en el otro a los amigos que necesitábamos ser.

—Solo quería saber cómo estás —dije.

—A otra con ese cuento, ¿qué se te ofrece?

Como he dicho, me conocía.

—Es por la editora, claro —se contestó ella misma—. Sabes que de momento no soy representante de nadie, ¿no?

No sabía ni qué decir. Sí, la había llamado pensando que, tal vez, Lara le había dicho que me dijese algo que todavía no me había contado. Menudo gilipollas estaba hecho. ¿Por qué seguía pendiente de esa sensación que no comprendía del todo?

—¿Por qué no la llamas? Así perderíamos menos tiempo ambos.

—Pero no te enfades, mujer —dije risueño.

Me habló bajito, aunque con tanta claridad que hubiese sido imposible no entenderla.

—Escúchame, tengo al hombre más atractivo de Madrid en mi salón, ¡déjame vivir, joder! Y llámala.

Y me colgó dejándome en la terraza riéndome como un idiota. Lo que más me gustaba de Sara era la sinceridad con la que hablaba y con la que había logrado que pudiésemos, pese a las relaciones esporádicas que habíamos tenido, comportarnos con naturalidad, sin tensiones.

Llamarla o no llamarla, esa era la cuestión. Y mientras tanto otra mujer dormía en mi cama. Seguro que no era el primero que se había visto en ese

dilema. Seguro que otros tenían menos remordimientos. Los míos eran notorios. Eran...

Alguien tocó a la puerta. Miré la hora en el reloj, debía de ser el desayuno, me lo subían todos los días a las siete y media. Fui hacia la puerta llevando puestos solo los pantalones de la noche anterior. Agradecí que hubiese una pared que impidiese que se viera la cama. Abrí sin pensarlo demasiado.

Allí estaba la señal que esperaba. Llevaba unos zapatos de tacón alto y fino, de los que se te clavan en el bajo vientre, y un vestido blanco ceñido. A diferencia de otras veces, se había rizado el pelo y le caía en cascada sobre los hombros.

—¿Te he despertado?

No sabía qué decir, por un momento se me había olvidado quién era y dónde estaba.

—Traigo café.

Me tendió un vaso y yo lo cogí sin decir nada. No podía invitarla a pasar y temía que María se despertara de un momento a otro. Sabía que las chicas como Lara eran del tipo que se alejan de chicos como yo. Una parte de mí quería que eso no llegara a producirse nunca, por eso cogí una camiseta de encima de la silla y le dije:

—¿Damos una vuelta?

Me miró un segundo y sonrió. Asintió muy tranquila. Me puse la camiseta y las zapatillas, que estaban al lado de la puerta, donde me las había quitado la madrugada anterior. Cogí la llave de la habitación y cerré. La chica que se quedaba dentro me odiaría seguro, pero yo ya había escogido.

Fuimos hacia el ascensor y nos quedamos frente a sus puertas. No tardó en llegar. Entramos poco después. En cuanto se volvieron a cerrar las puertas tras nosotros, Lara habló de nuevo.

—He venido a agradecerte que me hayas dado la oportunidad de conocer a Sara, me parece una mujer como pocas.

Sonreí porque era una visión que compartíamos.

—Tiene unas ideas brillantes, pero la cosa está muy difícil, así que hemos aplazado el sueño por el momento.

Llegamos a la planta baja y salimos. Recorrimos el rellano del hotel.

—¿Y ya está?

Le dio un sorbo a su café.

—¿Qué quieres decir?

—¿Renuncias? ¿Está difícil y lo mandas a la mierda?

Se rio. Era preciosa, de pies a cabeza, pero su sonrisa era un universo aparte.

—He dicho que lo aparco, no que lo mande a la mierda —explicó—. Tengo un buen trabajo ahora mismo y una casa y unas facturas que pagar. Puedo ayudar a mis padres y... Bueno, creo que Carlos se irá pronto a vivir con... Verónica. Así que tendré que apañarme sola. Ahora no es un buen momento.

—¿Verónica? —pregunté—. Se llama como...

—Es.

—¿Qué?

—Es la misma chica.

Hostia puta. De modo que eso era lo que Carlos le había estado ocultando a Lara. Seguro que no debía de ser una situación fácil para ella. Su hermano y la novia de su ex. Desde luego, la situación la pintaban calva. Se merecía algo más que sufrir siempre por la misma persona porque, desde mi punto de vista, todo parecía llevarla a Raúl.

La cogí de la mano antes de salir por la puerta del hotel.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Miró mi mano sobre la suya y vi que se le apagaba la sonrisa en la boca. Me enloquecían sus labios, desde todas las perspectivas, imaginados en cada parte de mi cuerpo, en todos los colores, pero sobre todo al natural, como esa mañana.

—Ahora mismo no.

No me gustó comprobar que no había un hueco a su lado que yo pudiese ocupar para hacerla sentir mejor, de la manera que fuese. Pero, acaso, ¿se merecía a alguien como yo? Alguien que tenía las cosas tan claras que, a veces, se asustaba.

—¿Vas al trabajo?

Movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Te acompaño?

—No es necesario, Rafael —hizo una pausa—. Te vas hoy, ¿no?

—Sí, esta tarde, después de que me reúna con mi padre.

Dio un par de pasos en mi dirección y se quedó a muy pocos centímetros de mi boca. Después se inclinó hacia delante y me besó con una dulzura a la que no estaba acostumbrado. Dejó una caricia húmeda sobre mi labio inferior y se echó para atrás con la cabeza ladeada y una sonrisa que asomaba tímida.

—Me dio la sensación de que se nos había quedado pendiente. No quería que nos despidiésemos y me lo quedase yo.

Me pasó la mano por la mejilla hasta que sus dedos llegaron de nuevo a mis labios.

—Espero que todo te vaya muy bien. A lo mejor nos encontramos más adelante.

Me faltaban las palabras, como siempre que la cosa se ponía seria, cuando tenía que decir la verdad que solía callar. Se iba, se despedía de mí y me dejaba ir después de haber despertado algo que llevaba dormido muchos años.

—Estoy seguro de que sí —fue lo único que salió de mi boca.

Se quedó seria un segundo y después sonrió de nuevo. ¿Qué estaría pasándosele por la mente? Probablemente esperaba que me animase a decir algo que había ignorado. Algo que la hiciese sentir menos incómoda de lo que parecía estar. Acababa de besarme con la sencillez de quien no teme perder nada, porque, en el fondo, sabía que había una pequeña parte de aquel beso que ya estaba ganado. Ganado desde antes de conocerla, ganado después, cuando la vi aquella noche. Ganado a cada momento compartido y perdido en los siguientes segundos, cuando se dio la vuelta para irse.

—Hasta pronto, Rafael.

La vi ir hacia la salida. Fui cobarde, no me abalancé sobre su rastro ni sobre la forma en la que contoneaba su cuerpo. Me quedé allí. Entonces, se dio la vuelta, me miró una última vez y me dijo:

—Saluda a María de mi parte y dale la enhorabuena por el ascenso. Aunque ya lo celebró anoche, ¿no?

Su sonrisa se perdió quién sabe dónde. A mí me dio un vuelco el corazón. Abrí la boca un poco, tragué saliva. Me miró a los ojos como si me viera por primera vez. Se giró y se fue dejándome mucho peor de lo que me había encontrado.

Así fue cómo se perdió todo. Permanecí mirando hacia la puerta durante varios minutos, esperándola, creyendo que, tal vez, no tendría ninguna importancia haberme acostado con otra, dado que no había nada entre nosotros. Sin embargo, así se conoce la gente, en un lugar, en un tiempo, en unas circunstancias que lo pueden cambiar todo. Me había cambiado en cuestión de días, transformado en un fantasma que no entendía cuál era la verdad de aquel beso ni por qué me lo había dado si ella ya sabía que María estaba en el dormitorio. Pese a ello me había besado, aunque no sabía si lo

había hecho para recordarme la química que había surgido entre los dos o para castigarme por no haber sido capaz de demostrarle algo más de lo que había sido capaz. Con el tiempo me di cuenta de que era una mezcla de ambas cosas.

Me di la vuelta para regresar a la habitación. En ese momento vi a María salir del ascensor. Me clavó la mirada como un puñal y pasó por mi lado sin decir nada. No me molesté en llamarla ni en retenerla. No me dolió. Era extraño. ¿Dónde estaba mi humanidad? ¿Y mi empatía? Ya no me quedaban, ¿las había tenido alguna vez? Puede que lo mejor sea remontarse a cuando conocí a Carolina. Creo que con ella empezó todo. Con la forma en la que nos quisimos y nos dañamos.

Pero aún no estoy preparado. Ni lo estuve aquel día. No obstante, esta historia empieza en ella y acaba con ella, como muchos de los instantes más felices y desgraciados de mi vida.

Carolina, que había comprendido que soy mejor de lo que jamás me veré.

Carolina, que siempre sabía dónde encontrar lo que yo perdía por miedo.

Carolina, que me despertaba con besos profundos y me abría el apetito.

Carolina, que pese a todo me quería menos de lo que yo la quise.

Carolina, que consideró que buscarme en otros brazos era mejor que estar conmigo.

Carolina, ella, que había regresado a mi vida hacía unas semanas y de la que yo había huido, corriendo hacia la otra persona que más daño me había hecho, mi padre.

Ese día volvería a Barcelona y sabía, tenía la seguridad, de que la encontraría, no así otra excusa para renunciar a lo que sentía. Y volvería a ser Carolina y a mí se me estancaría el aliento en la garganta y en el pecho. Sería Carolina, con sus ojos negros como su pelo, y sus labios rojos y su boca callada. Tan familiar que me asustaría tener la sensación de que nunca, jamás, había abandonado la casa que los dos escogimos. Se instalaría allí, una vez más, en mi vida y en mi cuerpo, que la anhelaba. No, no me asustaba Carolina, ni el daño que pudiera hacerme de nuevo, ni los hombres con los que pudiera irse y engañarme. Lo que me atemorizaba era el hecho de que, cada vez que una voz callada pronunciaba su nombre en mi cabeza, era otro nombre el que escuchaba y sentía. Uno que se había quedado palpitando en mis labios cuando había visto marchar a Lara.

Sí, no me había dolido ver cómo se iba, lo que me había dejado sin habla era saber que, seguramente, jamás la volvería a ver, porque los hombres como yo nunca pueden hacer promesas con el corazón en la mano, y yo, si había algo

que me había prometido, era que no le arrebataría ese algo que Carolina sí que me quitó: la ilusión y la magia.

CAPÍTULO 15

¡Donc bon soir, mon mignon et a demain!

Amado Nervo

«Una semana a veces puede ser como una ráfaga de aire que pasa y te arremolina los cabellos. De repente, durante una fracción de segundo, no ves nada a tu alrededor. Estás confundida. Pasan los coches, la gente se tropieza contigo, miras hacia arriba, buscando el viento que te peine el pelo, los sentimientos y las ideas, y chocas y caes. Nadie te ve, porque en la multitud solo hay ruido y tú, pequeña, eres demasiado silenciosa como para gritar. Te callas, te arremangas la blusa y te levantas. Y sopla el aire en la otra dirección, y de nuevo ciega. A tientas, buscas un latido que te evoque algo más que una pena. Porque la vida es desierto, pero también es oasis. Das una vuelta de trescientos sesenta grados y te das cuenta de que te has equivocado, porque haciéndolo vuelves al punto del que has partido y tú eres más inteligente que eso. Ciento ochenta esta vez, y una sacudida. El pecho te estalla en un beso que has dejado en otros labios pese a saber que eran compartidos, recién compartidos en realidad. Y te niegas. No has regalado un beso en toda tu vida. Los has sentido, con todo el dolor y todas las consecuencias. Así que no iba a ser diferente esta vez, no ibas a...».

—Lara, ¿me escuchas?

Miré a Sara, que estaba frente a mí con los ojos bien abiertos. Su pelo castaño rojizo se arremolinaba alrededor de su barbilla y sus pómulos. Esperaba una contestación, pero ni siquiera sabía qué me había preguntado. Habíamos estado viéndonos, porque había algo en ella que me hacía sentir tranquila. A lo mejor se trataba de la manera que tenía de ver las cosas, reales. Necesitaba una buena dosis de realidad para sentir los pies en la tierra, para

que se me quedase dentro la credulidad y no pugnase por salir.

—Perdona, Sara, estaba pensando en... No tiene importancia.

—Si tiene nombre de hombre, no quiero saberlo —dijo ella.

Habíamos salido esa noche con la promesa, por supuesto, de que no hablaríamos de trabajo. Ni ella del suyo, ni yo del mío, ni ninguna de la posibilidad de que pudiésemos trabajar juntas. Le había explicado cómo estaba la situación en aquel momento, con sinceridad y sin andarme por las ramas, y era una persona lo suficientemente sensata como para darme la razón y saber que, en el fondo, por mucho dolor que me causase, la decisión que había tomado era la adecuada. No la idónea, eso sí.

—Te decía que si te gusta este sitio o prefieres que vayamos a otra parte. Sé de un local en el que se reúnen a la salida del trabajo un montón de abogados y bomberos de agarrarse las...

Apareció el camarero, que dejó sobre la mesa un par de cervezas más.

—Si quieres nos tomamos estas y vamos.

No sé por qué lo dije, ya que no tenía las más mínimas ganas, pero pensé que haciéndome la valiente podría reponerme un poco. Apartar el pelo de la cara y ver algo más allá de mis propios pies.

—De pequeña —comenzó a hablar— iba a clases de baile. Flamenco.

No sabía muchas cosas de Sara, he de decir. Era la tercera vez que nos encontrábamos esa semana, siempre a la salida del trabajo. Era una chica llena de vitalidad, pequeña, pero no frágil. Si bien, como decía, no tenía mucha información sobre ella, sabía con certeza varias cosas, como que seguramente podría tener planes más interesantes de los que yo jamás tendría y que, sin embargo, estaba allí conmigo, ¡ah!, y que siempre que empezaba a contarme algo de cuando era pequeña o más joven acaba con una enseñanza. Me pregunté cuándo sabríamos con exactitud que éramos amigas, porque algo en mí me gritaba que íbamos por esa senda, pese a que sabía que debía de ser otro el que le había pedido que estuviera junto a mí. El que se había quedado mi beso sin decir nada, haciéndome sentir como cualquier otra. Porque, hasta cierto punto, no podía dolerme que María estuviera en la habitación de Rafael aquella mañana, cosa que ya me había advertido Carlos, pero él había tenido la libertad y la posibilidad de hacerme sentir menos idiota de lo que lo hizo.

—Bailar es parte de mi universo, ¿sabes? Olvidas todo en un movimiento, en unas palmadas y un taconeo. Se abre el pecho, desalentado, y, sin más, respiras hondo. Y un giro —gesticuló con las manos al explicármelo—, y una vuelta que da vértigo. El vestido gira contigo, pero también lo hace

la sala, la gente. Entonces, durante unos minutos, no eres tú. Eres la música, la canción, la voz rasgada de un cantaor. Eres todo y nada, y se te va la tristeza por los pies y por todas las extremidades, deberías probarlo.

Bebió de su cerveza sin apartar los ojos de mí.

—No estoy triste, Sara —expuse con desidia—. Cansada, nada más.

Intentar convencerla, sin embargo, era una tarea perdida desde antes siquiera de intentarlo. Firme en sus convicciones, decidida y atenta, esas eran algunas de las pocas cosas que sabía sobre ella. Preguntarle más me pareció precipitado, se suponía que debía seguir su propio curso, el de la confianza que lleva a la amistad. Tal vez no debía perder el norte tan fácilmente y era preciso recordar que, todavía, aquello seguía siendo una relación de negocios.

—Estarlo tampoco sería un crimen, ¿eh?

En mi pequeño universo, repleto de esas micro desgracias que se sucedían sin cese, a veces, atreverse a estarlo era un error.

Negué con la cabeza para quitarme parte de ese pesimismo que me acompañaba en los últimos días. Había tenido varias etapas como esas a lo largo de mi vida, algunas más dolorosas que otras, pero tenía que empezar a hacerme cargo de mis sentimientos y de la forma en la que los gestionaba. Y sí, Sara tenía razón, sucumbir a la tristeza no era ningún pecado, no obstante, no era lo suficientemente valiente como para reconocerlo. Solo tenía que recordar los días posteriores a la muerte de Raúl. Me había largado y había acabado... Acabado convirtiéndome en otra persona, de la que también huí, de la que me asusté y a la que dejé atrás. Regresé a Madrid y aparqué esos meses en México. Rafael me había ayudado con su presencia y esos choques que se producían entre los dos, positivos y negativos. Al final, había desaparecido de la misma manera en la que había aparecido.

—Vamos a salir, quiero fumarme un cigarrillo.

La miré desconcertada porque, por un segundo, me había olvidado de dónde estaba. Cogí el bolso medio confundida, dejé el botellín de cerveza sin empezar y la seguí entre la multitud.

Fuera hacía fresco. Esa brisa no del todo agradable de las noches de primavera. Se apoyó en una de las esquinas próximas a la puerta del local. Extrajo un mechero y una cajetilla de tabaco del bolso y encendió un cigarro con un movimiento ágil de pulgar.

—¿Siempre te llevas a tus clientes de copas?

Se lo pregunté mientras me apoyaba a su lado e inhalaba el humo. Nunca había fumado, pero me recordó una sensación familiar. El primer chico con el

que estuve era fumador y aunque tardé en acostumbrarme al olor impregnando la piel y la ropa, acabé por asociarlo a él y a los buenos momentos que pasé a su lado.

Ella me miró de reojo y rio como si yo fuese una inepta en el mundo de los negocios. En parte lo era, solo había aprendido a ser una bola de demolición en el campo editorial. Allí dudaba de que hubiese alguien con mayor soltura que yo. Sara me explicó que tener a los clientes contentos ayuda a que, a final de mes, todos lo estén. Era un ambiente distendido que lograba que se olvidasen de los problemas y de los contras de contratar uno u otro servicio. Por lo que me explicaba, en muchas ocasiones, los dueños de las empresas no saben lo que es mejor para ellos y eso les empuja a tomar decisiones erróneas, de las que ella y el resto de su equipo siempre se percataban. Llevarles de copas era un comodín para que no se produjera ningún tipo de enfrentamiento que pudiese perjudicar los beneficios de unos y otros.

—¿También estás intentando convencerme a mí con alcohol?

—Si tuviera que hacerlo, acabaría en la banca rota.

Logró hacerme reír porque ambas sabíamos que no era una buena bebedora.

—Pasé ayer por delante del local que querías alquilar —empezó a explicar al tiempo que le daba una segunda calada al cigarrillo—. Sigue allí el cartel de «se alquila».

Se produjo un leve fruncimiento de mi entrecejo. Ella miraba al frente hasta que se puso de costado, con la cabeza apoyada en la pared, y esperó que dijera algo al respecto. ¿Qué podía contestar a eso? Me asustó el hormigueo que tuvo lugar en la boca de mi estómago y que me removió un poco las entrañas.

—Es una zona muy demandada, me extraña que nadie lo haya alquilado todavía.

—Coincido —otra calada—. A no ser que sea una señal.

Puse los ojos en blanco porque nunca había logrado interpretar una señal. Y eso que todavía, pese a que no lo sabía, me quedaban muchísimas a las que dar respuesta.

—No quieres hablar de tus sueños, entendido. ¿Prefieres que lo hagamos del señor Bernabéu?

—¿El señor Bernabéu?

—¿Rafael?

—Cada tema que eliges me parece más peligroso de tratar, la verdad — dije, medio riendo—. Si quieres que hablemos de él —le advertí—, tú también tendrás que hacerlo, preguntaré.

Se encogió de hombros, hizo una mueca con la boca, restándole importancia al asunto, y murmuró:

—¿Y qué? Pregunta.

Tiró el cigarrillo y lo pisó para recogerlo después y tirarlo a la papelera más cercana. Me sorprendió ese gesto, no porque no estuviera de acuerdo, sino porque se lo había visto hacer a muy poca gente. Se dio cuenta.

—Tengo un cliente que me ha llamado la atención varias veces y, al final, lo hago por inercia. Es uno de esos jeques del medioambiente. ¡Salvemos el planeta! Seguro que, a ti, matando tantos árboles con tus libros, te llevaría a la hoguera.

Echamos a andar calle arriba para dejar atrás el ruido de los coches y de la gente cantando las canciones de moda que todos conocíamos y que estábamos hartos de escuchar.

—¿Ahora quieres cambiar de tema? —chasquéé la lengua—. ¿Ya no quieres hablar del señor Bernabéu?

Emitió una carcajada que también me hizo reír.

—Es bastante diferente a lo que quiere hacer creer —expuso.

—Es un mujeriego —dije sin pensar que podría ofenderle ese comentario.

No sé si lo hizo, en realidad, pero me pareció que tampoco lo encajó de la mejor manera posible, quizá porque eran amigos y, a veces, nos duele que otros digan sobre las personas que queremos las cosas negativas que sabemos de ellas. No sé si ser mujeriego lo era, desde mi punto de vista sí, aunque he de decir en su defensa que eso no le convertía en peor persona. Desde luego, conmigo se había comportado bien, aunque la ilusión tuviera, como muchas otras cosas, una pequeña brecha.

—Cada uno es como puede, Lara. Ni mejor ni peor. Es como puede.

Me produjo una sensación extraña entenderla, porque lo hice. Yo también era como podía, porque, aunque quería romper algunas barreras que me había impuesto, no tenía la capacidad de tomar una decisión que me alejara de la persona en la que me había convertido a base de caerme y levantarme. No sabía si quería tropezar de nuevo.

—¿Estuvisteis juntos? —me atreví a preguntar.

No se sonrojó ni pareció incómoda con una pregunta que yo debería

haberme callado.

—Nada más allá de lo físico. Somos, eso sí, muy buenos amigos. Con Rafael lo difícil no es quererle, sino conocerle. Cuando lo haces de verdad o le sigues queriendo o te enamoras de él.

—¿Alguna lo ha conseguido visto el panorama? —pregunté con ironía.
Sara fingió sopesarlo.

—Solo una, Carolina, su prometida —abrí mucho los ojos y ella arrugó la nariz—. Exprometida. De vez en cuando, me olvido de que no están juntos. Bueno, eso dicen.

Respiré hondo porque me provocó un sentimiento agrisado ser conocedora de esa información. ¿Por qué? Habían sido escasas las horas que había compartido con él y, sin embargo, había tenido la necesidad de ir a verle pese a que sabía que estaba con otra. Le había besado para despedirme del pellizco que me había producido, pero también para que supiera que no le juzgaba, que me quedaba con esos días en común, ya que no quería ser la persona que Carlos había insinuado que era, alguien poco tolerante.

—A lo mejor vuelve a hacernos una vista.

Me miró de reojo esperando una reacción por mi parte.

—Seguro que te vista, sí.

Lo dije de forma premeditada, excluyéndome porque ya lo había hecho él dejándome ir del hotel sin un ápice de interés. Puede que suene a que estaba mendigando atención por su parte, que era incapaz de quererme a mí misma. Sin embargo, no tenía nada que ver con eso, sino con el deseo que tenía a veces de que las cosas fuesen más fáciles de lo que lo eran en realidad.

—¿Entramos aquí?

Se detuvo frente a un local que no conocía. De su interior procedía una música que me recordaba a mis años de adolescencia, al calor veraniego, al movimiento de caderas y los besos húmedos que zigzagueen entre las bocas.

El de seguridad nos abrió la puerta y entramos. No era la primera vez que Sara iba, así que no me separé de ella. Estaba atestado de gente. Me distraje con las luces de colores parpadeantes y con la gente moviéndose de un lado a otro, saltando, recorriéndose los cuerpos. De repente, miré al frente y no había rastro de Sara ni de su vestido naranja.

Recorrí el local con los ojos, dando vueltas en círculos. Si alguien me estaba prestando atención, debía de pensar que me encontraba bajo los efectos de los estupefacientes.

Noté un roce en la mano derecha. Eché un vistazo al dueño de aquella

otra mano. Era un chico joven con los ojos chispeantes y una sonrisa felina que provocó un escalofrío.

—Hola, princesa, ¿me estabas buscando?

—Cuando deje de tomarme la medicación, quizá.

Me soltó y se quedó mirándome con cara de perplejidad. Sonreí de oreja a oreja, de forma tan falsa que, al final, murmuró algo obsceno entre dientes y se dio media vuelta. Se me escapó un suspiro porque esas situaciones siempre me ponían más nerviosa de lo normal.

Otro roce, esta vez en el antebrazo. Me precipité hacia atrás, sonriendo con un poco de esperanza, y grité:

—¡Por fin te encuentro!

Cuando vi a quién tenía delante, tardé en asimilar que no era la persona que esperaba. No era Sara ni nadie que se me hubiese pasado remotamente por la cabeza. Con su aparición también había cambiado la música, más lenta, más propia de una señal que de la vida real. ¿Por qué tenía esa necesidad de que mi vida fuese novelada por el destino? ¿Por qué tenía que ser él quien estuviera tocándome en aquel momento? ¿Por qué me encontraba con sus ojos claros frente a mí? ¿Por qué el corazón se paraba durante segundos y después bombeaba sangre como si fuese a salirse del pecho? ¿Por qué estaba él allí esa noche? ¿Por qué quise creer que eso podía ser bueno?

MÉXICO
(marzo-abril)

CAPÍTULO 16

*Es una antorcha al aire esta palmera,
verde llama que busca al sol desnudo.*

Miguel de Unamuno

Llovió sobre Santa Fe durante días, removiendo la tierra y mi estado anímico. Llevaba muy poco tiempo en México, pero, aun estando a tantísimos kilómetros de Madrid, sentía que seguía escondida entre las paredes de mi habitación. Sin embargo, la ingente cantidad de trabajo con la que me habían recibido a mi llegada me había distraído durante las mañanas. Las noches eran otra historia, una de monstruos y fantasmas. A veces, me daban miedo, otras lograba despertarme a tiempo.

Solía moverme por la oficina como si nunca hubiese estado en ningún otro lugar. Mi nuevo despacho se había convertido en un templo de reuniones con el resto de editores, ya que la mayoría de los escritores que formarían parte de la nueva colección llevaba una vida tan bohemia que preferían que nos viésemos en lugares más literarios y menos comerciales. En el fondo, una editorial no dejaba de ser un negocio y la literatura un oasis de salvación de uno mismo. Así me lo explicó uno de los poetas con el que me entrevisté al poco de llegar a la ciudad.

Había quedado con Mateo Heredia en San Mateo Tlaltenango, un pueblo próximo a la ciudad de Santa Fe. Tomé un tren a primera hora de la mañana y en poco más de dos horas estuve allí. Aproveché el viaje para saber algo más del lugar y de la gente. En la relación de villas que llevó a cabo Hernán Cortés ya había referencias a la población, también en el Códice Quauhxicmalpan. Una de las mejores cosas de estudiar Filología Hispánica era descubrir esa literatura precolombina que desconocíamos al comenzar la carrera y que,

después, se convertía en un mundo inabarcable. Un nuevo mundo.

Me bajé del tren un tanto nerviosa. Me asustaba no ser capaz de encontrar el camino. Tampoco ayudaba el hecho de parecer una turista alterada. Desde luego, no era la misma que en la oficina, y eso que en ella éramos mucho más salvajes de lo que podía serlo una ciudad en la que una no dejaba de ser una extraña.

Eché a andar con la cartera cruzada y un par de libros del poeta entre las manos. Heredia había concertado la cita frente a la parroquia de San Mateo, y hacia allí me dirigí con el mapa desplegado tras comprobar que la conexión me impedía aprovecharme de ese recurso tan útil que es *Google Maps*. Di un par de vueltas sobre mí misma para encontrar un punto de referencia en el mapa, pero, después de incontables vistazos, llegué a la conclusión de que lo más sencillo era preguntar.

La gente a mi alrededor parecía tener prisa, sin embargo, manifestaban una amabilidad a la que no estaba acostumbrada o de la que me había olvidado. Me acerqué a una señora bajita que llevaba un pañuelo de flores trenzado a sus cabellos, una falda colorida y una cesta repleta de fruta apoyada en el hombro. Me sonrió nada más verme, lo que me produjo un alivio manifiesto que la hizo reír.

—¿Te perdiste, *ichpochtli*?

Incliné la cabeza hacia un lado porque desconocía el significado de aquella palabra. Me sonaba a otros vocablos que había leído o escuchado durante mis estudios universitarios. Quizá fuera náhuatl, al fin y al cabo, era la lengua que se hablaba en esas tierras antes de la colonización.

—¿*Ichpochtli*? —repetí.

—Muchacha, eso significa —respondió ella—. ¿Qué estás buscando?

—La parroquia de San Mateo, señora, ¿sabría indicarme?

Tendí el mapa hacia ella y lo apartó de un manotazo. No me ofendí, sobre todo porque pensé que había sido yo la que la había injuriado de alguna manera. De vez en cuando, el desconocimiento de las culturas ajenas implica ese tipo de malentendidos.

—Aquí no usamos de eso, chiquita. Ándale, ayúdame con esto y te acompaño.

Cogí una de las asas de la cesta y, un tanto confundida, acepté ayudarla sin poner ningún pero. Llegaba con tiempo precisamente para evitar hacer esperar a nuestro escritor. Sabía que, de una manera u otra, hubiese sido un milagro llegar al sitio indicado sin perderme. Menos mal que siempre había

sido precavida y había sabido tomar las decisiones más acertadas, pese a tener que esperar alrededor de una hora y media hasta el momento en la que habíamos acordado encontrarnos.

Los vecinos de la mujer que me hacía de guía la saludaban al pasar y me echaban una ojeada de sorpresa. Era una chica extranjera de más de un metro setenta, rubia, de ojos claros y piel paliducha, casi anémica. Sobresalía una cabeza por encima de la gente del lugar.

—Hacía tiempo que no veía un *amoxtli* —expuso de repente la señora a la que no le había preguntado el nombre.

En esta ocasión sí que descifré el significado de la palabra que empleó.

—¿Un libro?

Pareció agradecerle que supiera algo más que la media de los turistas que pasaban por allí habitualmente.

—Sí, no fui a la escuela. Me gustan las fotos, ¿sabes?

Asentí y pensé en la palabra que definía el género poético. Esperaba no equivocarme al pronunciarlo, porque había pasado demasiado tiempo desde que la descubrí en un diccionario náhuatl de la biblioteca universitaria.

—Este es de *xochikuikatl*.

Se rio a carcajadas por mi acento, cosa que no me molestó, aunque me hizo sentir algo estúpida. No quería que pensase que estaba intentando dárme las de lista, ya que no era mi intención en absoluto. Solo pretendía camuflarme entre la gente y sentirme parte de esas calles y de sus aromas durante las siguientes horas, y, tal vez, en un futuro muy cercano, cuando pudiese volver a reencontrarme con su historia y su gente.

—Eres una muchachita extraña —declaró—. Aquí nació un poeta, viene a veces.

—¿Don Mateo Heredia? —pregunté.

—¡Arre! Sí, ¿lo conoces? —indagó ella en esta ocasión.

—Con él vengo a encontrarme, precisamente. Estos libros son suyos. Voy a ser su editora en España —expliqué sin saber si realmente le importaba quién era o qué hacía.

Le interesó, no obstante.

—¿Editora? ¿Esa gente que publica *amoxtli*?

—Algo así, sí —sonreí ampliamente.

Me dio la sensación de que, de repente, me veía de verdad. Giramos a la derecha en la siguiente calle. Ella no dejaba de mirarme. Lo hizo de modo tan directo que llegó un punto en el que me recorrió un escalofrío. Me sentí

vulnerable, expuesta ante esa desconocida que me estaba leyendo pese a no haber ido nunca al colegio.

—¿Viniste aquí para escapar?

—¿Perdone?

Entrecerró un poco los ojos y yo, involuntariamente, hice un aspaviento afirmativo con la cabeza. ¿Quién era esa mujer?

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Guadalupe, ¿y tú? —dijo un poco desconfiada.

—Lara Aguirre.

—Lara suena a música. No había escuchado ese nombre antes. Me gusta —señaló.

Sonreí y después me entraron ganas de reír. Estaba sintiendo un pequeño vendaval creciéndome en el pecho. Creo que estaba volviendo a respirar, a hacerlo con necesidad y convencimiento de que aguantar el aire no era, ni de lejos, lo mejor. Tal vez era la vegetación, la pureza de aquel lugar no contaminado de algunas cosas nocivas que sí que había en las grandes ciudades, pero, de pronto, no pude recordar nada que pudiese proporcionarme mayor calma de lo que consiguieron transmitirme las calles de Tlaltenango.

—La muerte siempre está en el *iluikatl*, en el cielo.

Me detuve un segundo, devastada por ese puñetazo verbal.

—Guadalupe, ¿cómo sabe...?

No encontré forma de explicar el sentimiento. ¿Acaso puede uno hallar alguna vez las palabras idóneas para darle forma a algo tan intangible como las sensaciones?

—No hay mejor mapa que los ojos de una persona, Lara. Y los tuyos llevan escritos la muerte. No sabré leer libros, pero sí personas —sonrió con cierta pena—. Todos perdemos la fe de vez en cuando, lo que no hay que perder nunca es el deseo de reencontrarnos con ella, ¿comprendes?

Asentí sin saber si realmente entendía qué quería decirme. Seguimos andando, los siguientes minutos en silencio. No sé por qué, pero cada dos pasos buscaba mirarla, saber qué había detrás de su mirada, que había sabido desvestir la mía. Guadalupe me pareció un fantasma en medio de la mañana. Había atravesado las fronteras de mis noches y había venido a mirarme a la cara a la luz del día. Estaba a mi lado, lejos del recuerdo de Raúl, sin embargo, no podía huir de mí, porque yo iba conmigo.

Cerré los ojos con fuerza porque comenzaba a perder el hilo de mis propios pensamientos. Guadalupe paró y me señaló la parroquia con la

barbilla.

—Llegamos.

Era grande, de piedra gris. A cada uno de sus lados, había una farola alta de color azul y algunos árboles con unas pequeñas flores amarillas. Estaban rodeados de una valla bajita de color blanco, como los bancos de hierro, ocupados en su mayoría. Frente al portón de entrada, vestido con una camisa amarilla había un hombre, con las manos en los bolsillos, mirando hacia la cruz de la fachada.

—Mateo Heredia ya te espera —me indicó Guadalupe—. El señor de amarillo —explicó al ver que no entendía a qué se refería.

—¿Es él?

Un movimiento pausado de cabeza me indicó que sí.

—Es pronto todavía, ¿cómo es que ha llegado antes que yo?

—Lleva allí toda la mañana, niña. No ha hecho otra cosa que mirar la parroquia desde todos los ángulos.

De modo que el primer poeta con el que iba a entrevistarme era un hombre curioso, que había estado las últimas horas contemplando la iglesia frente a la que habíamos quedado exactamente dentro de una hora y cuarto.

—Ya la agarro yo, *ichpochtli*.

Le tendí la cesta y ella volvió a colocársela sobre el hombro. Me pregunté cómo podrían sus huesos soportar tanto peso. Aquella cesta debía de pesar más de veinte kilos.

—Me gustó conocerte, Lara. Que San Mateo te guarde, chiquita.

Antes de que me pudiera dar tiempo a despedirme, se dio la vuelta y echó a andar, y yo, que nunca había sabido guardar del todo las formas, di un paso al frente y grité:

—¡Muchas gracias, Guadalupe!

No se giró, pero supe que me había escuchado cuando movió la cabeza de un lado a otro. Me la imaginé sonriendo. Sí, desde luego, como ella había dicho, era una chica extraña, sin embargo, ¿no lo era la vida? ¿No lo era ella misma? ¿No lo era don Mateo Heredia?

Fui a su encuentro. Una ráfaga de viento me despeinó justo al cruzar la calle. Aparté los mechones a manotazos y procuré llegar lo más decente posible junto a él. Perdió la concentración y dejó de lado lo que estaba mirando cuando sintió mi presencia a su lado.

—¿Señorita Aguirre?

—Señor Heredia, un placer conocerle.

Le tendí la mano, la cogió y depositó un beso sobre los nudillos.

—Un gusto —afirmó—. Llega temprano. Pensé que tomaría el tren de las once y media.

—No confiaba en mi sentido de la orientación, si he de serle sincera.

Heredia, un hombre robusto, de cabellos canosos y tez morena, mostró una hilera de dientes blancos en una sonrisa bonachona. Aparecieron dos hoyuelos en sus mejillas que me hicieron pensar que en su juventud tuvo que haber sido un hombre muy popular entre las mujeres y los hombres. De hecho, no creí que hubiese dejado de serlo.

—No ha tenido ningún problema, por lo que puedo comprobar —dijo.

—He recibido la ayuda de los dioses, me temo, porque de no ser por la señora Guadalupe, no habría llegado tan pronto.

Arqueó las cejas al escuchar ese nombre, pero no dejó de sonreír.

—La conoce —no fue una pregunta, sino una afirmación lo que salió de mi boca.

—Por supuesto, me críe en la casa de al lado. Siempre me regalaba tomates —me explicó—. ¿Le parece si nos sentamos?

Señaló uno de los bancos blancos y yo agradecí su ofrecimiento. Tomamos asiento el uno junto al otro. No estaba acostumbrada a esas reuniones tan distendidas, aunque he de reconocer que no me costó demasiado sentirme a gusto con la situación.

—No quiero ser grosero, Lara, pero he de serle sincero: no tengo claro el querer publicar mis escritos con ustedes.

Ya me habían dicho que Mateo Heredia era un hombre con las convicciones muy claras. Por eso estaba allí, para intentar hacerle cambiar de opinión. Decidí quitarme la cartera, dejarla sobre el banco y relajarme. No quería que hubiese nada que le hiciera pensar que estábamos a punto de cerrar un contrato.

—Créame, entiendo que puedan surgirle dudas al respecto. Publicar siempre es un proceso estresante a nivel emocional, sin embargo, ¿me permite preguntarle de dónde le surge esa inseguridad?

Apoyó el brazo sobre el respaldo del banco y me miró de forma tan sincera que volvieron los escalofríos. En él había algo distinto a lo que conocía. Había conexión con las personas y la naturaleza. Arraigo con letras mayúsculas.

—Mi poesía es peculiar, como habrá podido comprobar.

Tendió la mano hacia los ejemplares de sus libros.

—No, señor Heredia, su poesía es única, es esencia —no pensé al hablar, quizá porque lo sentía de verdad.

—Llámeme Mateo, por favor —solicitó—. Puede que lo sea, no se lo niego, pero precisamente por eso temo que nadie logre entenderla. Aquí he publicado con editoriales pequeñas, convertirla en algo comercial no sé si será lo ideal ni para ustedes ni para mí. Y más cuando va a formar parte de una colección. Voces que no hablamos sobre lo mismo, ni de la misma manera. No encuentro el lugar en el que encajan mis versos.

—Es una duda razonable, he de reconocerlo. Parece un proyecto destinado a transformar algo autóctono e inimitable en una sucesión de obras que se vendan a centenares. —Él me dio la razón, eso era lo que pensaba—. No es, ni de lejos, lo que yo pretendo, Mateo. No habría venido hasta aquí de pensar que se va a coartar el universo creativo de los escritores que integran la colección. Ha de permanecer la esencia de la que le hablaba, sin ella, no existe la poesía por la que estamos apostando.

Hice una breve pausa para que asimilara lo que estaba intentando explicarle.

—Sé que nuestra editorial es conocida por sus ventas y sus *best sellers*, no se lo puedo negar. Pero también sabrá que desde hace unos años venimos buscando una aproximación a otras formas de expresión literaria que no se acoja a los principios esenciales de lo meramente comercial. Me he implicado en esto —señalé sus libros con las manos— porque considero que hay formas de traspasar el papel y llegar a lo humano.

Ví cómo relajaba los hombros y sucumbía a mis palabras, que eran sinceras y me devolvían la ilusión que había encontrado con el tiempo en la editorial de la que siempre había formado parte, de una u otra manera.

—Puede que lo que digo le suene a mera palabrería —seguí hablando al ver que no decía nada—, sin embargo, insisto en que confíe en que mi objetivo, y el del resto del equipo editorial que trabajaremos con ustedes, no es acercarlos a los lectores, no es reconstruirles y darles una imagen con la que se identifiquen. El objetivo es que sean los lectores los que descubran entre sus versos todo esto.

Abrí los brazos para intentar abarcar, figuradamente, todo San Mateo Tlaltenango.

Mateo Heredia encontró en mi sinceridad un resquicio de optimismo que le devolvió la sonrisa y la serenidad inicial con la que me había recibido. Eso también influyó en que yo misma pasase a sentirme más relajada. Si bien es

cierto que no quería convertir aquello en un negocio, no dejaba de ser mi trabajo intentar convencerle. Además, confiaba a ciegas en ese proyecto y creía que construyéndolo desde cero lograría reencontrarme con la Lara que bostezaba versos en las madrugadas con tal de que su trabajo fuese excelente de cara al resto de editores. Esa que tenía la magia y había sumergido otros sueños en pos de esa nueva meta.

—Es usted una chica muy extraña, Lara, ¿lo sabe?

Me reí abiertamente.

—Es la segunda vez que me lo dicen hoy, Mateo, perdone que me ría — confesé.

—Ya imagino quién le dijo que lo era —caviló en voz alta—. Quiero que me cuente más sobre cómo va a enfocar los libros, la colección y la gira de firmas. ¿Le apetece acompañarme a comer para que podamos barajar las posibilidades?

Se puso en pie y me tendió la mano. Desde luego, era uno de los hombres más caballerosos que había tenido el honor de conocer. Me hacía sentir en confianza, inmersa en un espacio al que no todo el mundo podía acceder, donde no había tiempo. Esa es la naturaleza de la poesía, supongo.

Le ofrecí la mía y la tomó con delicadeza.

—Nada me gustaría más —expuse.

—Le enseñaré mi oasis poético y a las personas que lo integran — explicó mientras me ayudaba a recoger mis cosas.

—Es usted muy whitmaniano —convine—. Creo que nos llevaremos bien.

Heredia se rio a carcajadas, colocó una mano sobre mi espalda y me indicó el camino. Así comenzó mi estancia en México y así empecé a comprender en quién me había convertido. Aunque esto es solo el principio, todavía quedan muchos secretos callados antes de mi vuelta a Madrid.

Todavía permanece la vida, la hoguera, el fuego y las cenizas que se quedaron.

CAPÍTULO 17

*Corazón.
(Agua de pupila.)*

Federico García Lorca

—Quiero que la portada tenga referencias al Desierto de los Leones —expliqué a uno de los chicos de diseño de la sucursal mexicana—. Ni hablar de la típica foto *Tumblr*, ¿entendido? Quiero algo... —agarroté las manos intentando ponerle nombre a aquello que podía tocar, pero no ver—. Definitorio. Algo que no se pueda encontrar en Internet, Sebastián.

Sebas lo apuntaba todo en una libreta que le acompañaba a todas partes.

—Sí, jefa, pero creía que iban a ser portadas monocolor que se distinguirían por el tipo de letra y la simbología.

Y tenía razón, la idea inicial había sido esa. Me había costado Dios y ayuda poder cambiar la perspectiva de los editores jefes para que facilitasen otra edición mucho más personal y cercana al público, tanto nacional como extranjero. Debíamos renunciar a las fronteras trazadas en esas sobrecubiertas idénticas.

—Lo vamos a enfocar de otra manera, siento las molestias —me disculpé.

Había decidido empezar de otra manera en Santa Fe. Podía ser una buena editora sin mermar el entusiasmo de mis compañeros, como sí que había logrado en Madrid. Podía ser una persona totalmente distinta porque allí nadie me conocía. Podía renunciar a mi pasado y a los prejuicios que a veces tenía en temas profesionales y personales. No dejaba de ser Lara Aguirre, la que llamaba a casa para ver si se estaba tambaleando mucho su otra vida, pero, aun así, en México había encontrado una libertad a la que no quería renunciar.

—Ningún problema, Lara. Solo necesito que me expliques cuál es el concepto y Verónica y yo iremos en su busca.

Verónica, la otra Verónica, la que creía que me había llamado el fatídico día. No se parecían en nada, eso sí. Verónica Honrubia era una chica emo que hacía un trabajo increíble. Recuerdo que, nada más ver cómo captaba lo que le pedía, le propuse que se viniera a trabajar a España. Tenía un talento que no había encontrado en otras personas.

—Perfecto, Sebas, gracias por el esfuerzo. Se nos echa el tiempo encima, trabajamos a contracorriente, pero sé que el resultado será excelente —le dije mientras ordenaba los papeles que había expandido sobre el escritorio.

—Es fácil trabajar contigo, Lara, así que dalo por hecho, ¡vamos a chingarnos a las demás editoriales con esta propuesta! —señaló.

Sebastián era joven, un poco más que Vero, y su frescura, a veces, se dejaba ver con demasiado entusiasmo. Con ella había logrado conquistar a toda la plantilla, pese a que ni él ni su compañera eran los típicos trabajadores de la editorial.

—Mejor no, ya sabes, por si les gusta.

Se le escaparon un par de sonoras carcajadas al tiempo que se dirigía a la puerta. Se dio la vuelta y volvió a mirarme.

—Jefa, el sábado por la noche vamos a la inauguración de un restaurante en el hotel Rosewood Inn, ¿te apetece venir?

Hacía siglos que mis compañeros de trabajo no me invitaban a ir con ellos a ninguna parte. Me entusiasmó la idea de poder conocerles un poco más y trabajar codo con codo después de conseguir una aproximación también en el campo personal.

—Claro, contad conmigo.

—¡Buena decisión, jefa! Vero y yo te recogeremos en tu residencia.

Le guiñé un ojo y él lanzó un disparo simulando que sus dedos pulgar e índice eran una pistola. Si no me hubiese dado cuenta de lo mucho que le gustaba otra chica, la secretaria de la cuarta planta, hubiese creído que estábamos tonteando.

Me dejé caer en la silla. Estaba agotada, reunirme con cada uno de los escritores había llevado tiempo y muchos viajes en tren. Pero conocerles había sido una experiencia inigualable. ¿Qué tendrán los poetas que no se parecen en nada a los novelistas? Me sentía mucho más identificada con ellos, no sé si por las excentricidades o por la facilidad en la que descubrían quién era.

Era jueves y llevaba la semana rodeada de gente. Reconozco que, pese a ello, me sentía un poco sola. Se me ocurrió aprovechar el tiempo sobrante para adelantar trabajo del día siguiente, pero comenzaba a estar cansada de teclear informes en el ordenador, así que, cuando me di cuenta, estaba buscando los horarios de trenes que iban a Tlaltenango.

Me mordí los nudillos y miré la hora. Eran las cuatro de la tarde y el próximo tren salía en cuarenta y cinco minutos. Me mordí el labio esta vez. Eché mano a la cartera, saqué unas zapatillas, me quité los tacones, que dejé debajo del escritorio, me recogí el pelo en una coleta alta, amontoné mis cosas y me fui, tras despedirme de José, el becario que me llevaba la agenda.

Salí a la calle y pasé por una librería que me gustaba mucho. Recorrí los pasillos con cierta prisa hasta encontrar lo que buscaba. Compré varios libros infantiles y salí rumbo a la parada del autobús. Era un error, porque a esas horas iría repleto de gente y tardaría más de la cuenta en llegar a la estación de trenes, así que saqué la chica de pueblo que llevaba dentro y le silbé a un taxi que paró de inmediato. Me lancé a su interior y pedí con prisa, viendo el tráfico que había, que me llevase hasta la estación. Puso en marcha el contador y empezó a sonar una canción de Carlos Rivera. El taxista subió el volumen y comenzó a cantar a pleno pulmón. Tenía una voz excepcional, así se lo confesé, y me dijo que había sido mariachi en su juventud. A veces, seguía cantando, por el placer de hacerlo, en fiestas familiares.

Llegamos veinticinco minutos y varias canciones después. Pagué el viaje y entré en la estación. Compré un billete y me dirigí al tren, que ya estaba en el andén. Sabía que el último tren salía de Tlaltenango a las diez de la noche, por lo que, al llegar allí, dispondría de unas tres horas para ver anochecer, para hablar a corazón abierto con la persona a la que iba a ver.

Las dos horas que pasé en el vagón del tren las dediqué a leer y a pensar en las cosas que echaba de menos de Madrid. Siempre se me dio bien flagelarme. Era más sencillo que ser valiente. Después renuncié a esa manera de pensar y opté por ver lo positivo que estaba hallando en los atardeceres mexicanos, como el que estaba viendo en aquel momento a través de la ventanilla.

Llegué hacia las siete a la misma estación que la primera vez, pero con la familiaridad que no había encontrado entonces. Seguía estando igual de perdida, porque buscaba a una persona en concreto, sin apellido, aunque de sobra conocida por sus vecinos. Buscaba a Guadalupe y esperaba no perder mucho tiempo encontrándola, porque los minutos se escapaban.

Pregunté a un par de chicos jóvenes que transportaban sacos de arroz de un camión a la acera, pero no supieron de quién se trataba, tal vez porque, como yo, no vivían allí. Probé suerte de nuevo con una mujer que pasaba por la calle, sin embargo, tampoco obtuve una respuesta favorable. Entonces, sin esperarlo, tres niños se acercaron a mí con los ojos brillantes.

—Sabemos a quién busca.

Me acuclillé frente a ellos y les sonreí esperanzada.

—¿Conocéis a la señora Guadalupe? —pregunté con voz chillona.

Asintieron.

—Le diremos dónde encontrarla si nos compra unos pastelillos de la panadería.

No eran listos ni nada los renacuajos. Sonreí, porque de todos modos no me importaba recompensarles con algo dulce. Yo también había sido niña.

—De acuerdo, vamos a ver qué queréis.

Fui con ellos hasta la calle de enfrente, donde había una tahona. Señalaron unos bollos repletos de nata. Compré seis, dos para cada uno. Les sorprendió que fuese tan generosa, así que, en vez de solo decirme dónde podría encontrar a Guadalupe, insistieron en acompañarme hasta su casa. Les agradecí la ayuda. Una vez que me dejaron frente a la puerta de color turquesa, un tanto dañada, salieron corriendo con las caras manchadas de nata.

Llamé con los nudillos tres veces, sintiéndome un poco Sheldon Cooper. Escuché pasos afanados al otro lado.

—Está abierto —gritó alguien.

Giré el pomo de la puerta y, en efecto, cedió. Vi que había moqueta en el suelo, así que me descalcé y me dirigí hacia la zona de la casa desde la que procedía el ruido. La casa estaba casi a oscuras, aunque había un lugar en concreto desde el que llegaba un foco de luz casi fatua.

—¿Guadalupe? —pregunté.

Una cabeza que conocía se asomó por el arco de la puerta de la que descubrí que era la cocina.

—*Ichpochtli*? ¿Qué haces aquí?

Sonreí y me acerqué a ella poco a poco. Me miró los pies y me devolvió la sonrisa. Había sido lo suficientemente perspicaz como para caer en la cuenta de que era una ofensa entrar calzada a su casa.

—No me dio la oportunidad de agradecerle su ayuda y he pensado que quizá podría hacer algo por usted —sugerí.

Me contempló con precaución, ya que no se imaginaba por dónde podría

salirle con mi propuesta. Se limpió las manos en el delantal multicolor que le colgaba del cuello.

—Ándale, te prepararé algo de comer.

Me invitó a entrar en la cocina y me ofreció una silla junto a la chimenea, donde había colocado un puchero grande del que se desprendía un aroma a maíz hervido muy apetecible.

—Hambre no tengo, Guadalupe, un poco de sed sí —le dije.

Me sirvió un vaso de agua y sacó del horno una hogaza de pan recién hecho y mantequilla del frigorífico viejo y amarillento, de tantos años que tenía.

—Calentaré un poco de leche con miel.

No podía negarme, no solo por educación, sino porque, de repente, se me hizo la boca agua.

—¿Qué se te ofrece, chiquita? —preguntó al ver que no decía nada.

Saqué de la cartera los cuatro libros que había comprado. Les echó un vistazo de reojo mientras vertía la leche en la cacerola.

—¿Qué es eso, niña?

—Libros, Guadalupe, son para usted —murmuré un poco insegura—. Quiero enseñarle a leer.

Se rio tan alto que me asustó. Abrió la ventana y entró más luz todavía, una anaranjada que llenó la estancia y mostró cada una de las motas de polvo que flotaban a nuestro alrededor.

—¿Y pretendes conseguirlo en un par de horas?

Negué con la cabeza, con mucho énfasis.

—No, me gustaría, si usted me deja, venir de vez en cuando —manifesté—. Me dio la sensación de que le dio pena no saber leer y creo que todo el mundo se merece aprender, descubrir lo que hay al otro lado.

—¡Ay, *ichpochtli*! ¡Qué extraña que eres!

Fui yo la que se rio esta vez.

—¿No tienes mejor trabajo que venir hasta aquí para enseñarme a leer? —inquirió.

Encendió el fuego y colocó la leche para que se calentase. Después sacó un tarro de miel y una cucharita.

—Lo haría con mucho gusto, créame.

—¿Por qué? Si querías agradecerme las indicaciones del otro día, ¿por qué no me has traído unas semillas de frijoles para plantar en el huerto?

—Se las traeré también —dije, creyendo que las estaba pidiendo en

serio—. ¿No quiere aprender a leer?

Cogió una silla y la aproximó a la mía. Se sentó y colocó sus manos sobre las rodillas. Fijó sus ojos en el suelo durante un buen rato y después en mis pies desnudos, sumergidos entre la felpa de la moqueta.

—Siempre quise aprender, pero mi papá no podía mandarme a la escuela. Alguien tenía que cuidar de mis hermanos. Ya viste para qué sirvió tanto esfuerzo, todos se marcharon a Santa Fe en cuanto pudieron y aquí me quedé —al fin me miró—. Claro que quiero aprender, pero no sé si seré capaz.

—Le prometo que no pararé hasta que lo haga.

—¿Por qué, Lara? ¿Por qué alguien interrumpiría su vida para ayudar a una vieja como yo?

No parecía estar acostumbrada a que la trataran tan bien como se merecía. O esa era mi percepción. Me transmitió tanta ternura que me dejé caer de rodillas frente a ella y le tomé las manos entre las mías. Me parecieron pequeñas y dañadas por el paso de los años y el duro trabajo que había en todos los instantes de su vida.

—Porque usted interrumpió la suya.

—Solo te acompañé hasta la parroquia —dijo con tristeza.

—Usted sabe que eso no es verdad. Me acompañó hasta un lugar que yo nunca, jamás, seré capaz de leer ni entender. No me gustaría quedarme en él, Guadalupe.

Liberó su mano y la llevó hasta mi cara.

—*Ichpochtli*, no me extraña que Mateíto haya dicho que pareces sacada de lo mítico que hay en estas tierras.

De las cosas que dijo, llamó mi atención el diminutivo con el que se refirió a Mateo Heredia y el hecho de que me relacionase con lo mítico, yo, que era tan mundana que hubiese sido imposible formar parte de algo tan especial como esas tierras.

—¿Eso es un sí?

Miró hacia el fuego y después sus ojos regresaron a los míos.

—Será mejor que empecemos, porque esto nos llevará tiempo.

La abracé y fui hacia los libros. Volví a sentirme llena de una alegría que no sabía explicar. Volví a tener la ilusión propia de la adolescencia, camuflada con una tostada untada de mantequilla y una taza de leche con miel. Pero habría más miel, una que me recorrería el cuerpo y el alma, solo que todavía no podía ni imaginármelo.

CAPÍTULO 18

*La noche es verde, vasta y silenciosa.
La noche es morada y azul.
Es de fuego y es de agua.*

Octavio Paz

El hotel Rosewood Inn era indescriptible, una mezcla de naturaleza en estado puro y la luz de una hoguera en el bosque. Quizá me estaba dejando llevar un poco por la ficcionalidad que a veces formaba parte de mi trabajo, los libros son así, pero puedo asegurar que se abrió una pequeña porción de paraíso cuando me bajé del coche de Sebastián.

La fachada del edificio era de un rojo terracota mezclado con las tonalidades marrones de la madera maciza que conformaba su puerta de entrada. Podía leerse *Inn of Anasazi* en ella. Del interior, a través de las ventanas entreabiertas, procedía una luz cálida, más propia de la toscana que del interior de una bombilla. A la izquierda de la entrada había una pequeña terraza, con mesas y sombrillas, unos pequeños candiles y una verja baja tallada en la misma madera que la puerta. Junto a esta, a un lado y a otro, dos caminos de media docena de macetas floridas.

Sé que me brillaban los ojos. Ya había caído la noche y las fantasías comenzaban a hacerse hueco en mi cabeza. ¿Cómo había tardado veintiocho años en imaginar siquiera que podría haber un lugar como ese, pequeño, sobre la faz de la tierra?

Verónica se había colocado a mi lado en un abrir y cerrar de ojos. Se había tintado el pelo de azul esa misma mañana, y juraría que también tenía un piercing nuevo en la oreja. ¿Cómo saberlo a ciencia cierta? Llevaba puestos unos botines con tachuelas, unos pantalones negros, muy ceñidos, y una blusa

del mismo color. Los ojos le destacaban debajo de una sombra igualmente oscura, como los labios, recubiertos de un carmín eléctrico. Era atrevida.

Sebastián estaba a su lado, por supuesto. De vez en cuando sentía un remordimiento extraño generado porque suponía qué podía estar sintiendo él y no era capaz de hacer nada para interceder, ayudarlo. Aunque no sabía cómo proceder en aquello que, en realidad, no me competía, me aliviaba darme cuenta de que él no perdía la esperanza de que, en algún momento, aquella mujer posase sus enormes ojos sobre él y lo viese, por primera y única vez en todo el tiempo que llevaban trabajando juntos. Supuse que por eso mismo se había vestido tan elegante, con traje y corbata incluida.

Yo no había sabido por qué decantarme, así que, dado que se trataba de una inauguración, opté por un vestido rojo ajustado hasta la rodilla y con un poco de vuelo por debajo, asimétrico y con los hombros descubiertos. Me había recogido el pelo en una coleta alta, dejando dos mechones ondulados a los lados y había optado por unos zapatos de tacón dorados. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí realmente guapa, liberada en mis acentuadas curvas y en la sonrisa bermeja que me cruzaba la cara. Un pequeño pellizco en la boca del estómago me recordó que no debía renunciar nunca a sentirme de aquella manera, porque seguía siendo mujer y porque necesitaba vivir siendo feliz en mi piel, sin esconderme. Sin esconder nada de lo que era.

—Jefa, ¿estás bien? —preguntó Sebastián al ver que era incapaz de apartar los ojos de la maravillosa estampa que tenía ante mí.

Verónica me cogió de la mano en silencio y tiró de mí.

—Espere a ver lo que hay dentro —siseó.

No había logrado que dejara de tratarme de usted. Sabía que era frecuente entre algunos mexicanos, sin embargo, Sebastián había accedido rápido al tuteo y una parte de mí había deseado que ella también lo hiciera. Pero nada.

Cruzamos las puertas, que estaban abiertas de par en par, y la entrada del hotel me fascinó todavía más si cabe. El techo estaba recubierto de grandes troncos de árbol que lo revestían de un extremo a otro. Entre ellos se colaban pequeñas lámparas redondas que alumbraban un mostrador rectangular con grabados negros y ocres. En la pared del fondo había un tapiz, hilado con dibujos parecidos, pero con una gama cromática mucho más intensa. A los colores anteriores se sumaban el rojo y el naranja, que destacaban sobre una pared pintada de blanco roto, casi gris pálido.

A la izquierda, había una chimenea, encendida pese a que no hacía frío, y

unos taburetes revestidos de piel de búfalo. No me gustó esto último porque estaba comprometida con la causa animal, no obstante, encontraba una perfecta armonía con el suelo de un color gris perla, con las baldosas quebradas. Conformaban un puzle que nadie podría volver a juntar nunca si fuesen a separarlas. A la derecha, había una pequeña mesa de café y unos sillones blancos. Un recibidor muy acogedor.

Miré de reojo a Verónica y me sonrió, algo que hacía muy pocas veces.

—Ya se lo dije, ¿o no lo hice?

Asentí abrumada por el candor que hacía resurgir en mí aquel lugar.

—Es increíble... —murmuré sin apartar los ojos del techo.

Llevaba toda la vida haciendo lo mismo, mirando hacia arriba cada vez que visitaba algún sitio nuevo. En un momento dado, cuando descendí la mirada, me di cuenta de que Sebastián y Verónica me miraban sonrientes. Debía causarles gracia el efecto que me habían causado los primeros minutos en el hotel.

—¿Sabe lo que son los *anasazi*? —inquirió Verónica.

Reconozco que me frustró no haber indagado sobre el lugar al que íbamos. Me había dejado arrastrar a un foco de belleza y cultura desorbitante y yo, que vivía rodeada de libros e información, no había tenido la suficiente iniciativa como para saber más. Siempre hay que buscar un poco más; lo que falta y debe permanecer encendido.

No me avergonzó, aun así, reconocer que no lo sabía.

—Formaban una cultura arqueológica amerindia. Algunos de los tapices, los grabados en madera y los cuadros que aquí ve intentan reproducir esos diseños —explicó ella, embelesada, tanto como Sebas al escucharla—. Siguen quedando muestras de su arquitectura, de hecho, son patrimonio de la humanidad.

—¿Por qué sabes tantas cosas? —le preguntó su compañero, sorprendido.

Me mordí la lengua para no reírme. Fue tierno el tono que empleó para preguntárselo. Ella, sin embargo, no reparó en estos detalles. Se limitó a encogerse de hombros y a continuar andando por un pasillo por el que los dos la seguimos.

Llegamos al restaurante, un comedor amplísimo, anaranjado en esa bohemia luz tribal. Os preguntaréis qué clase de luz es esa y yo solo sabré contestaros que no se puede comprar ni contratar en ninguna compañía eléctrica. Simplemente hay cosas instintivamente alejadas de la mano humana.

Esta era una de ellas. Me di cuenta de que se trataba de la misma luminiscencia que había advertido desde el exterior.

El lugar ya estaba casi lleno, solo quedaban un par de mesas libres, una de las cuales era la nuestra, junto a la ventana. Le preguntamos al camarero por la reserva y nos acompañó hasta allí. Era una mesa para seis, ya que todavía estaban por llegar unos amigos de mis compañeros de trabajo. Iba a ser una buena ocasión para conocer gente y disfrutar de una velada diferente.

Me senté en la banqueta de la ventana, desde donde podía verse el cielo estrellado y se olía el aroma suave de las flores del inmenso jarrón de la pared. Dejé el bolso a mi lado y me apoyé contra la pared. Ese sentimiento de cercanía me abrió una puerta que había atascado a golpe de tristeza. No imaginé en ese instante que aquella noche me rescataría de la sombra que me acompañaba.

Se acercó el nuevo cocinero del hotel cuando estuvieron el resto de nuestros acompañantes. Era el hermano de una de ellas, María Cristina. Nos agradeció nuestra presencia y nosotros la invitación. Dejamos que fuese él quien decidiese qué íbamos a comer, la especialidad del chef nos parecía muy apetecible. Me lo pareció tanto como hacer un tour secreto por los rincones inexplorados del Rosewood Inn. Pero ¿cómo podría?

Estando allí pensé en el proyecto, en la nueva colección poética y en las ideas con las que habíamos estado trabajando los últimos días. Ahora veía más de lo que pude imaginar. Veía lo que no podía captar una cámara fotográfica, pero que sí acompañarían las palabras. Los diseños de las portadas con lo que habíamos trabajado hasta el momento me parecieron una parcela de tierra baldía donde jamás crecería nada. Les faltaba lo que yo buscaba arañando el yeso que recubría la historia de la zona.

—¿En qué piensa? —formuló Verónica, dándome un codazo.

—¿Te soy sincera? —contesté, dejando el tenedor sobre el plato.

—Por favor, dígame que no es en trabajo —pidió.

—Entonces no lo diré.

Ambas nos reímos. Me di cuenta de lo a gusto que me sentía con todos ellos, con mi equipo y con las personas con las que cenábamos aquella noche inolvidable, en más de un sentido. También me percaté de que tenía una extraña necesidad de saber más sobre ellos. ¿Cómo eran? ¿Qué les gustaba hacer? Podéis acusarme de cotilla, no voy a negarlo, aunque algo me dice que se trataba de más. Comenzaba a despertar de un letargo extraño y me gustaba desperezarme.

Verónica volvió a inclinarse hacia mí y me susurró:

—Si sigue ese pasillo de ahí, llegará a una pequeña biblioteca, ¿por qué no va a echar un vistazo?

Abrí mucho los ojos, tanto que me dolieron.

—¿Puedo?

—Yo no se lo diré a nadie —comentó ella.

Sonreí y con un asentimiento de cabeza dejé mi servilleta sobre la mesa y me disculpé con los comensales. Pasé entre las mesas sin mirar a mi alrededor, con el claro objetivo de ver qué más habría entre esas paredes. ¿Sabéis los nervios que se instalan en la garganta y en las entrañas cuando está a punto de besarte la persona que te gusta? Me sentía igual, lo cual puede ser curioso o muy triste. Hacía mucho que no me besaba nadie.

Emití un suspiro mientras salía del comedor y seguí deambulando por el pasillo hasta que vi la entrada a una sala. No tenía puerta, solo una pared que ocultaba gran parte del mobiliario y los secretos de la estancia. En ella habían pintado un mural semejante al del tapiz. Tendría que buscar más información sobre los *anasazi* después de esa noche.

Apoyé los dedos sobre los brillantes colores con los que estaba dibujado ese rombo tridimensional, y el frío de la piedra me relajó. Me asomé al interior y me encontré de frente con una chimenea. Encima de su repisa había un ángel de sexo femenino y unos pequeños tambores; colgado de la pared, un cráneo de una res que no supe identificar. Frente al fuego, varios sillones de diferentes formas, tamaños y materiales. En la mesa de madera, que estaba sobre una alfombra roja, había un centro floral. En frente de este un gran ventanal, partido en cuadrados, que daba a un patio interior con las paredes recubiertas de enredaderas.

Entré con miedo a ser descubierta donde no debía estar. En la otra parte de la sala, la que no se veía desde detrás de la pared, había varias estanterías repletas de libros y figuras de civilizaciones que me moría por conocer. También se extendía el amplio ventanal. Había un par de ánforas a los lados, una mesa, varias sillas y el suelo de madera. A la derecha, pegada al cristal de la ventana, había una mesa más pequeña con un ajedrez y una partida ya empezada. Pensé en Raúl y en los versos que había recitado en su funeral. Moví una pieza por él y deseé que estuviera allí sentado en ese momento, disfrutando de la luz de las lámparas, colgadas como antorchas de la pared. Le sonreí a su recuerdo y me dirigí hacia los libros.

Los tacones hacían ruido sobre la madera, le provocaban un crujido

distante en el tiempo. Acaricié los lomos con cuidado de no ensuciarlos, de no provocarles daño alguno, aunque era evidente que estaban allí para cualquiera que quisiera consultarlos. Me pregunté, no obstante, si siendo solo comensal del hotel y no huésped podría hacer uso de esa habitación. ¿Y qué más daba?

Me hice con un ejemplar ilustrado de mitos prehispánicos y me senté en uno de los sillones, el que estaba en la entrada, frente a la chimenea. Crucé las piernas y lo ojeé en silencio sin que se me borrara la sonrisa de la boca en ningún momento. Fui pasando las páginas a medida que descubría un universo que nunca podría haber imaginado. Había leído algunos de ellos cuando cursaba Filología hispánica, pero estaba descubriendo muchos más.

Seguía concentrada en ellos cuando escuché el rechinar de la madera bajo los pies de alguien. Me sobresalté y se me cayó el libro del regazo cuando me levanté de manera precipitada. Miré hacia la entrada y me topé con un chico alto de cabellos casi rubios. Iba trajeado, aunque la corbata asomaba en su bolsillo. Se había desabrochado dos botones de la camisa y permanecía con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Disculpa, no quería asustarte —murmuró con acento español.

Dio un par de pasos hacia mí, se agachó y recogió el libro. Pasó la mano por encima de su cubierta y me lo tendió. Sonrió con dulzura y yo le devolví parte de la sonrisa y un poco menos de afabilidad. Me miró de los pies a la cabeza, sin disimulo, y se dirigió hacia el fondo de la sala. Ocupó una de las sillas de la mesa del ajedrez y se quedó mirando el tablero. Frunció el ceño y le vi mover el caballo que yo había desplazado. Lo dejó tal y como estaba al principio.

—¿Juegas solo? —pregunté sin sopesar mis palabras.

—A no ser que quieras acompañarme, sí —sugirió.

—Es que yo no sé jugar —expliqué entre susurros.

—Ya me he dado cuenta con el movimiento que has hecho.

Señaló el tablero y me ruboricé. Se quitó la chaqueta y la colocó con mucho cuidado sobre el respaldo de la silla, se desabotonó los puños de la camisa y se arremangó. Después señaló la silla que había frente a él.

—Por favor.

Era un hombre extremadamente educado, de ojos claros y profundos. Dejé el libro sobre la mesa, hipnotizada por la serenidad de su mirada. Se levantó en cuanto estuve a su lado e hizo un amago de retirarme la silla.

—Eso sí que sé hacerlo —le dije.

Era un detalle de los antiguos caballeros que nunca me había gustado

especialmente. No le molestó, incluso pareció divertido. Desde luego, en los círculos en los que parecía moverse aquel hombre debía de ser costumbre. Yo procedía de un pueblo en el que, en los bares, los hombres te empujaban para hacerse con un taburete. Ese había sido mi contexto de armonía caballeresca.

Volvió a tomar asiento, colocó cada pieza en el lugar conveniente, apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla entre las manos y me miró por encima de sus pestañas.

—¿Empezamos?

En efecto, así comenzó todo: cuando aún no sabía ni su nombre.

CAPÍTULO 19

*Un murmullo impreciso perpetúa
la oculta faz del imposible aliento.*

Jaime Siles

Él se echó atrás en la silla cuando le hice jaque. Lo había conseguido después de perder tres partidas seguidas. Se llevó el dedo índice a los labios y se recorrió la boca en dos círculos perfectos. Tragué saliva instintivamente. Lo que sentí cuando se mordió el labio inferior sin apartar los ojos de la jugada fue lo más parecido al deseo. Hacía tanto tiempo que no se me estremecía la piel de aquella manera que me acaloré de pronto.

—Ya entiendo lo que quieres hacer —dijo, de pronto, con su voz aterciopelada.

Di un brinco en la silla pensando que, de una manera inexplicable, había sido descubierta con los instintos salvajes al descubierto. Tuve que cerciorarme de que no era a la atracción que sentía por él a lo que se estaba refiriendo.

—¿Cómo?

—Tu estrategia. —Señaló mi alfil—. ¿Te dejo ganar? —preguntó con una sonrisa torcida.

Una de las manos estaba sobre la mesa, la otra iba recorriendo su pierna desde arriba hasta la rodilla. Si bien no se dio cuenta de mis anteriores intenciones, sí que se percató de que mis ojos iban trazando el recorrido de su mano, grande y con dedos largos.

—Me duele la rodilla —explicó—. He estado haciendo surf y me di con la tabla.

Asentí sin decir nada y agaché un poco la mirada. Decidí que lo mejor

era contestar a su anterior pregunta para alejarme lo máximo posible de su anatomía. Ni siquiera estaba segura de que algún hombre me hubiese atraído tanto alguna vez. Estaba encendida, lo notaba en la boca, en el vientre y en la forma en la que apretaba las piernas.

—Prefiero perder, dejarme ganar sería penoso.

—Coincido.

Cogió una de sus piezas e hizo jaque mate en un movimiento que me destensó. Crucé las piernas, que habían estado rodilla con rodilla hasta el momento, y me quedé mirando la posición de las piezas. Tal vez, si intentaba repetir esa misma jugada imitando sus movimientos podría ganar. Pero ¿cuántas partidas más íbamos a jugar? Y ¿qué hora era? ¿Por qué no había venido Verónica a buscarme? ¿Seguirían en el hotel o...?

Me puse en pie de pronto y él me imitó.

—¿Estás bien?

—No he venido sola y he dejado mis cosas en el restaurante. Tendría que ir a buscar a mis acompañantes —le comuniqué—. Gracias por la compañía, ha sido muy agradable —confesé.

Su cuerpo se movió junto al mío hasta alcanzar la entrada. Había colocado la mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Qué tal si cuando hayas encontrado tus cosas vuelves aquí a buscarme? Te esperaré —apuntó, provocativo.

—¿Qué?

Sonrió sin decir nada y volvió junto al tablero. Le vi colocar las piezas en silencio, sin mirarme. ¿Aquello era una invitación? Reconozco que me puso nerviosa pensar que sí. Le eché una última mirada por encima del hombro y recorrí mis propios pasos de vuelta al restaurante.

Verónica y Sebastián estaban sentados solos en la misma mesa que habíamos compartido durante la cena. Conversaban un tanto alejados. ¿Cuándo se daría cuenta esa chica de que Sebas no veía más allá de ella? ¿O lo había hecho ya y no tenía intención de hacer nada al respecto? Debía dejar de intentar meterme en asuntos que no me atañían.

—Hola, chicos —saludé cuando estuve a su lado.

—Jefa, creíamos que se la habían comido los lobos —espetó Sebastián sin ninguna delicadeza.

—¿Lobos?

Pensé que sí que me había cruzado con uno, aunque no estaba del todo segura sobre quién iba a comerse a quién. Hacía demasiado tiempo que no

tenía pensamientos como ese, quizá se debía al hecho de que en México me sentía liberada, también influía que no me hubiese acostado con nadie desde que Raúl y yo lo dejamos, y por aquel entonces hacía ya tiempo que no lo hacíamos.

—A veces salen.

Señaló el otro lado de la ventana y se rio. Verónica apartó los ojos de él, ¿avergonzada o aburrída de las bromas de su compañero? No lo tenía claro, como tantas otras cosas.

—¿Y el resto? —pregunté.

—Se marcharon, ¿qué hacemos nosotros? —inquirió.

Tampoco tenía una respuesta para esa pregunta. Me debatía entre la invitación del sin nombre y proponerles que nos fuésemos antes de que llegase a convertirme, durante unas pocas horas, en una mujer que nunca había sido, pero que, no obstante, tenía ganas de abrirse a esa parte que no conocía.

—Yo creo que deberíamos cerrar la noche —sugirió Vero.

—¿Tan pronto?

Noté por el tono agudo de Sebastián que no le hacía ninguna gracia tener que poner fin a la velada. Llegué a la conclusión de que esa debía de ser una de las pocas veces en las que se veían fuera del trabajo y él quería exprimir los minutos, conocerla tanto como ella se dejase.

—Yo creo que me quedaré a pasar la noche aquí —les informé sin pensar más de lo que ya lo había hecho.

Aunque no regresase a la biblioteca en busca del hombre del tablero de ajedrez, sí que me apetecía disfrutar de una noche en ese lugar, ya fuese acompañada o sola. Era un pequeño capricho que podía permitirme, porque, ¿qué es la vida sino un sueño? ¡Ay, Segismundo, cuánto daño has hecho!

A Sebastián no le importó que me quedara, podría volver solo en el coche con Vero. Esta, sin embargo, se acercó un poco y me puso cara de no entender qué había pasado en los últimos cuarenta y cinco minutos para que, sin más, me quedase.

Le sonreí y decidí ignorar la forma en la que me reprochaba algo con los ojos. Tardé en darme cuenta de que no quería quedarse a solas con Sebastián. Le daba igual lo que hiciera mientras no la afectase. Se encargaría de decírmelo más adelante, cuando cogiésemos confianza.

—Deberíamos preguntar primero si hay habitaciones libres —concluyó.

—Después, quiero pasar un rato más en la biblioteca. Si no quedan habitaciones, pediré un taxi y regresaré al piso, no os preocupéis.

Ahora sí que empezaba a ponerme nerviosa, en el peor de los sentidos, ¿desde cuándo tenía tantas ganas de deshacerme de alguien para quedarme a solas con un hombre que no conocía de nada? Debían de haberme echado algo en la bebida, porque, desde luego, no me reconocía. Tampoco me disgustaba, si he de ser completamente honesta.

—Id a descansar, anda.

Sebas se despidió casi de inmediato con un abrazo fugaz y Verónica accedió a darme un beso en la mejilla, jurándome en silencio una venganza por aquella traición. ¿Por qué no podía darle una mínima oportunidad a Sebastián? O, si no le gustaba en absoluto, ¿por qué no encontraba la manera de hacérselo saber? Hubiese sido mejor para todos.

Les vi marcharse, y, en medio del pasillo, sujeta al bolso, me pregunté qué haría a continuación. Si me acogía a lo que había dicho el hombre que me esperaba al otro lado, debía ir pisando sobre seguro, sin embargo, tenía cierto reparo a desinhibirme. Nadie me lo echaría en cara, desde luego. Y si alguien lo hiciera, no permitiría que me juzgaran por sentirme bien después de tanto tiempo.

Planché el vestido con las manos, cogí aire, lo solté y fui hacia la sala de la que me había marchado minutos atrás. Estaba más inquieta si cabe que cuando cogí, por primera vez, el tren que me llevaría a mi nueva vida. Me esperaba Madrid al otro lado del trayecto. Una ciudad llena de estrellas y sueños, como un musical hollywoodiense, solo que las películas son solo eso. La vida siempre es diferente y, con sus contras incluidos, creo que mejor que cualquier ficción.

Me apoyé un segundo en la pared pintada y mi cabeza repleta de novelas e interrogantes, se preguntó qué hubieran hecho en su lugar las mujeres *anasazi*. Volví a respirar y me encomendé a todos los dioses que conocía para que tuviesen un poco de compasión y no me dejaran hacer el mayor de los ridículos. Había desistido hacía ya tiempo de revivir las sensaciones provocadas por el flirteo y la cercanía de ningún hombre que me pareciese interesante. Era un buen momento para recordar las sensaciones que eso provocaba.

Me asomé al interior de la estancia. Él seguía sentado justo donde lo había dejado al irme. Desde lejos, me pareció incluso más atractivo de lo que podría serlo en las distancias cortas, y eso, a mi humilde parecer, era mucho decir. Seguí observándole durante un par de minutos. Sus piernas esbeltas encogidas debajo de la mesa, los zapatos negros, perfectamente anudados, el

toque de color de los calcetines con una raya lateral azul claro, los pantalones igualmente oscuros, que iban frunciéndose a medida que ascendía la mirada, la camisa blanca metida por dentro del pantalón, sujeto por un cinturón oscuro con una hebilla reluciente. Más arriba, el cuello, una fina capa de barba clara, la nariz recta, los ojos azules, las cejas pobladas y el pelo despeinado.

—¿Vas a pasar?

Su voz me hizo despertar de mi ensoñación. Se había dado cuenta de que estaba allí, plantada como una idiota, espiando cada uno de sus movimientos.

—Me alegra ver que has vuelto.

No dije nada. Me quedé justo donde estaba, con la cabeza ladeada y apoyada levemente en la pared.

—Eres poco habladora.

Había parte de verdad en esa afirmación. No era precisamente la persona más locuaz con la que alguien pudiese encontrarse, pero tampoco me consideraba poco habladora.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al fin.

—¿Y si te lo digo al final de la noche? —insinuó.

Me coloqué uno de los mechones detrás de la oreja y cavilé un poco sobre lo que estaba a punto de hacer. Se había iniciado una partida de un juego al que no sabría jugar. Lo más probable es que perdiera, pero ¿y si tenía una estrategia para ganar, aunque fuese algo?

—Muy bien —acepté—. ¿Y qué quieres hacer hasta que me digas tu nombre?

Apartó la silla a un lado, se levantó y puso fin a la distancia que había entre él y yo. Una vez que estuvo a mi lado, me soltó el mechón de pelo que yo había colocado detrás de mi oreja y me susurró al oído:

—¿Qué tal si empezamos con un paseo?

Se me estremecieron la piel y las ganas de que se acercase un poco más. No parecía tener prisa, lo sorprendente es que la tuviera yo, que siempre me había tomado las cosas con calma, en ocasiones demasiada, sin embargo, así había logrado que no me hiriesen. Pero ¿qué daño podría hacerme ese misterioso hombre al que no me unía ningún sentimiento? Desoí la pregunta que me hice. Así es como acabamos conociendo a aquellas personas de las que nos alejamos por instinto. Ese que es tan inteligente que ya nos advierte cuando se nos eriza cada poro de la piel, se nos seca la boca y se nos retuercen los dedos de los pies.

—¿Y si luego hacemos una parada en el bar?

Me rozó el brazo desde el codo hasta la punta de los dedos, lo hizo con la mano, pero también con los ojos, que iban y volvían en ese baile de caricias que ascendían y descendían. Después recuperó el camino a mis ojos y al temblor de mi boca.

—Haremos todas las paradas que quieras.

Fue sugerente no solo en la manera de decirlo, sino también en cómo acabó el camino de su mano en mi brazo llegando hasta el hombro, de este pasó a las clavículas, a la parte izquierda del cuello, paseó, después, con el dorso de su mano por mi pómulo hasta perderse entre mi pelo. Le dio un par de vueltas a la coleta hasta que se enredó con sus dedos y su muñeca.

—O podríamos acelerar.

Entreabrió un poco los labios, quedó a un centímetro de los míos, donde podía sentir su respiración, aspirar un intenso olor a hierbabuena, saborear la acidez cítrica de su lengua confundándose con la mía. Noté que se me iba acelerando la respiración y con ella iba ascendiendo mi pecho. Bajo el escote pronunciado del vestido rojo era imposible no echar un vistazo a la provocativa turgencia de mis senos. De repente, se había convertido en una buena manera de mantenerle entretenido mientras yo recuperaba el aliento. Si es que todavía eso era posible.

—Si empezamos en quinta —murmuró con la voz rota—, quizá se nos cale el coche.

—Como si se estropea el motor —dije, en exceso atrevida.

Me pegué a su cuerpo en un abrir y cerrar de ojos y decidí beberme de su boca la copa que le había propuesto tomarnos. Tenía ansias de que me devolviese el beso, que no me refrenase cuando le acorralase en la pared más cercana. Su mano volvió a mi pelo, tiró del lazo que lo sujetaba, del mismo color que el vestido, y la melena me enmarcó la cara en una cascada de ondas doradas. Me miró un segundo, después echó la cabeza hacia un lado y humedeció mis labios con los suyos, a continuación, dejó un mordisco suave en el labio inferior.

Colocó sus manos en mi cintura, tiró de mí hacia una esquina, el punto muerto que no podía verse desde la entrada, y me apoyó con cuidado contra la pared. Me rozó los labios de nuevo, se arrodilló y sus manos ascendieron por debajo del vestido. Se apoderó de mí un temblor agradable que me obligó a echar la cabeza hacia atrás. Volví a mirarle cuando se detuvo, aún arrodillado. Había dibujado una sonrisa excitante a la que no pude resistirme. Tiré de su camisa para que se pusiera de pie y volviera a mi boca, pero apartó la mano

con delicadeza.

—Seguiré aquí un poco más.

Subió las manos hasta alcanzar las costuras de la ropa interior, tiró del tanga de encaje hacia abajo. Hizo una pausa cuando llegó a los gemelos. Me obligó a levantar primero un pie y después el otro. Yo era incapaz de encontrar oxígeno suficiente para seguir viva. Estaba siendo el momento más erótico de toda mi existencia, quizá se debiera a que siempre había sido muy tradicional en algunos aspectos.

Sus dedos se perdieron una vez más en los volantes de mi vestido. Lo fue subiendo muy lento, tanto la rozadura de su piel como la del propio tejido me hicieron gemir. Tuvo el mismo efecto sí, su boca en la cara interna de mis muslos. Apreté los puños a los costados de mi cuerpo y él continuó avanzando hasta llegar a la palpitación del placer más intenso que me había permitido experimentar. Paró el tiempo suficiente para decirme:

—Cuando acabe, daremos ese paseo.

Se me escapó una carcajada que me duraría toda la noche.

CAPÍTULO 20

*No ya mi corazón desasosiegan
las mágicas visiones de otros días.*

Rafael Pombo

Estábamos sentados en una de las banquetas del fondo del bar, donde apenas nos rozaba la luz. Había colocado las piernas encima de las tuyas y él iba como una brisa cálida resbalando por mi piel. Hablábamos de cosas sin importancia con música de entrañas de fondo. Así llamaba a las bandas sonoras que se adaptaban perfectamente a la situación. Me sentía, en la otra punta del mundo, menos extraña que nunca. Las horas corrían en el minuterero del reloj de madera que colgaba en la entrada. Se avecinaba una madrugada de chimeneas prendidas pese a que estábamos en primavera. Era curioso que se aclimatara tan bien. Quizá las paredes de piedra enfriaban demasiado y allí surgía el contraste, lo que permitía desnudar la piel y también las intenciones.

No me atreví durante la primera media hora a formularle ninguna de las ansiadas preguntas que iban cosquilleándome en el paladar. Bebíamos a sorbos los segundos, las miradas y los cócteles que nos había preparado el barman. Ana Gabriel cantaba a través de los altavoces una ranchera que no recordaba haber escuchado antes, sin embargo, él sí sabía cuál era, ya que cogió una de las flores del jarrón, me la dio y fingió cantar desgarradamente.

—*¡Cuánto daría por gritarles nuestro amor!*— cantó en voz muy alta, llamando la atención de la gente que teníamos más cerca.

Escondí la cara entre las manos y me reí de su deplorable imitación. Todavía podía sentir el orgasmo anterior por todo el cuerpo, un espasmo alimentado con lo prohibido. Una noche de la que me prometí no hablar para no mancillar el recuerdo. Pero eso fue antes de creer que no volvería a verle.

Ni siquiera barajé la posibilidad de reencontrarme con él a pocas calles de mi casa, otra vez en medio de la oscuridad de la madrugada.

—Entonces —dijo de pronto—, ¿a qué te dedicas, chica del vestido rojo?

Se apoyó de costado en el respaldo de la banqueta, pasó uno de los brazos por encima y se relajó. Hice lo propio y quedamos frente a frente, muy cerca el uno del otro.

—Soy editora.

A deducir por el levantamiento de sus cejas, pareció sorprendido.

—¿En México?

—Temporalmente, sí. He venido para hacerme cargo de una colección de poetas contemporáneos —expliqué con la ilusión que me estaba acompañando en ese proyecto.

—Debe de ser un trabajo muy bonito, vivir tantas vidas ajenas. Es un viaje ininterrumpido el de la lectura —manifestó—. Mi hermano hizo prácticas en una editorial cuando era estudiante. Algunas veces traía galeradas a casa para leerlas y hacer las portadas —siguió contándome.

Lo que más me gustaba de él era que no parecía ser de la clase de hombres que guardan en secreto quiénes son. No tenía miedo, me daba cuenta con solo mirarle. Aunque eso no significaba que hubiese tenido una vida fácil.

—¿Trabaja en el mundo editorial?

—¿Ricardo? No, es publicista en Madrid. Se mudó allí hace ya años con mi cuñada. Somos valencianos de origen, pero estamos un poco desperdigados —se rio— ¡A ella puede que la conozcas! —dio una palmada.

—¿Sí?

Me parecía poco probable teniendo en cuenta lo grande que era la capital. Quizá había estado vinculada de alguna manera con la industria del libro, de otro modo, viendo la poca vida social que yo tenía, me costaba imaginar cómo iba a conocer precisamente a la cuñada del desconocido que me había desnudado hacía un rato.

—Danielle Valero.

Me sonaba muchísimo el nombre, sin embargo, tardé en relacionarlo con la persona. Lo único que tenía más o menos claro era su posible vinculación con el mundo del arte, aun así, no me arriesgué a decir alguna incongruencia.

—Presentó un par de años atrás una colección de esculturas en algunas galerías de la península, por la vinculación de su obra con lo marítimo.

Al decir eso, caí en la cuenta.

—¡Sí! Una fotógrafa catalana hizo un reportaje sobre ella —apunté.

Él asintió satisfecho con mi intervención. Parecía estar orgulloso de los logros de los miembros de su familia.

—Elsa Belloch.

Sentirme tan cerca de esas dos mujeres que desprendían inspiración por los cuatro costados, me llenó de un sentimiento difícil de matizar. Había leído algunas cosas sobre mujeres como ellas, que habían despertado en mí la necesidad de encontrar la manera de dejar huella. Quería hacer mi trabajo lo mejor posible, pero dejándome llevar por el instinto. En definitiva, encontrar la manera de plasmar mi propia identidad en algo que, a grandes rasgos, era monocorde.

—¿Está trabajando en algo ahora mismo?

—Desde hará un año, trabajan a tiempo completo en los preparativos de su boda. Se casan en un par de meses y están entusiasmados. Y no me extraña —comentó, echándole una ojeada al techo—, la suya es una historia peculiar.

Sonreí porque todas lo eran, solo que desde la distancia, desde esa percepción ajena, solo creemos en lo idílico de las relaciones, y eso es, cuando menos, absurdo.

—¿Y tú? ¿En qué ocupas tu tiempo? —inquirí, con mucha más curiosidad y entusiasmo del habitual.

No me importó mostrar partes de mí que a veces guardaba bajo llave, no podía hacerme daño abrirme a alguien que nunca más volvería a mirarme a los ojos como lo estaba haciendo en ese momento. Me dediqué a imaginar que los fuegos fatuos celtas habían prendido una hoguera alrededor de la que iba dando vueltas en mi última noche en el fuego. Fuego de vida, de premoniciones, de supuestos destinos que juegan a tu favor o en tu contra. Fuego que hace estallar la pólvora de una traca, como tantas que habría visto él a lo largo de su vida.

—Yo me dedico a las energías renovables —contestó—. Sí —asintió sin saber lo que estaba a punto de decir—, soy *green planet* y tú estás deforestando los bosques con tus poemas y novelas, no digo más.

Intenté no reírme, pese a la ironía que contenían sus palabras, en realidad había un defensor a ultranza del planeta en él. De hecho, creía que así era, que había una parte de verdad en la acusación que me había hecho. Con el tiempo, habíamos conseguido que todas nuestras publicaciones se llevasen a cabo en papel reciclado, aunque eso no implicase que el daño fuese inexistente.

—Así que estudiaste ciencias medioambientales.

—Y química orgánica —especificó—. Empecé en España, pero terminé en Australia. Me contrataron en una empresa de Melbourne al finalizar los estudios, así que me quedé a vivir allí.

Esta vez, la sorprendida fui yo.

—¿Vives en Australia?

Bebió un trago de su copa y movió la cabeza de arriba a abajo en un asentimiento pronunciado de cabeza.

—¿Y qué te ha traído a México? —indagué.

—Me ocupo de los asuntos internacionales. Me gustaría decir que estoy aquí por placer, pero, como siempre, son negocios. Ojalá pudiera disponer de unos días para ver algunos lugares de Santa Fe a los que nunca llego a tiempo.

Se le escapó un sonoro suspiro que me abrió un pequeño abismo en la garganta. Me reconocí en sus palabras porque yo también había sentido que, en algunas ocasiones, el mundo iba a una velocidad a la que yo me adaptaba por seguir el ritmo. Había perdido mucho en los años que decidí correr, ignorando las cosas que se cruzaban en mi camino. Esas pequeñas, que son las que de verdad pueden devolvernos lo que perdemos a diario en una lágrima, un grito, un suspiro.

—¿Y por qué no te tomas unas vacaciones?

Me dio un par de palmadas en la rodilla y sonrió energéticamente.

—Ya lo hago, pero aprovecho para ir a ver a mi familia, es lo más importante que tengo. Lo demás viene y va.

—¿Las mujeres quieres decir? —pregunté.

—No he estado con ansias en amores inflamado, lo siento —me guiñó un ojo por esa referencia literaria que identifiqué de inmediato.

—¡Oh, dichosa ventura! —concluí yo—. Ese dolor que te has ahorrado, créeme.

Cogí mi copa, pasé el dedo por su borde y volví a mirarle, porque era evidente que esperaba una aclaración al comentario que acababa de hacer.

—Hace unas semanas falleció mi ex novio en un accidente de tráfico. Hacía ya bastante que no estábamos juntos y aun así el dolor fue igual de intenso —expliqué.

Acababa de coger un bisturí afilado para abrir en un corte limpio una parte muy sensible que solo puede mostrarse con la palabra, no existe nada más intenso que decir en voz alta lo que nos hiere.

—Lo siento mucho.

Me dio el pésame con sinceridad, así que se lo agradecí y decidí que el

tiempo de esa noche era para llenarlo de recuerdos limpios no del dolor que a veces causan los momentos pasados, las personas que ya no están.

—Así que en artes de amor tenemos la jugada perdida... —murmuré—. Creo que, de vez en cuando, dan premios de consolación.

Inclinó la cabeza hacia a un lado y se le dibujó una sonrisa tan amplia que se le achinaron los ojos y decenas de arrugas de expresión aparecieron alrededor de sus ojos. Al sonreír así parecía un niño pequeño, iluso y sin prejuicios.

Se señaló con los pulgares.

—Tu premio de consolación —apuntó.

Le imité.

—El tuyo.

Se puso serio, negó repetidas veces, se acercó un poco más a mi cara y susurró:

—Dudo que alguna vez hayas sido el premio de consolación de alguien. Hay algo especial en ti.

Lo dijo tan convencido que me hizo estremecer.

—No hace falta que intentes conquistarme, ya he dejado claro que me interesas, ¿o no?

Depositó un beso húmedo en la parte derecha de mi mandíbula y otro más abajo, en el cuello.

—Hay muchas clases de interés, y yo quiero aclarar el mío —empezó—. Que me atraes es una evidencia. No he apartado los ojos de ti desde que has entrado esta tarde en el recibidor del hotel. Por otro lado, que me intereses puede que sea cuestionable, por eso intento hacerte comprender que... mi interés va más allá de arrancarte el vestido en un par de horas y hacerte olvidar tu nombre y la curiosidad que sientes por averiguar el mío.

Me quedé perpleja con esa aclaración, sobre todo, porque no había caído en la cuenta de que pudiera querer algo más que sexo. Puede que, a fin de cuentas, todo estuviera relacionado. Entendía a qué se refería, sin embargo, ¿qué íbamos a hacer salvo tomarnos un café en el desayuno? Esa podría ser una mini cita improvisada. En algún momento yo volvería a España y él se iría a Australia, de hecho, ¿quién me decía a mí que no se iría al día siguiente, que no me despertaría sola en la cama de su habitación? Nadie podía asegurármelo. Tampoco me importaba la ambigüedad de la situación, soñar durante unas horas estaba permitido incluso para alguien como yo. Podía pegar un salto y quedarme flotando durante un lapso de tiempo.

—¿Y bien? —preguntó al fin.

Había estado distraída y no entendí qué me estaba preguntando.

—¿Te atraigo o también tienes interés?

—¿Y a dónde nos va a llevar a interés?

—Al jardín —sugirió—. A dar un paseo, a saber más el uno del otro, cosas absurdas como si nos gustan o no las semillas de chíá.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro y ahogué la risa. Era sarcástico y, probablemente, esa clase de humor era de los pocos que me hacían reír con los pulmones hinchidos de una sensación amabilísima.

—Crece el interés por momentos, admítelo. Porque estás pensando —comenzó diciendo. Yo había levantado un poco la barbilla y le miraba— que soy un tipo extraño que esconde algún oscuro secreto detrás de toda esta perorata de incongruencias que te estoy diciendo —hizo una pausa para ver mi reacción, que se limitó a intentar no poner cara de embelesada—. Además —prosiguió—, te encanta que emplee palabras altisonantes para conquistar tu pequeño corazón de filóloga.

Entrecerré un poco los ojos, extraviada en el brillo de sus ojos y en ese aire infantiloides, aunque no inmaduro, que le definía.

—Hay algo en lo que te equivocas —susurré por encima del alboroto que surge en la complicidad de los bares.

—¿En qué?

Nuestros ojos se encontraron casi a la misma altura que nuestras bocas, quizá porque las miradas iban de las pupilas dilatadas a los labios entreabiertos.

—En que, en realidad, no tengo el corazón tan pequeño.

CAPÍTULO 21

*Un poco de cielo y un poco de lago
donde pesca estrellas el grácil bambú,
y al fondo del parque, como íntimo halago,
la noche que mira como miras tú.*

Leopoldo Lugones

Hay jardines que esconden todos los finales de cuentos de hadas, incluso cuando lo que estás leyendo pronostique las últimas líneas de la historia. Esa crónica de una noche que tiene que llegar a su cierre. Te precipitas en la lectura, te ahogas en cada punto, lees y relees aquellos pasajes que más te han gustado, los rememoras mientras estás leyendo otros. Ese jardín en concreto estaba repleto de *flashbacks* y *flashfowards*, o por lo menos lo están ahora, desde la nueva perspectiva a través de la que veo lo que no vi por creer que era menos dañino mirar otra cosa.

Me había quitado los zapatos, como también hizo él, e íbamos caminando descalzos por el césped. Era una noche estrellada, abierta y llena de la magia primeriza de las noches de verano. Pero no era verano ni había magia. Solo nosotros, creando rincones de despedida con cada paso que dábamos. Eran las tres de la mañana y hasta la primavera auguraba un invierno inminente. Como los poetas del Siglo de Oro, las estaciones de nuestra relación improvisada se iban desvaneciendo hacia el momento que habíamos prorrogado.

—¿Qué es lo primero que recuerdas? —pregunté mientras daba vueltas alrededor de uno de los árboles, rozando la corteza con las yemas de los dedos.

—Un globo terráqueo que me regaló mi padre —contestó siguiendo las pisadas que iba dejando sobre las briznas de hierba.

—¡Ajá! —grité—. Así que de ahí te viene tu compromiso con el planeta.
Se encogió de hombros.

—Nunca había pensado en ello, la verdad —admitió—. ¿Cuál es tu primer recuerdo? No me digas que un libro, porque en ese caso somos el prototipo de las coincidencias.

Se despeinó el pelo y se dejó caer en el suelo. Fui a sentarme a su lado. Hacerlo con el vestido era un tanto complicado, pero lo conseguí finalmente.

—Creo que fue el embarazo de mi madre, cuando estaba a punto de nacer mi hermano Carlos —le conté.

Acabó por tumbarse del todo. Yo me coloqué de lado y me apoyé sobre mi codo izquierdo.

—¿Por qué quisiste ser editora? —inquirió.

Eché la cabeza hacia un lado y pensé en ello durante un minuto un tanto largo.

—Ahora no vendrás a contarme la típica historia, ¿verdad?

Se incorporó un poco y arqueó las cejas.

—¿Cuál es la típica?

—Se resume en que eras una chica tímida e inteligente que solo encontraba consuelo en los clásicos, porque, evidentemente, ¿quién podría entender mejor a una adolescente que Chéjov? Así que tenías un carnet de la biblioteca de tu barrio e ibas a que te prestasen libros todas las semanas. De vez en cuando, pasaba algún niño por tu calle, te silbaba para que bajases a fingir que jugabais mientras se las ingeniaba para robarte un beso, sin embargo, tú preferías a Jane Austen. Sus hombres besan mejor y tú ya lo sabías entonces.

Guardé silencio durante tres segundos antes de rodar por el suelo de tanto reírme. Di varias vueltas sobre mí misma hasta quedar boca arriba. Tenía los ojos empañados en lágrimas y estaba convencida de que se me había corrido el maquillaje. De un brinco, se puso en pie y se colocó donde yo había ido a parar.

—¿Demasiado caballero para hacer la croqueta? ¡Qué señoritingo! —dije entre risas.

Me contempló con el ceño fruncido, se tumbó, cruzó los brazos sobre el pecho y echó a rodar en la dirección desde la que habíamos venido. Una vez que estuvo allí, se detuvo y me preguntó:

—¿He acertado?

Di media vuelta y quedé boca abajo, sostenida sobre los codos. El pelo

me caía enmarañado sobre el hombro. Lo aparté detrás de la oreja y negué con la cabeza.

—Para empezar, eres un buen novelista, deberías planteártelo, podría echarle un vistazo a tu trabajo —apunté.

—Luego podrás valorar mi trabajo, no te preocupes.

Apareció una mirada lasciva que le dio un vuelco a mi estómago. Quizá también se trataba de una mezcla de sensualidad y salvajismo, del que vibra en la parte baja del vientre y evoca un apremiante orgasmo, no solo en el cuerpo, sino también en la ranura de una puerta que se abre a algo más, a la imaginación, a la esperanza infecunda de un *quizá algún día*. Mis amigas lo llamaban *el error del principiante*.

—Pero mujer, me tienes intrigado, cuéntame.

—Sí que me gustaba leer, aunque no era especialmente tímida. Callada sí.

Puso los ojos en blanco.

—¿Es una forma amable de reconocer que eras tímida?

Me hacía gracia estar hablando a dos metros de distancia.

—No, pero me costaba confiar en la gente, así que solía ser bastante callada, excepto con las personas de confianza —me di cuenta de que era tal cual lo contaba, no estaba añadiendo nada ni tergiversando la realidad—. No tenía carnet de la biblioteca, aunque sí que había una en el pueblo. No iba mucho. Prefería comprarlos, esa era la manera de poder escaparme unas horas a la ciudad, ver librerías y perderme un poco.

—¿De dónde eres?

—De Ejea de los Caballeros, un pueblo de Zaragoza.

—Primera noticia —aseguró.

—Pero ¿tú no tenías un globo terráqueo? —le piqué.

—¡Para lo que me ha servido, ¿verdad?! —se rio—. Sigue, quiero saber más sobre la chica callada.

Estiré los brazos sobre el suelo y dejé caer la cabeza mirando en su dirección.

—Me apasionaban los libros porque me permitían viajar. No disponíamos de otras posibilidades en casa. Siempre me había gustado leer, pero tuve un profesor que despertó una cosa curiosa en mí y ya no pude remediar querer hacer algo que tuviese que ver con la literatura.

Le surgió en los labios una sonrisa ladeada y provocativa.

—Así que ese profesor despertó una *cosa curiosa* en ti...

—Si te he dicho que no es la típica historia, ¿por qué te vas a los arquetipos de las típicas historias? —planteé risueña de alcohol y de risa.

Me hizo un gesto con la mano para que prosiguiese y dibujó una cremallera sobre su boca.

—Mi profesor tenía sesenta y cuatro años y estaba a punto de jubilarse. Había estado saliendo con su hijo. No estuvimos juntos mucho, he de decir. Cosas de la edad y de objetivos diferentes. Él quería quedarse en el pueblo y abrir un negocio, yo quería irme —bufé, aún recordaba a Fran con cariño—. Al margen de eso, un día, después de la ruptura, yo estaba en un banco del parque. Me había peleado con mis padres y se me cayeron dos lagrimillas. Mi profesor lo vio y pensó, automáticamente, que eso era por su hijo. ¡Dios me libre! Se acercó y me consoló durante unos minutos. «Ahora lo que necesitas es leer», me dijo. No entendí por qué consideraba que eso podría curarme, sobre todo porque la discusión con mis padres había surgido por la lectura. Necesitaban que les ayudase más en casa y leyese menos.

Él se había acercado un poco a mí, ya solo nos separaba medio metro. En la cercanía me sentía mucho más cómoda, menos sola. A veces, volver al pasado recuerda brechas que un día nos fracturaron todos los huesos que sostienen los sueños.

—Se lo conté a mi profesor, don Lorenzo, en un afán de encontrar consejo. No me dijo gran cosa, se despidió y se fue.

—Menuda forma de despertar en ti el amor por la literatura.

—Al día siguiente, me castigó todas las tardes durante los tres meses siguientes alegando que me había visto insultar a un compañero. Todo mentira, claro. El disgusto de mis padres fue tremendo, sin embargo, para mí fue una bendición en el momento. Don Lorenzo me traía libros de todas clases, me dejaba sola en el aula de castigados y yo leía durante horas.

Hice una pausa o acabé la historia. No lo sabía a ciencia cierta.

—Y si fue algo bueno, ¿por qué estás tan triste?

Se aproximó un poco más.

—Porque todavía era una cría estúpida que no se daba cuenta de las dificultades reales de su casa. Mis padres necesitaban mi ayuda y yo fui egoísta. Siempre me he arrepentido de eso. Así que ahora que puedo, les ayudo. Mi hermano y yo hacemos lo que podemos.

Me dio un beso en el hombro descubierto y he de reconocer que, de pronto, me sentí muchísimo mejor, desposeída de ese peso que se me había puesto de pronto en el pecho.

—Sí que tenías razón —aclaró—. No tienes el corazón pequeño.

Se tumbó boca arriba y me hizo una señal para que me tumbase a su lado. Apoyé la cabeza sobre su brazo. Olía a limpio y a cedro. Quizá confundiese ese olor con el de la tierra y la vegetación, pero, sea como fuere, me relajó.

—Los hijos somos así. Cuando mis padres se divorciaron, necesitaba irme. Ya no podía más. Mi hermano no vivía en casa, así que el que siempre estaba en medio de las discusiones era yo. Pedí una beca en Australia y me fui sin consultar a nadie. Con el paso de los años, lo vi con perspectiva y sentí que le debía algo a mi madre. Se había quedado sola de la noche a la mañana y yo no fui un buen hijo. Así que hace un par de años, cuando se prejubiló, le propuse que se viniera conmigo a Australia.

—¿En serio?

Asintió.

—En todo este tiempo, mis padres habían tenido una relación cordial, lo cual estaba bien porque en Navidades y otras festividades era agradable poder juntarnos todos, como antes. Hará unos meses, vino a vernos a Melbourne, y yo no sé qué pasaría entre los dos, pero... —se quedó una fracción de segundo en silencio— han decidido darse otra oportunidad. ¡Después de tantos años! ¿Te lo puedes creer?

No podía, me parecía curioso y a la vez romántico. El amor está lleno de segundas oportunidades, pese a que yo no creyese en ellas. Nunca las había dado, nunca las había tomado cuando me las habían ofrecido. No había luchado jamás por esa segunda oportunidad que sus padres habían arañado hasta convertirla en realidad.

—La vida es imprevisible —murmuré—. ¿Viven los dos contigo ahora?

—No, han regresado a España. En unas semanas se van de viaje. Parece que estén viviendo una segunda juventud.

Dudé un instante. Quería preguntarle algo, pero temía que fuese a molestarle que lo hiciera, al fin y al cabo, una cosa era el contacto, la carne, y otra lo personal, quiénes éramos. Aun así, me atreví, porque esa era una noche de dejarse llevar, de ser sin temor.

—¿Por qué tienes tan poca fe en el amor?

Como sospechaba, tardó un poco en responder. Puede que se debiera a que no tenía una contestación preparada. Hay preguntas que no nos las hace nadie nunca, preguntas como esa e incluso más difíciles.

—¿Por qué lo dices?

Le había pillado con la guardia baja, era más que evidente que estaba

desconcertado.

—No lo sé, me ha dado esa sensación, perdona, no te lo tomes a mal.

Me acarició el pelo en un acto conciliador, aunque no nos habíamos enfadado, y habló muy bajito.

—Quise enamorarme una vez. Se llamaba Lena, pero éramos muy niños.

Me di cuenta de que ambos sabíamos ya muchos nombres, sin embargo, aún desconocíamos los nuestros.

—¿Quisiste? Eso no se puede planear.

—Por eso no funcionó —concluyó—. Así de absurdo soy. Me gustaría pensar que el día que me enamore de alguien, me daré cuenta casi de inmediato. No tendré que estar cuestionándome sobre si es amor o no. ¿Tú te has enamorado alguna vez?

—Sí, pero no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde y no quedó más remedio que desenamorarme.

—¿Eso puede ocurrir? ¿No se supone que lo sabes sin más? Lo de las mariposas en el estómago y todas esas cosas...

Había colocado la cabeza estratégicamente en su costado. Sintió que me estaba riendo en silencio porque me dio un par de palmaditas en la espalda. Me incorporé, apoyé la barbilla sobre su pecho y le miré.

—Yo es que soy de amor visceral —explicó.

—¿Visceral?

—Sí, de sensaciones y piel.

Coloqué las manos a los dos costados de su cuerpo, dejando el escote al descubierto y me alcé un poco.

—¿Y si pasamos a esa parte?

CAPÍTULO 22

*Y habiendo estado tras las rejas
de las albas sometida, cavara
ahora entre tus carnes
las rodajas, el vértice mordaz
arremangada, abriendo
el paraíso en tus partículas
bajo la lluvia casta de las aguas.*

María Baranda

Comenzamos a besarnos en las escaleras y seguimos haciéndolo de camino al dormitorio. No recuerdo nada de los pasillos, de la puerta o de la habitación, solo la forma en la que nos precipitamos el uno sobre el otro, húmedos, cuerpo a cuerpo, como si nos perteneciera cada pedacito de piel del otro.

Me senté en el borde de la cama, creo que el edredón era blanco y acolchado. La textura me hizo cosquillas en las palmas de las manos y el calambre se instaló mucho más abajo cuando él se arrodilló frente a mí. Desconocer su nombre me excitaba de una forma curiosa. Me desinhibía haciéndome sentir dueña de cada uno de mis movimientos y de mis cinco sentidos, instalados entre su cuerpo y el mío. Pero en esa frontera insalvable, había también algo que no puede proporcionarte solo el deseo, sino la complicidad que habíamos creado en las conversaciones anteriores.

Sus dedos tamborilearon zigzagueantes desde las rodillas hasta las correas de las sandalias. Desabrochó una y después la otra. Me las quitó y las dejó a un lado de la cama, deduje que donde no pudiéramos tropezarnos con ellas cuando nuestros cuerpos se confundiesen en un baile de lenguas, mordiscos, caricias y embestidas por toda la estancia.

—Quieta —me susurró.

Se me erizó la piel y noté la sensibilidad tirante de los pezones contra la tela del sujetador.

—Cierra los ojos.

Obedecí sin pensar. Le dejé acceso libre al cuello y sus labios fueron directos a él, aunque no llegaron a posarse. Fue soplando lentamente y me temblaron los brazos cuando descendió hasta los pechos. Sus manos fueron directas a la cremallera del vestido y la bajó con lentitud. Muy pronto fue visible solo el sujetador, porque el vestido quedó a la altura del ombligo con ayuda de sus manos y las mías. Por primera vez en mi vida no me sentí acomplejada. Simplemente tenía que centrarme en las peticiones nada sutiles que hacía mi cuerpo. Me sentía como Oliverio en *El lado oscuro del corazón*.

Hasta que me liberó del sujetador, el contacto de su boca con mi piel se convirtió en algo tortuoso. Tenía una facilidad inhumana para hacerme sentir placer sin rozarme siquiera. Me pregunté si todos los hombres serían capaces de provocarme eso mismo o era fruto de la conexión que había surgido, de manera inesperada, entre los dos. No tenía respuestas, ni demasiado tiempo entre beso y beso para formular más preguntas. Debía tener la mente en blanco, y no tardé mucho tiempo en conseguirlo.

Los tirantes del sujetador cayeron a los lados casi por inercia, quizá por la forma en la que me encogía bajo sus manos apremiantes. Después, sus dedos desabrocharon el cierre con presteza. Por fin se podían respirar los preámbulos de los jadeos y el hundimiento del colchón bajo nuestro peso.

Su boca descendió desde las clavículas hasta los pechos. Apoyé los codos en la cama y quedé arqueada y deseosa de seguir presa de sus dientes, que apretaban en el lugar exacto, con la intensidad adecuada. Pasó de un pezón a otro, y después recorrió el centro de mi vientre con la punta de la lengua hasta llegar al ombligo. Se perdió un segundo en él y continuó hacia abajo llevándose el vestido consigo.

Recorrí varios palmos de cama para acomodarme en ella y aproveché uno de los movimientos para apoyarme con los talones en el colchón y elevar la cadera. Él agarró el vestido por los bajos y tiró de él. Poco quedaba ya que no hubiese visto, tocado o devorado. De él quedaba todo. Seguía llevando los pantalones y la camisa, un poco menos blanca por los revolcones en la hierba y un tanto más arrugada por el modo en el que, en algunos momentos, nos habíamos abrazado y abrasado. Por llevar, incluso llevaba el reloj y los zapatos.

Hice ademán de levantarme para ocuparme de esas prendas que comenzaban a estorbarme. A los dos, en realidad. Pero cuando me senté, colocó sus manos en mis hombros y me empujó con mucha delicadeza hacia atrás.

—Antes lo hemos hecho a tu manera, ahora vamos a jugar con mis reglas.

Intentó no sonreír con amabilidad, sin embargo, era evidente que lo llevaba en los genes, porque con la picardía propia de la excitación que entre esas cuatro paredes se respiraba, también salió a relucir su parte más dulce.

Tenía curiosidad, así que asentí y volví a recostarme sobre los brazos. No quería perderme un solo detalle de lo que fuese a hacer a continuación. Comenzó por desabrocharse los cordones de los zapatos, se los quitó, junto a los calcetines, y luego colocó el reloj sobre una de las mesillas de noche. Se arrodilló en la cama por ese lado, el derecho, y se acercó a mí.

Me besó con una intensidad nunca sentida. Nos convertimos durante los siguientes minutos en bocas y lenguas, de fuego como diría Bécquer. Nos acompañábamos como si fuese una coreografía que llevásemos ensayando toda la vida y, al fin, pudiésemos poner en práctica.

De un momento a otro, pasé de estar debajo a estar encima y de esta postura a encontrarnos ambos sentados frente a frente, yo con mis piernas rodeándole las caderas, sintiéndole cada vez en un parte.

—¿No te vas a quitar la ropa? —pregunté.

En su contestación se limitó a recorrer la redondez de mis nalgas con las manos y a apretarlas con vehemencia.

Yo había introducido una mano por dentro de su camisa, aunque no podía abarcar mucha superficie de piel. La otra seguía sumergida entre su pelo, suave y lo suficientemente largo como para que los mechones sobresaliesen entre mis dedos.

Pero yo no era la única en la habitación que tenía manos inquietas. Las suyas lo eran también. Hambrientas, se perdieron en mi ropa interior y me regalaron el segundo orgasmo de la noche, aunque no el último. Aun así, necesitaba más. Quería un contacto que no me daba y no paraba de preguntarme por qué. En ese momento fue cuando comenzaron a florecer las inseguridades. Las ideas me cruzaban la mente, fulgurantes, mientras seguíamos besándonos.

Me aparté un poco de su boca y decidí que, una vez más, no pasaría nada si preguntaba.

—Escucha —murmuré.

Él se quedó muy quieto, abrazándome por la cintura, sin inmutarse. Algo brillante en sus ojos me hizo pensar que estaba a punto de reírse, o por mi cara o porque era lo suficientemente perspicaz como para averiguar lo que estaba pensando.

—Te escucho, rubia.

Me eché el pelo para atrás con una mano y me encogí un poco de hombros.

—Digo yo que... A ver... —No sabía cómo exponerlo sin sonar imbécil, aunque ya estaba demostrando serlo.

—Eso, a ver.

—¿Yo te atraigo? Quiero decir, ahora, a plena luz y sin el morbo inicial —acabé diciendo.

Sentí un alivio inexplicable al hacerlo. Él no alteró su expresión lo más mínimo. Solo vi que hubo un momento en el que flaqueó y abrió un poco los ojos en clara señal de sorpresa.

—¿Es que nunca lo has hecho lento? —preguntó él.

Me sonrojé desde los dedos de los pies al último pelo de la cabeza.

—Pues claro que sí, es más, me gustaría hacértelo lento, pero no te dejas —aclaré.

—Y eso te impacienta y crees que no me gustas —era una afirmación.

Asentí y me retorcí un poco las manos en el regazo. Las cogió entre las suyas, deshizo la aprehensión de los dedos, tiró de mis brazos hasta rodearle el cuello una vez más y en un solo movimiento, que demostraba que debajo de la ropa había un cuerpo grande y fuerte, me tumbó boca arriba en la cama y él se colocó ágilmente entre mis muslos. Comenzó a desabotonarse la camisa sin dejar de mirarme, sin torpeza alguna, conociendo cada botón a la perfección. Se la quitó en dos movimientos y después llegó el turno del cinturón. Volví a agitarme cuando lo desabrochó.

—Eres una chica muy impaciente.

Había colocado una mano a cada lado de mi cara y permanecía suspendido encima de mi cuerpo, arrodillado entre mis piernas. El torso estaba duro, como los brazos, aunque no tenía un cuerpo de gimnasio, tal vez de atleta o nadador. Una fina línea de bello rubio le atravesaba desde el pecho hasta más allá del botón del pantalón. Respiré hondo.

—Voy a darte lo que quieres, porque también es lo que quiero yo.

Me mordí el labio cuando sentí la presión de su cadera contra la mía.

—Pero algún día me pedirás que te lo haga lento hasta que se te seque

esa boquita tan carnosa que tienes.

No sabía de qué día me estaba hablando, sin embargo, asentí como una estúpida.

—Y te diré que no tiene nada que ver con el romanticismo.

Volví a mover la cabeza en un gesto afirmativo. Lo único que salió de mi boca fue un gemido mientras se desabrochaba el pantalón y bajaba la cremallera.

—Ahora mismo me encantaría saber tu nombre.

Tiró del encaje de mi ropa interior y después la dejó caer a los pies de la cama. Le gustaba hablar, eso era evidente. Descubrí que a mí lo que me gustaba era escucharle. Ninguna de mis anteriores parejas solía hablar en la cama. En la cama o se dormía o se desnudaba a alguien. Aquello era totalmente nuevo para mí, en casi todos los sentidos, y me gustaba tanto que me sorprendí en más de una ocasión durante las dos horas siguientes.

—Dijiste que al amanecer —susurré jadeando.

Se quitó los pantalones y los calzoncillos, y volvió junto a mí después de sacar un preservativo del bolsillo de la chaqueta.

—Ahora, cariño, por favor, házmelo lento.

Se tumbó boca arriba a mi lado, más que preparado para que tomase las riendas de la situación.

No pude aguantar por más tiempo la tensión y acabé riéndome. Esa era, tal vez, una de las pocas veces que me había atrevido a insinuar que algo no me gustaba entre las sábanas. Quizá no lo había hecho por vergüenza o porque consideraba que, en el fondo, eran detalles sin importancia. Ya no pensaba igual, aunque no sé qué o quién me había hecho cambiar de opinión.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Te ríes en un momento como este?

Me tumbé desnuda sobre él y seguí riéndome, me dio un cachete en el culo y también se rio.

—No estás contenta con nada.

—¿Y tú? ¿Estás contento?

—Claro, ¿a quién no le gusta que se ríen de él cuando está con todas las vergüenzas expuestas? —dijo en tono irónico.

—Pues vamos a ver si puedo alegrarte un poco... —pronuncié sugerente.

—Me tienes intrigado —contestó.

Le callé con un beso caliente y mojado y seguí el recorrido hasta hacerle vibrar. Quizá, al final, fuese él quien me pidiese que se lo hiciera salvaje.

CAPÍTULO 23

*Entre sus brazos, vivo.
Entre sus brazos duros quise morir
como un ave mojada.*

Nancy Morejón

Salí de la ducha con el albornoz que había encontrado en el cuarto de baño. Él se había duchado antes, aprovechando que yo recuperaba el aliento, pero no la sensatez. Se había tumbado en la cama y estaba tapado por la sábana. Pasaba los papeles de una carpeta. Yo no sabía qué se suponía que debía hacer en ese momento. Eran las cinco de la madrugada, ¿podía quedarme a dormir o debía pedir un taxi e irme? Me quedé de pie un poco confundida hasta que reparó en mí.

—Ven, ¿qué haces ahí plantada?

Fui de puntillas y me senté a su lado.

—¿Trabajo?

—Solo intentaba entretenerme hasta que salieras.

Dejó la carpeta sobre la mesilla y se dio la vuelta en la cama. Me apartó los mechones húmedos de la cara y me acarició la mejilla. No estaba soñoliento, supuse que había un resquicio de ternura en él y que le salía de forma natural ese gesto.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Más que bien —contesté.

Sonrió y después echó la sábana a un lado y descubrí que debajo llevaba unos pantalones cortos de chándal.

—Ven, tumbate. Vamos a dormir un rato.

Le hice caso porque, en el fondo y en la superficie, quería quedarme.

—Dime, por favor —comencé a decir mientras me colocaba muy cerca de él—, que ahora no es el momento en el que yo debería rechazar la oferta e irme, porque, la verdad, no tengo ninguna intención.

Me hizo cosquillas en las costillas, algo que había descubierto mientras lo hacíamos. Acto seguido, se rio y me rodeó con brazos y piernas.

—Venga, dilo. Di que te vas —exigió.

Intenté escapar de su abrazo, pero sus piernas y todo su cuerpo eran mucho más grandes que yo.

—Una pregunta —buscó mi mirada y la encontró—, dos en realidad.

Esperé a que se animara a formularlas.

—Una, ¿quieres que te deje una camiseta?

Miré el albornoz. Era grueso y tenía una capucha que podía ser bastante incómoda. Le agradecí la oferta y acepté. Salió automáticamente de la cama y buscó en el armario una camiseta. Cogió una de color verde desgastado y me la dio. Me quité la bata y me la puse.

—Tengo una panorámica increíble desde aquí —dijo desde la cama, donde se había vuelto a tumbar.

Puse los ojos en blanco y regresé a su lado.

—¿Y la segunda pregunta?

Tiré de la sábana y me cubrí hasta la cadera. Me di cuenta de que había abierto la ventana y se escuchaba el canto de las chicharras y se veían las estrellas desde ese ángulo.

Frunció un poco el ceño, se llevó el dedo índice a los labios y dijo:

—Solo quería saber si podíamos dormir normal o también vas a someter mi hombría en esto.

Le di un puñetazo en el costado y él se echó a un lado riendo.

—Como te ha gustado tan poco, a lo mejor debo disculparme —señalé.

—Sí, por favor, creo que merezco una compensación por esclavizarme de esta manera —siguió diciendo.

Nos miramos sonriendo en un silencio amable.

—Voy a quedarme unos días más en Santa Fe, ¿crees que deberíamos vernos? —preguntó cuando volví a colocarme junto a él.

Me entristeció la pregunta porque insinuaba que él sí que quería que nos viésemos y me dejaba a mí la elección, pero sabía que era un riesgo seguir viéndole, y más cuando habíamos conectado como nunca antes me había pasado con alguien.

—¿Tú qué opinas? —indagué.

—A mí me gustaría, pero no creo que debamos.

Asentí y nos quedamos en silencio, mirándonos a ratos, durante unos diez minutos. No me sentí incómoda en esa quietud callada. De hecho, la necesitaba para sentirme un poco más cerca de la persona que había al otro lado del sexo, el chico con el que había estado hablando de la juventud, la familia y las profesiones. Me gustó encontrarle al otro lado de su sonrisa y sus ojos color miel.

—¿Y el número de teléfono? —ofreció.

Negué con la cabeza.

—Eso he pensado también.

Le di un beso en el pecho y le abracé, porque aunque no nos viésemos más, merecíamos ser quienes quisiéramos en ese momento. No podían arrebatárnoslo ni obligarnos a sentir diferente a como lo estábamos haciendo.

Sentí un cariño inexplicable cuando me acarició el pelo y me dio un beso en la frente. Apagó las lámparas y fui respirándole por entero mientras me embriagaba el sueño y las ganas a de guardarle por siempre en mí, no solo en mi memoria. Me pregunté en qué estaría pensando él, puede que incluso ya estuviese dormido. A lo mejor, en algún momento, volveríamos a cruzarnos y podría preguntárselo.

—Oye —susurré—, no ha amanecido, pero queda poco, ¿cuál es tu nombre?

Emitió un gruñido gutural. Esperé un segundo y al fin dijo:

—Lucas.

Volví a cerrar los ojos. Ahora tenía un nombre y eso, en parte, lo cambiaba todo. Aunque, tampoco dejaba de ser el él de las últimas horas.

—¿No vas a decirme el tuyo?

—Lara —murmuré.

—Puedo tatuarme una L en la espalda y nadie sabrá nunca que es por ti —se rio.

—Imbécil —musité—. En el fondo eres un romántico.

—Como demuestran las múltiples relaciones estables que he tenido.

Era la personificación del sarcasmo.

—Gracias por lo de hoy y parte de ayer... —dije antes de caer en el sopor del sueño.

Sé que añadió algo, pero no llego a recordar qué.

Lo siguiente de lo que tengo consciencia es de que me estaba quitando su

camiseta verde para vestirme con mi ropa. Lucas había traído el desayuno a la habitación y contemplaba mi desnudez como si no pudiese acordarse de haberla visto en algún instante de la noche anterior.

Estaba doblando su camiseta cuando me llamó. Pronunció mi nombre por primera vez y sonó a viento.

—Deja eso, Lara, ven.

Me señaló la silla que había a su lado. Me senté, me sirvió una taza de café y cogí una de las tostadas que había untado con mantequilla y mermelada.

—No sabía si te apetecían unos huevos revueltos con beicon y frijoles o preferías esto.

—Me has defraudado, ¡pues claro que prefería los frijoles!

—Espero no haberte defraudado en nada más —dijo al tiempo que le daba un buen sorbo al café y un mordisco a su tostada—. No podría vivir sabiéndolo.

Fingí que me pensaba la respuesta, hice una balanza con las manos y se me dibujó una mueca de disgusto en los labios.

—En lo demás me voy bastante satisfecha.

—Señora, del 1 al 10, ¿cuánto es bastante?

—Ahora que me has llamado señora, mucho menos de lo que te imaginas.

Nos reímos porque nos habíamos dado cuenta de que no éramos capaces de mantener la seriedad durante demasiado tiempo. A medida que pasaban los minutos, que se agotaba el café y se enfriaba el pan, vino a visitarme una vacilación que me hizo sentir vulnerable. ¿Por qué algo que no había tenido tiempo ni de empezar me estaba produciendo, en la antesala del final, una añoranza tan pronunciada?

—No pienses en que te vas.

Me apartó de la ensoñación a la que me había arrastrado el subconsciente.

—Quizá debería irme ya. Estamos alargando una despedida que debería haber tenido lugar anoche —apunté.

—Tampoco finjas que eres fría. Eres una actriz pésima.

Se levantó de la silla, me besó y cogió su teléfono y las llaves.

—Vamos, quiero que juguemos una última partida al ajedrez antes de que te vayas, ¿vale? —acepté—. Además, creo que la sala te traerá buenos recuerdos.

No me vio sonreír como lo hice.

Cuando salí con Lucas por la puerta del dormitorio, creía que no

volvería a verle nunca. Que nuestro destino había contado con unas cuantas horas para encontrar la manera de convertirlas en algo más. Pero había imposibles tan grandes como los miles de kilómetros que nos separaban. Había un día entre su país y el mío, entre su vida y la mía. Darnos la oportunidad de saber del otro podría despertar una necesidad que no teníamos por qué dejar salir. Teníamos que afrontar, o yo tenía que hacerlo al menos, que aquello ya formaba parte del pasado.

Pero, pese a todo, me apenó ganar esa partida de ajedrez.

Me entristeció enormemente tener que reprimir las ganas de darle un abrazo antes de subirme al taxi.

Sentí que estaba perdiendo algo que no me pertenecía, que no lo había hecho, a decir verdad, en ningún momento, porque lo que tenía era lo que ya me estaba llevando. La ilusión también se venía conmigo, pero con puertas a que fuese otro el que la experimentase conmigo en el futuro y no Lucas.

—Cuídate —murmuró antes de cerrar la puerta del coche— y no me pienses mucho, ¿eh?

Me hizo sonreír.

—Entonces, piénsanos tú por los dos.

—Ya lo estoy haciendo.

—Señora, ¡dígame la dirección!

Al escuchar nuevamente el *señora* en la boca del taxista, ambos nos echamos a reír a carcajadas. Lucas estaba pegado a la ventanilla. Dio un paso hacia atrás, yo le facilité la dirección al conductor y arrancó el vehículo.

Nos despedimos con las manos y con una sonrisa.

CAPÍTULO 24

*Te invito, sombra, al aire.
Sombra de veinte siglos,
a la verdad del aire,
del aire, aire, aire.*

Rafael Alberti

Los días siguientes fueron de cielos despejados y cálidas corrientes de aire con aroma a flores y a tacos cocinados en puestos de comida callejera. Me había acostumbrado al picante y he de reconocer que me gustaba esa mezcla de especias y sabores a los que no estaba acostumbrada. Solía almorzar en un puesto cercano, donde Margarita, la dueña, siempre me regalaba una ración de nachos. Yo se lo agradecía, aunque mis caderas lo hicieran menos. Por eso había tomado la decisión de salir a correr para darle uso a la ropa deportiva que me había llevado conmigo. Así que, todas las mañanas antes de ir a la oficina, realizaba el mismo recorrido, pasaba por casa, me daba una ducha y con el maletín colgado del hombro cogía el autobús camino a la editorial.

Toda esa rutina tan milimetrada me servía para no recordarle. Había pasado una semana desde Lucas. Algo me decía que siempre sería mi punto de inflexión, no el clavo con el que había olvidado el vacío de Raúl, sino la aceptación de que siempre hay que estar predispuesto a que ocurran cosas buenas. Nadie dijo que fuera fácil, quien lo hiciera debió de hacerlo para autoconvencerse. Como lo hacía Sebastián cuando entré en mi despacho aquella mañana. Vero y él estaban frente a mi mesa y habían colocado, de forma muy ordenada, diversas propuestas de portadas.

Dejé el maletín en el sillón y me acerqué.

—Buenos días, chicos, ¿cómo ha ido el trabajo?

Coloqué las manos en jarras, como hacía siempre que estaban a punto de mostrarme algo que era de mi interés y esperé a que comenzasen a explicarme las ideas que habían tenido.

No tardé en darme cuenta de que no se miraban entre sí. Sus ojos iban de las sobrecubiertas a mí y viceversa.

—Hemos hecho tres propuestas diferentes de las que partir. Por un lado, algo minimalista —explicó Verónica—, pero con colores muy vivos.

Me tendió una prueba. En efecto, era sencilla, sin embargo, muy agradable para la vista. Llamaría la atención en cualquier librería. Los colores eran los propios de las pinturas y tapices que habíamos visto en el hotel. Había hecho mucho hincapié en que me gustaría trasladarlos al proyecto de una forma u otra y Vero había captado, de inmediato, lo que quería en realidad. En el centro estaba escrito el título del poemario, junto al nombre del autor, debajo la editorial y la colección.

—Me gusta mucho, sí —asentí sin apartar los ojos de los detalles—. ¿Seguro que no te quieres venir conmigo a Madrid?

Ella sonrió un poco, pero no era especialmente dada a aceptar cumplidos, así que prosiguió en su exposición.

—Esta segunda la hemos hecho en colaboración con uno de los dibujantes.

Me mostró la siguiente. La portada era blanca con letras negras, pero llevaba una ilustración a carboncillo que representaba la esencia de ese poemario en concreto.

—Esta es muy especial, desde luego, ¿y si en vez de hacerla blanca jugamos también con los colores anteriores? —sugerí.

Sebastián tomó nota apresuradamente en el cuaderno que siempre llevaba consigo. Verónica asintió.

—Podría hacerse, tal vez escogiendo un solo color para cada autor, algo identificativo, de la otra manera se sobrecargaría un poco.

—Tienes razón. Probemos como tú dices, solo por ver cuál sería el resultado, ¿te parece?

—Por supuesto.

A continuación, cogió la última posibilidad y antes de enseñármela dijo:

—Le pido que tenga la mentalidad abierta con esta, quizá le guste menos, pero hemos pensado —miró de reojo a Sebastián— que sería rompedor. Al fin y al cabo, lo que quieren estos poetas no es venderse a una editorial, sino que la gente se acerque a sus textos, ¿no?

—Totalmente de acuerdo. Veamos.

La portada era negra con unas pequeñas estampas en dorado. El título del poemario, así como el resto de texto que formaba parte de ella llamaba la atención con un color dorado. El lomo llevaba el nombre del autor y unos pequeños rombos con los colores de la primera portada. Me quedé con la boca abierta, porque jamás se me habría ocurrido algo como eso, porque era increíble y porque yo, como lectora, no me hubiese ido de una librería sin, por lo menos, echarle un vistazo.

Miré a Verónica y negué con la cabeza.

—Es...

—No le gusta —dijo ella, un poco apenada.

—No, no me gusta —afirmé—. Me apasiona.

Juraría que esa fue la primera vez que se le iluminaron los ojos.

—Nos quedamos con esta, cambiarían los grabados, para hacerlo más personal. Podemos reunirnos con el equipo y sacar ideas de los diferentes poemarios, ¿os parece?

Asintieron enérgicamente mientras recogían los papeles.

—¿Hacemos la prueba con los colores y el dibujo a carboncillo?

—No, no hará falta —no podía apartar los ojos del dorado, quizá porque me recordaba a la luz del *Inn of Anasazi*. Me traía imágenes que me encantaban—. Muchísimas gracias por todo el trabajo, en serio, no tengo palabras.

—Lo hemos hecho con mucho gusto, jefa —apuntó Sebas, que no había abierto la boca en todo ese rato.

—Coincido, tenéis un gusto exquisito. Os irá muy bien. Me va a dar mucha pena irme, si os soy sincera.

Era la primera vez que mezclaba mis impresiones personales con el trabajo y me gustaba. Era agradable no sentirse una tirana, sino parte de un equipo que se compenetraba a la perfección, que se adelantaba a las ideas que tenían los otros porque había buena comunicación.

Sebastián me sonrió y después me comunicó que tenía que ultimar los detalles de otro proyecto y que debía irse. Quedamos en el despacho solo Verónica y yo. No habíamos hablado mucho esa semana. A veces, tenía la sensación de que estaba frente a un espejo que me traía de vuelta mi propio reflejo de hacía unos años.

—Habló mucho de la luz del hotel —comentó—, por eso se me ocurrió esta idea. No todo es mérito mío, porque el detalle del lomo es cosa de

Sebastián, ¿sabe? Pero nos alegra mucho que el conjunto le guste.

Le di una palmadita en el hombro y le sonreí.

—Una mezcla muy buena. Trabajáis muy bien juntos —me atreví a decir.

—Es lo único que hacemos bien juntos.

Se recogió el pelo en una coleta y continuó organizando las carpetas.

—¿Quieres hablar de algo? —pregunté mientras tomaba asiento en mi silla.

—Son cosas que no se pueden solucionar hablando. Él siempre las va a ver de una manera que yo no comparto. Es muy soñador, ¿sabe?

Sí que tenía ganas de hablar. Me pregunté si no tendría a nadie con quién hacerlo, a fin de cuentas, yo era su jefa y una extraña. No me importaba escucharla y ayudarla si podía, eso sí.

—¿Qué hay de malo en ser soñador, Vero?

Me dirigió una mirada regia que me dio a entender que a ella, en concreto, no le gustaba nada la gente soñadora. Los pies mejor en la tierra, como las ideas y las metas. Sí, puede que nos pareciésemos más de lo que había pensado en un primer momento.

—En ese caso, bastará con que le digas que no es correspondido, ¿no? —añadí.

—¿Cómo?

—Pues se lo explicas y...

Me detuvo con las manos en alto y negó con la cabeza.

—No, lo que digo es que... —tragó saliva—. A mí sí que me gusta Sebastián, pero no hacemos buena pareja. No voy a intentar algo que va a fracasar, ¿entiende?

Estaba alucinando en aquel momento. Estaba admitiendo que sentía algo por él y, con la misma facilidad, decía que su decisión era firme: no tenía intención de intentarlo. Había que ser muy fría o indiferente a los propios sentimientos para optar por esa posibilidad.

—Si lo tienes tan claro, me parece bien —susurré.

—No, no se lo parece. Se le nota todo en la cara, es demasiado expresiva. No habla mucho, pero ya lo dice todo con los ojos.

Me reí porque no era la primera persona que me lo decía.

—Pero ¿no ve que somos muy diferentes?

Me di cuenta de que una parte de ella quería que yo la hiciese ver que se estaba equivocando, que podía salir bien si lo intentaba. ¿Por qué no?

—Bueno, en la portada hay parte de los dos, muy distintas entre sí, pero

que se complementan a la perfección. Además, no creo que pierdas nada si quedáis fuera del trabajo alguna vez, ¿no?

—¿Quiere decir como en la encerrona que nos hizo la otra noche?

Así que ella pensaba que el motivo de que me quedase en el hotel tenía que ver con ellos. Me hizo sonreír esa idea y me gustó pensar que, realmente, no había nadie que me conociera que supiese que esa noche había sido mía y de Lucas.

—Ya sé que él le cae mejor que yo, pero no me castigue así —manifestó.

—Ninguno me cae mejor que el otro, y no lo hice a propósito, te lo aseguro. Y, por favor, tutéame de una vez.

Frunció un poco el ceño.

—Tal vez sería un poco inapropiado, es usted mi jefa.

—Y estamos hablando de tu vida amorosa, creo que la barrera del usted está superada ya, ¿no te parece?

Se le escapó una carcajada porque en el fondo sabía que no me faltaba razón. No tenía del todo claro si su forma de ser se debía a la timidez o simplemente tenía un carácter tranquilo y algo más frívolo. Desde luego, si era cierto que nos parecíamos, seguramente se trataba de una mezcla de las dos cosas. Intentar permanecer al margen de las personas para que no nos hagan daño nunca es una buena opción.

—Oye —dijo—, después algunos vamos a ir a tomarnos algo, ¿vienes?

—Me encantaría, pero tengo un compromiso que no puedo ignorar.

Apareció una sonrisa pícara en sus labios.

—Te entiendo, los mexicanos son muy pasionales —apuntó.

—Ojalá algún día lo compruebe —añadí yo—, de momento son otras cosas las que me tienen ocupada.

—Parece importante.

—Lo es para mí, sí.

Cogió todos los papeles y fue hacia la puerta.

—Nos gusta tenerte aquí —murmuró.

—Es curioso, algo parecido me dijo Sebastián el otro día.

Puso los ojos en blanco y se frotó la frente con la mano. Se fue sin decir nada más y me quedé allí, pensando en demasiadas cosas, con la portada del libro de Heredia frente a mí y con el recuerdo de Lucas bajo la luz apagada del hotel.

CAPÍTULO 25

*Y en lo posible, o imposible, vaga
—con sus ojos sin luz— yendo a la zaga
de la inviolable lumbre que: ¡la envuelve...!*

Lilian Serpas

Pasé muchas tardes sentada en el sofá de Guadalupe mientras ella repetía el alfabeto y comenzaba a leer y a escribir sus primeras palabras. Empezamos con algo fácil: cuentos populares infantiles, de estos pasamos a los relatos de Cortázar y de ellos a una novela corta de Skármeta, *El cartero de Neruda*. Veía algo impagable en sus ojos cada vez que descubría lo que ocurría en una página o a un personaje. Era el entusiasmo de poder descubrir que todas esas letras que antes no identificaba tenían un significado. Le hablaban a ella y solo a ella.

Iba a visitarla dos veces por semana y siempre notaba los cambios, había mejorado mucho en muy poco tiempo, y la práctica la ayudaría a hacerlo incluso mejor. En realidad, ya no podía ofrecerle nada que ya no tuviese, y ella lo sabía. Sin embargo, me gustaba estar en su casa y creo que ella también disfrutaba de mi compañía. De vez en cuando, se detenía en alguna palabra cuyo significado desconocía, así que para no entorpecer su lectura cuando yo no estuviera, decidí regalarle su primer diccionario. Le costaba aceptar los regalos, siempre hablaba del dinero y de que no debía gastarlo en ella. Yo le restaba importancia, ya que lo hacía con placer.

Estaban pasando los días y me daba cuenta de que había encontrado algo de mí que nunca tuve. Un rincón donde pensar y sentir diferente, de una forma que, para mi sorpresa, me gustaba un poco más. Echaba de menos a mis amigos y familia, pero sobre todo a Carlos. Le había llamado esa mañana

después de recibir una foto sospechosa de la vecina de enfrente. En ella aparecía un hombre alto y moreno entrando en el piso. No me molestó tanto ese hecho como que mi vecina no tuviese otra cosa que hacer que entrometerse en nuestras cosas. La casa, a fin de cuentas, era tanto mía como de mi hermano. En realidad, no era de ninguno, vivíamos de alquiler, sin embargo, los dos teníamos derecho a hacer vida en ella.

Le había llamado, de todos modos, porque hacía ya días que no hablábamos. Contestó a algunas preguntas y fue esquivo en otras. Le noté algo distinto en la voz. No me preocupé entonces, aunque sí que sentí la extraña necesidad de regresar a casa. Quizá fue este último pensamiento, el de hogar, el que me empujó a tomar una decisión sobre mi regreso. El proyecto estaba casi ultimado, habíamos avanzado mucho en muy poco tiempo, a lo mejor influía en algo que Sebastián y Verónica se llevasen sospechosamente mejor. Había curioseado, claro está, pero ninguno afirmaba o desmentía lo que yo insinuaba.

Sea como fuere, mis días en Santa Fe iban desperdigándose en la añoranza. Después de mucho sopesarlo, de meditarlo y de pedir permiso a mis jefes, decidí regresar antes de tiempo. Necesitaba algo de lo que había dejado en Madrid sin resolver. No tenía claro de qué se trataba, por eso leía y releía mis últimas semanas en la ciudad, intentando recordar qué era eso que latía a contrarreloj en mi pecho.

—Es una intuición —dijo Guadalupe cuando le conté lo que me sucedía.

Me tendió un vaso de té frío y tomó asiento a mi lado.

—Nos llama la tierra, chamaquita.

—Madrid no es mi tierra, en realidad —aclaré—. Soy de otra parte.

—Nuestra tierra, *ichpochtli*, es la gente. Vamos donde están las personas, donde podemos descansar del ruido, ¿comprendes?

Me acerqué un poco a ella, apoyé la cabeza en su hombro y susurré:

—En ese caso, usted también es mi tierra, y está llena de poesía.

—¡No digas tonterías, muchacha! ¿Qué va a saber esta vieja analfabeta de poesía?

La amonesté con la mirada primero, después con la palabra.

—Ni es vieja ni mucho menos analfabeta. La poesía no depende, además, de ninguna de esas dos cosas, Guadalupe, sino de la sensibilidad que uno tenga para ver lo que le rodea. Para leer los ojos de la gente, lo que es incapaz de decir —le recordé.

—¿Y de qué sirve estar rodeada de poesía en un lugar como este?

—¡No disimule! Usted está enamorada de San Mateo Tlaltenango.

—Sí, chiquita, pero aquí la vida es otra. Hay que trabajar mucho para subsistir, nunca hay tiempo suficiente para aprender —dijo con pena—. Y ahora que te vas a marchar, mucho menos —aclaró.

Negué con la cabeza y le pasé un brazo alrededor de los hombros.

—Tiene que prometerme que seguirá leyendo, que me escribirá. Ahora ya sabe —sonreí.

—Ay, niña, si sé escribir muy pocas palabras.

—Aprenderá más. Le traeré sobres y sellos para que los tenga en casa. Yo le escribiré también, ¿vale?

Se quedó un instante en silencio, mirándome de la forma en la que solo esa mujer sabía verme.

—Hay que ver lo extraña que eres. Nunca me he topado con alguien como tú.

—No sé si eso es bueno —manifesté yo, riéndome.

—Ya lo creo que lo es, *ichpochtli*.

Se hizo un breve instante de silencio que Guadalupe aprovechó para acariciarme las mejillas. Me sentí como una niña pequeña. Había encontrado en ella una figura materna que me hacía sentir segura, sin temor alguno.

—Aún no me has hablado de él. Me gustaría que lo hicieras.

Hablarle de él. Llevaba tiempo sin pensar en esos momentos que formaban parte de otra vida que ya no era mía aun siéndolo. Debía hablar de él, hacerlo ahora me proporcionaría una sensación de alivio, estaba convencida.

—Era un hombre rodeado de mucha magia, siempre lo he pensado. De magia y de música, de hecho muchas canciones me siguen acompañando aunque ya no esté.

Me tomé un segundo para respirar.

—Me dio algo que ningún otro hombre fue capaz: confianza y un cariño inconmensurable. A su lado me sentía segura, no había preocupaciones. Rara vez discutíamos y si lo hacíamos tenía el don de hacerme reír casi al momento. Éramos felices, pero no supe darme cuenta a tiempo.

Guadalupe permaneció en silencio durante mi breve intervención.

—Pero mis prioridades me llevaron a tomar decisiones que nos hicieron mucho daño. Pasamos de no discutir a hacerlo habitualmente. Me centré tanto en mi trabajo, en prosperar, que se me olvidó lo importante. Y un día, después de todo lo bueno y lo malo, él ya no quiso intentarlo ni tampoco buscar las

ganas de hacerlo. Me dejó.

Me froté los ojos porque los sentía húmedos.

—Durante un tiempo quise odiarle por no comprenderme, pero después, cuando ya no me cegaba el dolor, me di cuenta de que había sido yo la que no había encontrado la manera de hacerlo bien. No volvimos a hablar ni a vernos. No volví a escuchar la radio en la que trabajaba de locutor. No volví a saber nada hasta el día en que me llamó su novia para contarme lo ocurrido. Ahí empecé a vivir otra vida. Es increíble lo mucho que podemos querer a alguien...

Rodeé las rodillas con mis brazos y apoyé la cabeza sobre ellas. Me sentí abatida y, al mismo tiempo, serena por primera vez. Hablar de Raúl era algo que tenía que haber hecho antes. Decir en voz alta lo que había sucedido me hacía verlo de otra manera. Eso no podía ser malo.

—Su novia ha insistido mucho en vernos y hablar, pero no entiendo por qué. No nos conocemos ni tengo ganas, la verdad. ¿Soy egoísta, Guadalupe? ¿Qué piensa usted?

Sopesó lo que le había dicho durante unos segundos y al final habló con la calma que la caracterizaba.

—Todos merecen ser escuchados, ¿no te parece? Tal vez, lo que te diga te hará bien. Si no le das la oportunidad de hablarte, de contarte, ¿cómo vas a poder pasar la página, Lara?

Mis ojos se perdieron en las sombras y las luces de la alfombra que había en medio de la sala de estar. Me había sentado allí algunas tardes, tenía una textura muy agradable y me hacía sentir como si estuviera en casa de mis abuelos. Supongo que dan igual los años que cumplamos, nunca podemos perder la nostalgia que generan tiempos pasados.

—Mi mamá decía que solo hay que hablar del presente, que es lo único que tenemos. Lo que tú tienes ahora mismo es la posibilidad de esa conversación que puede darte respuestas a las preguntas que se te han quedado estancadas.

Asentí y, en mi fuero interno, me prometí pensármelo. A lo mejor, a la vuelta encontraba la manera de acercarme a la Verónica que estaba al otro lado del charco. No puedo mentir, sentía muchísima curiosidad, sin embargo, también temía abrir un baúl de días pasados que eran de ellos. Seguramente, me hablaría de cómo se conocieron, de cómo se enamoraron. Aunque, ¿cómo de grande sería ese daño ahora que Raúl ya no estaba?

—En cualquier caso, *ichpochtli*, no te preguntaba por Raúl, sino por ese

alguien que no estaba en tus ojos la primera vez que te vi —calló un instante, después prosiguió—. Hablas de él con todo tu cuerpo.

Arqué las cejas y volvió aquella noche de holas y adioses. Sonreí automáticamente, merecía disfrutar de eso que había pasado a ser nuestro y de nadie más. Por eso le expliqué a Guadalupe que prefería no arrebatarle la esencia a ese instante. Hablarle de Lucas era renunciar a la intimidad física y personal que había surgido en el fuego y que debía seguir viviendo en él.

—Lo entiendo —sonrió—. Una vez conocí a alguien. Ni siquiera me atrevo a pronunciar su nombre. Si lo hiciera, sería como si fuese, de repente, menos real. Suena absurdo, me imagino, pero ¿hay algo relacionado con los sentimientos que no lo sea?

Negué automáticamente. No había razón ni lógica en algunos comportamientos humanos, sobre todo en los que tenían que ver con las pasiones, con lo visceral, como hubiese dicho Lucas de haber estado allí.

—El día que hablemos de ellos —dije—, será cuando el recuerdo ya no nos haga felices.

—En mi caso han pasado casi cuarenta años, chiquita, y sigo sintiendo las mismas cosas de entonces. Lo revivo y...

La cogí de la mano porque nunca hasta ese momento pude leer en sus ojos como lo hice. Se volvieron transparente y alguien, quizá algún dios del lugar me tradujo las palabras que no había entendido hasta entonces.

—¿Nunca quiso encontrarle?

Me acarició la cabeza con bondad en un gesto que me dio a entender que era demasiado inocente.

—Para querer encontrar a alguien, primero hay que querer buscarle, y para tener la necesidad de buscarle tendrías que ignorar dónde está. Yo lo sé. Paso cada día por su lado y no le pienso. Aun así, durante los segundos en los que nos miramos, volvemos a tener veinte años.

—¿Se enamoró de él?

—Nos enamoramos.

—¿Y por qué no...?

Interrumpí la pregunta y me encogí de hombros.

—Porque eran otros tiempos y mi papá no me dio esa libertad. De haber nacido en este siglo, de haber podido tener las posibilidades que tú tienes, Lara, ¿no me lo puedo imaginar! Tú eres una mujer independiente que vive su vida como quiere y... eso me causa una envidia terrible, porque sé que yo nunca podré experimentar esa sensación. Y como yo muchas mujeres. Se nos

ha negado esa oportunidad. Ni siquiera me siento capaz de coger el tren sola. Siempre he querido ir a Santa Fe, pero, al final, me vuelvo desde la estación.

Se me removió algo muy grande por dentro. Ni siquiera había podido imaginarme que Guadalupe, y otras tantas mujeres de allí y de otras partes del mundo, pudieran experimentar ese miedo a desenvolverse con naturalidad en cualquier contexto. Algo tan básico como coger un tren para ella suponía una experiencia que no se atrevía a vivir. Y yo, en mi inconformismo habitual, decidí ponerle fin de inmediato a ese miedo injustificado.

—Vístase —ordené mientras me ponía en pie—. Me voy en unos días, pero no lo haré sin que haya visitado Santa Fe.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Lo ha oído perfectamente. Coja algunas cosas, se quedará en mi casa un par de días. Podremos hacer un poco de turismo y la llevaré a las librerías para que escoja algunos libros nuevos.

Se resistió a levantarse del sofá mientras yo tiraba de ella.

—Por favor —rogué—. Puede que no haya nacido en este siglo, Guadalupe, pero vive en él. Sé que no ha tenido una vida fácil, la admiro por la entereza que ha demostrado siempre. Sin embargo, veo que siente que aún no ha encontrado lo que sí que ha buscado durante toda su vida.

—Pero...

—Sin peros, Guadalupe.

Miró un segundo al suelo y, al final, nuestras miradas se cruzaron de nuevo.

—Está bien, confío en ti.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No confíe en mí, confíe en usted.

Así fue cómo encontré una razón de peso para vivir mis últimos días en Santa Fe con intensidad indescriptible y con una lluvia extraña, como yo, que me recordaba a un poema de Luis García Montero, «En los días de lluvia». Y esos días tenían un nombre en el que no volvería a pensar hasta esa noche.

BARCELONA
(mayo-julio)

CAPÍTULO 26

*Estoy pensando, es de noche,
en el día que hará allí
donde esta noche es de día.*

Pedro Salinas

Madrid había dejado una huella profunda y honesta en mí, no tardé mucho en darme cuenta. Ignorarla, sin embargo, era la mejor de las opciones en esos días en los que volvía a recuperar mi rutina, tanto en casa como en el bufete. Solía trabajar mucho, quizá por eso acabé implicándome de la manera en que lo hice en todos los casos en los que trabajé entonces. Tenía que compensar la parte emocional de alguna manera y, al mismo tiempo, mantener a raya los sentimientos que me estaba despertando nuevamente Carolina.

Desde mi regreso, nos habíamos visto en varias ocasiones: comidas, cenas y algunos ratos de cama. Puede que más de los que necesitábamos, aunque ella no coincidía en esto último. Por lo visto, no creía que tuviésemos conversaciones pendientes, no hacían falta las disculpas cuando dos personas se querían de verdad. Y yo la quería, con eso debía valerme.

No obstante, no era así ni de lejos. Me sentía absurdo cuando la cogía de la mano o la abrazaba, sobre todo porque una parte de mí seguía imaginándosela como un día estuvo: con otro. No temía que fuese a hacerlo otra vez, porque habiéndome destrozado en una ocasión, estaba preparado para sufrir de nuevo. No solo se trataba de la confianza perdida, sino también de los cambios.

Yo había cambiado. La quería, pero me sentía diferente.

—Me siento gilipollas —le dije a mi madre una tarde que fui a verla.

—Hijo —habló con su tono de madre—, es que un poco gilipollas sí que

eres.

Que Carolina no era santa de su devoción lo sabía yo desde siempre. Puede que al principio de la relación la hubiese aceptado, sin embargo, cuando le conté lo sucedido, perdió por ella todo el afecto que pudo haber tenido alguna vez. No se lo podía reprochar, quizá no luchaba por que la perdonase porque ni yo mismo había encontrado aún una manera sincera de hacerlo.

Mi madre era mi mayor confidente, a la que se lo contaba todo, con independencia de la gravedad del asunto. Le había hablado de Lara, detalle a detalle, y supe que la había defraudado con mi actitud. Aunque estaba convencido de que había herido mucho más a otra persona.

—¿Por qué sigues quedando con ella? —me preguntó—. Cuando quieras darte cuenta, volverá a estar instalada en tu casa, fingiendo que es la mujer ideal, que nunca, jamás, habrá nadie que te haga feliz como ella. Y cariño —se acercó y me cogió de ambos lados de la cara —eso no es verdad.

—Pero la quiero.

—Pero la quieres —admitió—. Y no tengo claro que se merezca que la quieras como lo haces.

—A lo mejor no estábamos preparados, puede que debamos empezar de cero, olvidarnos del pasado. Sería lo mejor.

Me levanté de la silla y abrí la nevera. Saqué la jarra de ese batido verde asqueroso que solía hacer mi madre desde que tenía memoria. Una mezcla de apio, pepino, espinacas, lima y kiwi. Me serví un vaso y pensé que eso, casi a principios de junio sería un alivio, tanto para mis males como para el calor que comenzaba a hacer en Barcelona.

—Sigo pensando lo mismo, Rafa. Eres de esa clase de hombres, cariño, lo opuesto a tu padre. Eres sincero y eso te pierde.

—No sabía que ser sincero ahora era un defecto.

Se le escapó un chasquido con la lengua y me miró.

—No es un defecto, pero no todo el mundo entiende según qué cosas como tú lo haces. Abrirte de esta manera puede herirte, y eso es lo último que quiero.

Me senté frente a ella con el vaso ya lleno de la mezcla verdusca. Olía mal y sabía peor. Llevaba bebiéndolos desde que era un adolescente y todavía me daban asco. Aun así, no me quitaba la costumbre de tomarlos ni de prepararlos. Me decía a mí mismo que era por la vida sana y por practicar deporte, pero lo cierto es que después de salir del gimnasio siempre paraba a

comprar cruasanes o ensaimadas en la panadería de al lado. Empiezo a creer que los bebía porque me recordaba a mi madre y a todos los momentos que habíamos pasado juntos cuando mi padre se fue.

—Tranquila, ya soy mayor —le recordé.

—Duele como si fueses niño.

Ella había extendido el periódico sobre la isla de la cocina. Tenía las gafas suspendidas en el puente de la nariz y leía con calma. La había admirado desde siempre. A veces, me confundía y creía que había estudiado Derecho por demostrarle algo a mi padre, sin embargo, había sido por seguir sus pasos. Era una abogada magnífica que se ocupaba de las causas que nadie quería atender. Lo suyo era vocación, no tenía nada que ver con los beneficios que pudiera sacar de ello. Es verdad que siempre habíamos tenido una vida cómoda, sin embargo, no había dejado que me ayudara cuando abrí el bufete, ni que me respaldara de ninguna manera. Quería que fuese mi madre no mi aval, y deseaba demostrarle que era mejor que el hombre del que se había enamorado y que la había traicionado de la manera tan rastrera en la que lo hizo mi padre.

Era evidente que ninguno de los dos teníamos suerte en las relaciones. Quizá le dolía tanto el fracaso de la mía con Carolina porque ella había resultado ser del tipo de persona que había logrado escapar o la que se había visto obligada a renunciar. Si había dos cosas que mi madre me había inculcado desde muy pequeño habían sido el respeto y la verdad. Con esas dos cosas, aun siendo abogados, podríamos ayudarnos a nosotros mismos y a los demás. Yo había cumplido con mi parte, tal vez lo que se le olvidó enseñarme fue que no todos me pagarían con la misma moneda.

—Papá me llama mucho últimamente —lo dije a bocajarro, sin pensarlo demasiado.

No nos gustaba hablar de él, aunque a veces fuese inevitable, como la puta muerte.

—¿Se va a casar otra vez? —preguntó sarcástica sin despegar lo ojos del periódico.

—Tampoco nos lo diría si así fuese, te lo recuerdo —le respondí yo, con el mismo sarcasmo que ella había manifestado antes.

Sonrió sin mirarme y pasó una de las páginas del periódico.

—¿Entonces qué necesita? —indagó.

Me hizo reír. Ambos sabíamos cómo procedía mi padre. Llamaba por interés o para destrozarnos la vida con alguna noticia que preferíamos

desconocer. A fin de cuentas, habíamos sobrevivido muchos años sin su presencia y nos gustaba saber que no volvería a formar parte de nada que, directamente, tuviese que ver con nosotros.

—Creo que quiere algo, sí, pero no acaba de decirlo. Llama cada dos o tres días, me pregunta cómo va todo por aquí, si tengo mucho trabajo... — interrumpí la retahíla de cosas que estaba enunciando—. Fíjate que ayer incluso me preguntó por ti.

Soltó el periódico, se quitó las gafas y quedaron al descubierto dos ojos grandes, redondos y negros.

—¿Por mí?

Se llevó una mano al pecho y le salió una voz aguda y exagerada de sorpresa.

—Me preguntó si habías rehecho tu vida.

Mi madre no tardó en reaccionar. Volvió a colocarse las gafas y me señaló seria con el dedo índice.

—Prepárate, no me extrañaría que te pidiera que volvieres a Madrid para algún caso —expuso sus sospechas en voz alta.

Me apoyé con los codos en la encimera y me quedé mirándola con una sonrisa de circunstancias en la boca.

—Claro, ¡no tengo nada mejor que hacer! —exclamé.

Ella hizo una mueca extraña con la nariz y las cejas.

—¿Qué? —inquirí.

—No me importaría que te fueras un par de semanas... —afirmó.

—Por Carolina —añadí yo, un poco molesto porque ella debía ser mi apoyo, no arrancarme la poca ilusión que tenía aún depositada en esa relación.

—No, si te parece me alegra que te vayas con tu padre —soltó.

—¡Joder, mamá! Dame una tregua, de verdad que estoy de mierda sentimental hasta el cuello.

—Sé que lo estás, cada vez que te agobias te pones a soltar tacos por la boca. Ya sabes que no me gusta nada —declaró.

Sí, lo sabía, y sí, tenía razón, pero no podía evitarlo. Era el único modo que encontraba para deshacerme de la rabia que se acumulaba a veces a cuentagotas y otras a manguerazos.

—Tengo que irme ya —me limité a decir.

—¿Vas a verla?

Me puse en pie y me acerqué a ella, le di un beso en la frente y la estreché a mi lado. Me pregunté por qué nunca había rehecho su vida. Quizá

algún día sería lo suficientemente valiente como para preguntárselo.

—No preguntes cosas para las que no quieres respuesta, mamá —dije en un tono conciliador.

—Soy tu madre, tengo que saberlo todo de ti, incluso las cosas que no me gustan —me dio un beso en la mejilla—. Sobre todo, las que no me gustan.

Nos fundimos en un abrazo, que no faltaba nunca cuando nos decíamos hasta luego, y salí de la casa para coger el coche y volver al apartamento. Carolina no había recuperado las llaves todavía. No se las había devuelto porque eso significaba renunciar a mi espacio vital. De momento, era imprescindible para poner en orden mis pensamientos y las impresiones que tenía sobre la nueva situación en la que estábamos en aquel momento.

En esos días en Barcelona no había encontrado el valor de hacer una llamada necesaria. Quizá no fuese la mejor idea de todas querer llamar a Lara para disculparme por lo sucedido. Sabía de sobra que eso no la haría cambiar la opinión que ahora tenía sobre mí. Ni siquiera sabía por qué eso me tenía tan inquieto. A fin de cuentas, ¿qué posibilidades habría de volver a verla? Nos separaban cientos de kilómetros y también nos había puesto la zancadilla la vida. Algo dentro de mí, sin embargo, seguía gritándome.

Había un atasco terrible aquel día. Si odiaba algo por encima de muchas otras cosas eso era el ruido de los coches, los cláxones, el rugido de los motores... Me desabotoné la camisa y busqué una emisora de radio en la que sonase alguna canción que pudiera distraerme del tamborileo nervioso de mis dedos. Pasé del jazz al reggaetón y de este a una voz que me trajo recuerdos de una noche que se había quedado atrás, como lo hacen las calles a veces.

Pasamos por ellas despacio, dando un paseo que nos permite captar cada detalle, incluso somos capaces de leer los carteles de publicidad pegados en una farola. Mientras estamos en esas calles el tiempo se detiene, pero un día, sin más, ya no pasamos por ellas y nos resulta inevitable preguntarnos cuándo volvió a correr el minutero del reloj. ¿Cuándo nos olvidamos de cómo se sigue el ritmo de los días?

—¡Mierda! Maldito tráfico —toqué el claxon—. ¡Venga, imbécil, ¿quieres arrancar de una puta vez?

Respiré hondo y me imaginé que mi madre iba en el asiento en el conductor.

Mientras tanto, seguía el susurro de aquella canción en la radio. La apagué de un manotazo y me masajeeé el cuello mientras avanzaba a cinco kilómetros por hora. Me acomodé en el asiento y decidí dejar la mente en

blanco.

Y aún en blanco, seguía viendo un nombre escrito en el vaho.

CAPÍTULO 27

*Había sido algo menos que una presencia
definida con tenacidad
al alba con las últimas luces de la fiesta
la materia de los dioses extraviada en un recuento precipitado.*

Rodolfo Hinostraza

Estaba en una sala angosta, de paredes color rosa con dibujos de Disney colgados aquí y allá. Me sentía un gigante sentado en esa pequeña silla con mi traje y el maletín colocado sobre las piernas. Miré el reloj de soslayo y me pregunté cuándo volvería a aparecer Joana, la asistente social que me había atendido hacía media hora. Me había costado conseguir un permiso para que me dejaran ver a los niños de mi clienta, pero tras mucha insistencia, había logrado el visto bueno del juez.

Me levanté de la silla, exasperado, aunque sí que dejé el maletín sobre ella. Di un par de vueltas por la habitación, que parecía un cuarto de juegos, que inspiraba todo menos ilusión por jugar. Allí dentro ningún niño podría haberse olvidado durante unos pocos minutos de que estaba separado de sus padres.

A lo largo de mi carrera, había evitado en la medida de lo posible los casos en los que hubiese niños de por medio, sin embargo, de un tiempo a esta parte, viéndome totalmente comprometido con causas como la violencia de género, había tenido que acercarme a ellos, pensar en ellos e intentar asegurarles el mejor porvenir. Los trámites eran difíciles, y, en muchas ocasiones, quedaban huérfanos de madre y en muchas otras también de padre. Conservaba algunos clientes de empresas importantes, pero había encontrado otro camino diferente; uno en el que todo me dolía más, pero me

recompensaba en la misma medida.

Joana abrió la puerta y entró con una sonrisa serena, aunque un tanto triste. Era una chica de ojos amables que había tenido que ver mucho durante los últimos meses. Ninguno de los dos estábamos complacidos con los encuentros, porque había dolor detrás. Este era un claro ejemplo de ello.

Mi clienta había sido denunciada por su marido por intento de homicidio después de haber sido maltratada durante diez años. Le había atacado en defensa propia para salvar su vida y, probablemente, la de sus hijos. Sin embargo, no había denuncias previas por su parte, y eran el jurado popular, los testigos, los abogados y el juez quienes tenían en sus manos no solo su futuro, sino también el de los dos niños, de cinco y ocho años, que habían entrado en la estancia de la mano de Joana.

—Pep, este es un amigo de mamá —le contó Joana al mayor de los dos—, el señor Bernabéu.

Me acuclillé frente a los hermanos y sonreí.

—Rafa —dije—. Mejor Rafa, ¿vale?

Le tendí una mano y el pequeño me la estrechó.

—Samuel, ¿quieres jugar con el camión? —pregunté al segundo.

Asintió y fue a la caja de juguetes que acababa de señalarle. Lo extrajo y Joana se acercó para ayudarlo a montarlo mientras yo le pedía a Pep que se sentase en la silla. Seguí frente a él, a su misma altura.

—¿Y mamá? ¿Y papá?

Tenía la voz quebrada y los ojos llorosos. Se mordía el labio inferior para mantener la calma. Me pregunté por qué un niño tenía que hacerse el fuerte ante un adulto, quien siempre debería protegerle. Me percaté de que miraba de reojo a Samuel y caí en la cuenta de que solo quería cuidar de su hermano. Era el mayor y sentía una responsabilidad que nadie tan pequeño debería tener.

—Están bien. He hablado con mamá, ¿sabes?

Coloqué una mano sobre su hombro y se tensó un poco. Su madre me había contado que su marido, a veces, también había agredido a sus hijos. Quizá ese solo había sido un acto reflejo de los daños colaterales del maltrato.

—Me ha pedido que os diga que os quiere mucho y que muy pronto va a estar con vosotros —intenté convencerle con una sonrisa segura—. ¡Ah! Sí, me hizo prometerle que te diría que iréis a esa heladería que tanto os gusta...

No pude arrancarle ni un atisbo de sonrisa. Era como si permaneciese ajeno a lo que le estaba diciendo. Lejos de ser un consuelo para Pep, parecía

un mal augurio.

—¿Y papá? —insistió.

—Está bien también.

«Es un hijo de puta, pero está bien», dije para mis adentros.

—Pero ¿él volverá?

—A lo mejor, ¿por qué me lo preguntas Pep?

Esta vez no rechazó mis manos sobre sus rodillas. Joana no nos quitaba el ojo de encima. No me sentía especialmente cómodo, pero sabía que era su trabajo.

Pep había ladeado la cabeza y miraba el borde de la mesa que tenía enfrente como si la respuesta estuviese allí. Siguió mordiéndose el labio. Busqué sus ojos y volvió a fijar su mirada en mí.

—No quiero que vuelva —admitió—. ¿Se va a enfadar?

—¿Quién, cariño?

—Papá —respondió—. Siempre está enfadado cuando no somos niños buenos. No es de niño bueno no querer que vuelva.

Busqué la ayuda de Joana, que estaba cerca. Dejó a Samuel con el tren y se acercó a nosotros. Se sentó frente a Pep y le cogió las manitas entre las suyas.

—Mi vida, nadie se va a enfadar contigo, ¿vale? —El niño asintió—. Ahora, ¿por qué no le dices a Rafa qué queréis que le diga él a mamá de vuestra parte?

—Que vuelva pronto —susurró—. Nos prometió que nos iríamos.

—¿Que os iríais? —me adelanté a Joana, que también parecía a punto de formular la misma pregunta.

—Sí, a un sitio donde pudiésemos jugar. Hicimos una lista con todas las cosas que nos llevaríamos...

Se hizo un silencio largo que me hizo sentir un inútil por no poder proporcionarle algo más a él y a su hermano.

—¿Todavía tienes esa lista, Pep?

Él asintió de inmediato, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo un trozo arrugado de papel. Me lo tendió y yo lo cogí con una sonrisa.

—¿Me lo dejas para que se lo lleve a mamá?

Aceptó de inmediato.

—Os prometo que la podréis ver muy pronto.

Joana me hizo una señal, se había acabado el tiempo. Me incorporé, cogí mi maletín y saqué de dentro un par de bolsas de golosinas. La asistenta social

me había dado permiso para dárselas, así que los niños las cogieron y se sentaron en el suelo para comer en silencio. Salí de la sala y Joana conmigo. Había cruzado los brazos sobre el pecho.

—Rafael, le recuerdo que esto no es una sala de interrogatorio —me escupió en cuanto estuvimos a solas.

—Y yo le recuerdo, Joana, que intento hacer mi trabajo lo mejor posible. A veces, hay detalles imperceptibles que pueden ayudarnos a ganar un caso. No creo que quiera que esos niños se queden en el centro más tiempo del necesario. Solo intento hacer lo imposible para que regresen a su casa con su madre cuanto antes.

—Aún no se ha demostrado su inocencia.

Apreté los puños y hablé entre dientes para no llamar la atención de la gente que pasaba por nuestro lado.

—Tampoco se demuestra la culpabilidad de cientos de delincuentes a diario y no por ello dejan de ser culpables, ¿verdad?

Ví cómo palidecía y tragaba saliva.

—Disculpe, ha sido un comentario inapropiado —se disculpó.

—Ya lo creo que lo ha sido. Usted haga su trabajo, que ya me encargaré yo del mío. Buenos días.

Pasé por su lado sin dirigirle ni una sola mirada más. Me había parecido inhumano lo que acababa de decir después de haber escuchado de la boca de Pep que no quería que su padre regresase a casa.

Di un portazo cuando salí del centro de menores. Había niños en el patio que me conocían de otras veces en las que me había pasado por allí. Se me acercaron en manada con las sonrisas hinchadas de felicidad. Algunos me abrazaron y otros me invitaron a jugar al baloncesto con ellos. Tuve que decirles que era un día de mucho trabajo, pero saqué, a cambio, una bolsa llena de chocalinas del maletín. Siempre llevaba algo encima. Se las di y les hice prometerme que las repartirían.

Cada vez que no me quedaba más remedio que atender algún caso en el lugar, pensaba en la idea de ser padre. Me prometí que ninguno de mis hijos tendría que sufrir nunca el dolor que pueden causar los padres cuando viven sus vidas ajenos a ellos, como si no les importase. Sí, me había involucrado en ese caso en concreto, porque Maite me recordaba a mi madre y a la fortaleza de la que había hecho gala cuando decidió que lo mejor para los dos era quedarnos solos. No merecíamos a alguien como mi padre en nuestras vidas. No era un maltratador ni un asesino, solo un hombre extraño que no nos

quería ni nos respetaba, que nos faltaba al respeto y al que avergonzábamos.

Cogí el coche hacia el juzgado con tan mala suerte que, en el momento en el que arranqué el motor, sonó el teléfono. Miré la pantalla parpadeante y vi el nombre de Carolina iluminarse.

—¿Sí?

—Cielo, ¿cómo va la mañana? —preguntó con voz amable.

Desde que habíamos decidido darnos una segunda oportunidad no se enfadaba por nada. Algo me decía que aquello no podía durar para siempre. Olía a que los problemas vendrían a destrozarnos a latigazos.

—No muy bien, ¿y la tuya?

—Con mucho trabajo, pero ¿por qué no estás bien?

Al principio de nuestra relación solía preguntármelo. De la noche a la mañana, se olvidó de hacerlo. Yo seguía queriendo saber si estaba bien, ella no se acordaba de si quería o no.

—Cosas del trabajo, Carol. Estoy conduciendo ahora, ¿hablamos después?

—¿Me dejas prepararte algo rico esta noche? Luego puedo hacerte algo de cenar.

Me hizo reír pese a que lo último que me apetecía en ese momento era sexo.

—Está bien, ¿a qué hora?

—A las diez en mi casa. No te pongas ropa, no hará falta.

—¿Del uno al diez cuánto te aburres en este momento? —inquirí mientras me ponía el cinturón de seguridad.

—Diez, ¿por qué? ¿Quieres que lo hagamos por teléfono? ¿Te acuerdas cuando me fui a aquel curso a Manchester y nos pasábamos el día con el manos libres?

La escuché reírse al otro lado del teléfono.

—Me acuerdo, sí. Éramos jóvenes.

—Ahora es que eres un aburrido, solo quieres hacerlo en la cama. Hasta mi abuelo en el geriátrico tiene más variedad que nosotros... —lo decía de broma, aunque intuía que había una parte de verdad.

Miré la hora.

—¿Dónde vas a estar dentro de dos horas?

—En la oficina, ¿por qué?

—Porque creo que te haré una visita para recordarte lo divertido que puedo ser, ¿te parece?

Casi podía imaginármela con las piernas cruzadas, llevando una de esas faldas negras de tubo, con la blusa semiabierta y recostada en el cómodo sillón de su despacho. De repente, me entraron ganas de que las horas pasaran más deprisa. Era la primera vez en muchos días que tuve ganas de verla sin más.

—Aquí te espero.

Yo también esperaba, pero ¿el qué?

CAPÍTULO 28

*Oh Dios,
no me atormentes más.
Dime qué significan
estos espantos que me rodean.*

Dámaso Alonso

Sonó el teléfono a las siete y media de la mañana. Abrí los ojos y vi que Carolina se había levantado ya. Escuché correr el agua de la ducha. Fui hacia el comedor de su casa, donde había dejado el móvil por la noche. Lo encontré en el bolsillo interior de la chaqueta. Me senté en el sofá y vi que era Sara la que me llamaba. Contesté con voz ronca, pero con muchísimas ganas de escucharla.

—Hostias, ¿tan absorbido te tiene esa que eres incapaz de llamar siquiera? —fue lo primero que me dijo después de saludarla.

Me reí, aunque supuse que un poco enfadada sí que debía de estar para llamar a esas horas. Nunca quise ser de esa clase de hombres que se echan novia y dejan a sus amigos de lado. Lo había conseguido durante treinta años, sin embargo, había llegado algo que me estaba alejando igualmente de la gente que quería: el trabajo.

—Perdóname, he estado muy ocupado con un caso. No es disculpa, lo sé, pero es la verdad —le expliqué—. ¿Cómo estás aparte de echando humo por las orejas porque no te he dado suficiente amor?

—Vete a la mierda, capullo —me contestó de inmediato.

Intenté no reírme en voz alta para que no se molestase más de lo que ya lo estaba.

—En serio, ¿qué pasa? Tú siempre llamas de noche.

—Estoy en Sans, he venido por negocios, ¿cenamos hoy pese a que no te

merezcas mi compañía ni mi amistad?

—¡Por supuesto! ¿Dónde quieres ir?

—Donde podamos hablar —manifestó.

—¿Me vas a dejar? —pregunté irónico—. Mira que me presento con un ramo de flores y te canto en directo si hace falta. No puedo perderte bajo ningún concepto —dije de manera exaltada.

Me hacía una ligera idea de cuál debía de ser su cara en ese instante. Eso me hizo gracia y me eché a reír. Sé que no estaba para bromas, sin embargo, al final se contagió de mis carcajadas. Entre risas, soltó algún *cabronazo* que obvié porque me había portado como tal y me lo merecía.

—Han pasado muchas cosas en estas semanas —me contó.

—Lo dices como si hubieran pasado siglos... —comenté yo.

—Estamos en julio, Rafael, ¿en qué mundo vives?

Miré el calendario que tenía Carolina junto al televisor. Dieciocho de julio y aún no habíamos vuelto a vivir juntos. En algún momento tendría que volver a proponérselo, arriesgar de nuevo. Nos merecíamos esa segunda oportunidad. Podía salir bien. Además, ya teníamos una edad, quería sentar cabeza, tener una casa y una familia. Construir un hogar y...

—¿Me escuchas o hablo sola como una idiota? —oí rugir a Sara al otro lado del auricular.

—Perdona, solo pensaba en qué podría ser eso que me tienes que contar —mentí.

La oí soltar un bufido sonoro en medio de un ruido terrible de fondo. Así son las estaciones y los aeropuertos.

—No sé si te gustará, pero es mejor que lo sepas por mí, si es que aún tienes algún interés.

—¿Interés? ¿En qué?

Fruncí el ceño. No entendía a qué se refería ni a qué venía tanto secretismo, ni que estuviéramos en la II Guerra Mundial y fuésemos espías del enemigo. ¿Por qué no hablaba claro de una vez, joder?

—¿Qué coño pasa? —espeté.

—Esta noche hablamos. Te enviaré un mensaje con la ubicación y la hora. Adiós, desagradecido.

Y me colgó el teléfono dejándome con la boca abierta.

Pero las llamadas no acabaron allí. Desde luego, no iba a ser el mejor día de mi semana. Además, hacía muchísimo calor, llevaba el traje puesto y la ansiedad también. Al día siguiente sería el juicio de Maite Peña y por fin creía

haber reunido las pruebas y los testigos suficientes para que no la acusasen de un delito que no había cometido. Como abogado, había aprendido pronto cuándo me mentían y cuándo no. Supe desde el primer momento que era inocente. Había tirado de muchos contactos e invertido muchas horas de sueño en sacar a flote a esa mujer y a sus hijos y pensaba conseguirlo.

Ese mediodía pasé por el bufete a recoger unos documentos y puse en orden algunas cosas que habían quedado relegadas a un segundo plano ahora que se había acercado la fecha del juicio. Se había encargado el resto de mi equipo, joven, pero muy competente. ¿Quién iba a darnos una oportunidad sino nosotros mismos?

Sentí la vibración del teléfono en el bolsillo. La segunda llamada del día. Mi padre.

—Hola, ¿cómo estás, hijo? —preguntó.

—Bien, papá, trabajando, ¿en qué te puedo ayudar?

—No quiero molestarte, puedo llamarte en otro momento, si lo prefieres. Ya me ha dicho tu madre que has estado muy ocupado últimamente —dijo.

—¿Mamá? ¿Has hablado con mamá?

Llevaban años sin hacerlo. No entendía nada de lo que me estaba diciendo ni esa consideración repentina que había surgido en él. Desde luego, mamá tenía razón, debía de necesitar algo e intentaba acercarse para pedirnos lo que fuera que estuviera pasándosele por la mente.

—Sí, la llamé hará una semana, ¿no te lo ha dicho?

Era curioso porque había comido con ella el día anterior, sin embargo, no había dicho ni una palabra al respecto. Sí que había hecho alguna insinuación que me había parecido, cuando menos, fuera de lugar. Sobre todo, porque se refería a mi padre y a si me había seguido llamando con la frecuencia inusitada que le había comentado semanas atrás.

—No, en absoluto, ¿y por qué la has llamado?

Me había sentado en el borde de la mesa y me agarraba a él para refrenar el impulso de lanzar el teléfono contra la pared.

—Para saber cómo estaba.

—Igual que todos estos años, en los que, por cierto, no has llamado nunca —cerré los ojos y cogí aire—. En cualquier caso, ¿por qué llamas?

No dijo nada al principio, después formuló la pregunta:

—Quería saber si podrías venir a Madrid próximamente, es urgente.

—Estoy de trabajo hasta el cuello, no puedo ir cada vez que me necesites, también tengo que mirar por la gente que trabaja para mí, lo

entiendes, ¿verdad?

Emití un gruñido profundo.

—Lo sé, hijo, pero no es por trabajo. Me gustaría que vinieses, de verdad, no te robaré mucho tiempo, te lo prometo.

No pude callarme por más tiempo y, al final, dije las palabras que, tal vez, hubiese sido mejor no pronunciar.

—Tu falsa amabilidad no me gusta nada —y añadí después de dos segundos en silencio y tras ver que no decía nada—. Buscaré un hueco, pero no te prometo nada. Ahora tengo que dejarte.

—Vale, hijo. Espero tu llamada.

Me quedé esperando, él tampoco colgó.

—Lo siento, Rafael.

Después de esa disculpa inesperada, sí que puso fin a la llamada. Me quedé mirando la pantalla del teléfono. Apreté la mandíbula y me costó no perder los estribos el resto del día. También tuve que reprimir las ganas de llamar a mi madre y preguntarle qué se suponía que estaba ocurriendo. Desde luego, el hombre con el que había estado hablando no era mi padre. Él jamás hubiese dicho ninguna de las palabras que acababa de dedicarme en el tono en el que lo había hecho. Había estudiado en otra escuela, la de pisotear a la gente y tenerla a sus pies, dispuesta a hacer todo lo que él necesitase o quisiese.

Tal vez, ahora también quería algo de mí. Pero ¿y de mi madre? ¿Por qué había vuelto a su vida de una manera tan egoísta? ¿Era ese el motivo por el que se había disculpado? ¿O creía que aquel lo siento compensaba todo el daño y los años en los que no había ejercido ni de esposo ni de padre? ¿Qué demonios le pasaba?

—¡Joder!

Di un puñetazo en la mesa. Necesitaba quitarme esa mala energía de encima antes de que pudiese pagar con alguien mis problemas. Era lo que menos me gustaba. Rara vez me permitía hacerlo, puede que porque nunca había encontrado a la persona que me quitase todas las corazas en las que yo me había revestido.

Era pronto, así que decidí hacerle una visita al saco de boxeo del gimnasio. Ignoré por completo la decena de *Whatsapps* que Carolina me había enviado. A esas horas de la mañana, siempre me mandaba fotos de cosas que no me hacían gracia o me contaba algún incidente que habían tenido en la reunión vespertina.

Llegué al gimnasio desganado y con la cabeza en muchas partes al mismo tiempo. Me cambié y cogí los guantes de la taquilla. Corrí en la cinta durante media hora, hasta que casi se me salieron las entrañas por la boca. Mientras me ahogaba no tuve que crear hipótesis sobre qué tenía que contarme Sara. Sin embargo, cuando estuve frente al saco, no podía pensar en otra cosa o persona que no fuese mi padre, ¿hasta cuándo dejaría que siguiese teniendo esa influencia sobre mí?

—¡Eh, chaval, que vas a destrozar el saco! —me gritó uno de los chicos con los que alguna vez había ido a tomar cervezas.

—¡Déjame, Josep! —dije yo por encima de la música.

Levantó un pulgar y me dejó espacio. Allí todos nos conocíamos. No hacía falta ser ningún lumbreras para darse cuenta de cuándo una persona necesitaba estar sola, pensar en sus cosas sin hacerlo.

Y yo pensaba, sabe Dios que lo hacía en cada golpe que daba, en cada jadeo.

Cuarenta minutos después, tenía los nudillos destrozados, pero por dentro me encontraba algo mejor. Me di una ducha rápida y aproveché que estaba relajado para echarles un vistazo a los mensajes de Carol. Nada más de lo que imaginaba. Le deseé una buena jornada de trabajo. Omití los mensajes graciosos, nunca me salían cuando tenía que forzarlos. También me callé la cena con Sara, no entendía nuestra relación y nunca se habían llevado especialmente bien. Dudaba de que eso fuese a cambiar ahora.

CAPÍTULO 29

*Albor. El horizonte
entrebrea sus pestañas,
y empieza a ver. ¿Qué? Nombres.
Están sobre la pátina
de las cosas.*

Jorge Guillén

Antes de que me enviara la ubicación, ya sabía que Sara había escogido *La Lluna* para encontrarnos. La esperé en la puerta de entrada, pero al no verla decidí llamarla. Me dijo que estaba dentro desde hacía un rato. Tenía muchas ganas de encontrarme con ella, me di cuenta en cuanto la abracé. Aunque era más grande la necesidad de pasar un rato con una de mis mejores amigas, tampoco estaba preparado para seguir recibiendo malas noticias. No tenía ninguna esperanza depositada en esa cena, ya que ella misma me había dicho que no iba a ser de mi agrado lo que iba a contarme.

Tomé asiento frente a ella, en la misma mesa de siempre, con las sonrisas un poco cansadas. Sara, desde luego, tenía mucho mejor aspecto que yo. Llevaba el pelo un poco más corto que le última vez y había cogido color.

—¿Has estado yendo a la playa? —le pregunté después de que el camarero nos tomara nota.

—Sí, a la que hay al lado del Prado —contestó irónica.

Cogió su copa de vino y la alzó un poco frente a mí. Yo cogí la mía, imitándola, y esperé a que hiciese el brindis, porque yo, desde luego, no tenía qué celebrar.

—Por los reencuentros —dijo—. Aunque no sean gracias a ti, don Ocupado.

—De verdad que lo siento —me disculpé.

No le hablé de mi padre porque no me gustaba hacerlo. Sí que le conté algunas cosas del trabajo, pese a que sabía que teníamos vetado ese tema. De hecho, dudaba que le permitiese a alguien sacarlo a colación.

—¿Y la reina del mambo? ¿Dónde está? —inquirió poco después.

Sonreí sin mirarla directamente, se suponía que no debería haberme hecho gracia, si estaba hablando de mi pareja, pero seguía muy despierto el dolor y la incertidumbre. Pensé que, tal vez, Carolina ya no era la persona que hubiese defendido por encima de cualquier otra cosa.

—Estará en casa —susurré.

—¿En la suya o en la tuya?

—En la suya, no sé cómo iba a estar en la mía si aún no le he devuelto su copia de las llaves —aclaré—. Aún no me he decidido.

Sara arqueó un poco las cejas y me miró con cara de póquer.

—No te vas a decidir, lo peor de todo es que lo sabes, pero seguirás allí hasta que un día te des de bruces. Otra vez.

Fui yo el que levantó la copa en esta ocasión.

—Oh, por favor, no dejes de atormentarme con tu sinceridad después de meses sin vernos.

—Te mereces algo mejor, solo intento que te des cuenta de una vez por todas. Es que, a veces, de verdad te lo digo, tengo la sensación de que te idiotiza.

Tuve que reírme, aunque me doliera. No quería ser ningún idiota, ni mucho menos quería saber que Sara, al igual que mi madre, pensaba que me esperaba algo mejor, lejos de Carolina y un poco más cerca de mí mismo. Que me lo mereciese o no, no lo sabía. No siempre había sido el novio perfecto, como sí intenté serlo con ella, tuve mis épocas malas, en las que no me comprometía ni con mis propios sentimientos, y eso ya demuestra la clase de hombre que era.

—¿Cómo estás tú? —pregunté para cambiar de tema y alejar los focos que sentía puestos en mí.

—Contenta, la verdad. Estoy conociendo a alguien y la cosa va bien, poco a poco, pero por el buen camino —me contó.

—¿No ha salido corriendo aún?

Me arremetió un puntapié por debajo de la mesa que me hizo ver las estrellas.

—Gilipollas —murmuró para que no la escuchara el camarero que

estaba llegando con los entrantes.

Intenté no reírme para no cabrearla más de lo que ya empezaba a estarlo.

—Sabes que era broma, no te pongas así —dije en cuanto nos quedamos solos de nuevo.

—Pues lo que te voy a decir yo no es broma, así que, cuando estés listo, te cuento.

Bebió un poco más de vino y pinchó uno de los champiñones con ajo y perejil.

—¿Vas a comerte eso? Después pretenderás que te bese.

Masticó lentamente sin apartar sus ojos de mí.

—Tú sigue evitando el tema con tus tonterías habituales, si eso es lo que quieres, sin embargo, tarde o temprano te vas a enterar.

—¿Y por qué no enterarme más tarde? —pregunté, cansado y desilusionado en general.

—Porque, quizá, sea demasiado tarde —dejó el tenedor sobre su plato—. Sabes que esto tiene un nombre, no creo que seas imbécil, por eso mismo estás retrasando el momento.

Me eché atrás en la silla, cerré un instante los ojos y me masajeeé el cuello. Estaba, de repente, tan cansado y confundido que no sabía qué decir ni podía oponerme a nada de lo que Sara fuese a contarme. Tal vez, no estaría de más tomarme unas vacaciones, aunque fuesen cortas, para poner en orden toda mi vida, que había transformado en un maremoto que arrasaba incluso lo imposible.

—¿Qué pasa? —indagué.

—¿Quieres la versión extendida o la resumida?

—La resumida —respondí desganado.

—La extendida entonces —decidió ella, como era de esperar—. A ver por dónde empiezo...

Puse los ojos en blanco y se me escapó un suspiro.

—Ya que vas a contar la extendida, puedes empezar por el principio.

Se le dibujó una sonrisa de niña buena en los labios que siempre me enterneceía.

—Hace unas cuatro o cinco semanas quedé con Lara para ir a tomarnos algo después del trabajo. Esa chica es un todoterreno, no para ni un segundo, ¿eh?

Asentí porque eso mismo me había dicho Carlos en alguna ocasión, además, había podido comprobarlo en los días que compartí con ella.

—Decidí llevarla a un pub que había cerca para tomarnos la última, le hacía falta desconectar, había sido poco después de que te fueras, no quiero decir nada —carraspeó y yo me sentí un poco peor de lo que ya lo estaba—. El caso es que el local estaba llenísimo, la perdí un momento y cuando la encontré estaba con un hombre.

¿Y qué se suponía que tenía que decir yo a eso? Era lo más normal del mundo. Lara era preciosa y no me extrañaba que se acercasen a ella. Puede que no me gustara, pero me lo callé.

—Se conocían, era evidente por la forma en la que se miraban. Pero, ¡escucha! La cosa no acabó allí. Resulta que era uno de mis clientes, trabaja para una empresa de Melbourne. A lo mejor te suena, le dieron un premio nacional por un proyecto medioambiental que hizo hace un par de años, Lucas Santamaría.

—No me suena de nada —dije rápidamente.

Quería que acabase de contarlo todo y dejásemos de hablar de ella.

—Él estaba allí con otros chicos y su hermano, en la despedida de soltero de este. Lara y él solo intercambiaron miradas, de esas cómplices. Me la llevé al baño poco después, para sonsacarle algo...

—¿Podrías ser más cotilla?

—Calla y escucha. Le pregunté de dónde se conocían y me dijo que de México. Insistí un poco más —apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante—, pero no pude obtener más información. Así que me pareció evidente que había habido algo entre los dos. Ya me entiendes, ¿no?

—Te entiendo, Sara —afirmé intentando mantener la calma.

Comenzaba a estar molesto. No entendí por qué tenía que ponerme de mal humor imaginarla con otro hombre, en diferentes contextos, cuando era una mujer independiente y libre, cuando no habíamos tenido nada y cuando yo le había demostrado ser un capullo. Ironías de la vida, supongo.

—Les vi hablando después un rato largo, no sé de qué. Estaban contentos de verse, y también sorprendidos.

—Sí, ya me imagino —comenté.

—Claro, ¿a quién podría ocurrírsele encontrarse con alguien que había conocido en México precisamente en ese pub? No sé, las casualidades a veces son...

¿Por qué me estaría contando todos los detalles de una historia que no tenía nada que ver conmigo? No quería recordar los días previos a Lara ni los siguientes. No por ella, sino porque tenía la extraña sensación de haber

perdido algo. No sabía de qué se trataba y me daba miedo que, hablando de ello, acabase averiguándolo. Me alegraría por ella si las cosas le iban bien, pero prefería no saberlo. Ni lo bueno ni lo malo. Hacer como si ninguno de los dos hubiese existido nunca para el otro.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunté.

—¡Atento! Ahora viene lo mejor de todo.

Me di cuenta de que miraba la comida con asco. Se me había cerrado el estómago de repente y no quería saber cuál era esa parte tan buena de la historia, porque intuía que cuánto mejor fuese para Lara, más me afectaría a mí. En cualquier caso, Sara había tenido razón esa mañana, al llamarme, no me estaba gustando lo que escuchaba.

—A los pocos días, quedé con Lara de nuevo. No sé qué pasaría, pero lo único que me dijo, sin darme más explicaciones, fue que había decidido abrir la librería. ¿Te das cuenta? Yo creo que fue él. Tuvo que ser Lucas quien la animó. Eso es una buena noticia, ¿eh?

—Excelente, le irá bien, seguro.

—¡Oh, venga! ¿No puedes fingir que te alegras?

—Me alegro, Sara, ¿qué quieres que haga? Era su sueño, así que le deseo mucha suerte.

Me pareció estar masticando cada una de las palabras. Tenían un sabor amargo en la lengua y el paladar. Así que, finalmente, había decidido apostar por algo a lo que me pareció que había renunciado. Yo también le había insistido, había intentado convencerla. Le había presentado a Sara, había... Y no lo había conseguido, sin embargo, él había logrado que fuese valiente y dejase atrás los miedos que le surgían al perder la estabilidad a la que estaba acostumbrada.

Quizá sí que era positivo. Debía alegrarme, estar contento porque le había pasado algo bueno por fin. Después de los disgustos de los meses anteriores, me pareció que estaba siendo muy poco empático.

Sonreí.

—Seguro que será un sitio estupendo. Dale la enhorabuena de... —me callé—. Da igual. No importa.

—Rafael... —dijo mi nombre como una amonestación.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Sara?

—Pensé que querías saberlo. Sobre todo, porque Lucas va a volver a Melbourne en unos días, aunque eso no significa que no vaya a regresar después. ¿Por qué no te escapabas a Madrid?

—No necesitaba saberlo, no. Y tengo trabajo aquí, tengo mi vida entera, no puedo estar paseándome en trenes a diario.

Soné brusco, me di cuenta nada más decirlo en voz alta. ¿Qué culpa tenía Sara de que yo estuviera definitivamente estancado?

—Si toda tu vida está aquí —comenzó a decir—, entonces, lo mejor es que empieces a vivirla de una vez. Eres infeliz y eso lo he notado en cuanto has entrado por esa puerta —aseguró—. Mira, no sé qué coño te pasa últimamente. No sé cómo no te das cuenta de que la época en la que estuviste sin Carolina eras mejor. Es una pena, la verdad, que no valores las cosas que tienes y que, bajo ningún concepto, deberías perder.

—¿Has acabado? —pregunté enfadado—. No sabía que esta cena era para que juzgases mi vida y a la persona con la que he decidido compartirla —tomé aire—. Entiendo que Lara te caiga bien, me consta que es una buena persona, pero no entiendo a qué viene esta insistencia en querer que sienta algo que no siento. Entiende que solo es una chica a la que no conozco y deja de novelar situaciones absurdas entre ella y yo —espeté—. Ahora, por favor, quiero cenar con mi amiga sin que esté especulando sobre dónde está mi felicidad. Demasiadas cosas tengo ya en la cabeza para tener que enfrentarme también a ti. No tengo ni fuerzas ni ánimo, la verdad.

Sara bebió el resto del contenido de su copa, la dejó sobre la mesa con cuidado. La habían herido mis palabras, podía darme cuenta por el brillo que acababa de aparecer en sus ojos, sin embargo, no se levantó ni se fue ofendida, se quedó ahí unos segundos y me dijo:

—Creo que esta es la primera vez en la que has sido sincero esta noche.

Me callé la respuesta a ese comentario porque mi subconsciente pensaba todo lo contrario. Acababa de mentir con una frialdad con la que no me identificaba, pero que, inevitablemente, formaba parte de mi nuevo y desagradable yo. Tal vez, Sara tenía razón y sí que hubo, una vez, un Rafael mejor que yo. Uno que luchaba por las cosas que quería y cuidaba de las personas importantes.

¿Dónde se habría ido sin mí?

CAPÍTULO 30

*Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Silvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.*

Sor Juana Inés de la Cruz

El juicio me devolvió la entereza que había perdido por momentos el día anterior. Tenía que permanecer firme y resolver la situación lo mejor que pudiese. Había muchas vidas en mis manos, el futuro de una mujer buena y herida y el de unos niños inocentes que solo querían regresar a su casa con su madre. Tembló durante todo el proceso, quizá porque su marido estaba enfrente, declarando una serie de mentiras que me parecieron absurdas y dañinas

—Protesto, señoría —intervine cuando el abogado de la acusación comenzó a especular contra Maite.

—Se acepta. Cíñase a lo ocurrido, letrado.

—Mi cliente, señoría, recibió una puñalada en el costado derecho por parte de la acusada, su mujer. Simplemente estaban teniendo una discusión, como cualquier matrimonio y...

—Protesto, señoría, el señor Gutiérrez no estaba presente en la discusión —añadí.

—Se acepta —sentenció el juez—. Prosiga, letrado.

—No hay ninguna denuncia anterior interpuesta a mi cliente. De haber sufrido maltrato durante los años que declara la acusada, ¿por qué no tomó medidas legales en ningún momento?

—Letrado, ahórrese las preguntas retóricas y guárdese las para cuando llame a declarar a la señora Jiménez —concluyó el juez justo cuando yo iba a

intervenir.

La siguiente hora fue larga y dura para la defensa, es decir, para nosotros. Me acompañaban algunos de mis mejores abogados. Estaba seguro de mí mismo y del as que tenía escondido en la manga y que no había sacado a la luz hasta el momento.

Se hizo una breve pausa que aproveché para ir a buscar café. Mi madre estaba bajando por las escaleras en ese mismo momento, acababa de salir de otro juicio. Me dio un abrazo en cuanto estuvo a mi lado. No había tenido ocasión de hablar con ella aún sobre la llamada.

—¿Cómo va todo, cariño?

—Creo que lo conseguiremos. ¿Café?

—Por favor.

Eché una moneda en la máquina y escogí un cortado solo, que era lo único que solía tomar ella. Una vez que tuvimos los vasos, nos sentamos en uno de los bancos que había cerca. Me sentía cansado y no tenía nada que ver con no dormir.

—¿Qué te pasa, Rafa?

Colocó una mano sobre mi rodilla y me consoló momentáneamente con ese gesto tan maternal, que llevaba repitiendo desde que tenía catorce años y papá se fue.

—Creo que me voy a ir de vacaciones —dije sonriendo un poco entristecido—. Estoy reventado.

Me pasó el brazo alrededor de los hombros.

—Me parece bien, aunque, quizá debas llamar a tu padre antes de irte.

Fruncí el ceño de manera tan pronunciada que sentí cada una de las arrugas que se dibujaban en mi frente. Hablar de mi padre antes de la segunda parte del juicio no me pareció lo más apropiado. Después comprobaría que me llenaría del ímpetu necesario para defender con uñas y dientes mi causa.

—¿Por qué te llamó? —pregunté, sin embargo.

Supe que no se esperaba esa pregunta por el tiempo de reacción que se tomó para contestarla.

—Quería saber si iba todo bien, si necesitábamos algo —explicó con muy poca convicción.

—¿Como ha hecho todos estos años, quieres decir?

Cerró un segundo los ojos y dejó escapar un suspiro largo y cansado.

—Mamá, nos fuimos de Madrid para alejarnos de él, te lo recuerdo. Volví muchas veces, pensando que había cambiado, y sabes que en todas las

ocasiones me equivoqué. No sé qué mierdas ha venido a contarte ahora, pero no dudes en tratarle con la misma indiferencia que...

Me apretó la mano con tantísima fuerza que me sorprendió y me obligó a callar.

—Hijo, no tenemos que ser con los demás como ellos son con nosotros. Podemos ser mejores, ¿lo entiendes?

De pronto, parecía abatida y un poco más mayor de lo que la recordaba, de lo que la veía a diario. Había algo en sus ojos que llevaba muchos años sin ver, y, sin duda, llevaba el nombre de mi padre.

—Con él no puedo, mamá.

Me dio un beso en la mejilla y se levantó.

—Prométeme que irás a verle, que hablarás con él —me pidió, y había algo de súplica en su tono de voz y en su mirada.

—No te lo voy a prometer, lo siento.

Me puse de pie, la rodeé en un abrazo para calmarla y después la miré desde las alturas. A veces, me parecía muy pequeña en comparación, aunque en mis recuerdos siempre era grande, quien me cuidaba y me permitía vivir al margen de las preocupaciones de los adultos. Ahora sentía esa responsabilidad, necesitaba devolverle parte de lo que había hecho por mí.

—No te preocupes por nada —le dije.

—Pero, Rafa, cariño... —siguió insistiendo.

—Mamá, no quiero enfadarme, por favor. Me has pedido esto mismo en otras ocasiones, por ejemplo, cuando llamó para que me fuese a estudiar a Madrid. Y lo hice, ¿recuerdas? —ella asintió—. Y después regresé peor de lo que me había ido. Solo quería que estuviese allí de cara a la galería. No quiero un padre como él, ni una persona cualquiera, que me trate así.

—Es que en este caso... —objetó.

—Ya vale.

Me aparté de su lado, mosqueado.

—Tengo que volver a la sala. Te veo mañana en la comida, ¿te parece?

Asintió, sin embargo, parecía desesperanzada con mi respuesta. Era, no obstante, la única que podía darle por el momento. No podía soportar la idea de que ni ella ni yo volviésemos a ser dependientes emocionales de mi padre.

Volví junto a la mesa, me senté al lado de Maite y le di la mano.

—Le prometo que en unos días estará con sus hijos.

Se le escaparon unas lágrimas ante las que tuve que permanecer sereno para no dejarme influir por su estado anímico y por el nudo que se me había

formado en la garganta tras la conversación con mi madre.

El juez entró en la sala y nos pidió que nos pusiésemos todos nuevamente en pie. Era mi turno para llamar a declarar. Podía haber optado por más testigos, familiares o vecinos, pero con ella era suficiente.

—Llamo a declarar a la señora Maite Jiménez.

La mujer se levantó y tomó asiento, a continuación, frente al micrófono del estrado.

—Comienza el interrogatorio el abogado de la acusación —explicó el juez.

Dejé que el hombre leyera todas las preguntas que había apuntado en sus hojas.

—Señora Jiménez, ¿es verdad que apuñaló usted a mi cliente?

Habíamos acordado decir la verdad, porque esa, como me había dicho mi madre, era la única posibilidad que teníamos a veces de conseguir lo que necesitábamos o nos habíamos propuesto.

—Sí.

—¿Admite, entonces, que intentó asesinar a su marido?

—No —contestó ella, firme y segura, como habíamos ensayado los días anteriores.

—Acaba de decir, no obstante, que sí que le apuñaló. Si no quería matarle, ¿por qué lo hizo? —inquirió.

—Porque me pegó y amenazó con matar a mis hijos si le denunciaba.

Rompió a llorar, eso era algo de lo que no habíamos hablado, pero tenía los nervios a flor de piel y no había hecho otra cosa que preguntarme por los pequeños Pep y Samuel.

—¿Y decidió tomarse la justicia por su propia mano?

—Protesto señoría, no ha lugar —dije.

—Se acepta.

—¿Es cierto que amenazó a su marido con separarse y llevarse a sus hijos donde no pudiese volver a verlos?

—Sí, pero... —dijo ella.

—No hay más preguntas, señoría.

El juez tomó nota y posó, después, sus ojos en mí.

—Su turno, señor Bernabéu.

Dejé los papeles a un lado, quería mostrar seguridad en las preguntas y mantener contacto visual con mi clienta. Era la única manera que tenía de mantenerla con calma. A veces, la inquietud que puede generar un asunto como

aquel, podía llevar el juicio a una catástrofe.

Ví que mi madre había entrado en la sala y se había acomodado en la última banqueta. Me sonrió. No habíamos coincidido nunca en un juicio, a excepción del divorcio. No echaba de menos la sensación que tuve justo después.

—Señora Jiménez, ¿recuerda el verano de 2014?

No le había hecho esa pregunta en las reuniones previas, por eso la pilló desprevenida.

—Sí, fuimos de viaje a París —contestó.

—¿Qué pasó el segundo día? ¿Nos lo podría contar?

Evitó mirar a su marido, pero yo sí que lo hice, le desafié porque no dejaría, mientras estuviese en mis manos, que un individuo como ese pudiera arruinar por siempre el futuro de esa familia.

—Fuimos al parque de atracciones con los niños. Samuel era muy pequeño para subirse a nada excepto al tío vivo —se le trabó la voz—. Me fui con él a hacer cola y dejé a Pep con mi marido —le costó pronunciar esa palabra—. Me subí al caballo con Sam. No hacía más que reírse y... —sabía que esa parte de la historia no era importante, así que se adelantó, era una mujer inteligente que se había visto moralmente sometida al poder que ejercía su marido sobre ella—. Cuando fui a bajarme, no podía con el pequeño, así que un señor, que había subido con su hija, me ayudó a apearme del caballo. Mi marido estaba allí y lo vio. Se acercó, me cogió del brazo y regresamos al hotel pese a que acabábamos de llegar. En cuanto entramos por la puerta del dormitorio... —respiró hondo— me abofeteó delante de los niños.

Se hizo un silencio ensordecedor en la sala. Miré a mi madre, que estaba más acostumbrada que yo a escuchar a diario testimonios como ese.

—Siga, por favor, Maite —le pedí—. ¿Qué sucedió después?

—Pep se echó a llorar, estaba muy asustado.

—¿La había pegado antes alguna vez?

—Sí, pero nunca en presencia de los niños. Por aquel entonces aún era bueno con ellos, era un buen padre, por eso no dije nada —agachó la cabeza.

—Siga con lo sucedido en el hotel.

—Cogió a Pep del brazo...

Le costaba hablar de esa parte, igual que a mí me había costado averiguarlo. Joana me había llamado hacía tres días. Los niños querían hablar conmigo, lo cual me sorprendió bastante. Había sido Pep quien me había contado esa historia que Maite había omitido. Joana había estado presente, así

que tenía el testimonio escrito de la asistenta social, que debió de sentirse culpable por el comentario de la última vez.

—Lo metió en el armario y le encerró ahí durante una hora.

—¿No hizo nada para sacarlo?

—No pude, volvió a pegarme y me quitó al pequeño. Amenazó con que lo encerraría con su hermano, así que le pedí perdón por lo ocurrido en el carrusel, le supliqué que dejase a los niños.

—Cuando les dejó salir, ¿qué hizo?

—Se volvió amable. Dijo que iría a buscar algo para almorzar. Cogió las llaves de la habitación y se fue. Nos dejó encerrados para que no pudiésemos irnos.

—Usted habló con Pep aquel día, ¿verdad? Le hizo una promesa, ¿es cierto?

Abrió los ojos, sorprendida por la pregunta.

—Sí —contestó, sin mentirme.

—¿Qué le prometió?

—Que nos iríamos y nunca más volveríamos —se limpió las lágrimas de las mejillas—. Hace unos meses volvió a pasar algo parecido.

—Y tomó la decisión que no fue capaz de tomar entonces, ¿verdad?

Asintió.

—Estuve buscando un piso y un trabajo. Fui maestra durante muchos años.

—Y le dijo a Pep que escribiera una lista con las cosas que se tenían que llevar, ¿verdad?

—Así es.

Me levanté y le acerqué al juez el testimonio de Joana y la lista de Pep.

—¿Y qué pasó, Maite?

—Él se enteró de lo que había planeado. Aquel día no fue a trabajar. Los niños estaban en casa de mi madre. En cuanto entré por la puerta, me empujó contra la pared de la entrada y me tiró a la cara los papeles que yo había guardado entre la ropa interior. Me insultó y me pegó dos bofetadas seguidas. Después cogió mis llaves, desenchufó el teléfono, cogió mi móvil y me dijo que iría a recoger a los niños a casa de mi madre, que no los volvería a ver. Grité por si alguien me escuchaba, entonces me puso el antebrazo en el cuello y me sujetó contra la pared. Creía que iba a morirme. Habían quedado algunos cubiertos del desayuno sobre la mesa del comedor. Me agité hasta que me liberé. Pude alcanzar uno de los cuchillos y, cuando corrió en mi dirección, no

lo pensé, se lo clavé. Le apuñalé, sí, pero no quería matarle, solo necesitaba que alguien me ayudara.

CAPÍTULO 31

*La derecha escribe mi independencia,
mientras la izquierda es tu lectura
de mis versos y como recompensa, un beso.*

Carlota Caulfield

Carolina me hablaba del viaje que estaba organizando para los dos. Al final, había decidido compartirlo con ella. Nos haría bien alejarnos un poco de los lugares en los que habíamos vivido cosas menos agradables. Puede que en un ambiente más distendido pudiéramos encontrarnos con la mejor parte de nosotros mismos y que, en definitiva, lográsemos comunicarnos como un día hicimos.

Agosto estaba asomando la cabeza y el calor era insoportable. El domingo había llegado rápido aquella semana. Teníamos las ventanas del piso abiertas de par en par. Entraba una brisa suave y esa luz propia de cuando sabes que ya estás de vacaciones. El verano tenía un color diferente al resto de estaciones. Me recordaba a la arena de las playas y el olor del mar. No habíamos ido todavía aquel verano, así que le propuse acercarnos después de comer. Aceptó de inmediato y a continuación se tumbó a mi lado en el sofá, frente al ventilador, que giraba sin cese, y al televisor encendido, que solo veíamos, pero no escuchábamos porque estábamos hablando de los primeros días de septiembre del año en el que nos conocimos.

Hacía poco que había regresado de Madrid. El Madrid de mi época de profesor en la universidad, de los tiempos en los que intenté acercarme a mi padre sin éxito, pero con mucho esfuerzo. Por supuesto, no le había llamado, aunque él lo hacía cada pocos días. Seguía empeñado en fingir que tenía algún interés en recuperar a la familia que, en realidad, nunca había tenido.

Para celebrar la vuelta, había ido con algunos amigos de cerveceros a una terraza de la playa en la que solíamos veranear cuando éramos adolescentes. No tardé mucho en ver a Carolina, tenía una belleza llamativa. Era, como descubrí en adelante, apasionada y atrevida. Siempre me había costado acercarme a las chicas tímidas, quizá porque sentía que debía cuidar de ellas y eso no acababa de gustarme. Tener que estar pendiente de alguien no era mi procedimiento habitual. Prefería que no fuesen dependientes. Ella no lo fue nunca, también lo comprobé con el tiempo.

—Solo te acercaste porque tenía un culo diez.

—Sigues teniendo un culo diez —aclaré.

—O sea, que no lo niegas, admites que fue por eso —dijo, medio indignada.

—Carol, estabas en bikini en la playa y no te conocía de nada, ¿por qué me iba a acercar? Ahora dirás que tú aceptaste mi invitación a tomarte una cerveza conmigo por mi currículum, mi bondad e inteligencia.

Me dio una patada en el empeine.

—Pues claro que fue porque me pareciste atractivo, pero...

—Pero ¿qué? —pregunté—. ¿Quieres que te mienta? —esperé un segundo, no decía nada—. Oh, cariño, quise conocerte porque supe que eras la mujer de mi vida y...

—¡Y eres un idiota!

Me apartó a un lado y se liberó de mis brazos, que la habían rodeado con fuerza.

—Eres un insensible —aseguró.

—Si quieres fingimos que esa noche no nos acostamos, que al principio no fue solo atracción. Pero no sería la verdad, no tiene nada que ver con la sensibilidad, ¿no crees?

Miró hacia un lado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Lo que pasa es que aún no me has perdonado, por eso no paras de lanzarme pullas constantemente.

—Yo no te lanzo ninguna pulla, es mi forma de ser, no te lo tomes todo tan en serio.

—Pues claro que me lo tomo en serio, te quiero, es lo normal.

Me asustó la seguridad y facilidad con la que dijo quererme. Puede que hubiese llegado el momento de perdonar ese error pasado, quizá solo había sido eso, una equivocación. A mí mismo podría haberme pasado y... Y, sin embargo, yo no habría sido capaz de hacerlo. Porque comprendía las

relaciones de otra manera, porque yo sí que la quise lo suficiente.

—Lo siento, no quería hacerte daño —susurró—. Ya no puedo seguir disculpándome, Rafael. Necesito saber si, en algún momento, vas a darme una oportunidad, una de verdad. Tenemos una edad y yo quiero formar una familia contigo, quiero despertarme a tu lado y quiero que podamos ser nosotros sin tener que recordar siempre lo peor que he hecho nunca. Jamás, escúchame —puso sus manos delgadas y finas sobre mis mejillas—, jamás quise hacerte daño. Estaba en un momento muy malo. Estaba confundida y pensé que había encontrado un apoyo que no había sido capaz de ver en ti. No fue culpa tuya, solo mía, y lo lamento en el alma, pero te quiero, con todas las consecuencias.

La atraje instintivamente hacia mi pecho, besé su pelo en repetidas ocasiones y en ese momento la perdoné, sin más, quizá por todo el dolor acumulado que había ido creciendo en mí. No lo sabía con certeza, pero habían sido unas semanas devastadoras a nivel emocional. No podía seguir solo en todo eso en lo que me había sumergido por mi propio pie. No podía seguir alejado de ella, creía que la necesitaba, que podríamos ser aquellos en los que seguíamos pensando en un futuro un tanto alejado aún de ese día presente.

Por todo ello, me levanté del sofá, me acerqué al mueble y de uno de los cajones saqué la copia de las llaves que ella había dejado al marcharse. Seguía llevando el llavero de Mallorca que compró en nuestro primer viaje. Volví a acercarme a ella, me senté a su lado y se las di.

—Si vamos a hacer esto, vamos a intentar que salga lo mejor posible, prométemelo —le pedí.

Nunca me había atrevido a hacerla prometer nada. Era algo que ni siquiera me gustaba que me pidieran a mí, porque las promesas, según cuáles sean, pueden ser muy difíciles de cumplir. Al final, aunque uno no quiera, siempre hay alguien que sale herido, perjudicado en todo ese entramado de juramentos encubiertos de esperanza.

—Te lo prometo, Rafael.

Me besó con tanta ternura que me estremecí. No habíamos vuelto a besarnos así, quizá porque, como yo le dije un día, todavía nos quedaba una conversación pendiente. Puede que esa que tuvimos en el sofá no hubiese sido una conversación propiamente dicha, pero ella se había abierto por primera vez. Me había dado un porqué, que, tal vez, no me quitase algunas de las inseguridades que se me habían quedado grabadas a fuego, pero bastó para devolverme lo que ya no tenía: seguridad en nosotros.

—¿Vamos a dar ese paseo por la playa? —preguntó poco después.

—Todavía es pronto —contesté yo mirando el reloj.

—No importa, podemos comer algo por allí, darnos un baño. Quizá, incluso, deje que me mires el culo.

Me hizo reír la insinuación.

—Está bien, cámbiate y nos vamos —le dije.

—¿Y tú?

—Yo ya llevo el bañador puesto. Voy a sacar el coche del garaje y te espero en la esquina de la droguería, ¿te parece?

Volvió a besarme y se fue hacia el dormitorio. Yo cogí las llaves, la cartera y el teléfono y bajé en el ascensor. Llegué al subsuelo y procuré no pensar en nada más de camino al coche. Estaba sorprendentemente contento por el rumbo que habían tomado las cosas en los últimos días.

Mi madre seguía hablándome de mi padre, de hecho, ellos seguían llamándose. No me gustaba en absoluto, pero hacía un esfuerzo por mantener la calma. Por lo demás, había ganado el caso de la señora Jiménez y ella y sus hijos se habían ido a Ámsterdam, con su hermana. No sabía nada de Sara desde el día que cenamos juntos. Seguía doliéndome que se hubiese alejado así de mí. Le había escrito en un par de ocasiones, sin embargo, había contestado frívola y distante. Puede que yo tampoco hubiese puesto suficiente de mi parte para hacerla saber que me arrepentía de cómo le había hablado en algunos momentos, pero una parte de mí quería alejarse, y más ahora que ella estaba cerca de Lara. Ni siquiera cuando Carlos me llamó fui capaz de contestarle o devolverle la llamada.

Ya no sabía quién era ni por qué huía de esa manera de todo lo que había en Madrid.

Entré en el coche y lo arranqué después de ponerme el cinturón. Encendí la radio y, como si el destino me estuviese culpando de algo mediante señales, regresó la canción de Adele que un día escuché con ella en ese taxi de medianoche. Todas las noches me recordaban a ella, pero solo esa canción conseguía que la recordara saliendo del hall del hotel después de haberme besado.

Salí del garaje sin haberme deshecho de la canción.

No quería pensar en ella. Ni podía ni debía ni me lo merecía. En esos momentos debía de estar haciendo su vida, corriendo de un lado a otro, incluso en domingo. Quizás estaba con el tal Lucas, del que me había hablado Sara y al que había buscado en Google solo por curiosidad.

Debía de...

Me rasqué la frente y se me escapó el aire en forma de bufido.

Vi a Carolina salir del portal del edificio con un vestido minúsculo muy ibicenco y una bolsa de playa enorme. Se estaba acercando al coche cuando sonó el teléfono. Lo saqué del bolsillo del pantalón y vi que era mi madre. Quizá quería preguntarme si iría a comer, ya que solía hacerlo los domingos.

Carolina abrió la puerta al tiempo que yo contesté.

—Dime, mamá —respondí.

Ella se sentó en el asiento del copiloto, dejó la bolsa en la parte trasera, se colocó el cinturón y cambió la emisora de la radio como si algo le gritara que esa canción no era para ella.

Noté un pinchazo en el pecho.

—Hijo, ¿cómo estás? —preguntó cuidadosa.

—Conduciendo de camino a la playa, ¿cómo estás tú? —inquirí mientras quitaba las luces de emergencia del coche y me incorporaba al tráfico.

—En casa, viendo una película —respondió—. Oye, Rafa, me voy a ir unos días a Madrid a ver tu tía Miranda, ¿por qué no te vienes conmigo?

—Mamá...

—¿Qué? Estás de vacaciones y sé que te vas a ir con Carolina dentro de una semana, ¿por qué no puedes hacer algo con tu madre?

—No le des la vuelta a las cosas —le pedí.

—Entonces no hagas que insista, te lo pido por favor. No quiero obligarte a hacerlo, pero tienes que hacerlo. Ve a ver a tu padre.

—¿Tú también irás? ¿De repente seremos la familia feliz que siempre quisimos?

Carolina me miraba de reojo.

—Yo también iré, sí. Te veo mañana a las seis de la tarde en la estación. Deja de comportarte como un niño, Rafael. Es importante...

Y me colgó.

Apreté el teléfono con fuerza. Carolina puso su mano sobre la mía para calmarme, sin embargo, solo consiguió hacerlo la canción, la maldita canción, que empezó a sonar también en esa otra emisora.

Volvía, como si estuviera escrito en algún sitio.

Volvía Madrid.

MADRID
(agosto-septiembre)

CAPÍTULO 32

*¡Oh día grande de la luz eterna!
¡Día sin fin!, la noche en ti no alterna,
quizá va a despuntar tu primer rayo.*

Pablo de Olavide

Los primeros días de agosto me los pasé organizando presupuestos. Los números, que siempre se me habían dado bien pese a haberme dedicado a la parte más pura de las letras, me distrajeron de mi estado de excitación, que no era tan positiva como yo esperaba. Las semanas habían sido intensas hasta puntos insospechados. Había tomado decisiones sin vuelta atrás. Seguía trabajando a media jornada en la editorial, pero había tenido que ceder mi puesto a otro compañero. Aun así, agradecía disponer de ese ingreso mientras la librería tomaba forma. Habíamos calculado que, entre las reformas y el diseño de interiores, estaría lista para mediados de septiembre, lo cual era una muy buena noticia, sin embargo, había días en los que me ponía realmente nerviosa, como ocurrió ese sábado.

Le había dicho a Carlos aquella mañana que me trajera algo dulce al regresar, porque no tenía ni la más mínima intención de salir de casa hasta que no ultimase lo que tenía entre manos. Sobre todo, porque septiembre también sería el mes en el que se iniciaría la gira de firmas de los poetas mexicanos. Debía estar preparada para afrontar el estrés de aquellos días, organizar mi tiempo y aprovechar cada segundo de los fines de semana, no pensar en el dinero que iba saliendo de mi cuenta a borbotones y...

Me levanté decidida de la silla, cogí el bolso y me fui a la calle. No podía soportar ni un segundo más el encierro. Necesitaba respirar, perder de vista el montón de papeles que había dejado sobre el escritorio y encontrarme

de nuevo con la vida. Fui dando un paseo muy largo, quizá más del que podía permitirme con ese calor y con la culpabilidad pisándome los talones.

Estaba a punto de llegar a la Gran Vía, tras coger un autobús y haber andando un poco, cuando sonó el teléfono. Era Lucas y sonreí automáticamente.

—¿Cómo está mi librería favorita? —preguntó de inmediato.

—Paseando mucho y trabajando poco, así está —respondí.

—No todo es trabajar en esta vida, rubia —apuntó.

—Dijo el hombre que no hace otra cosa que trabajar. Ya te vale, ¿eh?

Le escuché reírse al otro lado. Reencontrarme con él había sido algo que nunca hubiese podido llegar a imaginar. ¿Cómo hacerlo estando separados por tantos kilómetros? Lo que me sorprendió, sin embargo, no solo fue encontrármelo en aquel pub al que me había llevado Sara, sino que trajera consigo solo buenos recuerdos y no la sensación de haber dejado algo inconcluso. De repente, mirándole a los ojos, y recibiendo la misma respuesta por su parte, me había dado cuenta de que, aunque breve, había sido algo con principio y fin. Nos habíamos visto tentados a irnos juntos esa noche y las siguientes que él pasó en Madrid y que nos vimos.

Al final, ni siquiera quisimos darnos los teléfonos, tal vez podríamos quedarnos, una vez más, solo con el recuerdo. Sin embargo, habiendo roto la barrera que nos habíamos impuesto nosotros mismos, caímos en la cuenta de que tampoco teníamos por qué renunciar a saber del otro.

—Oye, ¿qué hora es en Melbourne? —pregunté con curiosidad.

—No lo sé, estoy en Londres —contestó riéndose.

—Dime la verdad, ¿vives en el avión?

—Gracias a Dios no, es súper incómodo dormir allí. ¿A dónde vas?

—A ninguna parte en realidad. Tal vez me tome un helado y regrese a casa. Estaba sola. Carlos ha salido con Verónica.

—¿Aún no has hablado con ella? —me preguntó.

Le había contado toda la historia en los días que estuvo en Madrid. Lucas tenía una capacidad innata para escuchar y aconsejar. Me había visto empujada a besarle en más de una ocasión en las noches que nos vimos y vagabundeamos por las calles de Madrid, al tiempo que hablábamos de todo y de nada.

—He ido retrasando el momento, pero si te soy sincera, creo que podría hablar con ella al fin. Ya no me duele tanto.

—Entonces hazlo, seguro que te quitarás un peso de encima. Es muy

liberador desprenderse de algunas cosas del pasado.

—¡Atentos! Acaba de despertar el filósofo... —murmuré.

Me había perdido entre la gente, más turistas que madrileños, que caminaban por la Gran Vía. Puede que hubiese sido el ruido o la cantidad de personas que me rodeaba, pero no le vi al principio. Iba distraída entre empujones y la voz de Lucas, que me traía recuerdos de susurros jadeantes.

Pero entonces, levanté los ojos del suelo y reconocí una camisa ancha de líneas negras que había visto aquella misma mañana. Vi a Carlos, con sus gafas de sol cuadradas y los pantalones color caqui anchos. Miraba y le sonreía a la chica de pelo corto y facciones exóticas que caminaba a su lado, de su mano.

Era Verónica.

—¿Lara? ¿Sigues ahí? —me preguntó Lucas, que debía de haberme contado algo que ni escuché ni mucho menos entendí.

—Sí, perdona, ¿te puedo llamar luego?

—Claro, pero ¿estás bien?

—No sabría decirte. Hablamos después.

Me quedé parada entre la multitud con los brazos a ambos lados del cuerpo y la cara descompuesta. Lucas y Verónica no me habían visto. No se dieron cuenta de que estaba frente a ellos hasta que solo nos separaron tres pasos y estuvieron a punto de chocar conmigo. Su sorpresa al verme les causó el mismo estado de ánimo que a mí.

—Lara... —siseó mi hermano.

Negué con la cabeza mientras mis ojos se habían quedado anclados en el prominente vientre de Verónica.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté con el corazón desbocado y la rabia saliéndoseme por la boca.

—Lara, escucha, no... —Verónica me cogió de la mano y me deshice de su aprehensión de inmediato—. Lara, déjanos explicártelo, por favor —me pidió.

—¿Explicarme qué? Sois unos mentirosos y unos inconscientes.

Carlos dio un paso hacia mí y puso su mano sobre mi hombro.

—Cálmate, ¿quieres?

—¿Que me calme? —alcé todavía más la voz—. Tienes veinticuatro años, Carlos, eres un crío, ¿en qué estabas pensando?

Verónica no dijo nada, pero mi hermano decidió que también estaba en su derecho de dejarse llevar por la ira que debió de causarle que le estuviera

hablando como lo hacía.

—Nadie te ha pedido tu opinión, Lara, ni siquiera eres capaz de dejarnos hablar. ¿Por qué crees que siempre tienes la razón?

—¡Joder, Carlos! —señalé la barriga de Verónica—. ¿Cómo no voy a tener la razón? ¿Por eso insistías tanto en que hablara con ella?

—Sí, por eso. Y deja de gritar en medio de la calle, nos mira todo el mundo.

—¡Me da igual! Que nos mire quien quiera. No me lo puedo creer, de verdad...

Se mezclaban en mi estómago un montón de sensaciones distintas, desde el disgusto hasta la traición. No podía creerme que mi primer sobrino fuese a ser hijo de la novia de mi ex novio muerto. Además, seguía pensando en Carlos, sabía que era mucho más maduro que cualquier otro chico de veinticuatro años, pero no estaba preparado para ser padre. Y ella... ¿Por qué no pudo conocer a otro hombre?

—Voy a ser tía y me tengo que enterar así. ¿Lo saben papá y mamá? —No me moví del sitio.

—Lo saben.

—O sea, que soy la última gilipollas en enterarse de las cosas. ¿Por qué, de repente, te ha dado por mentirme, Carlos? No nos mentimos nunca...

—No te miento, Lara, es que nunca me dejas hablar, no pones de tu parte, no permites que nadie se te acerque y te cuente cómo se siente —señaló a Verónica que agachó un poco la cabeza—. Eres una egoísta.

—Carlos —lo amonestó ella.

Lo cogió del brazo y tiró de él.

—Ya está bien, no te pelees con tu hermana. Tampoco es culpa suya. Debí decírselo hace tiempo, pero he ido dejándolo pasar, mientras esperaba el momento adecuado. Y, como ya no hay momento ni adecuado ni no, creo que debemos hablar, pero no vamos a gritarnos ni a faltarnos al respeto en la calle. Ni en ninguna parte. Por favor.

Me dio rabia que fuese la única que hablase con madurez en aquella discusión.

—No sé si quiero hablar —dije yo, demostrando todo lo contrario.

—Quieras o no, vamos a hacerlo —declaró ella—. Si cuando sepas la verdad, sigues pensando igual sobre nosotros o la situación, estarás en todo tu derecho, no vamos a reprocharte nada. Pero ¿por qué no nos escuchas primero?

Escucharles, saber la verdad. Eso debería haberlo sabido hacía ya meses. ¿De cuánto debía de estar? ¿Sabía ya si era niño o niña? Pensar en la idea de un sobrino me enterneció durante unos segundos, sin embargo, seguí sintiendo un dolor desmesurado en el pecho.

—¿Y cuál se supone que es esa verdad? ¿Que estáis enamorados? Eso ya me lo ha dicho Carlos, y lo acepté, porque nadie puede evitar sentir lo que siente, pero tener un hijo es más que amor, es responsabilidad —hice una pausa—. Y soy tu hermana mayor, por el amor de Dios, ¿por qué no me lo has dicho?

—Porque le pedí que no lo hiciera —contestó Verónica.

—Pero ¿por qué?

—Porque no es el padre.

Tardé en interiorizar esa respuesta. Los dos me miraron muy serios y Carlos asintió como si estuviera contestando a una pregunta que yo me estaba formulando internamente. Él no era el padre, entonces ¿quién?

—Supe que estaba embarazada unos días antes de que falleciese Raúl.

Me costaba respirar, y eso que había sido el principal motivo por el que había salido de casa, porque me ahogaba.

—¿Podemos hablar en privado? —Verónica miraba a las personas que pasaban por nuestro lado.

—Creo que ya está todo dicho.

Me di media vuelta y eché a andar respirando a bocanadas. Escuché como me llamaba Carlos, pero no me detuve ni me di la vuelta. Solo caminé, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón en un puño.

CAPÍTULO 33

*Brindemos por nosotros, por ellos, por ninguno;
por esta siempre nada de nuestros nunca cuerpos;
por todos, por los menos; por tantos y tan nada;
por esas sombras huecas de vivos que son muertos.*

Julia de Burgos

Encontrarme al día siguiente a Lucas en la puerta de mi piso me dejó sin palabras, ni siquiera encontré las necesarias para invitarle a pasar. Recordaba parte de lo que había pasado después de encontrarme a Carlos y a Verónica. Había ido al bar que había cerca de mi casa y me había dedicado a beber en compañía de Sara, que había accedido pese a que era sábado. Se nos unieron algunas de mis amigas, a las que llamé también. No les conté por qué estaba como estaba, decidí omitirlo, pero necesitaba saber que si me daba un coma etílico habría alguien de confianza cerca.

Después de beberme cinco botellines de cerveza y algún que otro Vodka, me acompañaron a casa y me dejaron en la cama. Carlos no había vuelto y no estaba segura de que regresase esa noche, probablemente tardaría unos días en volver. Sabía que se había ido llevando algunas de sus cosas a casa de Verónica. Había crecido sin que me diera cuenta. Tenía una novia que estaba a punto de ser madre del hijo de otro hombre, uno del que me había enamorado y que había estado conmigo durante años. Lo aceptaba y parecía ser feliz. Carlos ya no era el niño que se vino a Madrid conmigo. Ya no lo sería nunca más.

Mis amigas se habían ido después de ofrecerse a quedarse. Les dije que no hacía falta y aproveché la soledad de las siguientes horas para llamar a Lucas. Sonó dos veces hasta que me contestó.

—¿Estás bien? —preguntó nada más escucharme.

Le conté todo muy por encima, balbuceé, en realidad. A lo que estaba haciendo en aquellos momentos no se le podía denominar hablar.

—¿Estás borracha?

—Bastante —admití comiéndome alguna consonante.

—¿Dónde estás? ¿Has llegado a casa?

Por su tono de voz parecía preocupado. Creo que era algo propio de su familia, me dio esa sensación la noche en la que conocí a su hermano Ricardo. Demasiado educados y amables. Transmitían una sensación de hogar que no había tenido antes. Quizá, exhumando alcohol incluso por las orejas, triste, sola y tan lejos del cariño que un día tuve de las personas que se alejaban sin parar, de una manera u otra, acabé hablando más de lo que hubiese querido.

—Después de aquella noche, no hice otra cosa que pensar en ti —admití.

—Me halagas, ¿tan bien estuve?

Se rio restándole importancia porque sabía que estaba en un estado de embriaguez en el que cualquier cosa podría salir de mi boca.

—Y entonces, cuando ya he asumido que solo era un bonito recuerdo que no había que mancillar, reapareces como si nada, con lo grande que es el maldito planeta, tenías que estar justo en el mismo lugar que yo, a la misma hora, ¿por qué?

—Hablas bonito incluso cuando estás bebida.

—Pero contéstame.

Estiré de las sandalias hasta que logré sacármelas de los pies. Las tiré en una esquina. Después me desabroché los pantalones y fui hasta el cuarto de baño. Me lavé la cara con agua fría mientras Lucas pensaba una respuesta que pudiese satisfacer a una borracha a las dos de la mañana.

—No lo sé. Estaba allí. ¿Hay alguna lógica para que pueda contestarte de manera racional?

—¡Exacto!

Escupí un poco de agua contra el espejo al decirlo. Cogí una toalla y me restregué con ella. Agradecería después no llevar maquillaje aquel día.

—¿No te parece que eso tiene algún porqué?

—¿Por qué no me lo explicas tú?

Volví al dormitorio, eché la colcha a un lado y me dejé caer sobre las sábanas fresquitas aún con la ropa puesta.

—Mira, no nos dimos el teléfono aquella noche precisamente para no sentirnos tentados, ¿verdad? Sabíamos que se estropearía si nos

arriesgábamos, ¿no?

—Supongo, sí.

—Y ahora es como si el destino nos dijera que nos equivocamos. Nos ha empujado hasta este momento.

Me aparté el pelo de la cara a manotazos. Le escuché suspirar al otro lado del teléfono.

—Lara, lo hablamos cuando estuve en Madrid, ¿lo recuerdas? Llegamos a la misma conclusión que la primera vez. Con la diferencia de que, esta vez, nos mereció la pena mantener el contacto. Y no me arrepiento, pero ¿cómo íbamos a intentarlo en la distancia?

—¿Y por qué no? Hay muchas parejas que lo hacen, tampoco vamos a perder nada.

No sabía ni lo que estaba diciendo. Mi yo sensato jamás hubiese barajado esa posibilidad, quizá porque sabía que, siendo yo como era, no sabría cómo gestionar los sentimientos en la distancia. Me había apenado, incluso, irme de México y dejar a los amigos que había hecho allí. ¿Dónde quedaba, en una relación, la intimidad, las confesiones y el contacto de las miradas, de la piel y de la rutina?

Pese a todo esto que vi con perspectiva, aquella noche no había forma de hacerme entrar en razón.

—A ver si me he enterado, ¿me has colgado esta tarde el teléfono porque te ha entrado la duda existencial de si podríamos intentar algo formal a más de diecisiete mil kilómetros?

Suspiré.

—No, te he colgado porque he visto a mi hermano con Verónica paseando de la mano. Y he descubierto que ella está embarazada, ¿qué te parece? —dije con voz de no creérmelo todavía.

—¿De tu hermano? —preguntó él, igualmente sorprendido.

—No, de Raúl.

—¡Hostia puta! —articuló.

Me reí porque nunca, en ninguna de las ocasiones en las que habíamos hablado, había dicho una sola palabra malsonante.

—¿Y cómo estás?

—Borracha, ¿no lo ves? —pregunté.

—Mujer, verlo no lo veo, lo puedo intuir eso sí. Ahora entiendo por qué dices las cosas que dices.

Me cambió la expresión de la cara de inmediato. Así que pensaba que lo

que yo pudiera sentir por él, por ilusos que fuesen esos sentimientos, solo eran fruto del dolor que me había causado descubrir el secreto mejor guardado de la historia de la humanidad. No niego, claro, como ya he dicho, que la cantidad de alcohol ingerida me hiciese hablar más de la cuenta y acrecentase mis ganas de creer que también había algo bueno para mí en alguna parte.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que has tenido un mal día, nada más —explicó él, aunque era evidente que le hubiese gustado añadir algo del tipo: «Por eso dices las estupideces que estás diciendo».

—Mejor hablamos mañana, empiezo a estar mareada.

Era una mentira a medias, sin embargo, comenzaba a sentirme herida en el orgullo. Cualquier hueco escavado bien hondo hubiese sido adecuado para meter la cabeza y no sacarla en una buena temporada.

—Está bien, descansa y procura serenarte mañana, ¿vale?

—Sí.

—Y no me des la razón como a los tontos, anda. Tampoco te enfades, si sabes que estoy en lo cierto —añadió.

—Sí —volví a decir yo.

—Buenas noches, rubia.

—Buenas noches, Lucas —susurré antes de colgar.

Me quité la ropa como pude y me quedé semidesnuda en la cama. El dolor de cabeza ya estaba asomando en las sienes y me pinchaba. Me levanté y encendí la luz. Saqué de un cajón un montón de fotos que tenía junto a Raúl y empecé a mirarlas. Algunas ya ni las recordaba. Eran tan lejanas en el tiempo... ¿Se parecería el bebé a él o a ella?

Él siempre quiso tener hijos, me lo decía a menudo. Entraba en sus planes de vida. Yo también quería, por eso alguna vez habíamos especulado con la idea de ser padres, quizá de gemelos. Hubiesen sido rubios como yo, con sus labios y mis ojos, su sentido del humor y mi amor por los libros. Nos gustaba ese juego porque demostraba que queríamos más del otro que una mera relación pasajera. Al final, eso mismo fue, pero cada instante junto a él había traído muchas cosas que se quedarían por siempre en mi vida. Al principio pensé que solo serían la música y los lugares que había descubierto a su lado, sin embargo, ahora habría más. Ahora mi hermano estaría allí cuando su hijo naciese, a lo mejor le llamaría papá, a lo mejor...

Y yo me había peleado con Carlos. Tuve un miedo atroz al pensar que, tal vez, algún día tendría sus propios hijos y yo no podría estar cerca para

demostrarle que cualquier cosa que le hiciese feliz también me alegraría a mí.

Lloré mucho esa noche, otra de tantas que pasé en vela, deseando que las cosas que me habían sucedido fuesen un mero sueño del que podría despertarme al amanecer, cuando la oscuridad no cayera como balas envenenadas sobre mí. Sin embargo, no era ninguna pesadilla, no en un sentido literal.

Estuve tumbada en la cama hasta que dieron las seis de la mañana. Me incorporé con cuidado intentando no marearme más de la cuenta. Pocas veces me había emborrachado a lo largo de mis veintiocho años. Asimilaba muy mal el alcohol.

Me acerqué a la cómoda y saqué ropa interior limpia, unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Ese día sí que no saldría de casa. Fui al aseo, encendí el grifo y esperé un poco a que el agua se volviese tibia. Odiaba el agua fría por las mañanas. A cualquier hora, en realidad.

Miré instintivamente hacia el espejo y sonreí un poco. Ahora que hacía tanto calor y ya no había agua hirviendo tampoco había nombres en el cristal. Aunque no hubiese aparecido de haberse llenado el cuarto de vaho. Había limpiado el espejo hacía tiempo. Pero, visto lo visto, borrar lo que se puede ver no significa que también desaparezca lo que guardamos en algún lugar en el que no hay forma de quitarlo.

Me duché y me sentí mejor, limpia y un poco más despierta. Preparé café y un vaso grande de agua fría con limón. Me bebí los dos brebajes para ver cómo me sentaban y, al ver que no iba a devolverlos, comí algo. Después fui hacia el escritorio. Me costó concentrarme, esperaba que el ibuprofeno hiciese efecto pronto.

Decidí poner algo de música en el *iPod*, eso me distraería hasta que lograra situarme una vez más. ¿Quién me había mandado salir de casa el día anterior? Con lo bien que estaba yendo el presupuesto y el diseño de la librería.

Miré los bocetos que había hecho en una vieja libreta naranja. Me la había regalado una de las becarias de la sede de Madrid.

Había hecho esbozos de cómo quería que fuese cada una de las partes, lo que me gustaría que hubiese en sus paredes, en la entrada. Todo, al detalle. Solo me hacía falta un diseñador de interiores que se ocupase de convertir las ideas del papel en realidad. Darles forma física y dejarme soñar, por primera vez, estando despierta.

Pasé las hojas y cuando quise darme cuenta eran las diez y media de la

mañana. Miré el teléfono y tomé una decisión. Ya no sabía qué era prudente y qué no, pero esta vez, como había hecho en muchas otras ocasiones, también daría mi brazo a torcer. Eso entraba en los planes. Ser hermana mayor implicaba comportarse como tal.

Llamé a Carlos.

Saltó el buzón casi al momento. No supe si dejar un mensaje o no, pero al final me armé de valor. Aunque estuviera enfadado conmigo, y tenía todo su derecho, era Carlos, sabía que también debía de ser difícil para él tener que verse en esa situación.

—Por favor escucha el mensaje —fue lo primero que dije—. Lo que voy a decirte es fácil de comprender: te quiero. Sin más. Entiendo por qué no me lo dijiste y comprendo que estés enfadado. También lo estaría si me viese en la misma situación que tú. Soy tu hermana y jamás querré que seas infeliz. Quiero hablar con Verónica. Díselo, por favor. ¿Podemos cenar algún día de esta semana entrante los tres?

Sonó el pitido justo cuando acabé de decir la última palabra. Aunque no tenía una respuesta ni una reacción por su parte, sí que me sentí mucho mejor.

Me levanté de la silla para ir a por una botella de agua. En el camino del comedor a la cocina, alguien tocó al timbre. Quizá era alguna de mis amigas, que preocupada, había decidido venir a hacerme una visita.

Contesté al telefonillo y habló una voz masculina que no reconocí hasta que me dijo el nombre.

—Soy Lucas.

Coloqué el dedo sobre el botón de abrir, pero me costó asimilar que estuviera allí.

Abrí la puerta y le escuché subir por las escaleras. Claro, ¿cómo iba a subir en el ascensor tres pisos? Seguro que eso también contaminaba el planeta de alguna manera.

Apareció muy poco después, debía de haber subido las escaleras de dos en dos escalones, con esas piernas tan largas que tenía. Dio un último paso y me sonrió. Que estuviera en Madrid, justo frente a mí, me hizo sentir menos estúpida por la llamada que le había hecho en plena madrugada. Pero, como he dicho antes, no fui capaz de decirle nada. Se acercó un poco, me dio un beso en la frente y un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con los ojos aún como platos.

—Recuperar la noche en México, espero.

CAPÍTULO 34

*Es tarde.
Uno escribe su vida en un poema,
analiza el amor
y se acostumbra
a seguir como está, junto a tu cuerpo
que quizá me recuerde todavía
desnudo entre las sábanas.*

Luis García Montero

Lucas estaba apoyado en la mesa de la ventana con la taza de café que le había ofrecido en la mano. No había dicho gran cosa desde que había entrado en el piso. Cabía en este punto una escena de pasión desenfrenada, pero ambos sabíamos que ya habíamos jugado a ese juego. Ahora había cosas de las que hablar, por lo menos una vez; conversaciones que había que abrir o cerrar definitivamente. Dado que había hecho un comentario que me había descolocado más de lo que ya estaba, decidí que no estaba de más ser yo la que le preguntase a qué se refería con esa declaración de intenciones.

Me senté en el sillón que siempre ocupaba Carlos y me dije a mí misma que tenía que mirar el teléfono después, por si había contestado.

—¿Qué significa que quieres recuperar la noche en México?

Le dio un par de vueltas a la taza y después movió la cucharita, pensativo.

—Lara, ¿tú consideras que estamos enamorados?

—¡Pues claro que no! —me reí y él hizo lo mismo—. Oye, si es por la llamada de anoche, olvídalo, ¿sí? No sé qué se me pasó por la cabeza... —dije.

Dejó la taza encima de la mesa y se quedó mirando por la ventana.

—Bonitas vistas —declaró. A continuación, siguió hablando—. ¿Piensas que podríamos enamorarnos?

—Eso no lo puedo ni pensar ni saber. Es más, si me lo preguntas, es que no.

—¿Por qué? —inquirió sin comprender a qué me refería.

—Porque imagino que tendrías una intuición o la ilusión de intentarlo sin hacer tantas preguntas.

—Me surgieron las dudas después de colgarte —admitió.

—¿Por eso has venido?

Me miró al fin y sonrió de la única manera que sabía: con dulzura.

—En parte —dijo primero—. También he venido porque podía y me dio la sensación de que fui borde. No quería que te enfadases por algo que en realidad no merecía borrar lo que, a mi parecer, fue perfecto.

Le devolví la sonrisa y le invité a sentarse a mi lado.

—No estoy enfadada, ni siquiera sabía qué estaba diciendo.

Se colocó en el hueco que había dejado libre y tiró de mis piernas para colocarlas sobre las suyas como había hecho también en el bar del *Inn of Anasazi*.

—Creo que dijiste en voz alta algo que hemos pensado en algún momento. El «y si» famoso. Yo también lo he pensado, no te creas. Siempre me ha costado sincerarme, encontrar la complicidad que nosotros tuvimos, no solo en la cama, sino también en las otras cosas.

Asentí y me acurruqué a su lado. Quería lo que él decía, claro que mis ensoñaciones calladas habían sopesado las probabilidades que había de que lo que duró una noche se convirtiese en algo más. De hecho, también quise aferrarme a eso la madrugada que me lo encontré de frente en Madrid. Aún recordaba la sensación de verle y de sus manos en las mías. Nuestra conexión era muy especial, pero, quizá solo era eso, conexión, y nunca podría ser amor, por mucho que lo intentásemos.

—Tú mismo dijiste anoche que nos separaban la friolera cantidad de diecisiete mil kilómetros. Ni el mejor wifi del mundo podría hacernos sentir lo que sentimos en Santa Fe, y en el fondo lo sabemos.

—Sí, pero ¿y si todos los días fuesen como esa noche?

—¿Perfectos y especiales?

Nos miramos un segundo y nos echamos a reír.

—Eso será irrepensible, Lucas. Los dos somos conscientes, ojalá todo

fuera más fácil —me acurruqué a su lado.

—Si viviéramos en una de tus novelas, seguro —manifestó él.

—A lo mejor.

—¿Y si me quedase una temporada en España? Podríamos vernos, probar...

Le coloqué un par de dedos sobre los labios para que se callase. Nos estábamos dejando llevar por la magia que no se repetiría. Guadalupe me lo dijo un día, hay vidas que duran una noche, unas cuantas horas, unos minutos. Las recuerdas por entero, sin embargo, no puedes revivirlas. Tú mismo eras diferente, las circunstancias lo eran. Se dio como quiso Dios, o el destino, o el universo. Se dio una vez y siempre será única e irrepetible. Eso me había dicho ella, aunque yo me negaba a creer que sería irrepetible.

—Lucas, una vez me dijiste que quisiste querer a una chica. No quieras quererme, ¿vale? Cuando llegue la adecuada, estoy segura de que no tendrás que esforzarte, no habrá preguntas que te limiten a la hora de sentir. Ni siquiera la distancia se interpondrá.

—De día eres sensata —expuso con una sonrisa amplia—. Me gustas más de noche.

—¿Ves? No hubiésemos durado juntos ni medio minuto.

Me abrazó más fuerte. Me pregunté si nos estábamos equivocando, si no habría una manera de comprobar hasta cuándo puede durar el fuego o la chispa que surge entre dos personas. El nuestro parecía haberse quedado entre las paredes de aquel hotel. ¿Por qué no había sentido lo que la propia Guadalupe me dijo que sentía cada vez que veía al hombre del que se había enamorado? Sin miedo y sin rencor, pese a que ya no estaban juntos. Sin preguntas, sin impedimentos, siendo, como si no hubiese pasado el tiempo, los de antes.

En el sillón, abrazada a Lucas, me di cuenta de que solo nos conocíamos de noche, que habíamos compartido momentos vívidos y habíamos conocido al otro, cómo era y sentía en Santa Fe, pero quedaban muchísimas partes de nosotros mismos que no conocíamos, que no sabíamos si nos gustarían. Además, ¿quién iba a renunciar, con el tiempo, a su trabajo? Yo estaba inmersa en él, tanto en la editorial como en la librería, y él... él había escogido Melbourne sin darse cuenta. Quizá al principio estuvo aturdido, pero incluso cuando se dio cuenta del error cometido con su madre, no fue él quien regresó, sino ella la que se fue a su lado. Yo nunca podría haber hecho eso por él. No lo había hecho por Raúl. Quizá no le quise suficiente.

—Estás triste —me susurró.

—Sí que lo estoy, Lucas. Más que nunca, pese a que debería ser un momento feliz —le expliqué en voz baja, apoyada en su pecho.

—¿Has hablado con tu hermano?

—Le he dejado un mensaje en el contestador —le conté—. ¿Crees que debería haber reaccionado de otra manera?

Me acarició el pelo.

—El problema de las reacciones es que no se pueden controlar. Reaccionaste movida por los sentimientos del momento, creo que totalmente lícitos, por otra parte. No digo que toda la culpa la tengan ellos, ¿eh? Tenías que haber hablado con Verónica antes.

—Lo sé. Ahora lo sé, pero me da miedo que sea demasiado tarde —sentí los ojos llorosos—. Carlos lo es todo para mí, Lucas. Lleva ocho años viviendo conmigo. Lo hemos compartido siempre todo y, en muchas ocasiones, ha ejercido de hermano mayor, aunque ese fuese mi papel. Siempre ha intentado cuidarme y no sé si yo he logrado hacer lo mismo por él.

Me acunó como si fuese una niña pequeña.

—Escucha, estoy convencido de que tu hermano te quiere por encima de todas las cosas. Lo sé porque yo también soy el pequeño en mi casa. Ricardo se independizó pronto, pero yo me quedé. Teníamos la posibilidad de estudiar en nuestra ciudad, no es el mismo caso que el tuyo, no nos tuvimos que ir. Una parte de mí siempre le echó en cara que no se hubiese quedado a apoyarme tras el divorcio de mis padres, pero ¿qué culpa tenía él? Siempre estuvo para mí, aunque ya no viviese en casa. Nunca me cerró las puertas de la suya. Es la persona a la que más admiro y quiero, y no creo que Carlos piense diferente de ti, puede que por eso le duela tanto que reniegues del hombre en el que se está convirtiendo.

—Odio que además de guapo seas buena persona, ¿lo sabes? Es que no es justo, de verdad que no lo es.

Me hizo cosquillas de la forma en la que también lo hizo en el pasado.

—Sabes que tengo razón. Pocas veces digo cosas tan sensatas. Has hecho lo que debías, ahora dale tiempo y deja que sea él quien se acerque a ti cuando esté preparado. Hazte a la idea, no obstante, de que puede que tarde, ¿eh?

—Estaba empezando a asumir que dejaría el nido y se mudaría con ella. Eso lo he ido asimilando cada vez que preparaba una bolsa con cosas, se las llevaba a su piso y no las traía de vuelta. Creo que lo hizo así por mí, para que no sintiera que, de pronto, me estaba quedando sola.

—Vivir solo no es lo mismo que estar sola, cariño. En realidad, puedes

vivir con alguien y sentir muchísima más soledad.

Me encogí en mi esquina del sillón y apoyé la cabeza contra el cabecero.

—Lo que me da miedo es que se mude y perdamos la confianza y las confidencias.

—Si eso ocurriera, que lo dudo mucho, seguro que le llamarás a media noche, preferiblemente borracha, y se te ocurrirá una manera de que viniera a verte —dijo irónico.

Me hizo reír y eso ayudó a que me destensase un poco.

—¿Y si salimos a comer? —me preguntó.

—¿No podemos comer aquí? Es que estaba concentrada en el trabajo...

—¿Y quién se supone que va a cocinar?

—Tú, claro, yo voy a seguir mirando los bocetos para el diseño de la librería.

—Tienes suerte de que sea un cocinero muy bueno, que si no me iba ahora mismo. Menuda anfitriona estás hecha, ponerme a cocinar y a fregar platos —se quejó.

—Nadie ha dicho nada de fregar platos, pero si insistes, no te voy a decir que no.

Me dio un cachete en el culo y miró hacia la puerta de la cocina.

—Por lo menos podrías venir a trabajar aquí —sugirió.

Acepté la propuesta. Cogí las carpetas y un bolígrafo y le pasé la mano alrededor de la cintura.

—Gracias por venir, Lucas. Me gusta que estés aquí.

—Nunca antes me había salido tan caro acostarme con alguien, de verdad te lo digo. No sé si me compensa.

Se me escapó una carcajada y él dejó de fingir que le molestaba la tarea que le había asignado. Era, sin lugar a dudas, una de las personas más maravillosas que había tenido la suerte de conocer.

Quería seguir sabiendo de él cuando se fuese, conocer qué sería de su vida con el paso de los años, en quién se convertiría o de quién se enamoraría. Tendría que ser alguien increíble si todavía no había experimentado nada parecido.

Quería tenerle cerca y esperaba que tuviésemos la oportunidad de reencontrarnos con el pasar del tiempo, que este nos trajera siempre de vuelta el recuerdo de quienes nos permitimos ser en Santa Fe.

CAPÍTULO 35

*¿Cómo vive esa rosa que has prendido
junto a tu corazón
Nunca hasta ahora contemplé en el mundo
junto al volcán la flor.*

Gustavo Adolfo Bécquer

Pasé los días trabajando y esperando una llamada, y con la espera se iban las semanas de agosto. Las noches eran de lágrimas y canciones que me hiciesen llorar un poco más. No podía dormir y ya no quería seguir acudiendo a mis padres para saber si Carlos estaba bien o no. Solía ir hasta la puerta de su habitación, me asomaba y veía la cama hecha, en la que llevaba mucho tiempo sin dormir, veía las luces y las sombras y recordaba su risa cuando solía encontrarme espiándole.

Pero se había ido y yo estaba cada vez más lejos de aquel dormitorio y también de las paredes del piso. Quizá almacenaba muchos recuerdos de gente que debía empezar a sentir de otra manera. Aunque, ¿cómo iba a ponerme a buscar piso en medio del caos en el que estaba instalada? Debía dejarlo estar por el momento. Asumir que la vida no puede darnos siempre lo que esperamos de ella en el momento en el que realmente necesitamos que lluevan las señales. Seguía siendo esa persona, la que tenía un plan, sin embargo, ya no tenía el mapa. Tampoco quería recuperarlo.

Me pasé por el local a mediados de agosto. Las obras ya habían empezado y me gustaba ver cómo iría tomando forma, aunque aún no había localizado a un diseñador de interiores que reuniese todos los requisitos que yo buscaba. Ser demasiado exigente tenía muchos contras. Pero iba a construir ese sueño solo una vez. Quería vivirlo durante el tiempo que la sociedad me lo

permitiese, durante los meses o los años en los que no me fallesen ni la ilusión ni la fuerza.

Sara pasó por allí a mediodía, justo cuando estaba a punto de irme a comer una ensalada ya preparada y seguir ocupándome de mi trabajo en la editorial. También tenía que llamar a Sebastián y a Vero, les había pedido el favor de que diseñasen el rótulo de la entrada con el nombre.

Me dio un abrazo fugaz y sonrió al ver lo rápido que estaban trabajando los obreros.

—¿Cómo estás, pequeña? —me preguntó.

—Menos agobiada, aunque con mucho trabajo, ¿cómo va la organización de la publicidad?

—Estupendamente, en cuanto me pases el logo en el que están trabajando tus editores podremos seguir manos a la obra. Casi literalmente —le dijo a uno de los albañiles que colocaba los ladrillos de un muro bajo y desigual que habría justo en la entrada.

—¿Has venido solo por eso?

—Y para invitarte a algo fresquito, que este calor es insufrible.

No me convenció del todo, sin embargo, me apetecía beber algo y hablar un rato con ella, siempre conseguía animarme. No había conocido a nadie más trabajador que Sara, ni siquiera se había cogido vacaciones ese año. Aunque algo me decía que también era por el hombre con el que se estaba viendo. Él pasaría el verano en Madrid y era un buen momento para dar pasos más importantes.

Cogí mi bolso y me despedí de los trabajadores.

Fuimos buscando un sitio con sombra o aire acondicionado. Dimos con uno poco después, cuando ya no podíamos soportar más el sol, que nos abrasaba y nos hacía desear vivir en una ciudad con mar.

—¿No vas a salir de Madrid ni siquiera dos días? —me preguntó en cuanto nos hicimos con una mesa.

Negué con un murmullo mientras me recogía el pelo en una coleta alta.

—Hay mucho trabajo aquí, además, sigo esperando a que Carlos se pase por casa. Sé que ha ido cuando no he estado, faltan algunas de sus cosas, pero...

Me tendió una mano por encima de la mesa y me dio un apretón suave que me devolvió parte de la sonrisa. No sabía dónde la había perdido. No había forma de recuperarla, aunque me esforzase.

—¿Y no crees, por eso mismo, que te vendría bien irte un par de días?

Podrías ir a hacerles una visita a tus padres. Los pueblos siempre quitan el estrés que causa la ciudad. Yo me iría si tuviese uno.

—Lo he pensado, no te creas.

—Sí, ya veo lo mucho que lo has pensado —me dijo arqueando las cejas.

Pedimos dos jarras de sangría fría al camarero y no entretuvimos comentando los avances de la librería y criticando los cambios que habían hecho en el elenco de actores de una conocida serie de televisión. Tenía un curioso presentimiento que me hacía creer que Sara había ido a decirme algo más importante y no hacía más que retrasar el momento de hacerme saber aquello que me desestabilizaría un poco más de lo que ya lo estaba. Si es que eso era posible.

Cuando llevábamos cuarenta minutos de reloj hablando sin parar, pero sin decir nada, decidí que era un buen momento para sonsacarle la información que ella, por sí sola, no pronunciaba en voz alta, cosa que me extrañaba bastante, porque si había alguien que me había dicho todas las verdades a la cara, esa era Sara.

—¿Y bien? —formulé.

—¿Qué?

Fingió que no sabía a qué me refería. Hacía pocos meses que nos conocíamos, y, sin embargo, había aprendido a saber qué significaban cada uno de sus gestos. Me ocultaba algo que, según me parecía, era de mi interés. No sabía si me gustaría más o menos, pero, desde luego, tenía que saberlo.

—¿Solo has venido para beber sangría y hablar de *El secreto de Puente Viejo*? Porque si es así, me parece bien, pero me huele a chamusquina —le expliqué.

—¿A chamusquina? Pero ¿cuántos años tienes? Deja de hablar como una abuela.

—Y tú deja de intentar distraerme —le pedí.

Al final, dejó escapar un suspiro que la delataba. Había estado en lo cierto. Apartó la jarra de su lado y me miró como si le apenara lo que estaba a punto de contarme. Se rascó la ceja izquierda un tanto nerviosa.

—Suéltalo ya, anda, que me estás poniendo histérica con tanto silencio —exigí con una sonrisa de circunstancias en los labios.

Se tomó un minuto más para encontrar la forma adecuada de decírmelo. De repente, en el momento exacto en el que estaba a punto de beber un poco de la sangría, me quedé con la jarra suspendida junto a la boca porque por fin habló.

—Rafael está en Madrid.

«Reacciona, Lara».

Coloqué la jarra sobre la mesa con cuidado, agaché un poco la mirada y me quedé mirando el plato de frutos secos que nos habían dejado en el centro de la mesa.

Estaba en Madrid. ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? Seguramente era por trabajo y... No tenía que importarme ni que hubiese venido a la ciudad —cualquiera podría hacerlo— ni que, aún después de todo ese tiempo, no se hubiese acercado a...

«¿A qué, Lara? Hiciste el mayor ridículo de tu vida dejándote llevar por un sentimiento, por la sensación de que había algo entre los dos cuando él ya estaba con otra. Una de tantas», me decía mi parte racional.

—Tendrá trabajo —fue lo único que dije.

—Lleva aquí tres semanas —concretó ella de inmediato—. Y sí, tiene mucho trabajo. Llevábamos tiempo sin hablar, si te soy sincera.

Fruncí el ceño porque esa información la desconocía. De hecho, había tenido que poner mucho de mi parte para no preguntar ni a Sara ni a Carlos cómo estaba Rafael. Había encontrado la forma, permaneciendo al margen y fingiendo que él, como otros hombres, acabaría pasando por mi vida como una ráfaga de aire.

—¿Estabais enfadados? —pregunté.

—Más o menos. Tuvimos una cena un tanto comprometida. Él creyó que le estaba atacando y yo me sentí un poco mal por algunas cosas que dijo. Puede que por la manera en la que lo hizo —me contó.

—Lo siento mucho —y era verdad—. Me alegra que lo hayáis aclarado.

—Me llamó él al poco de llegar aquí.

Así que hacía tres semanas que sabía que Rafael estaba en Madrid. No podía molestarme que no me lo hubiese dicho antes, quizá pensó que era lo mejor, tras lo sucedido y viendo el momento en el que estaba, pero, entonces, ¿por qué me lo contaba ahora?

—¿Hay algo más que me quieras decir, Sara? —inquirí.

—No, nada en concreto, solo que está aquí, por si...

—¿Por si qué? —la corté de repente.

Fue algo maleducado por mi parte hablarle de aquella manera. ¿Qué culpa tenía Sara de que yo me sintiese como me sentía?

—Olvidalo —me dijo—, no tenía que haber dicho nada. Ni siquiera sé por qué sigo insistiendo en lo mismo después de la reprimenda que me llevé la

última vez.

Me incliné un poco hacia delante y sé que mi cara fue un auténtico poema, pero de los claros, de los que se entienden de inmediato.

—¿La última vez?

No recordaba haber discutido con ella en ninguna ocasión sobre ese tema, así que, o me estaba perdiendo algo o estaba perdiendo la cabeza y era incapaz de recordar las cosas que hacía y decía.

—No importa.

—Sí que importa —insistí yo—. Sara, ¿qué está pasando?

Sacó su teléfono, la vi buscar algo en la agenda, extrajo una libreta y un bolígrafo del bolso y apuntó un número de teléfono. Después arrancó la hoja y me la dejó sobre la mesa.

—Nunca llegaste a pedírmelo. Me imagino que aún no tienes su número de teléfono, así que aquí te lo dejo. Se va a quedar una temporada —siguió explicándome, haciendo caso omiso de lo que acababa de decirle.

—¿Y eso me interesa porque...? —insistí yo por mi parte.

—No lo sé —se limitó a decir—. Yo ya he cumplido con mi parte de sobra. Sentía que tenía que decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque me ha estado preguntado por ti, pero él no te va a llamar, ni va a ir a verte, ni te va a buscar, Lara —concluyó.

—¿Tengo que hacerlo yo?

—No es eso lo que digo, no se trata de que tengas, si no de que quieras o sientes de quieres hacerlo. En cualquier caso, tú ya sabes por qué no va a ponerse en contacto contigo.

—Si te soy sincera, Sara, yo ya no sé nada. Ni tengo intención de hacer ningún esfuerzo en saberlo. Estoy convencida de que es un buen hombre, pero no somos iguales y...

—Mira, Lara —fue ella la que me interrumpió esta vez—, si algo he comprobado a lo largo de los años es que a veces hay que tragarse el orgullo y darse cuenta de que la perfección no existe. Todos nos equivocamos. Puede, incluso, que la situación no sea la mejor en algunas ocasiones —tomó aire—. Le he dicho que te llame y deje de preguntarme. Tenéis que veros.

Guardé silencio un segundo y después miré el reloj disimuladamente.

—Tengo que irme ya, Sara, ¿nos vemos otro día para ultimar lo de las invitaciones de la inauguración?

Soltó un suspiro.

—Sí —contestó.

Me puse en pie, cogí mis cosas y me quedé mirando el papel que había dejado sobre la mesa. Dejé de respirar un segundo y al final lo cogí y lo guardé en el bolsillo del pantalón. Le acaricié el hombro a Sara al pasar por su lado y nos despedimos con un hasta luego.

Necesitaba irme.

¿Por qué las cosas tenían que ser tan difíciles?

CAPÍTULO 36

*Yo ya no sé
qué se puede decir y estoy hablando
que se puede alentar y estoy pensando
en no sé qué figuras desvaídas.*

Oscar Ferreiro

Abrí el buzón con la idea de encontrarme varios recibos del banco, que me recordaban que la tranquilidad que había tenido hasta la fecha iría mermando con el paso de los meses. En efecto, mi sucursal bancaria se había encargado de enviarme no solo las facturas, sino también información sobre cuentas de ahorro. Suspiré y fui mirando los sobres de camino al ascensor. Casi los pasaba de manera automática, hasta que, sin darme cuenta, descubrí una caligrafía que hacía tiempo que no veía.

Salí del ascensor, abrí la puerta del apartamento con una sonrisa amplia en los labios y cuando estuve a punto de dejar el resto de sobres encima de la mesita de la entrada para leer la carta de Guadalupe, vi a Carlos sentado en el reposabrazos del sillón. Me miraba fijamente. Estaba relajado parecía que fuese el mismo chico de siempre, el que solía esperarme cuando llegaba de trabajar los primeros años que él seguía siendo estudiante.

—Carlos —susurré.

Se puso de pie, se mordió el labio, un poco más nervioso, y se encogió de hombros.

Me quité el bolso y lo dejé encima de una silla junto a todo lo que llevaba en las manos. Hacía algunas semanas que no lo veía, lo encontré más delgado y un poco más moreno. Podía haberme quedado donde estaba, pero ya había dado el paso en otras ocasiones. Sara me había dicho hacía unos días,

aunque en otro contexto, que había que tragarse el orgullo. Puede que él todavía no fuese capaz de hacerlo, pero yo ya no sentía que hubiese nada que me asustase más de lo que lo había hecho perderle.

Me acerqué a él y lo abracé con tanta fuerza que se tambaleó un poco hacia delante. Poco después, cuando asimiló la sorpresa, pasó los brazos alrededor de mi espalda y apoyó su cabeza sobre la mía.

—Lo siento mucho, Carlos, de verdad. Lo siento —dije, al borde del llanto.

—Yo también, Lara.

Me dio un beso en la mejilla y nos separamos sin soltarnos las manos. Me había echado a llorar, no había podido reprimir por más tiempo los sentimientos y la pena que me había causado estar alejada de él.

—Ha sido un momento muy *dramaqueen* —murmuré.

—Todo lo que te rodea lo es —aclaró él.

Volví a abrazarle y cuando, de nuevo, nos apartamos, pregunté por ella.

—¿Y Verónica?

Me di cuenta de que le sorprendió que pudiera pronunciar su nombre sin palidecer o poner cara de asco.

—En casa, el bebé ha estado muy inquieto estos días —explicó, aunque con cuidado de que no me molestase la parte referida al niño.

—En ese caso, que descanse es lo mejor —cogí aire—. ¿Has venido a por tus cosas? —pregunté intentando que no se siguiera sintiendo incómodo con la situación.

—No, quería verte. He pensado que, tal vez, querrías venir a cenar con nosotros después.

—Me encantaría, Carlos —dije.

—¿Pero? —indagó él, precavido.

—No hay peros. Me encantará cenar con vosotros.

Puso cara de no entender nada. Fue él quien volvió a abrazarme. Puede que se diera cuenta de lo desesperada que estaba por solucionar la situación y poder reconciliarme. Me dio la sensación de que él también parecía sentir lo mismo. Tal vez Lucas no estaba tan equivocado en lo que me había dicho.

—¿Me ensañas la librería? ¿Podemos pasar antes de ir a casa de Verónica?

No sé por qué me relajó escucharle decir que la casa era de ella. Quizá porque intuí que aún no estaba listo para irse del todo, y eso, aunque fuese un poco egoísta por mi parte, me hizo sentirme a salvo de la amenaza de

quedarme sola.

—Claro. La reforma está hecha, pero queda toda la decoración. No sé qué hacer.

Entrecerró un poco los ojos y asintió como si entendiese perfectamente a qué me refería.

—Seguro que se podrá solucionar —me dijo en tono conciliatorio. Era como si se refiriese a algo más—. ¿Y el dinero?

Esa era otra cuestión de la que no quería hablar. De momento, lo había cuadrado de tal manera que podía seguir manteniendo ese piso.

—Bueno, lo básico lo puedo pagar —le dije—. Pero no hablemos de eso ahora. Me cambio porque Madrid parece un horno estos días, y nos vamos, ¿sí?

Pasé por su lado de camino al dormitorio y me cogió del brazo interrumpiendo mi paso.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, ya lo sabes.

—No te preocupes, Carlos, no me hubiese arriesgado de no tenerlo bajo control —admití.

—La señora que todo lo comprueba dos veces.

—Y tres y cuatro —me reí yo.

—Sea como fuere, ya lo sabes —me recordó.

Asentí y pude irme, más emocionada de lo que quería admitir. Me cambié la camiseta, pasé por el baño para mojarme la cara y me fui con Carlos.

Pasamos por la librería, donde estuvo aproximadamente quince minutos mirándolo todo al detalle. Siempre le gustaron esos programas de televisión de reformas, a lo mejor tenía algo que ver con que trabajase en una inmobiliaria.

—Tiene una luz increíble este sitio —corroboró mientras miraba el techo—. Me extraña mucho que el dueño no lo alquilase antes, se lo podrían rifar.

—Creo que los hados estuvieron de mi parte —murmuré.

—Tal vez fue una señal, ¿no te parece? —manifestó, aunque yo sabía que él no creía en esas cosas.

Para Carlos, la vida estaba libre de complicaciones que tuviesen que ver con aquello que no se podía tocar.

—¿Y cómo se va a llamar?

Me llevé el dedo índice a la boca.

—¿No me lo vas a decir?

—Por ahora, es un secreto. No quiero gafarlo, están trabajando mis

compañeros mexicanos en un diseño espectacular —le expliqué.

Se rio como solía hacer cuando pensaba que me había vuelto loca por completo.

Bajamos las persianas del local y nos perdimos entre la gente. Tenía muchas cosas que preguntar, que necesitaba saber antes de poder cenar con ellos. Para normalizar la situación, primero tendría que aprender a hablar de lo que me daba tanto miedo.

—¿Os conocíais de antes? —pregunté sin darle más vueltas.

Carlos andaba a mi lado con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones chinos color gris. Llevaba, además, una camisa blanca muy ancha. Últimamente siempre vestía así. Bromeé internamente sobre si él también estaba embarazado. En mi vida, cualquier opción comenzaba a parecerme válida.

—No, la vi por primera vez en el funeral —contestó.

Hice una señal con las manos que indicaba: ¿y bien? Miró hacia un lado y se rio como el crío enamorado que era.

—¿Quieres todos los detalles? —formuló.

—Todos los que pueda saber siendo tu hermana, sí —aseguré.

—Me la volví a encontrar dos días después, ni más ni menos, en un restaurante en el que suelo comer con mis compañeros de trabajo. Se acercó a saludar y a preguntar cómo estabas.

Me sorprendió que yo fuese el primer tema de conversación que habían tenido.

—Me dejó su número de teléfono cuando le dije que trabajaba en una agencia inmobiliaria. Ya sabes que, a veces, preparamos algunos pisos piloto para que los compradores se hagan una idea de cómo podría ser la casa y...

—Carlos —chasquéé los dedos—, sabes que me apasiona tu trabajo...

Me dio un empujón que me movió del sitio.

—¿Qué quieres saber? ¿Cuándo empezó?

Me encogí un poco de hombros. No iba a obligarle a contármelo si él no sentía que podía.

—Fue un par de semanas después. La llamé y la invité a comer. Estuvimos hablando de Raúl, de cómo había sucedido todo. Me contó que quería darte unas cosas, las que al final te envió por correo postal, y también me dijo que estaba embarazada.

Arqué las cejas y me detuve en medio de la calle.

—¿Lo supiste desde el principio?

—Sí, Lara, no me ocultó algo tan importante. Me gustó cómo era. Es buena, amable y sincera. Seguimos viéndonos hasta que decidimos dejar de perder el tiempo. Sé que no es la situación más fácil de todas, no soy imbécil. Esa es una de las cosas que más me dolió de tu reacción.

Aparté los ojos de los suyos.

—Lo siento.

—Ya lo sé —me pasó el brazo por encima de los hombros—. Intenté alejarme de ella al principio, pensaba un poco como tú: que yo era joven y ella iba a ser madre. Por no hablar de la situación.

—De mí.

—En efecto. Tú eras nuestra principal situación. Sabíamos que iba a ser muy complicado una vez que te lo dijéramos. Ya nos pareció difícil que descubrieras que estábamos saliendo como para confesarte que estaba embarazada de tu ex novio.

Me apoyé en su pecho mientras andábamos.

—Me asusté y me preocupé muchísimo.

—Lo entiendo, con el tiempo me he dado cuenta, pero sabes que sigo pensando que quizá podrías haber tenido un poquito más de empatía. Y yo podría haberte contado las cosas y no ocultarte parte de la verdad.

Nos quedamos un poco en silencio porque los dos habíamos reconocido nuestra parte de culpa, que no era poca en ambos casos. Nos habíamos equivocado de diferente manera, pero los errores nos habían llevado al mismo sitio.

—¿Tú qué has hecho todo este tiempo sin mí?

—No sabría por dónde empezar, la verdad —dije entre dientes.

—¿Qué tal si me cuentas quién es el tal Lucas Santamaría con el que Rafael me ha dicho que estás saliendo?

Me quedé con cara de gilipollas y se dio cuenta de que no entendía qué me estaba queriendo decir con ese comentario.

—¿Rafael?

—Está en Madrid.

—¿Sigue en Madrid? —pregunté.

Asintió un poco confundido.

—¿Qué pasa, Lara?

Ojalá hubiese sabido qué contestar a esa pregunta.

CAPÍTULO 37

*Me visto para la luna
que influye sobre mi único enamorado.
Como Endimión, yo también la espero.*

Teresa Agustín

Primero le escuché toser desde mi habitación, después oí los pasos de su mujer, que se acercaba y le decía que tenía que respirar. Me di la vuelta en la cama y dejé que pasasen esos cinco minutos que solían durarle los ataques. Los primeros días me había asustado, solía salir del dormitorio y acercarme hasta el suyo para comprobar que estaba bien. Cuando vi que había poco que pudiera hacer y que me dejaba extenuado emocionalmente verle cómo estaba, dejé de acudir, sin embargo, no podía evitar permanecer con los ojos abiertos hasta que toda la casa volvía a su estado de quietud habitual.

Se me habían ido los planes por la borda, se habían precipitado hacia el fondo de un océano del que no sabía si podría recuperarlos.

Había ido a Madrid coaccionado por mi madre y su insistencia en que debía hablar con mi padre. Supongo que movido por la preocupación que estaba viendo en ella y el extraño comportamiento que había adoptado mi padre, decidí quitarme esa obligación de encima. ¿Quién iba a pensar que no solo no podría librarme de ella sino que, además, aumentaría con el paso de los días?

Descubrir que mi padre tenía cáncer me causó una sensación de angustia que no comprendía. De repente, comencé a recordar pequeñas cosas buenas de mi infancia que me impedían ser indiferente a su estado de salud. La otra parte de mí, quería alejarse y dejarlo vivir sus últimos días de la manera que eligió hacía años. Es más, después de recibir la noticia, durante una cena que

aborrecí, decidí regresar a Barcelona. Sin embargo, al ver que mi madre se quedaba, me pregunté si estaba haciendo algo mal yéndome de aquella manera.

Así que acepté quedarme un día y otro más. Al final, había pasado casi un mes. Había pasado de vivir en el hotel a hacerlo en la casa de mi padre; de planear unas vacaciones con Carolina a hablarnos por mensajes y llamarnos de vez en cuando; a tener medianamente claro lo que iba a hacer con mi vida a no tener la más mínima sospecha de dónde estaría al día siguiente.

Mi padre era dueño de uno de los bufetes de abogados más importantes de España. Sabía que el mío no podía llegar a comparársele y no me importaba, pero, cuando me dijo que su intención era que fuese yo quien se quedase con todas sus acciones, un ochenta y cinco por ciento del negocio, volvió a temblar la tierra bajo mis pies. ¿Cómo iba a hacerme cargo de su negocio y del mío a un mismo tiempo? No me estaba pidiendo nada a cambio, eso sí, solo quería que el esfuerzo que le había llevado crear aquello no se quedase en agua de borrajas. Pero ¿y qué pasaba conmigo?

Mi padre se moría y yo estaba firmando su muerte en cada uno de los documentos que su notario me ponía delante, mientras él respiraba a duras penas. No me gustó en absoluto esa sensación, como ninguna de las vividas durante esas semanas. Si creía que mi anterior viaje a Madrid había dejado huella, este iba a ser inolvidable. Me sentía desorientado. Madrid me atravesaba como una ballesta que se me clavaba por todos los costados del cuerpo.

Mi padre se moría a dos habitaciones de mí y yo era incapaz de perdonarle, pese a que me había quedado para acompañarle en ese último tramo en el que se debatía entre luchar o rendirse. No había sido capaz de encontrar esa paz interior que requiere tenderle la mano a quien más me había herido. Admiraba a mi madre por haberlo hecho, por haberse podido sentar junto a él y su mujer en aquella cena, por la forma en la que le había cogido la mano por encima de la mesa y por cómo él se había echado a llorar con ese gesto.

Nunca antes había visto llorar a ese hombre que ahora parecía haber recuperado parte de su humanidad. Ni siquiera cuando se marchó de casa le vi derramar una lágrima, aunque supiese que nos estaba perdiendo. Pero en esos días de verano lloraba con la caricia de la mujer con la que un día se casó y tuvo a su único hijo. Mi madre me lo explicó después. Me dijo por qué esa noche fue capaz de encontrar la manera de dejar de lado el dolor y el rencor. Por mí. Porque seguía siendo mi padre y, pese a que no le debía nada, sintió

que merecía saber que había hecho algo bueno por ella.

La vida se me quedaba grande a cada minuto, al igual que las reuniones interminables, las calles, la gente. Se me quedaban grandes las discusiones que empezaba con Carolina cuando me preguntaba cuándo iba a volver, y también se me quedaba grande ver a mis amigos de Madrid, Sara y Carlos, porque los dos tenían una cosa en común y comenzaba a dolerme no saber de ella. Tampoco entendía por qué.

Aquella mañana me acerqué a ver a mi padre antes de irme a trabajar. Entré en su habitación sin hacer ruido. Me sentía un poco más relajado si le veía respirar. Me senté en su lado de la cama y me quedé mirándole durante un minuto largo.

—Cuando eras pequeño también hacías eso —me dijo sin abrir los ojos.

—¿Qué? —pregunté.

—Venir a mirarnos dormir. Te quedabas un rato y después te ibas.

No recordaba que hiciese nada de eso, pero le dejé hablar con la poca fuerza que le quedaba. Estaba delgado y apagado por completo. No quedaba ni rastro del hombre duro y recto de los últimos años. Había momentos en los que ya ni tenía claro si alguna vez existió.

—Descansa —le dije antes de levantarme.

Tendió la mano hacia mí y logró rozarme los dedos. Abrió al fin los ojos y me miró.

—Siéntate, hijo, quiero hablar contigo.

Pero ¿qué más quería decirme? ¿Acaso quedaba alguna cosa más por aclarar? ¿Alguna noticia de la que no había sido informado? Ya no podría asumir nada que no fuese bueno. Necesitaba algo positivo en mi vida, algo que me calmase, que anulase las dudas y los remordimientos.

—Rafael —susurró—, hijo, ¿eres feliz?

Cometí, tal vez, el mayor acto de fe que he hecho en toda mi vida. Confié en mí y me eché a llorar como el niño que ya no era. No sabía si estaba llorando por él, por la pregunta o por mí. ¿Por qué demonios contestaba a su pregunta de aquella manera?

—No, papá —murmuré—. No los soy.

Estiró la mano hacia mí y la cogí entre las mías con cuidado de no hacerle daño.

—¿Por qué?

No le miré en ningún momento. Tenía la sensación de que estaba hablando con la voz de mi cabeza, con alguien que podría encontrar las

respuestas a las preguntas que yo, ni siquiera, me había atrevido a plantearme.

—No lo sé —contesté.

—Claro que lo sabes. Todos sabemos qué nos hace infelices, otra cosa es que seamos capaces de ponerle un nombre.

Interrumpió lo que me estaba diciendo porque empezó a toser.

—Si es por el bufete, no quiero que te preocupes. Vende las acciones, ya no me importa. Si hay otras cosas, solucíonalas. Estás a tiempo, Rafa, tú no tienes que ser como yo. Ya has visto cómo acaba esta historia. Tú puedes escribir otra diferente, puedes ser mejor. Ya lo eres, en realidad.

Seguí sin decir nada. Solo quería levantarme e irme, no escuchar una palabra más. No porque no tuviera razón, sino porque estaba en lo cierto, porque, por primera vez, estaba ejerciendo de padre.

—Tu madre dice que quieres volver a Barcelona, ¿es eso verdad?

—Sí —respondí.

Ya no lo tenía tan claro, en realidad, no por mi padre, sino por aquello que ya había dejado pendiente la vez anterior que me fui de Madrid. Sin embargo, también tenía algo pendiente en Barcelona.

—Pues vete, si eso es lo que te hace feliz, no lo dudes ni un instante. Vete y sé el hombre que has escogido ser.

Dejé su mano con cuidado sobre la cama.

—Hablaemos después, ¿vale? Ahora duerme.

—¿Te vas a trabajar después de lo que me has dicho? —me preguntó.

—Eso hiciste tú.

Ví en sus ojos que le había hecho mucho daño el comentario en sí y todo lo que escondía detrás de esas tres palabras, pero ya no podía remediarlo. Había algo en mí que le echaba en cara haber tenido que dejarlo todo por él cuando él había escogido esa vida lejos de todo lo que en realidad debía importarle.

Al salir del dormitorio, me crucé con su mujer, unos pocos años mayor que yo. No habíamos hablado salvo para darnos los buenos días. Solía llegar tarde del trabajo a propósito, para no tener que fingir que ahora todo lo que había en esa casa también formaba parte de mi vida. Sí, de mi vida puede, pero no de mi familia. Tenía una necesidad creciente de dejar eso claro.

Cogí el coche de mi padre y de nuevo me sentí como si fuese él, pese a que acababa de decirme que no tenía que ser como él. Supongo que, a veces, es la vida la que escoge por uno. No hay manera de huir de lo que nos tiene deparado el destino. El mío no me gustaba nada, andaba poniéndome trabas,

zancadillas metafóricas que me obligaban a ir en contra de lo que había decidido.

Le di un puñetazo al volante, cogí aire y lo dejé salir como Carolina me había enseñado en una de sus clases de yoga. ¿Yoga? Sí, incluso a eso había accedido con tal de que todo fuese mejor o por lo menos posible.

—A la mierda con todo.

Cogí el teléfono mientras salía del garaje y llamé a mi secretario.

—¿Fabián? Compra un billete de ida a Barcelona. El que salga hoy, por favor —le pedí.

—¿Con acompañante?

No sé por qué dudé, ya que me iba solo, pero aun así hubo un segundo de incertidumbre en el que no supe qué contestar.

—No, para mí —acabé diciendo.

—¿Con fecha de regreso?

—No lo sé —fui sincero—. No lo sé, Fabián.

—En seguida me encargo, se lo envío por *email* —dijo mientras le escuchaba teclear.

Un buen muchacho, no sé qué hacía trabajando con los amigos de mi padre, que eran de todo menos amables y comprometidos con las buenas causas. Yo no era ningún santo. Había tenido que sacar de algún apuro a delincuentes en potencia, pero había elegido ser de otra manera. El dinero no lo era todo. Al menos para mí.

Dejé el móvil sobre el asiento del copiloto y giré a la derecha. Justo en ese momento el semáforo se puso en rojo. Detuve el coche y me quedé mirando al frente pensando en qué le diría a Carolina al llegar esa noche a casa, sin avisarla. ¿Qué esperaba ella de mí? ¿Qué esperaba yo de todo lo que me estaba pasando?

Cerré un segundo los ojos y apoyé la frente en los nudillos. Escuché un claxon que me hizo reaccionar. Dejé de lamentarme. Metí primera y volví a la carretera, donde tenía que estar. Giré dos veces a la izquierda y seguí recto hacia la Gran Vía. Otro semáforo entorpeció el buen ritmo que había conseguido, es decir, ir como un autómata. Eso era lo único para lo que servía en aquellos días.

Mientras esperaba, me distrajeran los viandantes, el ruido y el calor de finales de agosto. Eché una ojeada al otro lado de la calle. Había vuelto la gente, las vacaciones se estaban acabando y Madrid recuperaba el ruido y la vida. Y allí, justo en el centro de donde surge la música al andar deprisa y al

suspirar las inseguridades, volví a verla, a punto de cruzar el paso de peatones en el que yo esperaba.

Llevaba un pantalón vaquero corto, deshilachado, con una camiseta naranja anudada por encima del ombligo. El pelo suelto, igual de largo que la última vez, aunque un poco más rubio, debía de habersele aclarado durante el verano. Le brillaban los ojos, sin gafas de sol, y la sonrisa y la piel, un poco más morena. Carlos iba a su lado y debía de estar contándole algo muy divertido, porque ella no paraba de reír, siguió haciéndolo hasta que ya no pude verla. Incluso cuando estuvo, durante medio segundo, frente a mi coche, cerró los ojos al no poder evitar las carcajadas. Fue breve el instante, pero hubiera jurado que miró en mi dirección y que nuestros ojos se encontraron, aunque, tal vez, después de tanto tiempo volvían a ser unos extraños que no se reconocieron en la distancia del tiempo y de las sensaciones dejadas atrás en noches lejanas.

El semáforo cambió y arranqué de inmediato, sin buscarla con la mirada en la dirección en la que la había visto marchar. Conduje hacia la estación de trenes y no pude evitar preguntarme cuándo sería capaz de olvidarme de la primera vez que vi su nombre escrito en el espejo, de cuando la escuché reír desde México, de cuando apareció aquella noche... La primera última noche del condenado fuego que no se apagaba. Mi vida ardía con lo bueno y lo malo, pero prendía lo bueno como la gasolina. Prendían las risas, las miradas, los trenes, las casas habitadas por extraños, los desconocidos, el trabajo, la familia, el amor o la falta de él.

Prendía la vida y la muerte y yo seguía en el fuego de un nombre.

CAPÍTULO 38

*Se fue el día,
las escamas del sueño giran.
Todo desciende,
la noche es el tedio.
En el desierto, a oscuras,
temerosa del amor
la ostra llora a solas.*

Blanca Varela

Cuando el primer lunes de la última semana de agosto llegué a la librería, pasadas ya las ocho de la mañana, me encontré con Verónica en la puerta. Llevaba un maletín inmenso colgado del hombro y varios tubos de cartón debajo del brazo. Contemplaba a través del amplio cristal, con una sonrisa radiante en la boca, el interior del local. No había tenido ocasión de invitarla todavía. Ni siquiera me había atrevido a comentarle que estaba buscando un diseñador de interiores cuando ella lo era. Después de todos los malos entendidos, prefería ir con pies de plomo y no poner en peligro la situación actual, a la que me costaba acostumbrarme, aunque menos de lo que pensé en un principio.

—Buenos días.

La sorprendí, me di cuenta por el brinco que dio al escucharme.

—¡Lara!

Se acercó y, a pesar de los bártulos y del vientre abultado, me rodeó con el brazo que le quedaba libre. Cada vez que repetía ese abrazo, recordaba la sensación de tranquilidad de la primera vez.

—¿Cuánto te queda para salir de cuentas? —pregunté sin apartar los ojos

de la curvatura de su cuerpo.

—Un par de semanas. Estoy hinchada como un globo y muy cansada. El bebé no me deja dormir nada —me contó.

—¿Por qué no quieres saber qué es?

Negó con la cabeza como si fuese una niña pequeña.

—Prefiero que sea una sorpresa. Me basta con saber que está sano —explicó.

Yo le di la razón, porque eso, sin dudas, era lo más importante.

—¿Qué haces aquí tan temprano? Esta zona está lejos de tu oficina —le recordé como si ella no lo supiese ya.

Se quedó un segundo en silencio y después, al tiempo que se mordía una uña, me dijo:

—¿Podemos entrar?

—Claro que sí.

Saqué las llaves del bolso, abrí la cerradura de la persiana metálica y la levanté. Encendí una de las lámparas al entrar, ya que a esas horas de la mañana aún no entraba luz suficiente. Hacia las diez la propia tienda parecería una lámpara.

—A ver...

Fue dando vueltas por el espacio, inspeccionándolo todo, cada esquina, pared y baldosa. Cada metro cuadrado entraba por sus ojos como un lienzo en blanco. Era inevitable no darse cuenta de que estaba dibujando muebles en cada rincón. Me apoyé en una mesa que había instalado en el local hasta que pudiera darle al fin forma a lo que había garabateado sobre el papel.

Verónica vino hacia mí con los brazos en jarras, postura que me pareció divertida dado su estado. Sonreí y ella me devolvió la sonrisa, aunque no supiese en qué estaba pensando en ese momento. Se acercó a donde estaba yo, dejó las cosas encima de la mesa y, después, se colocó frente a mí.

—Lara, tengo algo que proponerte. No quiero que te enfades, ya sé que no hemos empezado de la mejor manera —comenzó a hablar—. Mira, me consta que estás estresada y preocupada porque no has encontrado a un decorador que se ajuste a tu presupuesto y a tus ideas, y yo, en estas noches de insomnio que estoy sufriendo, y habiéndole pedido a Carlos que le sacase unas fotos a tus bocetos, me he tomado la libertad de prepararte una propuesta.

Hice ademán de hablar, pero extendió una mano hacia mí y me pidió que guardase silencio, de una forma muy educada, todo hay que decirlo.

—No tienes que sentirte en la obligación de decir que sí, aunque del

disgusto pueda parir aquí mismo, pero deja que, por lo menos, te enseñe lo que he hecho. A lo mejor no es de tu gusto y no deja de ser algo parecido a lo que ya han podido mostrarte otros compañeros del sector, pero Raúl hubiese querido que hiciese esto, lo sé.

Se le empañaron los ojos al decir su nombre. Procuré mirar hacia otro lado para no contagiarme de recuerdos.

—Está bien, ladrona de bocetos, vamos a ver qué has hecho —pedí.

Me quité de la mesa y la dejé expandir sus cosas después de abalanzarse sobre mí en el que sería el segundo abrazo del día, aunque no el último, mucho me temía.

Comenzó abriendo planos, enseñando dibujos digitalizados, encendiendo su tableta para mostrar imágenes en 3D de la librería. Después sacó catálogos de muebles, tejidos y elementos decorativos.

—Vale, vamos a empezar por el espacio del que disponemos, ¿te parece? —yo asentí, todos comenzaban de la misma manera—. Es un sitio grande, unos setenta metros cuadrados dan para crear un sitio familiar, pero a la vez con variedad. Me gusta, sobre todo, que no se trate de un local rectangular, hay huecos que podemos potenciar y a los que podemos sacarles muy buen partido.

Me enseñaba sobre el plano una parte que se intuía desde la entrada y que hacía esquina a la izquierda, pasado el mostrador. Era un rincón que también me había gustado muchísimo. Nos vio a Raúl y a mí darnos algunos besos años atrás.

—Me encantan los bocetos, podrías quitarme el trabajo si quisieses.

Me reí porque las dos sabíamos que no dibujaba nada bien, aunque las ideas que había detrás de las rayas mal hechas me gustaban y solía llenarme de ilusión y ganas de convertirlo en lo que andaba buscando.

—He pensado que era mejor digitalizar algunas cosas y que te hagas una idea de cómo puede quedar más o menos, ¿quieres verlo?

—Sí, por favor.

Me había apoyado sobre los codos y prestaba atención a cada cosa que me mostraba. Al principio, la imagen era un giro en trescientos sesenta grados del local tal cual estaba en esos momentos, tras la reforma. Después, a medida que Verónica seleccionaba una parte u otra, comenzaron a aparecer cosas. Así fue como me fui quedando sin habla.

Nada más entrar se veía el muro de ladrillos rojos que ascendía desde el metro y medio hasta el metro ochenta en forma de escalera. Había pensado que era un buen lugar para colocar libros y algún jarrón de flores, como los que

había visto en *Inn of Anasazi*. Verónica había captado la esencia de los detalles hasta un punto insospechado. La parte baja de ese muro, al igual que la parte de la caja, conectaba con una doble puerta pequeña que se abría con solo empujarla. Me gustó el color que había escogido. Un marrón casi anaranjado que entraba en armonía con las flores, los grabados del jarrón y el mismo ladrillo del muro.

Pasamos a la izquierda, en el espacio que quedaba en la entrada, antes de atravesar las portezuelas. Allí se encontraba el recibidor. Había escogido el mismo color de las puertas para la mesa. Había colocado una caja registradora, otro jarrón, diferente al anterior, con unas espigas de tallo largo, una campanita de hoteles antiguos y una hucha de ayuda a la lectura, un proyecto que habían iniciado, no hace mucho, antiguos compañeros de carrera. Al fondo, en una esquina y en otra, había estanterías de libros, todas asimétricas. Sobre una de ellas había un cactus y sobre la otra una gran bola de nieve con varios molinos.

La miré, y sé que me brillaron mucho los ojos porque me pasó un brazo alrededor de los hombros y me atrajo hacia ella. No me aparté, me dejé envolver en la calidez del momento y en la emoción de ir viendo que lo que hacía unos meses hubiese sido algo inimaginable ahora parecía estar volviéndose real.

Del techo del espacio donde estaba la caja, colgaban algunas estrellas pequeñas, un globo aerostático de juguete, un avión de madera y un barco del mismo material.

—¿Son las cosas de Raúl? —pregunté.

—He pensado que podríamos hacerle un hueco y... Sé que este sitio era importante para los dos. Quiero que, algún día, mi hijo o mi hija tenga un lugar donde poder encontrarse con su padre, aunque ya no esté. Pero esta ha sido una idea mía y la podemos omitir...

La cogí de la mano y negué con la cabeza.

—Es donde tienen que estar.

Se limpió un par de lágrimas de las mejillas, y, por primera vez, conecté con ella. La manera en la que le había querido, pese al poco tiempo que habían estado juntos, era incomparable a como yo lo hice. Iban a ser padres y él no llegó a saberlo. Ahora ella iba a tener siempre algo de él, algo tan importante que nada ni nadie podría arrebatárselo jamás. Era normal que quisiese que su pequeño tuviese un lugar de referencia para sus días de niñez y de madurez, lo que aún me extrañaba era que no le importase que ese lugar también fuese mío.

Si era sincera conmigo misma, en realidad, hacía demasiado tiempo que ese sitio era de demasiada gente. Era de todos.

—Quiero que en la pared del fondo esté escrito el nombre de la librería con la misma caligrafía que está diseñando la otra Verónica.

—Por supuesto, en cuanto la tengas, pásamela. Dos Verónicas, ¡menuda suerte la tuya, ¿eh?!

Se rio con mucha honestidad y acabé por acompañarla en esa carcajada.

El paseo virtual nos permitió atravesar las puertas para pasar al lado derecho del muro. En el suelo, sobre las baldosas blancas, había una alfombra de los colores típicos de las pinturas rupestres. A un lado de la alfombra había un sillón de terciopelo verde y a la derecha una mesita esbelta y redonda, con un diseño vanguardista muy bonito, y el mismo tipo de madera. Sobre ella, al acercarse, estaba expuesto un libro de visitas junto a una pluma. Justo detrás de ella, un árbol.

—Verónica, ¿podríamos introducir los árboles? Los dibujé porque me gustaba mucho la idea, pero no sabía si sería posible —me llevé un dedo a la boca y antes de que pudiese contestarme, añadí—. Y todas las cosas que has puesto, ¿crees que se podrían conseguir? Porque me gustan así, tal cual están.

Asintió.

—Tengo un amigo que trabaja en jardinería y, al explicarle cuál era la esencia, me ha dicho que hay diversos árboles que pueden crecer en interiores sin que se mueran. Desde un ficus hasta un olivo.

—¿Esto es un ficus? —señalé.

—No —sonrió—. Es una *Pachira aquatica*. Crece en zonas pantanosas de México.

Me guiñó el ojo y yo tuve que hacer un esfuerzo porque no me temblasen las piernas. México había sido muy importante para mí. La culpa de que yo estuviera creando ese proyecto de la nada era de mucha de la gente que había conocido allí.

—Aunque no se vea en el plano virtual, desde la entrada, incluso desde el exterior, se vería. Va a llamar mucho la atención. Tenemos pensado poner una más grande —interrumpió el discurso—. Si te gusta y nos das el visto bueno, claro.

No dije nada, estaba sobrecogida. Cada cosa que veía me producía una emoción indescriptible. Ahí, entre esas paredes, habría en muy poco tiempo, infinidad de palabras, pero yo no encontraba ninguna para ponerme una etiqueta.

Siguió acercando la imagen. Desde la *Pachira aquatica* hasta la pared donde estaba el sillón, había diferentes estanterías, algunas más anchas, otras más estrechas; unas más altas, otras más bajas. En sus estantes, además de incontables libros, también había objetos de diversa índole. Una cámara fotográfica, también de Raúl, un bote de bengalas y un puzle sin acabar de Zaragoza.

Sonreí de oreja a oreja y me llevé una mano a la boca para mantener a raya un poco más las lágrimas. Por favor, no quería mostrarme tan débil en un momento de tanta alegría.

Seguí contemplando los detalles. Encima de esas estanterías, en la pared, colgaba otra, que ascendía en forma de escalera hasta el techo. Y hablando de escaleras, justo detrás del sillón había una, que permitía llegar a los libros más altos. Las hojas de la *Pachira* tapaban algunos de ellos y daba un aspecto mágico al lugar. Del techo, además, colgaban varios pájaros de madera y unas campanas en forma de tubo, que, según me dijo Verónica, al soplar el aire reproducían el canto de las aves.

Movió la pantalla hacia la izquierda del sillón. Allí había una estantería rectangular, repleta de diccionarios, y justo a su lado una pared negra.

—¿Qué es eso?

—Una pared de pizarra —me contestó.

Le dio a un botón y automáticamente aparecieron un montón de garabatos, dibujos y una frase: «Solo nosotros sabemos estar distantemente juntos», Julio Cortázar.

—Es un lugar entretenido para los niños, pero también para los lectores en general. Se puede limpiar al final del día y le da personalidad a la librería. Sé que no estaba entre tus ideas, por eso he reservado otro tipo de estanterías para ese hueco.

—Me gusta tal y cómo está, Verónica, es...

Me encogí de hombros y no dije nada más. Observamos el resto de estanterías que había junto a la pizarra. Las más grandes de la librería. Llegaban hasta el techo y estaban arqueadas en el extremo superior. Encima, rodeándolas, estaban escritos, con unas letras muy divertidas de madera, los géneros. Había colocado, además, un par de mesitas pequeñas, junto a unas sillas, y otra alfombra parecida.

—¿Hasta aquí bien?

No me atreví a mirarla, pero hice un aspaviento con la cabeza que indicaba que sí.

—Solo nos queda la parte izquierda que no se ve desde fuera.

Seleccionó una opción de la pantalla y la imagen se movió al instante. Lo primero que apareció fue la pared en blanco. En ella comenzaron a dibujarse letras de distintos tamaños y fuentes, palabras que conectaban unas con otras y formaban parte de algunos de los libros más destacados de la literatura universal. Desde Miguel Hernández, pasando por Gabriel García Márquez hasta llegar a Benedetti o Neruda.

A continuación, surgieron, a un lado y a otro, dos estanterías grandes. En el centro, varias mesas de una sola pata, altas y enjutas tomaron el protagonismo. También apareció una pequeña zona con cafeteras y tazas y un estante de libros viejos con el rótulo «intercambio».

—¿Era así como lo querías? —inquirió Verónica.

Tampoco pude contestar. Cada detalle, por insignificante que hubiese parecido a ojos de otras personas, constituía todo mi mundo. Aquel lugar era muy mío. Iba a construirlo una sola vez en mi vida y necesitaba sentir que podría leer mi historia por todas partes, que el sueño que tuve una vez de niña y que dejé dormido, iba a despertar e iba vivir en la luz más auténtica de Madrid, en los libros y en la gente, en lo familiar y en lo nuevo.

Me incorporé y, por fin, tuve valor para mirar a Verónica a los ojos con la sinceridad que no había encontrado en todos esos meses, porque la mujer a la que había estado esquivando durante tanto tiempo, sintiéndome dolida y herida por algo de lo que ella no tenía culpa, acababa de hacer algo indescriptible por mí. Me había liberado del temor de haberme equivocado. Acababa de convencerme de que las cosas escapan al control de uno, de que los planes son solo ideas que uno se hace sobre las cosas, pero no son la realidad. Porque la realidad es de quien asume quién quiere ser y lo es, no de quien se imagina siéndolo y nunca da el paso.

Así que yo di el paso. Había caminado tanto desde febrero que no me importó seguir haciéndolo, es más, necesitaba perderme en mi propio andar.

—Perdóname —fue lo que dije.

Ella había esperado otra cosa, tal vez una negativa, un agradecimiento por el esfuerzo, un abrazo incluso, pero no una disculpa. Sin embargo, allí estaba yo, admitiendo que me había equivocado, que me arrepentía y que era yo la que buscaba, en realidad, su aprobación.

—No hay nada que perdonar. Yo en tu lugar hubiese reaccionado igual —dijo, claramente emocionada.

—No lo hubieses hecho, nunca lo has hecho. Así que, sí, lo lamento, y de

verdad. Y, por supuesto, no tengo palabras para agradecerte esto que has hecho. —Señalé la mesa—. Es único. Sé que estás a punto de dar a luz, por eso y porque quiero que te encargues tú, estoy dispuesta a retrasar la apertura.

Negó en un movimiento vehemente de cabeza.

—No hará falta. Me quedan dos semanas, mi gente trabaja rápido y muy bien, además, casi todas las cosas las tengo localizadas y reservadas. Solo tienes que darme luz verde, Lara.

—Pero el bebé... —me quejé yo.

Me chistó.

—Luz verde.

Suspiré.

—Luz verde —repetí.

CAPÍTULO 39

*Al cabo, son poquísimas las cosas
que de verdad importan en la vida:
poder querer a alguien, que nos quieran
y no morir después que nuestros hijos.*

Amalia Bautista

A cinco días de la inauguración, tenía la casa llena de gente. Mis padres habían venido del pueblo para vernos y presenciar la apertura, Verónica y Carlos se habían acercado a cenar con nosotros, Lucas estaba en el país porque sus padres iban a renovar sus votos en Valencia en unos días, Sara, que me perseguía con un montón de información sobre las redes sociales y la reacción de la gente. Estaba siendo muy buena, quizá porque había conseguido que una reconocida autora firmase en la librería el mismo día junto a Mateo Heredia, que iniciaría la gira de firmas de la colección poética allí.

Me había sorprendido la amabilidad con la que mis compañeros de la editorial habían encarado la noticia. No habían hecho otra cosa que hacer publicidad. De hecho, habían visto una buena forma de colaborar. Los jefes estuvieron muy pronto de acuerdo. Yo acepté porque tener autores en el lugar era darle vida, además, se trataba de un apoyo económico al que no podía renunciar, no en ese momento cuando, finalmente, Carlos había decidido mudarse con Verónica y me debatía entre seguir manteniendo ese piso o buscar algo más barato,

También estaban en casa el novio de Sara, un bombero muy atractivo, que le sacaba seis años, un compañero del trabajo de Raúl, con el que todavía mantenía amistad, y la madre de Verónica, que la acompañaba a todas partes ahora que estaba a punto de ser madre.

Aunque no había sitio para respirar ni mucho menos para moverse, hubo un momento de paz absoluta que no sabría comparar con otra cosa que no sea ese instante en el que te reúnes con gente a la que quieres, de distintas maneras, claro está, pero les quieres incondicionalmente. No has aprendido a hacerlo, estabas abocado a ello.

Me di cuenta de que Lucas congeniaba muy bien con mi madre. Solía gastarle bromas del tipo:

—Estoy enamorado de su hija, pero no me quiere ni un poquito, ¿sabe?

Me miraba y se reía a carcajadas, porque tanto él como yo sabíamos que eso era una mentira muy mal estudiada. Aun así, mi madre, ingenua la mujer, siguió preguntándome durante varias semanas por qué no le daba una oportunidad al muchacho. Era formal, trabajador y guapo, lo tenía todo para ser un buen yerno. Hasta que le dije que vivía en Melbourne.

—Ay, hija, no. Lo que me faltaba, entonces sí que no te vería nunca. Deja, deja, hay chicos aquí también —sentenció, horrorizada con la idea de irme más allá de Madrid durante más de unos pocos meses.

Se había creado un ambiente distendido, una pequeña familia, peculiar desde luego, pero todas lo son. Nos dedicamos a comer y a cantar en el karaoke con miedo a que viniese la policía a aporrearnos la puerta. Cuando lo dije en voz alta después de los gallos que acababa de soltar mi hermano, Verónica, que estaba sentada en el sillón de Carlos, comenzó a reírse tan fuerte que las miradas de los presentes fueron a ella.

—¡Mujer, deja de reírte así, que al final va a salir el niño! —le dijo Sara, que se reía tanto o más que ella.

Y bastó con decirlo para que nos saliera cara la bromita.

—¡Que no! Aunque me he hecho pis encima, creo —explicó, sin inmutarse por empaparme el sillón, que habíamos tapizado hacía un año.

—Ven, te dejaré algo para que te cambies.

Fui hacia ella y le tendí la mano.

—¿Vamos?

Al intentar incorporarse, aún riéndose y con la gente mirándola y pensando que estaba mal de la cabeza, se llevó la mano al vientre.

—Ay —se quejó.

Carlos se aproximó desde la ventana y se arrodilló a su lado.

—¿Qué te pasa?

La madre corrió a su lado como una bendita. Soltó unos chillidos insufribles que me pusieron histérica. Mis padres, sin embargo, se movían en

círculos, ¡Dios sabe qué narices estaban buscando! Sara no hacía más que decir que ya lo había advertido y que siempre había sido un poco bruja para esas cosas; su novio, sin embargo, con la experiencia de salvar vidas, nos preguntaba si llamaba a una ambulancia o nos llevábamos a la parturienta en coche.

Verónica estaba sufriendo las primeras contracciones y a punto estuvo de arrancarme tres dedos de la mano.

Me echó una mirada en un momento de tensión absoluta y entre dientes me dijo:

—Que se callen, Lara, que se callen.

De joven me habían enseñado a silbar con los dedos, así que hice uso de ese recurso infalible y todos guardaron silencio.

—Nos la llevaremos en coche, ¿quién tiene uno?

Nadie tenía un maldito coche.

—¿Y en taxi? —preguntó Carlos.

—Voy a llamar a una ambulancia— sentenció el chico de Sara.

Verónica y yo asentimos mientras el resto seguía debatiéndose entre distintas posibilidades.

—Todo irá bien —le susurraba su madre.

—¡Cállate, mamá! —le gritó esta—. Lara, por Dios, que no me hablen.

¿Y yo qué se suponía que debía hacer? ¿Ponerles esparadrapo en la boca? A mí también me estaban enervando. Estaba a punto de parir en mi casa, donde ya no cabía ni un alfiler, y ellos no paraban de hablar y medio discutir.

—Venga, se suspende la celebración. Los que no seáis imprescindibles, abandonad la estancia —dije—. No os estoy echando, pero fuera —concluí.

Entre despedidas y demás, a los cinco minutos solo quedábamos dentro Carlos, Verónica, la madre de esta y yo. Mis padres habían bajado a esperar a la ambulancia, como si fuese a perderse.

—Alguien tiene que ir a recoger las cosas del bebé, están en casa —explicó Carlos con mucha serenidad, la de un hombre adulto—. Lara, ¿podrías ir tú?

—Claro, voy a llamar a un taxi y nos podemos ver en el hospital —contesté.

Pero Verónica me tenía cogida de la mano, estaba roja como un tomate, sudando y con expresión de matar alguien. La maternidad era maravillosa.

—¡Ni hablar! Necesito que te quedes —exigió.

—Pero cariño... —musitó mi hermano.

—¡Es la madrina, tiene que quedarse! —rugió.

—¿Soy la madrina? —pregunté incrédula.

—¿Es la madrina? —preguntaron mi hermano y su suegra al unísono.

—¡Es la maldita madrina!

—La madre que me parió —susurré.

Ella me echó una ojeada y como pudo, entre gritos y enfado, dijo:

—¡Créeme, no le gustó nada! —se encogió y dio tal grito que me asusté—. Ya está aquí. Va a nacer aquí.

—¡No digas eso! —pedí—. ¡Santo Dios! ¿Qué hacemos? ¿Qué demonios hacemos?

Estaba siendo la situación más tensa de mi vida. Miraba por el salón buscando a alguien, buscando... No sabía a quién, pero me imaginé asomándome a la ventana y viéndole allí, en la calle, subiéndose al taxi y... ¿Por qué pensaba en Rafael en ese momento de pánico?

—¿Lucas dónde se ha ido? —preguntó Carlos.

—Me ha dicho que se iba a casa de su hermano, que si necesitábamos algo que le avisásemos —expliqué.

Carlos asintió y le levantó el vestido a Verónica y le quitó la ropa interior.

—Será mejor que la tumbemos, ¿qué os parece?

Miró a su suegra esperando un consentimiento.

—Sí, hagámoslo.

Tuve que moverme con Verónica al mismo tiempo porque insistía en no soltarse de mí. Yo me ahogaba y la habitación me parecía incluso más pequeña ahora que ya casi no había nadie. Me ahogaba porque no sabía qué hacer, cómo reaccionar. ¿Y la ambulancia? ¿Por qué no había ningún médico en la familia? ¿Por qué había echado a Gustavo siendo bombero?

—Necesito que salga ya —berreó Verónica.

—¿Y cómo lo sacamos? —pregunté perpleja.

Los tres me miraron en un momento de silencio y ella, que estaba apoyada sobre mí en el suelo, comenzó a reírse, lo que le provocó otra contracción.

—Empuja, hija, empuja —le ordenó su madre.

—No puedo mirar —dije.

—¿Eso es la cabeza? —preguntó Carlos, que estaba tan tranquilo que me asustaba y, a un mismo tiempo, me hacía ver lo equivocada que había estado.

—Sí, es la cabeza —dijo la suegra—. Vamos, mi niña, sigue, respira y

empuja.

Verónica le hizo caso y yo que creía que estaba a punto de desmayarme, me puse a llorar. La tenía rodeada entre mis brazos y, echando la vista atrás, me di cuenta de que jamás me hubiese imaginado estar allí en ese momento hacía unos meses. Jamás lo habría hecho cuando la escuché al otro lado del teléfono. Como no había podido predecir ninguna de las cosas que me habían sucedido y que me habían dado tanto y, al mismo tiempo, me habían arrebatado un pequeño pedazo de alma que no me había sido devuelto.

—Un poco más, ¡ya está saliendo! —nos informó Carlos, aunque yo era capaz de verlo desde allí, por eso mismo seguía llorando.

No podía evitar los escalofríos que me envolvían el cuerpo. Me susurraba que debería haberme dado la vuelta aquel día en el hotel o haber llamado cuando...

—¡Es una niña! —dijo su madre.

La habían sacado entre los dos. Carlos cogió la sábana que estaba sobre el reposabrazos del sofá y la envolvió con mucho cuidado. Lloró casi al momento. Lloró como si estuviera compenetrada con mis miedos.

Mi hermano la colocó sobre el pecho de Verónica, que volvía a respirar. Cogió a la pequeña entre los brazos y yo la vi por encima de su hombro. La vi abrir los ojos y mirar a su madre, saber que era su madre. La besó en la frente y la acunó entre sus brazos, que volvían a ser candorosos como siempre y no como los últimos minutos.

—Hay que cortar el cordón umbilical —dijo Carlos—. Voy a buscar unas tijeras y unas gomas.

Yo no podía apartar los ojos de la pequeña. Era preciosa, con mucho pelo castaño y unos ojos grandes y oscuros como los de su madre.

—Enhorabuena —susurré.

Me dio las gracias con una sonrisa y me preguntó si quería coger a la niña. Asentí con mucha expectación.

Antes, apareció mi hermano con los utensilios que había ido a buscar. Liberó a la pequeña del contacto directo que había tenido con su madre desde el principio y, después, Verónica me la tendió.

La primera vez que tuve entre mis brazos a un recién nacido tenía cuatro años. Carlos parecía más grande en comparación con la hija de Verónica, aunque yo era más pequeña. Me pareció tan frágil, tan dulce...

La llevé junto a mi pecho y, sin saber muy bien por qué, empecé a tararear una canción de Bob Marley que le gustaba mucho a su padre. Ninguno

de los que estábamos en el salón escuchamos los pasos que subían por las escaleras ni vimos a los médicos hasta que estuvieron junto a nosotros.

—Tenía prisa por nacer, ¿eh? —bromeó la doctora.

Dejé que la cogiera para que le hiciesen la revisión. Antes de subir a Verónica en la camilla le pregunté:

—¿Cómo se va a llamar?

—Julieta, por su abuela paterna.

No había un nombre mejor para esa pequeña que ese. Un recuerdo de sus raíces, de dónde venía y de la gente que no estaba pero que, aun así, cuidaría de ella, desde la distancia o dejando a otras personas, que sin ser de su sangre, también tenían la necesidad de saber que estaría bien.

Los médicos se llevaron a la madre y a la hija. Carlos y su suegra, que me dejaron las llaves del piso, se fueron con ellas.

De repente, miré a mi alrededor y tuve un presentimiento, pero, sobre todo, la convicción de que no quería dejar ese piso. Tendría que esforzarme por conservarlo. Si hacía unas semanas me recordaba a demasiadas personas como para seguir permaneciendo en él, ahora había muchos más motivos para formar parte de esa historia que había escogido vivir.

Y hablando de elegir...

Tenía que hacerle caso, de una vez por todas, a mi parte irracional.

CAPÍTULO 40

*En las tardes sutiles de otras tierras
pasaré con mis ruidos de vidrio tornasol.*

*Déjame un solo instante
dejar de ser grito y color.*

Carlos Pellicer

Iba con Julieta en los brazos de un lado a otro de la librería, enseñándole rincones que ella no miraba, porque no me quitaba los ojos de encima. Era el día de la inauguración y el lugar estaba tan lleno que ni siquiera había sabido cómo reaccionar al ver aparecer a tantísima gente.

Carlos y Verónica ojeaban libros en una esquina y el resto de personas hacía cola para que una de las escritoras más destacadas del género policiaco les firmase un ejemplar de su última novela.

Mateo Heredia estaba a punto de llegar, habíamos previsto que su charla tuviese lugar tras la hora de comer. Sus libros estaban expuestos en el escaparate, con las preciosas portadas negras y doradas, rodeadas de plantas y jarrones con motivos *anasazi*.

Lucas charlaba con mis padres como si siempre hubiese formado parte de nuestro pequeño círculo. Y en el fondo era así, a fin de cuentas, le había contado muchas cosas sobre mi familia. Una noche había bastado para que supiese de mí lo que tantas veces me callaba. Pero me hacía falta más noches, aunque no con él. Me hacían falta otras noches, de esas que pudieran alargarse sin miedo a los amaneceres.

La pequeña fue durmiéndose entre mis brazos. No quería soltarla por nada del mundo. Mi hermano tampoco. Había algo en sus ojos que no había visto nunca y, aunque no era su padre, había paternidad en la manera en la que

miraba a Julieta. Verónica también se daba cuenta y eso hacía que le quisiese todavía más. Creo que ya nadie se daba cuenta de la diferencia de edad. La dejé de lado el día en el que había nacido la niña.

Mientras giraba sobre mí misma, me di cuenta de que Heredia había llegado ya y cuando me asomé un poco más, tras él, encontré una figura que iluminó todavía más la librería y mi día.

—¡Guadalupe! —grité.

Se hizo el silencio. Las personas que estaban cerca de mí me miraron sin entender a qué venía tanto alboroto si no se trataba de nadie famoso.

Había leído su carta varios días después de recibirla, tras la reconciliación con Carlos:

Queridísima ichpochtli :

Te cuento que ayer fui sola a Santa Fe. Tomé el tren por mi cuenta y la sensación fue agradable. Estoy aprendiendo nuevas palabras, como “utopía” o “melifluo”. Gracias por los diccionarios que me regalaste.

Me alegra saber que abrirás esa librería y me apena que no estés tan contenta como esperaba encontrarte. Ojalá todo vaya bien, niña. Te mereces cosas buenas.

Seguiré practicando para escribirte más próximamente.

¿Cómo se llamará tu librería?

Guadalupe

En esa carta no había hecho mención a su visita. Lo mucho que me alegré al verla solo pudo entenderlo Mateo Heredia, que nos sonrió con dulzura al ver cómo nos abrazábamos, con cuidado porque todavía sostenía a Julieta entre mis brazos.

—¿Quién es esta bebida tan guapa?

Carlos y Verónica se habían acercado a ayudarme con la niña, yo no me había dado cuenta, así que contesté con la ilusión propia de quien es feliz.

—Mi ahijada. Julieta, te presento a Guadalupe.

Carlos la cogió con mucha delicadeza y aproveché para presentarles.

—Pero, Guadalupe, ¿cómo es que no me ha dicho nada? ¿Cómo no me ha dicho que venía a España?

—Quería verte y quería comprar un libro en tu librería. Y Mateito me invitó a acompañarle —señaló.

Lucas también se había acercado, así como mis padres. También les presenté. Cuando al fin se echaron a un lado y nos dejaron un poco de intimidad, Guadalupe habló sin tanto tapujo.

—¿Y dónde está?

—¿Quién?

—El muchacho del que me hablaste en tus cartas, el que conociste en México y volviste a ver aquí —explicó.

No pude evitar reírme. La abrecé en mi costado izquierdo y le expliqué que el chico era Lucas. Puso cara de no entender nada, porque, según ella, no me brillaban nada los ojos cuando le miraba. Tampoco pude explicarle más de lo que ya le había dicho.

—Me decepcionaste en esto —dijo.

Yo tuve que volver a sonreír. Había decidido algo, pero no había encontrado el momento para tomar la iniciativa.

—No me ha dicho nada del nombre —le recordé.

La cogí de la mano y salimos al exterior. Habían diseñado un rótulo de madera, precioso, con las letras grabadas sobre él. En el fondo, varios troncos finos y largos hacían de cabecera. Ya sabía yo que Verónica y Sebastián se entendían en muchas más cosas de las que ella quería admitir.

—*Mi tierra* —leyó.

—Me dijo una vez que la tierra de uno eran las personas que quería.

Miré a través del cristal y, aunque estaba feliz, me faltaban algunas personas al otro lado. Algunas que estaban presentes sin poder volver y otras que aún no habían regresado.

—Escogiste bien. Me gusta mucho.

—Todo es gracias a mis compañeros de México, han hecho algo increíble.

—Hay que ser agradecido, *ichpochtli* —afirmó.

—Me alegra tanto que esté aquí. Deje que la invite a un café, ¿le apetece? Podemos ir a ver Madrid estos días, seguro que encuentro un rato.

—Ahora que me independizaste, seguro que puedo ir sola —aclaró.

Me reí de la manera en la que lo dijo y asentí. Coloqué la mano en su espalda y la dirigí hacia la entrada del local. Me quedé un momento en la puerta mientras ella iba a reunirse con el resto de mis amigos y familia. Sopló un viento fuerte, pero cálido que hizo sonar las campanas del interior.

De pie, viendo el exterior desde dentro, me pregunté qué habría sido del dueño del local. No había vuelto a verle, por lo que me dijo su hija, el

Alzheimer no había remitido desde poco después de firmar el contrato de alquiler. Quizá también era una señal.

Entré finalmente y fui hacia Carlos, Julieta y Lucas. Nos dedicamos a hacerle carantoñas a la niña, que volvía a estar despierta como si aquello de dormir fuese demasiado aburrido.

—Si quieres una, yo me ofrezco voluntario —apuntó Lucas.

Carlos le echó una mirada de padre que nos hizo reír a los dos. Mientras ellos dos discutían sobre los límites de hacer comentarios subidos de tono sobre mí, yo me acerqué al mostrador para beber un poco de agua, pero, antes de llegar, me entorpeció una figura alta y robusta que estaba tapando la luz de la entrada.

Miré hacia allí, atraída por un pálpito y el desaliento de saber, incluso antes de verle la cara, de quién se trataba.

No me había visto, así que fui yo la que se acercó a él.

—Rafael —dije su nombre con alivio.

Sus ojos fueron hasta la esquina donde me encontraba. Después se acercó. De cerca, me percaté de que llevaba la barba más larga que la última vez, tenía los ojos más cansados y la sonrisa desaparecida. Se había puesto una camiseta verde caqui, que destacaba el color de su piel, y unos vaqueros claros con unas deportivas.

Y llevaba mi beso aún en la boca. Quizá tuve esa impresión porque se lo había dejado la última vez que nos vimos y había intentado alejarme, con todas mis ganas, del segundo en el que me creí demasiado valiente.

No supo si darme un abrazo o dos besos o simplemente quedarse como estaba, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirándome, tomándose el tiempo necesario para verme. Sin pretenderlo, llevaba el mismo vestido blanco de la última vez. Digo sin pretenderlo porque jamás hubiese imaginado que aparecería en la librería. Seguro que Carlos o Sara tenían algo que ver con eso.

Se inclinó para darme dos besos, al final. Los recibí con una punzada extraña de dolor en el pecho.

—Enhorabuena por todo esto.

Había olvidado su voz, sin embargo, la recordaba todo mi cuerpo en forma de escalofríos.

—Muchas gracias.

También le agradecía el venir, aunque, tal vez, no fuese por voluntad propia.

—Hoy es el primer día de muchos —aseguró—. Tienes que disfrutarlo.

Sentía todos los ojos sobre nosotros, entre ellos, los de Lucas, que miraba con curiosidad y con una sonrisa torcida en la boca que indicaba que Carlos ya se había encargado de contarle algunas cosas que yo me había callado.

Rafael miró en la dirección a la que se habían ido mis ojos y se quedó un segundo más de la cuenta contemplando.

—No quiero molestarte. Solo quería saludar y aprovechar para comprar un ejemplar del *Canto general* de Pablo Neruda.

Se me abrió un agujero en el estómago al ver la indiferencia con la que me hablaba.

—No molestas, en absoluto —susurré.

—Bueno, estás aquí con tu familia, tus amigos, tu novio, no quiero robarte tiempo.

—¿Qué novio?

Era evidente que había querido llegar a esa parte desde el principio. Era abogado, ¿qué podía esperar? Tenía sus tácticas para hacer un interrogatorio sin plantearte las preguntas.

—Lucas Santamaría —respondió.

—¿Os conocéis?

—En absoluto —dijo tajante.

—Pues no es mi novio.

—Lo que sea.

Fruncí el ceño. Me molestó el tono en el que me hablaba, sobre todo porque había sido yo la que había ido a buscarle al hotel, pensando que tal vez sí que había algo entre los dos. Y, del mismo modo, fui yo la que no recibió ninguna respuesta por su parte, no positiva al menos. Así que, después de todos esos meses de no saber qué hacer, pasando noches en vela, desviviéndome por alejarme de los días y las noches envuelta por esa forma tan abrumadora de hacerse notar en mi vida, no iba a permitir que aquel asunto quedase sin resolver.

—Vamos a dar un paseo —ordené.

—Tengo el coche mal aparcado —argumentó él.

—Me da igual tu coche —contesté.

Eché a andar hacia la puerta y supe que me seguía, esta vez sí que venía tras de mí. Quizá, de haberlo hecho cuando aún estaba a tiempo... ¿Qué habría pasado en ese otro hilo de la historia? Nunca podría saberlo.

Ya lejos de los ventanales de la librería, andando calle abajo, crucé los brazos sobre el pecho y esperé a que me alcanzara y estuviese a mi altura.

—¿Por qué estás en Madrid? —pregunté.

—Oye, Lara, yo...

Le interrumpí.

—Mira, Rafael, voy a ser muy clara —me paré frente a él—. ¿Qué más te da si te pregunto o damos una vuelta? Ya me han dicho que has estado preguntando por mí.

—Lara... —volvió a susurrar.

Y de nuevo le corté.

—Me siento estúpida, si te soy sincera. Llevas semanas en Madrid y no has sido capaz de llamar ni una sola vez. Ni en Madrid ni en Barcelona, puestos a decir. Y ahora vienes aquí con el ceño fruncido y lo único que eres capaz de decir es que quieres un ejemplar del *Canto general*.

Se encogió de hombros y se tensó como si estuviese en el servicio militar.

—Siempre he sido muy idiota, eso no te lo niego —seguí hablando yo, que estaba irreconocible—. Me planté en tu hotel sabiendo con quién estabas, y lo hice porque pensé que habría una mínima reacción por tu parte, pese a que tuvieses a otra en tu cama. Y no solo eso, joder, sino que tenías a tu ex esperándote en casa. Así que perdona si te pregunto qué haces aquí.

Me callé al fin.

—Mi padre tiene cáncer —contestó mirándome directamente a los ojos—. He venido a cuidarle, pese a todo. Soy de esa clase de gilipollas, de los que van detrás de las personas a las que se supone que ha renunciado. Me estoy haciendo cargo de su bufete, por eso sigo aquí —respiró—. Y ya no me espera nadie en Barcelona, solo mi madre.

Me hundí tan rápido que sentí un vahído en todo el cuerpo.

—Lo siento mucho, Rafael —susurré.

—No te preocupes, no estábamos bien. Me lo decía todo el mundo.

Le di un empujón.

—Por lo de tu padre —aclaré.

—No te preocupes, no estábamos bien. Me lo...

Volví a empujarle. Lo decía para distraer la atención de sus ojos irritados.

Me tragué el poco orgullo que me quedaba y decidí que, habiendo sido él quien, por un motivo u otro, había venido a la librería, podía intentarlo una

última vez. Quería preguntarlo y, al mismo tiempo, responder a una pregunta que se tenía que cerrar.

—¿Cenamos esta noche?

Asintió.

—Por favor —susurró.

CAPÍTULO 41

*En sus labios:
un vaivén de palabras o de silencios
—no la lenta fragua del beso.
No el hondo goce
ni la dicha tersa
de las desnudeces enlazadas.*

Eduardo Mitre

—Y ahí dio a luz Verónica.

Le estaba haciendo un tour por la casa como si nunca antes hubiese estado en ella. Se había afeitado un poco, llevaba unos pantalones chinos color mostaza y una camisa blanca. Estaba especialmente guapo ese día, me recordaba al hombre que me encontré la noche en la que regresé.

—Ya lo sé —me contestó—. Carlos me envió una foto que te sacó con la niña en brazos, en ese rincón —señaló.

—¿Qué?

Sacó su teléfono móvil, le vi trastear en unas carpetas y al final me puso delante la pantalla con la fotografía. Era una foto tan natural que me gustó, aunque no sabía por qué había querido Carlos que la viera.

—He pedido comida china, no me apetecía cocinar —le expliqué.

—Como quieras, no tengo hambre —respondió él.

—¿Vas a estar así de apático toda la noche? —pregunté con los brazos en jarras.

Me había puesto un mono corto de color azul clarito e iba descalza. Quizá la imagen no era todo lo seria que esperaba.

Rafael estaba de pie frente a la estantería de libros. Me daba la

sensación de que, en realidad, no estaba leyendo el título de ninguno, solo le servía de distracción.

—No tienes por qué estar aquí si no quieres —aclaré.

Se volvió hacia mí inesperadamente, con cara de pocos amigos. Recorrí el espacio que nos separaba como si nunca hubiese existido. Estuvo a punto de decirme algo, pero, en el último instante, decidió callárselo.

—Iré a sacar unos platos para cuando llegue el repartidor.

Me escondí en la cocina; debo reconocerlo, estaba asustada con la idea de que fuésemos a estropear la única ocasión que teníamos de solventar el problema. Si es que había la más mínima probabilidad. Pero, debía haberla, ¿verdad? Debía porque...

Le escuché entrar mientras yo tenía la cabeza metida en uno de los armarios, donde podría limpiarme las lágrimas a tiempo si él interrumpiese ese instante de soledad que me había tomado para respirar y no dejarme llevar por esa sensación de distancia que surgió en el hotel.

—¿Te ayudo? —preguntó.

Me quedé en la postura en la que me había encontrado, dándole la espalda porque no había tenido tiempo para recomponerme.

—¿Lara?

No sé por qué lo hice, pero me di la vuelta llorando como una estúpida. La forma en la que me miró me hizo apartar los ojos de los suyos. No podía sostenerle la mirada en aquel momento.

—¿Por qué lloras? —me preguntó sin acercarse.

La dosis de valentía ya se me había acabado, pero me quedaban unas pocas gotas, así que quise hablar.

—Porque no entiendo qué esperas de mí —le contesté—. O porque yo espero algo y no sé si hay alguna posibilidad de que eso ocurra —suspiré—. Sé que no estás pasando un buen momento, aunque de eso tampoco quieres hablar, y no necesito que me digas nada por ahora, pero tengo que saber si quieres que esté cerca o prefieres que cerremos este capítulo —me limpié las lágrimas con el antebrazo—. Y no me he vuelto loca, no sé por qué lloro, pero no estoy loca.

Esta vez sí que se aproximó, me cogió de la mano y tiró de mí hasta el salón. Me soltó, se puso en un extremo de la mesa de la ventana y la empujó hacia un lado. Cuando despejó la zona, colocó su mano alrededor de mi cintura y me atrajo hacia allí.

—¿Te acuerdas de la primera mañana? —me preguntó.

Sabía perfectamente a qué mañana se refería.

—Yo estaba esperando un taxi y tú estabas aquí, seguramente encaramada a la mesa o apoyada sobre los codos. Levanté la vista y te encontré mirándome y sé, aunque lo niegues, que estabas sonriendo.

Me aparté el pelo de la cara.

—Hiciste eso mismo. Siempre te apartas el pelo de la cara cuando estás nerviosa —siguió hablando.

Me camuflé en la forma en la que me miraba y me hablaba.

—Aquí mismo me senté a trabajar durante semanas. No sé por qué, pero donde estás tú siempre hay mucha luz —confesó—. Aquí estaba sentado cuando leí unos mensajes que le enviaste a Carlos y cuando hicisteis aquella vídeollamada.

Me ruboricé, recordaba algunas cosas que había dicho de él creyendo que solo me escuchaba mi hermano.

Volvió a cogerme de la mano, nos quedamos frente al sofá esta vez.

—Aquí me senté muchas tardes. Me preguntaba qué hacía en Madrid, como, en parte, llevo preguntándome todo este tiempo.

Seguimos andando por el piso. Se paró frente al cuarto de baño. Abrió la puerta y entramos.

—Ahí —señaló el espejo— vi tu nombre escrito cuando me duché aquí la primera noche. Y escribí el mío antes de irme, porque pensé que eso te haría gracia.

Me llevó por el pasillo hasta la entrada de mi dormitorio.

—Aquí estuve a punto de besarte cuando volvimos del hospital.

Cruzamos el marco de la puerta.

—Aquí viví durante mucho tiempo, pasé mañanas, tardes, noches y madrugadas.

Seguimos hasta el armario.

—Aquí guardé mis cosas y me gustó porque cuando abría el armario tenía la sensación de que había alguien más. Por eso no quise recoger mis pertenencias e irme, aunque no hubiese nada entre nosotros.

Dimos dos pasos hasta topar con la cama.

—Aquí dormí, pensé y soñé. Y aquí te conocí y te vi por primera vez, cuando te metiste en la cama al regresar.

Nos sentamos en la cama.

—Aquí te encontré aquella tarde, frente a la caja que te había enviado Verónica. Estabas triste —explicó—. Y aquí también intentaste asesinarme.

Me puso en pie y fuimos hacia la cocina.

—Aquí te vi la última mañana que estuve aquí. Habías comprado café y cruasanes. No me escuchabas cuando te hablaba, estabas preocupada por Carlos por algo que yo medio intuía y que no quería contarte por si te hacía daño.

Se apartó un poco de mí.

—Sé que no tengo que estar si no quiero, como tú has dicho, pero quiero estar aquí, joder, ¿no te das cuenta?

Agaché un poco la mirada.

—Y sí, sé que he sido un capullo, lo admito, y precisamente porque lo sabía no he tenido agallas de llamarte o de buscarte. Y créeme si te digo que eso me hacía infeliz.

Me apoyé contra la pared con las manos en la espalda.

—Me equivoqué, pensé que si me acostaba con aquella chica o con cualquier otra descubriría que solo sentía atracción por ti, pero fue mucho peor, porque no era eso. Así que se me ocurrió otra idea, volver a Barcelona y comprobarlo con la mujer que una vez quise. Y no ha funcionado. Al final, regreso siempre al mismo sitio y si no lo hago todo me recuerda a ti. Y si no te recuerdo, te veo de repente cruzando un semáforo o suena aquella canción del taxi de madrugada. ¿Qué demonios es esto que me pasa?

Sonreí un poco porque tanto él como yo sabíamos qué era.

—Es la declaración de amor más penosa de la historia de la humanidad.

No dijo nada.

—¿No es ahora cuando preguntas si esto es amor? —inquirí.

—No me hace falta preguntarlo. La pregunta me la hacía al principio, cuando no comprendía cómo puede una persona cambiarte la vida en tan poco tiempo.

—Eso me pregunto yo también.

Me imitó y se apoyó en la pared de enfrente, con las manos en los bolsillos y la espalda recta. Nos separaban tres pasos. La cocina era angosta y las ganas de acercarnos muy grandes.

—Se muere, y él lo sabía cuando vine la primera vez —me contó.

Hablaba de su padre sin que se le rompiese la voz. Me entristeció saber, no obstante, que había dolor en cada palabra que pronunciaba y en las que no lo hacía.

—Lo siento mucho, Rafa —dije en voz bajita.

—Solo mi familia me llama así.

No supe si eso era un recordatorio de que yo no era su familia, así que no dije nada. Él se dio cuenta y aclaró su propio comentario.

—Me gusta que tú lo hagas.

Sonrió, no lo había hecho desde que le había visto ese mediodía en la librería.

—Mi padre me hizo una pregunta muy extraña —siguió contándome—. Me preguntó si era feliz.

Apartó la mirada y se quedó absorto en los muebles del salón, que veía a través de la puerta.

—Lo más curioso no es que le contestase que no, porque eso creo que lo sabía, lo extraño es que pensé en ti.

Me relajé sin saber muy bien por qué.

—¿En mí?

—Sí, pensé que lo sería si estuvieras cerca. Y como una señal, en las que no creo pero necesito, como todo el mundo, esa misma mañana te vi. Ibas con Carlos. Llevabas una camiseta naranja y unos vaqueros y cruzaste el semáforo frente a mi coche.

Tragué saliva. No recordaba ese día.

—Me di cuenta de dos cosas: una, que yo no era feliz y dos, que tú sí que lo eras. Así que, aunque había tomado la decisión de ir a verte después de regresar de Barcelona, donde tenía que arreglar algunos asuntos, al verte tan radiante, riéndote, me pregunté con qué derecho iba a aparecer yo después de tanto tiempo. ¿Qué te diría?

—Todo esto que me estás diciendo, por ejemplo —apunté yo.

Él sonrió y le veía. Al Rafael del que me enamoré a ráfagas de aire, porque te agitan y te apagan los fuegos que arden, y te queman, y encienden otros más sanos, y los avivan.

—¿Por qué viniste al hotel aquel día?

—¿A estas alturas no es evidente que por ti?

—Y me besaste, aunque sabías que María estaba arriba.

—Y volvería a hacerlo, eso es lo peor de todo. No me importó, lo que me dolió fue que a ti tampoco lo hiciera. No dijiste nada. No hiciste nada. ¿Cómo iba a llamarte o buscarte yo?

Se apartó de su pared y vino hacia mí.

—Te voy a besar.

Lo dijo como si fuese una advertencia. Me reí por la declaración de intenciones, la situación en sí misma y la falta de romanticismo.

Me rozó la cintura con delicadeza, me la envolvió con las dos manos, que ascendieron en zigzag por mi espalda y me atrajo con tanta seguridad que el corazón me latió tan fuerte como para que él lo oyese.

Me agarré a su camisa. Rafael estaba cerca de mi boca, mucho, pero aún no nos rozábamos, seguíamos suspendidos en el tiempo, aunque yo ya le había perdonado, puede que aún tuviese que perdonarse a sí mismo.

—Me vas a romper la camisa —susurró contra mis labios.

—Pues bésame ya —exigí.

CAPÍTULO 42

*Yo, amor, he aprendido a coser con tu nombre,
voy juntando mis días, mis minutos, mis horas
con tu hilo de letras.*

Gioconda Belli

Cuando besé a Lara aquella noche fue como si nunca antes hubiese besado a una mujer. No se trataba de torpeza ni vergüenza, era algo que iba más allá de la propia carne, que era, todo hay que decirlo, maravillosa. Había pensado demasiadas veces en tenerla de aquella manera, desnuda. Hundirme en ella hasta perder la cabeza del todo, hasta que crujieran las paredes y el suelo mientras perdíamos la cabeza. Esos días descubrí que el sexo con Lara era mucho mejor de lo que lo había sido antes con otras mujeres. Era único, era... ¡Joder! Me la hubiese follado a cada segundo.

Me desvirgó sentimentalmente hablando. Lo hizo porque además de enredarnos en besos, lenguas y caricias inquietas, también nos tumbamos en la cama que habíamos compartido sin hacerlo. Sin compartir el colchón y sin hacer el amor sobre él. Esa fue una noche para dejarnos llevar, pero no para arrebatarnos las ganas de allí en adelante.

—A mí me gusta más por las mañanas, fíjate —le dije mientras apoyaba la cabeza sobre su pecho desnudo.

—Sí, se nota que de noche no te gusta nada.

Emití una carcajada que la hizo vibrar casi tanto como cuando nos habíamos desnudado con prisas.

—Quiero que conozcas a mi madre —le dije sin pensar demasiado.

—¿Esto es algún efecto colateral de que acabes de correrte?

—No, es un efecto colateral de que seas tan tonta —contesté—. Ella también quiere conocerte.

—Le podemos enviar un *selfie* ahora mismo, seguro que le gustará — susurró.

Volví a reírme, la había recuperado. Nos habíamos recuperado, en realidad.

—Puedes enviármelo a mí, me gustaría tener esta imagen de salvapantallas.

La besé desde el ombligo hasta la boca.

—Podrás verla cuando quieras, pero en vivo y en directo —apuntó.

—Eso me gusta más.

Estuvimos un rato en silencio, yo mirando el techo y ella acariciándome el pelo. No podía dormirme, estaba más despierto que nunca. Solo pensaba en repetir, una y otra vez. Pensaba en su desnudez, que me embrujaba, en canciones que hablaban de tribus y de viajes místicos. Hubiese viajado sobre su piel a tientas, ciego, sordo y mudo. Sin tacto y sin posibilidad de recuperarlo. Lo hubiese hecho desde la inconsciencia o gracias a ella.

La escuché decir, de repente:

—Yo también quiero que conozcas a alguien.

—Espero que no sea a Lucas, porque no tengo ganas. Es más, no quiero saber de qué le conoces exactamente, ni el dónde, ni el cuándo, ni el cómo, ni el porqué.

Fue ella la que se rio esta vez y me hizo temblar a mí, que seguía tumbado un poco más abajo, sobre su vientre.

—No, aunque es un chico increíble —aseguró.

—Tampoco necesito saber eso, Lara, por favor —insistí.

Levantó las manos en son de paz y supe que ese había sido un pequeño castigo verbal que me merecía por haberme comportado como un grandísimo cabrón.

—¿Y entonces?

—Quiero que conozcas a Guadalupe. Es una mujer fascinante, la conocí en San Mateo. Te gustará en cuanto la veas.

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta y cuatro.

—Entonces puedes estar tranquila, nuestro amor está a salvo —le dije.

—¿Por qué eres tan idiota?

—Eso me lleva preguntando mi madre desde que nací —contesté—. ¿Ves cómo necesitáis conoceros?

Volvió a reírse y tiró de mí hasta que me incorporé y la besé.

—Si sigues besándome así...

—¿Sí? —contestó ella, provocativa.

No tardé mucho en perderme de nuevo en su cuerpo y en sus movimientos, en la forma de atraparme y resbalar por su piel y la manera de precipitarme hacia sensaciones que no había experimentado en otros brazos, tal vez porque nunca había tenido la posibilidad de ser yo mismo.

Y ahora lo era, en ese aquí que también era mío.

Ese aquí que, ante todo, era ella.

Un aquí que empezó una noche y que no acabaría en la siguiente. No quería intentar que funcionase, haría que así fuese. Se lo debía, necesitaba demostrarle que era más que el hombre que la dejó ir y más que el imbécil que decía estupideces para hacerla reír, porque era lo que más me gustaba.

La necesitaba a ella, cerca y en nuestro aquí, donde cualquier persona del mundo podría haberme preguntado si era feliz sin temor, porque la respuesta era inequívoca. No me imaginaba una felicidad más completa que la que estaba sintiendo cuando me miraba a los ojos, me mordía el labio, se acercaba a mi cuello, susurraba mi nombre.

No podía creer que alguien pudiese ser más feliz que cuando nos levantamos a la mañana siguiente, cada uno en su lado de la cama, pero a la vez muy cerca.

No cabía en mi cabeza que hubiese alguien que se mirase con mayor complicidad que ella y yo. Al otro lado de la puerta del piso solo estábamos nosotros. Y no teníamos intención, aunque debíamos ir a trabajar, de salir de ahí. Por eso apuré los últimos minutos, la desnudé a medias en la entrada y lo hicimos apresuradamente contra la pared antes de dejarla ir y quedarme con ganas de seguirla hasta el ascensor y hasta cualquier parte.

Esta vez la seguiría para no perderle el rastro ni las sonrisas.

No quería renunciar a ningún instante con ella.

No quería verla, a través del parabrisas, reírse lejos de mí. Quería ir a su lado y ser yo quien compartiese esos minutos.

No quería verla llorar, ni por mí ni por nadie, pero si tenía que hacerlo, prefería estar cerca.

Quería...

¿Qué demonios?

Tenía el coche aparcado a dos calles. Fui casi corriendo, me subí y arranqué. Puse rumbo hacia *Mi tierra*. Dejé el coche en doble fila. Sabía que no le había dado tiempo a llegar.

Me bajé del vehículo y vi a alguien, una mujer bajita y morena, frente a la persiana metálica. Me acerqué un poco, pero me quedé a una distancia prudencial.

Ella se volvió hacia mí, me miró y torció una sonrisa.

—¿A quién viniste a buscar? —preguntó.

—¿Disculpe?

Siguió sonriendo.

—Tienes la mirada limpia, eso es una buena señal del país de donde vengo. Aún con un poco de dolor, eso sí, pero apaciguado.

No sabía ni qué decir. Me sentí extraño de pronto. ¿De dónde había salido esa mujer?

—La tierra hay que cuidarla, ¿sabes? —me preguntó señalando el nombre de la librería.

Lara me había explicado por qué la había bautizado así. Su tierra era su gente y había algo de todos ahí. Me preguntaba dónde quedaba yo en aquella ecuación.

Al mirar de reojo a la mujer y al volver a pensar en el origen del nombre caí en la cuenta.

—¿Es usted Guadalupe? —indagué.

—Veo que te contó. Sí, ¿y tú? ¿Cuál es tu nombre?

Me acerqué a ella y tendí la mano.

—Rafael, mucho gusto —declaré.

Me estrechó la mano con suavidad sin dejar de mirarme a los ojos, algo que me estaba poniendo ligeramente nervioso, como sus comentarios. Lara no me había dicho que fuese vidente ni nada por el estilo. Aunque sí que había utilizado una palabra en concreto para definirla: fascinante.

—Te costó decidirte. Querer siempre asusta. Querer a largo plazo, quiero decir. A veces, preferimos la magia de los momentos, porque esos parecen mejores que la propia vida.

—A veces sí —contesté.

Si he de ser sincero, no sé muy bien a qué dije que sí, ¿a la magia o a la realidad?

—Te autoconvenciste de querer a otra, ¿por qué?

—Pero, señora, ¿cómo sabe usted eso? —me atreví a formular.

—Contéstame primero tú y luego te diré —prometió.

Me tomé un segundo para considerar su propuesta. Al final, acepté con una estúpida inclinación de cabeza.

—Porque creía que así todo sería más fácil.

—Y dime, Rafael, ¿es más fácil querer, querer o querer?

—Querer, Guadalupe, eso es mucho más fácil, sobre todo si te quieren.

—¿Y te quiere, hijo?

—Más de lo que me merezco, si he de serle completamente sincero — confesé—. Y ahora, ¿puede decirme cómo es posible que usted...?

—¡Guadalupe!

Escuché la voz de Lara a mis espaldas. Me di la vuelta y no la sorprendió encontrarme ahí. Echó la cabeza para atrás y se río. Debía de estar pensando en el momento previo a que se fuese de casa. O por lo menos eso recordé yo al ver el rubor de sus mejillas.

Abrazó a la mujer y esta la contempló del mismo modo que había hecho conmigo. Lara se acercó y me dio un beso discreto en la mejilla, entendí que debido, tal vez, a la edad y la cultura de Guadalupe.

Nos miró a los dos como si fuésemos una estampa milagrosa y se rio un poco, después le echó otro vistazo el letrero.

—Le estaba diciendo que la tierra hay que cuidarla —repitió.

Lara me miró y sonrió con tanta ternura que hubiese querido un hueco en el mundo destinado a inmortalizar ese rasgo en besos y más besos.

—Lo intentamos, aunque a veces sea difícil.

—Hay que intentarlo sobre todo cuando es difícil, *ichpochtli*.

Dijo esa palabra tan rara que no entendí, pero que, sin embargo, comprendí como un vocablo familiar entre ellas.

Lara se quedó un segundo mirándola y al final susurró:

—Es él.

No entendí que significaba ese él, a qué se refería, ni por qué, de repente, ahora era un pronombre personal.

—Niña, no hacía falta que me lo dijese, me he dado cuenta en cuanto que le he visto.

—¿Soy yo? —pregunté confundido.

—Sí, eres tú —me contestó Lara con una seguridad que me desbancó las defensas—. Es Rafael —añadió, como si de repente se diese cuenta de que lo importante era el nombre.

CAPÍTULO 43

*Si contemplo tu cuerpo que es una luna blanca
esparcida sobre mis labios
y miro tu rostro atalaya de mis sentimientos,
siento tan cálido aliento
siento tu sangre que es lava rugiente.*

Inés Montes

Carlos estaba contento a medias. Llevaba algunos días sin pasar por el apartamento, pero aquella mañana había decidido, así de repente, ir a recoger sus últimas cosas. Encontrarse a Rafael allí no le agradó demasiado, me di cuenta por la forma en la que le miró, como si estuviese recordándole algún pacto implícito que había entre los dos. Había traído a Julieta con él, porque estaba inquieta y Verónica necesitaba descansar.

Quise coger a la pequeña y entretenerme con ella mientras los hombres, esos entes extraños, hablaban de sus cosas, pero Rafael se me adelantó, algo que me sorprendió, porque no pensaba que le gustasen los niños. Tal vez por su forma de ser tan estricta a veces. A lo mejor, debería empezar a preguntar más cosas. Saber qué quería, quién era, con independencia de las horas que pasásemos juntos, que, por cierto, en las últimas dos semanas habían sido muchas. Vivía entre el aquí y el ahí.

—¿Puedo cogerla? —preguntó.

Julieta había crecido mucho. En los niños se notan los cambios en seguida, sobre todo si los ves día a día. Estaba despierta, con los ojos muy abiertos y las manos inquietas. Era una niña, por lo general, nada llorona.

—Sí —dijo Carlos.

Rafael se acercó y la cogió con mucha habilidad, eso también me

sorprendió. Comenzó a gesticular y a moverse por el salón. Yo estaba apoyada contra la pared de la ventana. Últimamente miraba más hacia el interior. Desde mi perspectiva, era más que un hombre al que conocía a medias. Me hacía sonreír de maneras insospechadas.

Carlos iba y venía de su habitación a donde estábamos nosotros y guardaba cosas en una caja. Verónica le había dejado el coche y podría llevarse todo sin problema. En un momento dado, en el que yo no reparaba en él, se acercó sigiloso.

—Y pensar que sois dos polos opuestos... —susurró.

Puse cara de buena y repetí una frase que él me había dicho mucho ese año.

—No me juzgues, hermanito.

Intentó no reírse al principio, pero acabó haciéndolo porque ya habíamos tenido demasiadas tensiones. Nos merecíamos ser los de siempre, que no nos molestasen los comentarios del otro.

—¿Por qué te quejas si has estado hablando con él a mis espaldas? —pregunté.

Rafael no nos oía. Había cogido un libro de poemas de la estantería y le leía a Julieta, que se había enganchado a su camisa con ambas manitas y le miraba curiosa. No entendía nada, pero su voz era melódica y eso parecía que la calmaba. Si quedaba alguna posibilidad de desenamorarme, acababa de borrarse de la faz de la tierra.

—¿Y qué querías que hiciese si me preguntaba por ti? Al principio le contestaba sin darle mayor importancia. Pero después me di cuenta de que había algo más, así que...

—¿Te sentiste alcahueta?

—No, me sentí tu hermano —contestó—. Aunque eso no significa que me haga especialmente ilusión. Porque le conozco —añadió.

—No seas injusto, conoces lo bueno y lo malo, no te quedes solo con una cosa.

Cogió aire y lo expulsó muy poco a poco.

—Voto de confianza —dijo finalmente.

Le di una palmada en el hombro.

—Bien, porque está trayendo algunas de sus cosas y quiero que te comportes con normalidad, ¿entendido?

Bajó la voz, pero, aun así, fue bastante expresivo.

—¿Se va a venir a vivir aquí?

—Ya ha vivido aquí, de todos modos —expuse en nuestra defensa.

—No me sirve, pero sé lo de su padre, entiendo que prefiera estar aquí contigo —manifestó, muy comprensivo.

Pasé mi brazo alrededor del suyo, apoyé la cabeza en él y me dio un beso en la cabeza.

—Esto es el karma —murmuró—. Como no quise presentaros entonces...

Aunque, de haberlo hecho, todo habría sido muy diferente. No sé si me hubiese gustado.

Rafael se había acercado a nosotros con Julieta abriendo la boquita y cerrándola. Le salían pompas de baba cada vez que lo hacía. Era tan graciosa... y comenzaba a parecerse a su padre.

—Déjame cogerla —le pedí.

La apartó de mí muy poco a poco.

—No, un poco más. ¡Mira qué cara y qué ojos!

Carlos me miró y se echó a reír mientras se encaminaba a su dormitorio una vez más. Aprovechando que me había quedado a solas con Rafael, dejé que saliera a la luz toda mi curiosidad.

—¿Por qué se te dan tan bien los niños?

Se quedó mirando a Julieta durante unos segundos que se me hicieron largos y envidiables, quizá por la comunión que había entre los dos. Parecía estar viendo la auténtica felicidad en los ojos de la niña. Yo también lo había hecho, conocía la sensación.

—He trabajado con muchos, por suerte o por desgracia —respondió finalmente.

—¿Siendo abogado?

Tenía entendido que, como su padre, llevaba los asuntos de grandes compañías y empresas. Se lo dije y me contó lo que había estado haciendo en los últimos tiempos. No dejaba de sorprenderme, de hacerme pensar que yo no hacía suficiente por el resto del mundo. Quizá debería encontrar una manera de explotar los recursos que tenía a mi disposición para ayudar de alguna manera, para sentir que, como él, estaba haciendo algo importante.

—Creo que hay que cambiar a Julieta. Voy a buscar a su padre —dijo.

Siempre se refería a Carlos como «el padre» o «su padre». Era extraño porque a nadie le molestaba, de hecho, todos estábamos interiorizando ese papel, es más, la niña prefería estar con Carlos que con su madre.

Me besó en los labios como si fuese a irse durante dos días y después recorrió el pasillo hacia la antigua habitación de mi hermano. Siempre sería

suya, de todos modos.

Cogí mi agenda de encima de la mesa y comencé a organizar la semana. Me di cuenta de que en breve tendría que viajar nuevamente a Sudamérica, para estar presente en algunas de las firmas que los autores de la editorial harían ahí. Técnicamente, ahora que tenía la librería y media jornada, debía encargarme de tareas menores, sin embargo, había muchos autores que, con el paso de los años, querían seguir en su andadura conmigo. Así que había aceptado también esa responsabilidad.

Irme un mes, no obstante, me parecía complicado. Acababa de abrir *Mi tierra* y no quería dar una imagen del negocio que no era. Todo iba mejor que bien, cada rincón olía a papel e historias, pero no las que ocultaba la literatura, sino las que traían consigo las personas.

El teléfono de Rafael vibró a mi lado. Le eché un vistazo a la pantalla: «Mamá». De fondo estaba la fotografía que le había enviado Carlos. Me sorprendió verme ahí expuesta en su móvil.

—Rafa, el teléfono —alcé la voz para que me escuchase.

Regresó sin la niña, respondió antes de que finalizase la llamada.

—Mamá, ¿cómo estás?

Habló con mucho entusiasmo, el de los días buenos que estábamos teniendo. No escuché lo que le decía su madre, sin embargo, advertí la manera en la que iba cambiando la expresión de su cara. Lo primero que pensé fue en la posibilidad de que le hubiese pasado algo a su padre. Sabía que había una parte en él que quería que descansase, pero después descubrí, por las cosas que iba diciendo, que era otra cosa.

—No puede ser verdad —musitó.

Una contestación desde el otro lado.

—Pero ¿está bien?

Otra respuesta que le serenó.

—Menos mal, pero ¿qué hacía ella aquí, no estaba en Ámsterdam? —inquirió.

Una pausa.

—Entiendo, sí. ¿Y él? ¿Tenía permiso carcelario? Ya. Sí... Cogeré un tren a Barcelona en cuanto pueda, mamá. Gracias por llamarme. Claro, ahora se abriría un nuevo juicio y...

Suspiró de una manera en la que se le escapó el alma por la boca. Me acuclillé frente a él y le acaricié las manos. Cogió una de ellas, me dio un beso largo en los nudillos.

—Sí, veré cómo lo hago —hubo una pausa—. Papá sigue igual, ni mejor ni peor que antes. El bufete bien, sí, demasiado bien incluso. No, no sé qué voy a hacer, mamá. Si vendo las acciones de aquí... O si vendo las de Barcelona...

Parecía realmente preocupado. No había pensado que podía estar sometido a tanto estrés en el trabajo, además de su situación familiar, que no era sencilla en absoluto. Y yo pensando en decirle que me iría un mes a México y a Argentina. No podía irme en aquel momento, por no hablar de que hacerlo supondría contratar a alguien para que se hiciese cargo de *Mi tierra*.

—Lara está bien, sí, de hecho está aquí a mi lado —por fin sonrió un poco—. De tu parte, claro. Pues no sé si podrá acompañarme. Intentaré convencerla. Sí, vale, ¡que sí! Te veo pronto. Y yo a ti. Hasta luego.

—¿Qué ha pasado? —pregunté de inmediato.

—Un intento de homicidio de un caso que llevé hace unos meses. Ella está ingresada en el hospital —expuso escuetamente, intuí que era la información de la que disponía—. Voy a tener que irme unos días, Lara.

—Por supuesto.

Estiró de mis brazos hasta que me puso en pie. Cuando estuve frente a él, me cogió por la cintura y me acomodó en su regazo. Estaba abstraído y me dio la sensación de que, por primera vez en todo el tiempo que había pasado con él, no sabía qué hacer, hacia dónde ir ni qué decisión tomar.

Le rodeé en un abrazo que pretendía que fuera tranquilizador.

—Todo irá bien, ya verás. Ve a Barcelona y ya nos ocuparemos de lo de aquí cuando regreses. Las cosas de una en una, ¿eh?

—¿Y luego? —preguntó—. No puedo estar a caballo entre dos ciudades, dos bufetes.

—Luego sabrás que hacer, estoy convencida. Ahora ocúpate de esto, no puedes hacerlo todo, cariño.

Se le habían apagado los ojos de golpe.

—¿Y cuando te vayas tú? —preguntó.

—¿Yo? —formulé sorprendida.

—Te escuché hablar el otro día por teléfono con Sebastián, tu compañero mexicano —explicó.

—Ni siquiera sé si voy a ir, yo también tengo otras responsabilidades. Dejaros ahora no me parece bien.

Soné sincera porque estaba siendo sincera, eso le serenó, no porque yo fuese o no a irme, sino porque aunque lo hiciera seguiría teniéndome cerca.

—Solo son kilómetros —susurré antes de darle un beso que le destensó—. ¿Qué más dan?

Sonrió y me abrazó con más fuerza. Me di cuenta de que no había pensado lo mismo al tratarse de Lucas. Ni siquiera podía planteármelo estando sobria. Pero cuando quieres a alguien, cualquier opción es válida, incluso aquellas que nunca antes habrías escogido.

—Además, yo no me iría hasta finales de octubre, si fuese el caso. Hasta entonces podríamos intentar arreglarlo de alguna manera. Y si pasase cualquier cosa —dije refiriéndome al delicado estado de salud de su padre— cogería el primer avión.

—Lo sé —contestó—. El problema es que ya no sé estar sin ti. Si no tuviera tanto trabajo, me iría una semana contigo.

—¿Qué tal si empezamos por que yo vaya a verte este fin de semana a Barcelona? —propuse al recordar lo que le había dicho a su madre.

—No sabes cuánto necesitaba escuchar eso ahora mismo.

Me dio un beso muy suyo, de los que se entrecortan y van de una boca a otra. Besos de nadie, besos que nos pertenecían por igual.

—Vamos a hacerlo como tú y yo sabemos —manifesté.

—¿Ahora? Pero si está tu hermano en la habitación de al lado.

Le di un empujón que le obligó a apartarse un poco. Aproveché para levantarme y él me siguió al instante con una sonrisa juguetona en la boca. Me enganchó de la tela de la camiseta, que era ancha, y estiró de mí hasta colocarme frente a él.

—Por si no ha quedado claro —susurró con esa voz tan sensual que sabía poner a veces—, te recuerdo que te quiero, no demasiado, pero un poco sí.

Puse los ojos en blanco, porque le costaba decir algo bonito sin hacer una broma a continuación. Suponía que era para quitarle hierro al asunto y no hacerme sentir incómoda. Así que ese día, y sabiendo que no lo estaba pasando del todo bien, dije por primera vez algo que no podía callarme más.

—Yo también te quiero, pero en mi caso demasiado.

—¿Cuánto es demasiado? —preguntó—. ¿Tanto como para poner a la venta el piso de Barcelona?

—¿Qué?

Sonrió y volvió a besarme con ternura.

—¿Qué has dicho? —formulé otra vez cuando nos separamos.

Él solo sonreía y yo no pude hacer otra cosa que no fuese contagiarme

del brillo de sus ojos y de su boca.

MELBOURNE
(octubre)

CAPÍTULO 44

*Con tal vehemencia el viento
viene del mar, que sus sones
elementales contagian
el silencio de la noche.*

Luis Cernuda

Llovió sobre Melbourne durante algunos días, y no me gustaba que lloviera. Por eso prefería los países cálidos con climas más o menos constantes. Al segundo día, tras llegar del trabajo, el portero del edificio en el que vivía me entregó un paquete. Subí al ático, acristalado de un extremo a otro. La ciudad se veía impermeable. Me quité parte de la ropa, que se había mojado en el camino del taxi a la puerta del bloque de pisos.

De la caja marrón saqué otro paquete, perfectamente envuelto en un papel negro y dorado en el que estaba impreso *Mi tierra*. Sonreí al instante, había sido Lara quien me había enviado el libro que descubrí al rasgar el envoltorio. Era un ejemplar de *Memorial del fuego* de Eduardo Galeano. Me extrañó que me hiciese llegar aquel libro. Llevaba una etiqueta de cartón en la que ponía: *Papel 101% reciclado*. Me reí por ese detalle. Me pareció divertido. En la primera página había una dedicatoria.

La vida comienza en el fuego, pero sigue en el viento.

Felicísimo cumpleaños.

Lara

Maldito *Facebook*, por eso sabía que no debía tener redes sociales, al final se sabía incluso lo que uno no quería que se supiera. No era muy dado a

celebrar mi cumpleaños. Pese a ello, sentí una añoranza que me hizo sonreír. Volvieron los días en México, pero también en otros países. Pensé mucho en esa frase que me había dedicado Lara.

Dejé el libro sobre la mesa del centro del salón y me senté en el sofá, mirando a través del ventanal, buscando una respuesta. El fuego y el viento. Nunca había sido poeta ni un lector extraordinario, así que me costó entender esa metáfora que había grabado a tinta sobre el papel. Y la tinta me llevó a esa noche en el hotel que también tenía tinta, de la que se queda en la piel y en los recuerdos, y mucho fuego, del que me había hecho pensar en algunas cosas que no tenía y quería, pero que no podía conseguir, porque vienen sin que uno pueda escogerlo.

Cogí el teléfono y decidí llamarla, necesitaba agradecerle el detalle y escucharle la voz. Había encontrado en Lara algo que no tenía desde hace muchísimo tiempo: ilusión por alcanzar algo más que trabajo. Algo más que una ciudad, algo más que una casa bonita, algo más que miles de kilómetros alejado de mi familia. Algo más.

—¿Sí? —contestó en el segundo tono.

—Hola, rubia —dije.

—¡El salvador del medioambiente! —exclamó—. ¿Cómo estás? ¡Feliz cumpleaños! —manifestó sin interrupciones.

—Ya he recibido tu regalo —hice una pausa—. Muchas gracias, no tenías que tomarte la molestia. Los paquetes internacionales son caros —expuse.

—Espero que te guste, ¿qué vas a hacer para celebrar tu aniversario? —preguntó.

—Saldré con unos amigos —le conté—. Quieren hacerme pensar que será una quedada de cervecero, pero uno de ellos me ha enviado por error la invitación a la «Fiesta sorpresa de Lucas».

Se rio. Escuché una voz de hombre que le murmuró algo.

—¿Estás ocupada? ¿Quieres que hablemos en otro momento?

No quería que sonase a pregunta sobre quién era él, porque, en realidad, me di cuenta de que no me molestaba. Es más, me pareció divertido imaginármela ennoviada, seguramente con el chico de la camiseta verde que había aparecido en la librería el día de la inauguración.

No habíamos hablado durante ese tiempo sobre nuestras vidas amorosas. La mía porque era nula y la suya, supuse, porque aún no sabíamos si éramos amigos o si nos perderíamos el rastro con el tiempo.

—No, tranquilo, estoy ayudando a mi...— hizo una pausa— novio a

empaquetar unas cosas. Estoy en Barcelona.

Así que era su novio, como me había dicho el instinto.

—¿Mudanza?

—Sí —susurró tímida—. Se viene a Madrid y...

Me di cuenta de que no sabía si podía o debía contármelo, así que le puse las cosas fáciles, quizá porque era la segunda mujer que me había dejado huella después de Lena.

—No sabes cuánto me alegro por ti. Espero que te cuide —deseé.

—Lo hace, muchas gracias, Lucas —habló—. ¿Cómo estás tú?

—Sigo mendigando cariño, ya sabes que eso se me da bien —dije riéndome.

—Tú no tienes que mendigar nada. Te haces querer —aseguró—. Y que no me oiga Rafael, que igual se desmaya.

Sí que la escuchó, lo supe porque le oí decir:

—Te mando a Melbourne ahora mismo, no me provoques.

Se rieron y eso me contagió de buenas vibraciones y de ganas de soñar un poco y...

—¿Qué tal la librería?

—Tenemos mucho más trabajo del que pensé en un primer momento. He tenido que contratar a un chico para que me eche una mano, tengo que ocuparme del proyecto poético de México y me tengo que ir unas semanas —me explicó—. Después, creo que me limitaré en exclusiva a *Mi tierra*, pero siento que tengo que cerrar esto, ¿sabes? Además —bajó la voz—, Rafael también necesita irse. Ha faltado su padre y... No es un buen momento.

—Lo siento mucho—le di mi pésame—. No paras de trabajar, de todos modos—expuse—. Y sí, sé que me vas a decir que yo soy el primero, pero yo no tengo nada mejor que hacer, así que...

—¡Qué pesimista estás hoy, madre de Dios! —la oí gritar al otro lado del teléfono.

—No me gusta mucho mi cumpleaños. ¿Te he contado alguna vez que todos los años llueve, da igual el país en el que esté? En mi cumpleaños llueve.

Dejó salir una bocanada grande de aire y me pareció que se sentaba en algún sitio.

—El cumpleaños de uno siempre es importante, Lucas. Que llueva no es algo malo, todo lo contrario, es tu sello personal —nos reímos—. Busca la manera de ser feliz. ¿A ti te apetece ir a esa fiesta?

—No mucho.

—Pues ve —concluyó.

Se me escapó una carcajada al tiempo que me tumbaba en el sofá.

—No entiendo la lógica —manifesté.

—La lógica es que, a veces, no sabemos qué es mejor para nosotros, en esos momentos, es mejor dejarnos llevar por la corriente, a ver dónde nos lleva —explicó—. Así que te vas a arreglar, vas a cambiar la actitud y vas a tomarte algo a tu salud y a la mía.

—¿Seguro que no te has equivocado de carrera?

—Lo he pensado todos los días —dijo sarcástica—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—¿Ir a la fiesta? —pregunté con temor risueño.

—Efectivamente. Y me enviarás una fotografía para demostrármelo.

—A sus órdenes, señora —contesté—. ¿Algún mandato más?

Me mandó que colgase el teléfono, comiese algo y me vistiese sexy. No sabía muy bien cuál era el *look* para que un hombre fuese sexy, pero le dije a todo que sí mientras me reía.

Fui hasta el dormitorio y busqué en el armario alguna cosa que no fuesen camisas o pantalones del trabajo. Me hice con unos vaqueros y un jersey negro fino. Me metí en la ducha y salí a los cinco minutos. Me sequé el pelo con la toalla y lo dejé tal cual había quedado.

Cuando acabé de vestirme y calzarme, me miré en el espejo y me pregunté si esa era la imagen de la sensualidad. Cogí una chupa de cuero negro, el teléfono, la cartera y las llaves. Mientras bajaba en el ascensor, seguí pensando en lo que me había dicho Lara. Quizá no había sido capaz de mirar hacia el lado donde se suponía que podría ver algo. Tanto correr para recorrer tan poco espacio vital. ¿Hacia dónde tenía que ir?

Esa fue la pregunta que me hice cuando salí del portal. Miré al frente, hacia la izquierda, hacia la derecha y hacia ninguna parte. Día de lluvia y de cumpleaños. Día de sentirme extrañamente perdido cuando, en realidad, estaba justo donde había elegido.

Fui hacia la parada de taxi que había una calle más allá de mi casa. Cogí el primero que vi libre y le di la dirección del sitio en el que había quedado con mis amigos. Quince minutos después, al bajarme del coche, sopló una ráfaga de aire caliente que se trajo toda la lluvia consigo. Volvía a estar empapado y pensé nuevamente lo poco que me gustaba que lloviese, no ya en mi cumpleaños, sino en general.

Fui hacia el paso de peatones y esperé a que el semáforo se pusiese en verde. Y aunque, como ya he dicho, esos cambios climatológicos no me gustaban nada, tampoco solía usar paraguas, así que estaba bajo la llovizna dejando que me calase la ropa y algo que estaba debajo y escocía.

Justo cuando estaba a punto de cruzar, aprovechando que no vi venir e ningún coche, una motocicleta pasó justo por mi lado, atravesando el charco de agua y salpicándome los pantalones. Grité un improperio en inglés y me quedé mirando las zapatillas y los vaqueros manchados y mojados. Menuda imagen iba a dar el cumpleaños.

Lara, ¿cómo se supone que iba a cambiar de actitud?

—Eso se quita con un poco de agua caliente —dijo alguien por encima del ruido.

No miré a mi derecha, de donde procedía la voz. Solo suspiré y pensé en dar media vuelta, regresar a casa y cumplir los treinta frente a una copa de vino y un tablero de ajedrez o durmiendo. Simple y llanamente. Joder, sí que estaba negativo. Lara tenía razón.

—Si no te echas para atrás, volverán a salpicarte —comentó de nuevo la voz que, esta vez, identifiqué como femenina.

Giré la cabeza en su dirección y me encontré con una chica bajita, de piel morena y el pelo ondulado. Llevaba una tabla de surf, pantalones cortos, una sudadera y zapatillas. ¿Dónde iba así vestida con el tiempo que hacía?

Me miraba fijamente con una sonrisa en una boca carnosa y pequeña.

—¿Surf hoy? —pregunté sorprendido.

—¿Y por qué no? ¿Demasiada aventura para un niño de ciudad? —inquirió provocadora.

—¿Cómo?

Yo era de todo menos de ciudad, mis objetivos eran otros, como mejorar la situación medioambiental actual.

—Si no es por eso, entonces es que no sabes surfear.

—Claro que sé —contesté.

—Seguro que sí —me dio la razón como si fuese un imbécil que fanfarroneaba y se las daba de listo en cosas que no sabía—. ¿Podrías demostrármelo ahora mismo?

—¿Dónde? ¿En el asfalto? —dije irónico.

—En el mar.

—Estamos a cuarenta y cinco minutos de distancia.

Y llueve, añadí para mis adentros.

—Tengo el coche ahí mismo.

Señaló un vehículo rojo que estaba aparcado al otro lado de la calle. El semáforo estaba parpadeando, así que los coches se detuvieron y comenzamos a andar.

—¿Esto es un secuestro exprés?

Se paró junto al todoterreno rojo.

—¿Vienes o no? —inquirió sin contestar a mi anterior pregunta—. ¿O de repente ya no quieres demostrarme tu dominio con la tabla?

Pero, ¿esa chica de dónde demonios había salido? Me llevé una mano al pelo, húmedo, y me pregunté por qué narices estaba planteándome siquiera la posibilidad de subirme en el coche de una desconocida, dejar plantados a mis amigos y...

—Es que no tengo ropa ni tabla.

—¿Y si te la consigo?

Parecía dispuesta a toda costa a que la acompañase. Era guapa y segura, quizá tanto que me asusté un poco, lo reconozco.

Ya había colocado la tabla encima del capó del coche y la había atado con unas cuerdas mientras yo intentaba pensar.

—¿Y bien? No tengo todo el día.

Había puesto los brazos en jarras y me miraba de esa manera tan peculiar en la que a veces nos miran los que nos están viendo tal y como somos. Tal vez movido por esa sensación que me era desconocida y dejaba fluir la adrenalina por mi cuerpo, dije:

—Si me dices tu nombre, voy —la condicioné.

Me tendió la mano con una sonrisa torcida que me prohibió pestañear.

—Narel— vocalizó.

Nunca antes había escuchado ese nombre. Creo que se dio cuenta, porque tiró un poco de mi mano y tuve que agacharme para que me confesase, como si se tratase de un secreto, que se trataba de un nombre aborigen australiano que significaba *venida del mar*.

—Tiene un significado muy especial —me atreví a decir.

—¿Tú te vas a presentar o te pongo yo el nombre?

—¿Cuál me pondrías? —pregunté curioso.

Se llevó una mano a la barbilla, miró hacia el suelo y emitió un gimoteo gutural que me erizó la piel de la espalda.

—¿Qué te parece Lucas? —me quedé atónito—. De apellido Santamaría.

—¿Perdona?

Se echó a reír. Abrió la puerta del coche y se sentó. La cerró y bajó la ventanilla, se asomó por ella y apoyó los brazos para mirarme. Me acerqué un poco y coloqué las manos junto a la suyas.

—¿Eres bruja o algo por el estilo?

—No, guapo, solo soy tu vecina del segundo.

—¿Qué? Pero si no te he visto nunca —me quejé.

—No hace falta que lo jures —manifestó Narel—. ¿Subes o no?

Miré a los dos lados de la calle, confundido. Volvió a soplar el viento y la lluvia me dio de cara.

La vida comienza en el fuego, pero sigue en el viento.

Regresó a mí la dedicatoria de Lara.

Di la vuelta al coche, abrí la puerta del copiloto y me metí dentro.

—Sabía que eras más divertido de lo que aparentabas.

Introdujo las llaves en el contacto del coche. Miré la pantalla que se iluminó y fruncí un poco el ceño.

—¿Es un coche eléctrico? —pregunté.

Me echó una mirada de reojo y sonrió. Apretó el acelerador y se incorporó al tráfico inmediatamente.

—Estoy flipando —murmuré mirando por la ventanilla.

Aceleró un poco más.

—Pues esto no ha hecho más que empezar.

Fin



©Ana María Draghia

Red Apple Ediciones 2019
www.redappleediciones.com